

# IDIOPATÍA

Sam Byers



Lectulandia

Katherine ya no cree en la felicidad. A los treinta años, atrapada en una ciudad y estancada en un trabajo que odia, su creciente cinismo y mordacidad repelen a las personas a las que quiere atraer y atraen a la gente a la que sabe que debería repeler. Su ex, Daniel, no está seguro de querer a su nueva novia. Cuando Nathan, amigo de ambos, vuelve del psiquiátrico donde ha pasado una temporada y descubre que su madre se ha convertido en una escritora de éxito y estrella de Twitter con el nombre de Madre Coraje, Katherine, Daniel y Nathan deciden verse para curar viejas heridas y reafirmar su amistad. ¿Terminará bien el encuentro? Casi con seguridad que no.

Escrita con un estilo deslumbrante y una profunda sagacidad, entre la sátira despiadada y el relato conmovedor de amor y soledad, *Idiopatia* describe con lucidez la maraña de relaciones y el narcisismo desquiciado de una generación obsesionada consigo misma. Esta novela, que dirige el tiro contra el ecologismo militante, la charlatanería de la autoayuda y una extraña epidemia del ganado, anuncia la llegada de un talento formidable y salvajemente divertido.

**Lectulandia**

Sam Byers

**Idiopatía**

ePub r1.0  
turolero 18.09.15

Título original: *Idiopathy*

Sam Byers, 2013

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Ubi pus, ibi evacua.*

**H**ace relativamente poco tiempo, en el transcurso de una reunión familiar a la que la madre de Katherine se refirió como «el látigo de tres colas» y a la que la hermana de Katherine había evitado asistir de alguna manera, cuando estaban sentados a la mesa, la madre de Katherine enseñó a los presentes las fotografías que llevaba en el bolso. Los familiares eran en su mayoría ancianos, y el deleite que les causaban las fotografías era un fenómeno al que Katherine ya no se molestaba en buscar una explicación. Para ella, el noventa por ciento de las fotos (y de los parientes) eran iguales. Un niño sonriente se parecía mucho a otro, una boda era idéntica a otra y, como la mayoría de la familia tenía la costumbre de pasar las vacaciones en lugares deprimentemente predecibles, las fotos de sus viajes por el extranjero eran también bastante típicas. Por eso, cuando los demás —la tía Joan, el tío Dick y su hija Isabel, que era rarísima y parecía un espectro, y los otros dos o tres vejstorios a quienes Katherine recordaba vagamente y con quienes no tenía ningún interés en retomar el contacto— se embobaron comentando las fotos como si se tratara de un postre delicioso y magníficamente presentado, Katherine se quedó callada y fue desplazando los ojos, como tenía por costumbre en situaciones parecidas, de la cara de su madre a la esfera de su reloj, sin que ninguna de las dos le ofreciese pruebas concluyentes de que la reunión fuese a terminar en breve.

El bolso de la madre de Katherine, a diferencia de las manos que lo sostenían, era terso y nuevo, recién comprado, por lo visto, en Liberty, un establecimiento que su madre frecuentaba aunque estuviera por encima de sus posibilidades.

—Qué bolso tan bonito —dijo una u otra de las primas que estaban más cerca, con la clara conciencia de que cualquier accesorio que la madre de Katherine tuviese a bien mostrar en público debía suscitar al menos un cumplido, pues en caso contrario quedaría relegado de inmediato a alguno de los montones de adquisiciones abandonadas que, con alarmante periodicidad, su propietaria depositaba en la tienda benéfica del barrio. A Katherine se le ocurrió pensar que si sus familiares hubiesen demostrado el mismo sentido del deber en lo tocante a los hombres que habían pasado por la vida de su madre, esta se habría encontrado en circunstancias muy distintas.

—¿Verdad que es una preciosidad? —dijo la madre de Katherine ciñéndose al guion—. De Liberty. Una ganga. No pude resistirme.

Las fotos estaban muy bien conservadas teniendo en cuenta cómo trataba las cosas en general la madre de Katherine, como si fueran indestructibles, para luego contemplar con lástima sus restos mortales y lamentar la mala calidad de la mayoría de los artículos modernos.

—Mirad estas —señaló la madre de Katherine refiriéndose a las fotos con idéntico tono al que había empleado para hablar del bolso—. ¿A que son maravillosas?

Pasó la primera foto, en blanco y negro y tamaño carné, de la hermana de Katherine, Hazel, abrazada a un peluche destrozado. Con los ojos colgando y sin una pizca de tono muscular, el pobre animal parecía drogado, lo que daba a Hazel (al menos a ojos de Katherine) el aire de una siniestra secuestradora preadolescente.

—El osito se llamaba Bloot —explicó la madre mientras la foto pasaba de mano en mano—, aunque sabe Dios por qué. Se quedó hecho una birria después de que Hazel le vomitara encima y tuviéramos que meterlo en la lavadora. Por hache o por be, Hazel siempre acababa vomitando sobre sus cosas. La verdad es que tiene una constitución muy delicada.

—Es una lástima que no haya podido venir —dijo alguien.

—Ya lo creo —contestó la madre de Katherine—, pero últimamente no tiene ni un momento libre. No hace más que trabajar. Y mira que es desagradable su trabajo con las vacas...

Varias cabezas asintieron, y aunque Katherine no podría haberlo jurado, y más tarde se convenció de que habían sido imaginaciones suyas, por un momento tuvo la sensación de que más de un par de ojos le lanzaban una mirada fugaz, movidos por ese acto reflejo típico de todas las reuniones familiares: la asistencia estaba estrechamente relacionada con el trabajo. Todos agradecían que acudieras, pero también daban por sentado que tu trabajo no era ni importante ni exigente, mientras que todos los parientes con trabajos importantes y exigentes estaban demasiado ocupados como para acudir a esos encuentros más de una vez al año, momento en el cual se les recibía como a caballeros que regresaban de las Cruzadas y se les animaba con insistencia a marcharse ese mismo día, para que nada interfiriese en su misión. Hacía años que la hermana de Katherine disfrutaba interpretando este papel, y a Katherine le fastidiaba que cuanto menos se dejaba ver Hazel, más santa y sobrecargada de trabajo parecía a ojos de los demás, mientras que cuanto más asistía ella a estas reuniones y más se esforzaba por ser amable con la familia, más la consideraban todos una persona que había desperdiciado su vida. Cierto que en esta ocasión las circunstancias eran ligeramente distintas, porque las carreteras estaban cerradas por culpa de las vacas. Todos los que habían logrado llegar se sentían orgullosísimos, como si hubiesen tenido que atravesar una zona de guerra. A Katherine las vacas le importaban un comino, pero estaba saboreando el momentáneo respeto que su presencia parecía despertar.

La segunda fotografía no se enseñó hasta que la primera completó su circuito. Era

del padre de Katherine, vestido con una de esas cazadoras enceradas, posando torpemente con una escopeta.

—Aquí está Nick —dijo la madre de Katherine—. Nunca cazaba nada, pero le gustaba mucho participar. Tenía el equipo completo, como es natural, porque Nick era así: excelente en la planificación, pero incapaz para la ejecución. Esta foto se la tomé yo.

Hizo una pausa muy marcada antes de pasar la foto, para suscitar algunos compasivos asentimientos de cabeza de las tías y los tíos. La madre de Katherine, desde que esta alcanzaba a recordar, siempre había sabido jugar la baza de la compasión cuando hablaba del padre de sus hijas, con quien vivió un par de años antes de que se marchara a Grecia con una mujer a la que conoció en la consulta del médico cuando fue a hacerse las pruebas de colesterol. Katherine recibía al año dos postales de su padre, por Navidad y por su cumpleaños, y una tercera como premio si había cosechado algún logro reseñable. Sólo una vez la había llamado por teléfono, borracho como una cuba, en un claro momento de debilidad provocado por una crisis de la mediana edad, y le dijo que tuviese siempre cuidado para no parecerse a ninguno de sus padres.

La foto circuló por la mesa y fue seguida, con la precisión de un reloj, por una instantánea en color de Homer, el perro de la familia, que, al no haber sido nunca un animal demasiado inteligente, encontró la muerte persiguiendo una pelota de tenis mientras saltaba una sucesión de árboles caídos, de forma que terminó ensartado en una rama. Esto obligó a Katherine, que había lanzado la pelota, a explicar a su madre por qué su chucho del alma no sólo estaba muerto sino que seguía clavado en la rama, mientras que ella parecía inexplicablemente ilesa e imperdonablemente inasequible al llanto.

La siguiente y última foto era de Daniel, achispado y con un gorrito navideño, levantando su copa con aire majestuoso junto a un enorme pavo asado.

—Ah, aquí está Daniel —dijo la madre de Katherine—. Mirad. Era un amor. ¿Llegasteis a conocer a Daniel? Sí, claro. Estuvo en esa fiesta hace unos años. Un encanto. Yo lo adoraba. Pobre Katherine. Fue él quien quiso romper, ¿verdad que sí, cielo?

—No, no fue él —contestó Katherine.

—Sigue siendo un tema incómodo —dijo la madre de Katherine sonriendo a su hija con gesto maternal, algo que sólo hacía en público—. A Daniel le va de maravilla, por supuesto, no como a otros, que no llegarán a nada. —Cobrando el aspecto líquido de los números de un reloj digital, su mirada se volvió más severa—. ¡Qué fácil es quedarse bloqueado!

Guardó la última foto en uno de los compartimentos de su cartera, cerró el broche y devolvió la cartera al bolso, haciendo que todos mirasen un momento a Katherine y acto seguido al mantel y se sumieran en un incómodo silencio hasta la oportuna llegada del café, momento que Katherine aprovechó para disculparse y se fue al baño



a destrozarse un rollo de papel higiénico.

**A** Katherine no le gustaba definirse como triste. Le sonaba a derrota. La tristeza no tenía la fuerza de, por ejemplo, la rabia o la obsesión. Sin embargo, tenía que reconocer que últimamente se levantaba más veces triste que contenta. Lo que no reconocía, ni reconocería nunca, es que ese estado de ánimo tuviese nada que ver con Daniel.

La tristeza no estaba presente todas las mañanas, pero estaba, no podía negarlo, con más frecuencia de lo deseable. Lo peor eran los fines de semana; entre semana, la cosa iba por días. Era un estado de ánimo bastante incongruente.

Mirarse en el espejo no ayudaba. Se vestía a todo correr y se arreglaba cada vez menos. No se alimentaba bien, y a su piel le estaban pasando cosas que no le gustaban. Le sangraban las encías al cepillarse los dientes. Pensó que se estaba volviendo fea en un momento de lo más inoportuno. Muchos días se saltaba el desayuno y comía algo poco sano a media mañana en el trabajo. No podía salir de casa sin haberse metido en el cuerpo como mínimo tres tazas de café. Y además, había vuelto a fumar. La ayudaba a combatir la tristeza. Por lo general le fallaba la respiración, aunque sólo tosía los días especialmente malos. En algún momento de la mañana, todas las mañanas, tenía náuseas.

Desde hacía dos años, cuando cometió el error de mudarse de Londres a Norwich, trabajaba como responsable de las instalaciones de una empresa de telecomunicaciones local. Su trabajo no tenía nada que ver con las telecomunicaciones, sino con los asuntos más delicados de la gestión de la oficina. Le pagaban, como le gustaba decir a ella, para que fuese una obsesiva compulsiva. Se encargaba de que las sillas tuvieran una ergonomía aceptable y una altura adecuada a las mesas, que controlaba a su vez para garantizar que se adecuaban tanto a las directrices de la empresa como a la normativa nacional de seguridad y salud en el entorno laboral. Comprobaba las alarmas de incendios una vez a la semana y llevaba un registro de los resultados. Se aseguraba a diario de que el edificio cumplía con los niveles estipulados de higiene, presentación y seguridad, y despedía como mínimo a uno de los limpiadores cada mes. Caía mal a mucha gente y recibía críticas constantes. Tenía llamadas y mensajes a todas horas. Las sillas, las mesas, el aire acondicionado, la cafetera, la fuente de agua, los fluorescentes..., nada estaba a gusto de los empleados. Los numerosos cambios que Katherine tenía que introducir para cumplir con las normas de salud y seguridad la obligaban a defender públicamente alteraciones que molestaban a muchos. Los fumadores tenían que alejarse más del edificio. Había que renegociar los descansos. Su trabajo no dejaba ningún margen para la flexibilidad, y todos los días volvía a casa tensa y de mal humor. Cuanto mejor era en su trabajo, más la odiaba la gente. Según la opinión general, Katherine era muy buena en su trabajo.

Sus compañeros se dividían entre una mayoría que no la soportaba y un grupito de hombres que querían follársela. Katherine los veía como territorio hostil. Unos querían follársela porque les gustaba y otros querían follársela porque la odiaban. Katherine lo entendía bastante bien. Ella a veces follaba porque se gustaba a sí misma y otras veces porque se odiaba. El truco estaba en encontrar al hombre idóneo para cada ocasión, porque follar con un tío que la odiaba en uno de los raros momentos en los que ella se gustaba era contraproducente, y hacerlo con uno que estaba enamorado de ella en los momentos en los que se odiaba era vomitivo.

Hasta la fecha, había follado con tres tíos de la oficina, y con uno de ellos, Keith, seguía follando con cierta regularidad. Los otros dos, Brian y Mike, habían pasado sin pena ni gloria y únicamente los veía de lejos, perdidos entre calvas y trajes de Marks & Spencer. Brian fue el primero. Con Brian había roto Katherine su norma de «nunca con alguien de la oficina» y, visto con perspectiva, no había valido la pena. Había roto además la norma que excluía a los hombres casados y la norma que excluía a los hombres con hijos. Se arrepentía, porque le parecía, y se imaginaba que a otros también se lo parecía, que con eso le había dado a Brian un estatus que no se merecía en absoluto. Lo cierto era que en el momento en que Katherine tomó la decisión consciente y no del todo irracional de saltarse muchas de las normas que hasta entonces se había impuesto en la vida, Brian estaba a tiro por casualidad y, también por casualidad, era el vivo ejemplo de algunas de esas normas. De ahí que enseguida pasaran al sexo, un martes por la tarde, cuando él la llevó a casa, y siguieran enrollándose durante un mes, hasta que Katherine empezó a pensar que algunas de sus normas eran en realidad bastante sensatas. Brian tenía cincuenta y tantos (otra norma, ahora que se acordaba). Era gordo y estaba pasando una crisis de dimensiones épicas. Tenía un Jaguar amarillo y un hijo que se llamaba Chicane. Nunca llegaron a romper ni nada por el estilo. Simplemente, Katherine dejó de reconocer la existencia de Brian y él recibió el mensaje en silencio, incluso puede que con agradecimiento.

Mike era distinto, al menos en apariencia. Tenía la edad de Katherine (treinta, con cierto margen según su estado de ánimo), estaba soltero y era increíble en la cama. Más increíble aún fue para Katherine descubrir que Mike era capaz de entablar incluso conversaciones largas, cuando le daba por ahí. Su aventura (en realidad no era una aventura, aunque a ella le gustaba llamarlo así, porque eso daba valor a la experiencia y porque no mucho antes había estado liada con Brian, y en secreto, aunque jamás lo reconocería, esperaba estar entrando en una fase de tener aventuras, lo que justificaría que estuviese acostándose con Mike) duró cerca de dos meses, y terminó cuando Mike se enteró de que ella se había acostado con Brian. Para fastidio de Katherine, Mike resultó tener lo que él llamaba con orgullo «principios morales». A Katherine no le impresionó. En su opinión, la moral era eso a lo que se aferraba la gente sin personalidad y con pocas entendederas. Así se lo dijo a Mike cuando, hablando del adulterio, él adoptó un tono de superioridad. Mike no le hizo ni caso.

No podía respetarla, dijo. Katherine siempre lo recordaría alejándose de la máquina de refrescos, moviendo la cabeza y murmurando: «Pobre Chicane, pobre Chicane». Y se sintió plenamente justificada. Mike no tenía ninguna moral. Sólo tenía un ego masculino herido y una manifiesta incapacidad para expresarse.

De todo esto hacía bastante tiempo, y a continuación hubo otros hombres que no eran de la oficina. Con ninguno funcionó. Katherine empezaba a estar triste con creciente frecuencia. Empezó a pasarle esa cosa en la piel. Engordó, luego adelgazó y después adelgazó un poco más. Dormía cada vez peor. Cuando cogió unos días de vacaciones que aún le quedaban ese año, se los pasó en camión, vagueando y viendo documentales de nazis en el Canal Historia, hasta que se tomó un puñado de pastillas y se metió en la cama a esperar la muerte, pero se despertó al cabo de cinco horas en un charco de vómito en el que aún se apreciaban bastantes pastillas. Tuvo unas palabras consigo misma. Al día siguiente se vistió, se maquilló, se fue a la ciudad y se encontró por casualidad con Keith, que le propuso tomar un café; después comieron, y después tuvieron un violento y doloroso encuentro sexual en el garaje de él: Katherine con la tripa aplastada contra la chapa caliente del capó del coche.

—Me acuerdo de que una vez... —dijo Keith cuando terminaron, apoyándose en el coche al lado de Katherine, mientras fumaban y esperaban a que se les pasara el dolor—: ¿Qué iba a decir? A la mierda, se me ha olvidado.

**H**abía días en los que todo parecía sórdido y condenado al fracaso, días que, curiosamente, Katherine idealizaba más que los días de esperanza. Keith era fatalista en general, pensó Katherine, y a ella le gustaba. Tenía cuarenta y un años (y es que, pensó Katherine, una vez que se ha roto una regla ya no es una regla, y por eso no puede decirse que se haya roto por segunda vez) y era delgado de torso y gordo de cintura. Para ir a trabajar se ponía pantalones de lino arrugados y corbatas muy finas. Por las noches era más partidario de unos vaqueros negros viejos y unas Converse destrozadas. Le gustaban las canciones que hablaban de sangre y negrura, con guitarras aporreadas que le hacían contraer las facciones y apretar los dientes como si combatiera una obstrucción intestinal. Tenía la piel blanca, ligeramente grasa, y los ojos grises, con un halo blanco alrededor del iris. Katherine había leído en alguna parte que eso era síntoma de una enfermedad, pero no se acordaba de cuál y prefirió callárselo. Le gustaba pensar que Keith estaba defectuoso, que podía estar muriéndose. Le gustaba que él hablase sin tapujos de «sus años con la heroína». Incluso le gustaba el daño que le hacía en la cama: el hombro dislocado, el mordisco profundo en el muslo izquierdo. Keith era distinto en su manera de hacer cumplidos. Jamás la amaría, probablemente no era capaz de amar nada ni a nadie, y ella admiraba esa parte de él. Parecía estar por encima de las preocupaciones que a diario (sí, ahora ya era a diario) amenazaban con engullir a Katherine por completo. Esto, por definición, lo colocaba por encima de ella, pero a Katherine también le gustaba.

**N**o vivía en Londres. Había mañanas en las que Katherine se miraba fijamente en el espejo y se repetía esto como un mantra. Cuando tenía un buen día, casi era capaz de pronunciar el nombre del lugar donde vivía, aunque le costaba mucho. Se mudó aquí con Daniel, por el trabajo de él. Hubo insinuaciones sobre pasitos de niño en el pasillo, pero la noticia no llegaba. Después rompieron. Katherine pensó que en Londres se sentiría sola, y ahora estaba bloqueada.

Su madre llamaba con previsible frecuencia. Siempre había sido una mujer práctica y pensaba que la mejor manera de expresar su preocupación por el bienestar de su hija era ser directa en todo momento. Eso, por lo visto, significaba preguntar continuamente a Katherine si estaba bien, lo que, como es natural, tenía el efecto de que ella se sintiese de cualquier forma menos bien.

—¿Estás comiendo lo suficiente? —preguntaba su madre, sin andarse por las ramas—: ¿Estás comiendo cosas sanas?

—Sí —decía Katherine, que estaba tomando un donut—. Hoy he desayunado avena y he comido una patata asada con un poco de atún. Para cenar voy a tomar pechuga de pollo a la plancha.

—¿Me estás tomando el pelo? Porque ya sabes que no tiene gracia... Y no es del todo maduro.

—Estoy siendo sincera. ¿Eso es maduro?

—Depende mucho de en qué estés siendo sincera.

**V**eía a Keith sólo algunas noches. Follaban, bebían y casi nunca hablaban, y eso a Katherine le parecía bien. Él le regaló un vibrador: muy bien envuelto, con una tarjeta en forma de corazón que decía: «Piensa en mí». Katherine lo donó, con tarjeta incluida, a la tienda benéfica que había camino de su trabajo, enterrado en el fondo de una bolsa llena de libros de bolsillo mohosos y un montón de camisas de Daniel que encontró entre la ropa que ya no se ponía. Nunca lo vio a la venta, y muchas veces se preguntaba qué habría sido del vibrador. Le divertía pensar que alguna de las voluntarias, todas ellas muy mayores, se lo había llevado a casa para someterse a una experiencia tan reveladora que casi rayaba en lo místico.

—Keith —dijo una noche, en voz deliberadamente alta, cuando estaban en un restaurante que ella había elegido justo porque sabía que estaría abarrotado cuando le hiciese esa pregunta—, ¿con cuánta gente te estás acostando en este momento?

—¿Incluida tú?

—Excluida yo.

—Con tres —contestó tranquilamente—. Y ¿tú?

—Con cuatro —mintió ella.

—¿**E**s Daniel? —preguntó su madre en una de sus interminables llamadas de teléfono—. Porque si es él, lo comprendo.

—No es Daniel, mamá.

—Me mandó una tarjeta de cumpleaños la semana pasada. Siempre me manda tarjetas, por mi cumpleaños y por Navidad. ¿No es bonito?

—No es bonito. Es personalidad anal retentiva. Te manda tarjetas porque estás en su lista. Es básicamente una respuesta automática. A él nunca se le ocurre cambiar nada.

—¿A ti te manda tarjetas?

—No.

**N**o soportaba pensar que podía ser de esas personas que tienen fijaciones maternas. Era, o eso le gustaba creer, demasiado alternativa y libre como para que la incapacidad o la falta de imaginación le impidieran desprenderse de las heridas de la infancia. Dicho esto, no había superado por completo la ocasional fantasía infantil de morir y asistir al mismo tiempo a su funeral, donde esperaba ver a su madre rota de dolor, llorando sobre su ataúd como la viuda de un capo de la mafia. De pequeña, Katherine siempre se imaginaba su muerte como consecuencia del suicidio. Ahora que era mayor y, por tanto, mucho más consciente de la absoluta falta de romanticismo que entrañaba quitarse la vida, se imaginaba su fallecimiento como resultado de un trágico accidente, de un suceso tan improbable o repentino como que pudiera caerle un rayo o aplastarla un mueble.

Katherine era consciente de lo fácil que resultaba llegar a etéreas conclusiones psicológicas de colegial sobre su madre, su padre y cosas por el estilo. Ni que decir tiene que no llegó a ninguna de estas conclusiones por sus propios medios, y se resistía tanto a aplicarlas que muy pocas personas se atrevían a señalarlas. Daniel, cómo no, había sido una de esas pocas personas, y por eso tuvieron una discusión monumental que creció como una bola de nieve y pasó del intercambio verbal al lanzamiento de vajilla, así que él no volvió a atreverse a sacar el tema a menos que, como le ocurría a veces, quisiera provocar a propósito una discusión. En una ocasión, en un alarde de petulancia tan patético que Katherine se limitó a reírse, Daniel se puso a dar vueltas por el salón, pensando que hacía una excelente imitación de Katherine, y, entre pucheros y aspavientos, dijo con una voz infantil que en lo sucesivo rebajó severamente el atractivo sexual que tenía para ella: «Mi mami no me quiere». Esto fue, claro está, hacia el final de su relación, y aunque no pudiera contarse entre los factores que contribuyeron a la ruptura, sin duda no obró en favor de Daniel. La verdad, si es que existía tal cosa, era que Katherine admiraba mucho a su madre. Daniel, muy orgulloso de su símil, comparaba esta admiración con el síndrome de Estocolmo. En esto había, Katherine fue la primera en reconocerlo, un átomo de verdad, pero había también, insistía ella, una flagrante incomprensión de la

relación de la que su madre y ella habían disfrutado (sí, disfrutado) en tres décadas de insultos, menosprecios, burlas y empeño en quedar siempre por encima. Su madre era, lisa y llanamente, una persona disfuncional, hasta el punto de que era un milagro que fuese capaz de lavarse los sobacos por la mañana y preparar el desayuno. Pero lejos de ocultarlo o de avergonzarse, lo pregonaba a los cuatro vientos, como si eso fuera justo lo que la distinguía de los demás, y sin duda así era. Katherine había visto a su madre en casi todas las situaciones de degradación en las que una hija puede ver a su madre: borracha de Pernod a inusitadas horas del día; desnuda y despatarrada en la cama de Katherine, donde inexplicablemente se había acostado con la última de sus conquistas en lugar de hacerlo en su propia cama; y también plantada en público por Julio, su moreno amante de incierto origen mediterráneo. Era todo tan previsible que casi parecía banal. Katherine, sin embargo, sentía un extraño orgullo de pertenecer a esa familia, y en conjunto se reafirmaba en la idea de que tener hijos no tenía por qué significar el fin de lo impredecible. Al fin y al cabo, su hermana y ella habían salido razonablemente bien paradas, y su madre conservaba la osadía y el brío que en general estaban reservados a las mujeres con nulo instinto maternal. Esto a Katherine le parecía un equilibrio lógico. En realidad no le quedaba más remedio que verlo así; no tenía otra elección. Aunque se aferraba a sus propias creencias y tendía a despreciar y a juzgar sin piedad a quienes no compartían su deformada visión del mundo, Katherine no era una hipócrita y, con independencia del previsible dolor que pudiera sentir, no se permitía castigar a su madre por hacer gala de una actitud y llevar una vida a la que ella aspiraba para sí. Al margen de las consecuencias que la rebeldía de su madre hubiesen tenido para Katherine, ella tenía que juzgarla no como madre sino como mujer, y eso era positivo en la medida en que, a la vez que reforzaba sus creencias sobre todo tipo de cuestiones (maternidad, femineidad, hombres, relaciones, etcétera), le permitía ignorar por completo otras muchas cosas que, si de verdad las pensaba, no sólo le resultarían incómodas sino probablemente muy dolorosas.

El problema, de todos modos, era Daniel, y todo lo que cambió con su llegada. Con cabezonería, evasiones y despistes, Katherine logró posponer casi un año entero el momento de presentárselo a su madre, y, cuando por fin llegó la ocasión, sus peores temores se hicieron realidad. Su madre, a pesar de sus displicentes pronunciamientos sobre los hombres y la siempre creciente lista de razones por las que no eran buenos, dio su aprobación a Daniel de una manera insospechada, a la vista de cuál había sido su reacción con otros novios anteriores. Después de una cena bastante aburrida en la que todos se esforzaron por no desviarse del tema de conversación, Katherine acompañó a Daniel al coche y a la vuelta encontró a su madre inesperadamente contenta, sin haber probado la copa de vino y sin haber encendido siquiera su cigarrillo, llena de elogios para el hombre al que Katherine estaba convencida de que odiaría. No es que hubiera, en la superficie, demasiadas razones para odiar a Daniel. Era amable, educado y tenía un extraño encanto, aunque

parecía ligeramente inseguro. Pero por lo ocurrido otras veces, Katherine había dado por sentado que su madre rechazaría por su naturaleza a un chico tan sensato, tan de fiar y tan «normal» (o al menos eso pensaba ella en aquel tiempo). Y, en el momento en que su madre declaró que Daniel era lo mejor que a Katherine le había pasado nunca, todo lo que hasta entonces parecía tan sólido se hizo añicos en manos de Katherine: tuvo la sensación de que Daniel y ella estaban condenados a fracasar y, en consecuencia, también su madre y ella. Y es que esa noche, mientras oía hablar a su madre, sobria, tranquila y juiciosa, como Katherine no recordaba haberla visto nunca, comprendió que lo que admiraba en su madre no era, como su madre se empeñaba en convencer a quienes la rodeaban, las mismas cosas que su madre admiraba de sí misma. Su individualismo, su aislamiento, su maltrato a los hombres a lo largo de su vida lucían como medallas de honor, pues era mejor no mostrarlas como lo que eran en realidad: defectos, humillaciones y fracasos. El comentario definitivo vino cuando le dijo a Katherine que aquello era lo que siempre había querido para ella: un hombre bueno, una relación estable y un hogar feliz. En ese preciso instante, Katherine notó que todo se evaporaba y subía al techo con el humo del cigarrillo de su madre, que esta no encendió hasta que terminaron la conversación.

**L**as noches que no pasaba con Keith, que eran muchas, porque él se acostaba con otras tres mujeres a lo largo de la semana, Katherine leía y veía noticias. Rara vez ponía la televisión para ver otra cosa que no fueran informativos. Como ocurría con buena parte de su vida, lo que leía y lo que veía lo interpretaba de acuerdo con su idea de los tipos de personas: personas en las que le gustaría convertirse frente a personas a las que no soportaba. No quería ser como esas mujeres que veían series y películas lacrimógenas. Quería ser como las que veían los informativos y leían la lista del Premio Booker. Se imaginaba en fiestas, aunque nunca iba a fiestas, en las que le preguntaban su opinión sobre la situación mundial y la literatura contemporánea.

Sin embargo, cuando tenía que enfrentarse a una de esas discusiones tópicas, se sentía insegura y perdida. No es que no estuviera al corriente de la actualidad, o que en un sentido lejano y esencialmente hipotético le trajese sin cuidado: es que era incapaz de alcanzar el nivel de tensión necesario. Cuando tomó conciencia de esta circunstancia, fue como si sus tentáculos se extendieran al resto de su vida y la obligaran a cuestionarse, no por primera vez, hasta qué punto podía afirmar que era humana. Ver las noticias era en realidad ver la vida, y su manera de verlas la sacaba de quicio. Pensaba en ello como una falta de conexión, la misma expresión, curiosamente, que a menudo empleaba para referirse a los hombres con los que no se llevaba bien. Otros veían en su actitud frialdad, la misma expresión que a menudo empleaban los hombres con los que no se llevaba bien para referirse a ella. «Inconmovible» era una palabra que salía a colación bastante a menudo, tanto en la cabeza de Katherine como en las descripciones que de ella hacían los demás. «Difícil

de impresionar emocionalmente» era como ella prefería definirlo. Las declaraciones de amor no bastaban para conmoverla, y tampoco las imágenes de, por ejemplo, haitianos hambrientos le llenaban los ojos de lágrimas, como les sucedía automáticamente a otras personas. Las tripas hinchadas de los niños malnutridos, los ojos llenos de moscas, las madres que preparaban tortas con tierra le causaban una ligera repugnancia. A veces, cuando estaba con más ganas de bronca de lo normal, Katherine preguntaba a los demás qué importancia tenía eso. Por alguna razón, la gente se ofendía con esta pregunta, apelaba a vagos sentimientos humanitarios y repetía continuamente la palabra «niños», como si el mero hecho de decirla lo explicase todo.

«**K**ath —le decía Keith en un correo electrónico desde el destino desconocido donde pasaba las vacaciones con una persona sin nombre ni género que, casi con toda seguridad, no era de su familia—: Te echo muchísimo de menos. Creo que no puedo vivir sin ti. ¿Me quieres?».

«Keith —contestó Katherine—: Nunca viviré con nadie que no pueda vivir sin mí. Madura. P. D.: ¿Con quién coño estás de vacaciones?».

**T**enía que hacer algo. Estaba estancada. Lo cierto era que se sentía como muerta. Necesitaba una acción decisiva, pensó, un revulsivo. Decidió dejar su trabajo. El miedo a no tener trabajo la obligaría a buscar trabajo.

Abordó a su jefe cuando estaba desarrollando un sándwich.

—¿Por qué se empeña mi mujer en empapar el pan con mayonesa? —preguntó él—. ¿Tú lo sabes? ¿Es un secreto femenino? Ya no me devuelve las llamadas.

—Lo dejo —anunció Katherine.

—¿Otra vez?

—Esta vez va en serio.

—Muy bien —dijo el jefe guardando en la caja el sucedáneo barato de sándwich—. ¿Cuánto quieres?

—No quiero nada. Quiero dejarlo.

—No puedo darte otro aumento de sueldo. La gente empezará a pensar que te acuestas conmigo.

—No quiero un aumento de sueldo —dijo ella, que no entendía que nadie pudiera pensar que él se acostaba con alguien—. Vengo a entregarte el preaviso.

—Dos días más de vacaciones.

—No. Un mes de preaviso.

—Muy bien —asintió el jefe levantando las manos con aire de derrota—. Un mes. Oye, eso significa que ya no hay ningún conflicto de intereses entre nosotros...

Katherine salió y cerró la puerta.



— **F**óllame como si fueras una niña —dijo Keith cuando volvió de vacaciones y estaban follando de una manera que a Katherine le recordó a un animal con un collar isabelino: como si ella fuera un estorbo, una molesta limitación de la que él necesitara desprenderse—. Fóllame como si me tuvieras miedo.

Esto resultó ser un gran salto imaginativo. Katherine le folló como si se compadeciera de él y después le dijo que era patético.

—Tienes razón —asintió él—. Tienes razón. La próxima vez, fóllame como si fuera patético.

— **Q**uizá te vendría bien unirme a algún grupo —dijo su madre—. Así es como se conoce gente. Tienes que salir de ahí.

—Cuando dices gente ¿quieres decir hombres?

—¿Quién quiere conocer mujeres?

**K**atherine pensó que lo que no lograba sentir en la vida al menos podía sentirlo viendo las noticias. Se dijo que la emoción era como el ejercicio: no apetecía, pero sentaba bien. Había que esforzarse un poco.

Decidió dejarse conmover por la primera noticia que apareciese. Decidió intentarlo de verdad. Se concentraría en las moscas de los ojos de la niña. Se las imaginaría en su propia cara. Evocaría el calor, el polvo y el hedor de la carne de vaca en descomposición. Imaginaría el sabor del agua meada e infestada de cólera que entraba en la garganta de la pequeña y terminaba malignamente en su tripa hinchada. ¡Qué horror tener una tripa así! ¡Qué horroroso debía de ser! Era una desgracia, pensó, una existencia miserable, y, al concentrarse en esta idea, supo que en cuanto viera a uno de esos pobres niños estallarían en cálidas y dulces lágrimas, como cualquier ser humano normal y corriente. Lloraría tanto que compensaría todas las veces que no había llorado, que se había limitado a contemplar, sin inmutarse, aquel muro de sufrimiento... Dios, ¡cómo lloraría! ¡Ojalá la gente pudiese verla!

Las noticias pasaron a hablar del virus y ofrecieron siniestras imágenes de hombres con monos de trabajo y máscaras que levantaban el ganado con rastrillos para lanzarlo a las hogueras. Katherine empezó a sollozar como un bebé y fue corriendo al baño, donde el vómito le manchó los dedos antes de que pudiera sacárselos de la boca. El café recalentado y unos trozos de alguna sustancia pastosa salpicaron la taza del váter y transformaron sus lágrimas en una simple arcada espontánea.

—¿**D**ónde estuviste de vacaciones? —le preguntó a Keith en pleno polvo, después de darle una patada inesperadamente (aunque con esmerada premeditación) en el momento en que él estaba más vulnerable, y lanzarlo al suelo con riesgo de que se rompiera la polla.

—¡Joder! Me parece que tú..., ¿qué has dicho?

—Tus vacaciones —dijo ella mirándolo fríamente—. ¿Dónde estuviste?

—En Tenerife —contestó examinándose la polla menguante en busca de daños irreversibles—. ¿Tenemos que hablar de eso ahora?

—No, no tenemos por qué hablar de eso ahora —respondió ella tranquilamente—. Si lo prefieres, puedo vestirme y largarme, y así no tendremos que volver a hablar de eso nunca más.

—No entiendo a qué viene tanta insistencia de repente para...

—¿Con quién fuiste?

—Ah, ya veo.

—¿Lo ves?

—Sí, lo veo. Ya veo de qué va esto. Estás celosa.

—No estoy celosa. Sólo quiero saberlo. ¿Con quién fuiste?

—¿La polla se puede romper? He oído que sí. He oído que se puede partir.

—¿Era alguien del trabajo?

—Voy a tener que ir a trabajar con la polla en cabestrillo, eres una...

—No encontrarán un cabestrillo tan pequeño. ¿Era rubia o morena?

—Rubia —dijo Keith, con aire lastimero—. Se llama Janice. ¿Vas a obligarme a que deje de verla?

A Katherine le asqueó esta pregunta.

—¿Qué quieres decir con eso de si voy a obligarte? ¿Cómo podría obligarte?

—No sé, es que...

—¿Cómo ha conseguido irse contigo de vacaciones? Eso es lo que quiero saber. ¿Cómo ha conseguido irse contigo de vacaciones mientras que yo tengo que conformarme con follar intermitentemente en esta pocilga?

—Podemos ir de vacaciones, si es lo que quieres.

—¿Es lo que quieres tú?

—Bueno..., sí, claro, pero...

—Ahora ya no estoy segura. No estoy segura de que quiera ir contigo. No estoy segura de que pudiera soportarlo.

Lo decía de verdad. Cuanto más lo pensaba, más le horrorizaba la idea de ir de vacaciones con Keith. Todas esas conversaciones inanes en un entorno amable y soleado. Sus michelines sudados y su paquete apretujado dentro de un Speedo.

—¿Por qué no? ¿Qué tengo de malo?

—¿Quieres que haga una lista?

Keith la llamó dos días después y se rebajó a ofrecerle una reserva de última hora. Dijo que en el trabajo no le pondrían pegas. Que podía escalonar las vacaciones, y

Katherine aceptó, victoriosa y aliviada.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

—A Malta —dijo Keith—. ¡Joder, qué sangría de dinero!

**E**n Malta todo resultó mucho más claro y más confuso al mismo tiempo. Cayeron en una cómoda rutina que consistía en vagar, beber, comer, follar y dormir, aunque esto último apenas se notaba después de haber bebido. Katherine tenía la sensación de que todo transcurría no tanto envuelto en bruma como fragmentado. Se sentaba en el balcón y contemplaba el esplendor de la abigarrada ciudad de piedra, al otro lado de la bahía, con una deliciosa sensación de calma y soledad. Se tumbaba en la piscina y se dejaba llevar por sus pensamientos o atisbaba con el rabillo del ojo la exhibición de carne circundante. Carne morena, carne enrojecida; carne alemana, inglesa e italiana, apiñada y churruscándose al sol. Era erótico y sórdido a la vez: la única variedad de erotismo que experimentaba en esos días. Cenaba con Keith e intercambiaba terrones de conversación tan aburridos que en ocasiones le entraban ganas de agredirlo físicamente o agredirse a sí misma, sólo para poder hablar de algo concreto. Keith decía cosas como «Hace calor»; segundos más tarde introducía una aclaración («Hace mucho calor»); después de pensarlo un momento añadía otra apostilla («Hace tanto calor que creo que voy a derretirme»); así hasta que sus procesos mentales llegaban a su conclusión natural y terminaba con una especie de coda pensativa («Tanto calor que...»).

Katherine se fijó en que Keith había cogido un color extraño: un bronceado oscuro con un leve barniz de color cereza. Esto se debía en parte a la dedicación con que tomaba el sol. Se entregaba al calor con la mirada fija de quien va al volante en un largo viaje. Descansaba a intervalos regulares. Tanto en la playa como en la piscina, siempre tenía un aspecto ridículo. No había manera, pensaba ella, de ocultar su identidad inglesa; no la había para ningún inglés. Se los identificaba a la legua: la piel de un blanco lechoso, la tripa fofa, con tatuajes cuasi celtas como manchas de Rorschach.

Claro que ella tampoco se libraba. Su físico, por más que le fastidiara reconocerlo, era preocupantemente inglés. ¿Qué tenía eso de salir al extranjero, se preguntaba, que ponía de relieve los propios defectos de una manera tan llamativa? ¿Por qué todos los demás parecían sentirse como en casa mientras que los ingleses estaban condenados a sentirse incómodos? Pensó que las diferencias eran físicas. Los ingleses tenían cierta vergüenza corporal. Los hombres disimulaban haciendo el gamberro, pero a las mujeres les costaba más. Por las tardes, en la piscina, había un desfile de biquinis, tripas como tablas y canalillos de vértigo. Keith se las ingeniaba para mirar por la esquina de las gafas, creyendo que los cristales oscuros no dejaban ver a Katherine hacia dónde se le iban los ojos. Se pasaba horas tumbado al sol, cociéndose y mirando las tetas de las demás, y después, de vuelta en el hotel, sudado

y pringoso de Ambre Solaire, se la follaba sin darle tiempo a quitarse el biquini; y era tan evidente que por sus ojos pasaban las imágenes de esas otras mujeres que Katherine casi las veía como figuras en un zoótropo. Aunque tampoco es que le viera mucho los ojos cuando follaban. Keith tenía dos posturas sexuales favoritas: por detrás o que le hiciese una mamada. Si hubiera podido encontrar la manera de follársela por la nuca, se habría sentido en el mismísimo cielo de los cerdos. Era una fantasía tan evidente, tan deprimente que Katherine se entristecía: el sol, la habitación de hotel, cómo le apartaba el biquini con las zarpas lo justo para maniobrar sin llegar a quitárselo. Él, por su parte, vivía la experiencia como unas vacaciones salvajes, entregado a sus fantasías de sexo al sol.

—¿Por qué no follamos por la mañana? —preguntaba ella—. ¿Por qué no follamos por la noche? ¿Por qué sólo follamos cuando subimos de la piscina?

—El sol me revoluciona el motor —decía Keith, pero Katherine sabía que no era eso. Sabía que él necesitaba un mínimo de cuatro horas de porno sin adular al lado de la piscina para que le entrasen ganas de echar un polvo. También necesitaba unas cervezas, por lo visto cada vez más. Katherine tenía una teoría sobre esta tendencia. La había desarrollado mientras los ojos de lagarto de Keith pasaban de un biquini a otro. Su libido, concluyó, respondía a la novedad. Esto podía aplicarse a la mayoría de los hombres, desde luego, pero en el caso de Keith era especialmente cierto. Tenía una necesidad inherente de follar con mujeres desconocidas, anónimas, extranjeras, misteriosas, con las que no necesitaba intercambiar más que un puñado de torpes halagos. En los primeros momentos de su relación, Keith demostró una voracidad que rayaba en lo agresivo. Ahora se había vuelto superficial, distraído, casi siempre estaba borracho y en general saltaba a la vista que pensaba en otra. A Katherine al principio le preocupaba que esa otra fuese alguien concreto, que pudiese haber en la piscina una determinada belleza de bronce en la que se fijara más que en las demás. Después se dio cuenta de que él no pensaba en nadie, o en nadie en particular, no se imaginaba que estuviese follando con alguien que no fuera ella, simplemente se imaginaba que Katherine no era Katherine. Eso era lo importante, eso era lo que ponía en marcha el motor. Si Keith evitaba todo lo que pudiera definirse como una realidad compartida por ambos, era justo porque esa realidad, o cualquier otra realidad, lo mismo daba, le resultaba profundamente antierótica. No quería follar con Katherine: quería follar con una desconocida que se parecía a Katherine.

**C**on la excusa de mirar el correo electrónico, Katherine utilizó el servicio de internet del hotel, a unos precios de escándalo, para buscar en Google a Daniel, una costumbre en la que había caído rápidamente después de que él la borrara como amiga en Facebook y con ello la obligara a ejercitar su creatividad para el espionaje virtual. Le bastaron unos pocos clics bien dirigidos para encontrarlo: sonriente, bien arreglado y con el toque justo de petulancia, aparecía en la web de un centro de

investigación biológica de algún lugar de Norfolk, donde, aparentemente, era el rostro visible de una investigación que en su biografía se describía como rompedora. Incluso había un par de vídeos en YouTube de ruedas de prensa en las que Daniel hablaba de desarrollo sostenible y seguridad alimentaria. Katherine no tenía ni idea de cómo lo había logrado, pero estaba claro que Daniel había esquivado la rutina de la vida en la oficina y ahora ocupaba una posición admirable y hasta glamurosa. En realidad era previsible, y pensó que Daniel haría muy bien su trabajo, pero aun así estaba impresionada. Se lo imaginó trabajando —Daniel y su complejo de Jesucristo—, rodeado placas de Petri y platitos de cromo y de vidrio. Era su medio natural, pensó: microscópico y glacial. A veces, cuando estaban juntos, ella lo llamaba Vulcano. Lo decía con cariño, aunque con eso había puesto el dedo en la llaga. Y ahí estaba él ahora: elegante y mucho más definido tanto física como personalmente; la viva imagen de un cerebritito beatífico.

Se preguntó si se acordaría de ella y, en ese caso, qué pensaría. Incluso podía haberse cruzado con él por la calle sin darse cuenta. Quizá él la había visto y había dado media vuelta. Se preguntó si hablaría de ella, si su nueva pareja, fuera quien fuese, sabría cosas de ella y se habría formado una opinión sobre quién era. Tal vez se reirían de ella, de noche, después de tomarse una copa de vino. Aunque tal vez Daniel no diría nada. Quizá la había borrado por completo de su memoria. Era muy capaz. Lo cierto era que Katherine ya le había visto hacer eso. Unos meses después de que su amigo Nathan desapareciera, Daniel dejó de hablar de él casi por completo.

Por pura costumbre, buscó en Google también a Nathan. Había, como siempre, un frío y largo rastro en los chats. Direcciones codificadas sólo para socios. Conversaciones de la noche anterior. Inventarios de sustancias. Listas de heridos. Difícil, pensó, relacionar todo aquello con el Nathan al que ella conocía: el Nathan con el que se quedaba charlando hasta bien entrada la noche después de que Daniel se hubiera desmayado en el dormitorio porque había sobrepasado sus límites.

Buscó alguna noticia reciente, pero no encontró nada. Estuviera donde estuviese, lo estaba haciendo muy bien para que no lo encontraran.

**I**ncapaz de soportar otra tarde entera a Keith tomando el sol en silencio, y con ganas al menos de mantener la ilusión de que estaban de vacaciones como pareja, Katherine consiguió convencerlo para que se diera un baño en la piscina con ella. Bajó con torpeza por la escalerilla y se quedó flotando en la parte menos honda. Keith se zambulló con muy poco estilo en el agua caldosa y con exceso de cloro, y tuvo que esquivar un montón de cuerpos enrojecidos para acercarse hasta donde estaba Katherine. Cuando llegó a su lado y se puso en pie, resoplando de una manera irritante por el esfuerzo de unas pocas brazadas, soltó un moco enorme por la fosa nasal izquierda. Katherine puso cara de asco y se acercó rápidamente para quitarle el moco, se deshizo de él en el agua azul y vio cómo se alejaba hacia la depuradora,

semejante a un organismo marino primigenio, ligeramente verde, ondulante y en apariencia dotado de cerebro. Cuando volvió a mirar a Keith, vio que la estaba observando sin disimular su repulsión. No dijo nada, no hizo ningún comentario, pero a Katherine se le quedó grabada su expresión. A él le pasó lo mismo en cierto modo, como si a partir de ese momento su relación hubiese quedado manchada por la huella del moco en la mano de Katherine. En ese preciso instante, cuando aún seguía cabeceando en el agua bajo la mirada fulminante de Keith, Katherine comprendió que algo había muerto, y fuera lo que fuera ese algo, al margen de la forma exacta de su extinción, se trataba principalmente de algo sexual. Pensó que la reacción de Keith no tenía nada que ver con el moco en sí, o con el asco superficial que le causaba pensar que ella había tocado una materia surgida de lo más profundo de sus fosas nasales, sino con el aspecto humano: le horrorizó ver a Katherine como un ser abyecto en contacto con el ser abyecto que había dentro de él.

**A** veces, Keith se quedaba adormilado a última hora de la tarde, cuando el sol ya estaba bajo, y Katherine se iba a pasear sola por las calles tranquilas. Al otro lado de la bahía, entre un campo de velas y de mástiles, La Valeta parecía vigilar a sus habitantes: atemporal, densa y profusamente tallada, más parecida a un nido fabricado por insectos gigantes que devoraban la piedra que a una ciudad de verdad.

De vez en cuando, aunque era raro, se tomaba un helado. En esos días comía menos, y cuando comía sentía una culpa patológica. Tenía la sensación de que se estaba destrozando con la comida, de que comer lo empeoraba todo. Quería sentirse ligera y libre, no sólo en la vida, sino a ser posible también en el plano molecular. La comida había empezado a convertirse en una carga: una ingesta de materia que había que procesar y desechar utilizando una energía que a su cuerpo le faltaba. Pensaba en lo eficiente que era Daniel: en la manera limpia y sin trabas con que se acercaba a todo lo que se cruzaba en su camino; en cómo lo envidiaba entonces; en cómo seguía envidiándolo. Daniel parecía estar siempre soltando peso, ser cada vez más ligero. Era irónico que él se dedicara ahora a jugar con la cadena alimentaria mientras ella no hacía nada más que devorar y expandirse. Necesitaba ser más esbelta, física y mentalmente. Se imaginó surcando el mundo como una flecha, recta, infalible y precisa.

Notó que se sentía infinitamente más ligera sin Keith. Keith era un lastre: algo que tenía que llevar a cuestas, cuando lo que necesitaba era que alguien la llevase a ella. Qué liberador le resultaba pasear sola, pensar sola, tener que tomar una serie de decisiones, sin prestar atención a nada que no fueran sus propios impulsos y sus propias necesidades. Pero después comparaba esta sensación con la carga insufrible de convertirse en una solterona. Qué tarea tan ardua, qué lucha diaria era estar solo, tener que preguntarse todos los días si ese sería el día, si aquel sería el hombre, si era el mundo el que tenía la culpa de su soledad o era su maquillaje.

Cerró los ojos y escuchó el crujido de los yates que se mecían en el puerto, el suave murmullo de voces extranjeras en el paseo marítimo. Daniel y ella nunca habían ido juntos de vacaciones. Al principio estaban demasiado ocupados, después decidieron ahorrar —la vieja excusa para no vivir—, aunque lo que en realidad los aterraba era estar a solas el uno con el otro.

Era una carga, pensó: amar, ser amado. Las casas soñadas. El para siempre y esas chorradas. La conversación sobre los niños que no llegan. Y qué peso también ser amado; saber que otra persona había invertido su felicidad futura en tu frágil ser. Andar pisando huevos: tanto esfuerzo diario para no hacer daño, y si lo hacías, porque al final siempre acababas haciéndolo, todo ese esfuerzo se borraba de un plumazo, y el recuerdo de todo lo que hubieras hecho para evitarle al otro el dolor quedaba aniquilado por el propio dolor. ¡Joder! Sólo de pensar en pasar de nuevo por todo eso, en lo que conllevaba el amor...

**U**n hombre la sorprendió en el lavabo cuando se estaba subiendo la parte de abajo del biquini, se puso colorado y se largó corriendo. Cuando Katherine se lo contó a Keith, vio que una luz se iluminaba en sus ojos. Keith le dijo que volviese al baño y que dejara la puerta abierta. La siguió y se la folló contra el lavabo sin quitarle el biquini, mirándose los dos a los ojos en el espejo empañado. Katherine sabía a la perfección lo que había excitado a Keith: la fantasía de sorprender en el baño a una desconocida sin nombre y follársela sin más. Podría ser cualquier mujer, pensó observando en el espejo el rostro congestionado de Keith. Cualquiera en absoluto, y a él le daría lo mismo.

«Que te den», le dijo al espejo moviendo los labios. Keith no lo vio. Había cerrado los ojos al correrse, imaginándose, sin duda, otro momento y otro lugar completamente distintos, otro polvo, a otra Katherine.

**D**e vuelta en casa, después de no haber cruzado una sola palabra en todo el vuelo y tras despedirse con inmenso alivio en el aeropuerto, Katherine descubrió que estaba embarazada. Tenía un retraso de una semana. Al principio lo achacó a la tensión de las vacaciones, pero hizo pis en un vasito de plástico para tranquilizarse. La prueba prometía seguridad absoluta. Nunca en su vida había sentido menos. Al ver la barra azul en el visor del dispositivo, se dio por vencida. Salió a comprar otros cinco tests de marcas diferentes, que prometían todos ellos tranquilidad, confirmación y el fin de las dudas. No se tranquilizó. Tampoco confirmó nada. Estaba llena de dudas. Llamó a Keith y le dijo que necesitaba un poco de espacio. Él se lo dio, por supuesto, y aparte de un breve mensaje de texto para darle las gracias por lo bien que lo habían pasado, no intentó ponerse en contacto con ella. Katherine se alegró y al mismo tiempo se llevó un chasco. Le quedaban tres días de vacaciones, y se los pasó

fumando y dando vueltas por su apartamento. Llamó a su madre y le dijo que estaba bien. Se zampó una *pizza*, tomó un vino aguado y se puso a ver programas de religión en la tele. Volvió a pensar en las pastillas, pero llegó a la conclusión de que era demasiado patético, demasiado previsible, y que eso permitiría a su madre recibir demasiada compasión en las reuniones familiares. Al tercer día sonó el teléfono. Esperó hasta que saltó el contestador por si era Keith. No era él.

—Soy yo. —Silencio—. Soy Nathan. Yo..., esto..., siento que Daniel y tú..., ya sabes. Yo... Los dos teníais algo especial, ¿sabes? Bueno, he estado..., he estado fuera, pero he vuelto, y me encantaría veros. A los dos. ¿Tienes el número de Daniel? Bueno, llámame cuando puedas. Sería estupendo que... —Otro silencio—. Creía que podía hacer esto, pero ya no estoy seguro.

Se quedó casi media hora sentada al lado del teléfono, descolgando y colgando. Pensó en borrar el mensaje y hacer como si no lo hubiese oído. Le temblaban las manos. Encontró la agenda y marcó. Por suerte, saltó el contestador automático. Fue muy breve.

—Daniel. Soy Katherine. Ha llamado Nathan. Ha vuelto. Necesito hablar contigo. Llámame.

Se lo imaginó al otro lado: escuchando el mensaje dos veces para asegurarse. Cerrando los ojos para pensar. Llamaría, estaba segura, pero no hasta que supiera lo que quería decir.



**D**aniel estaba en la cama cuando recibió el mensaje de Katherine. Llevaba tres días fuera de juego por culpa de lo que Angelica, con muy poca empatía, había diagnosticado como la gripe de Dan.

Siempre había tenido una salud de hierro, pero de un tiempo a esta parte había empezado a desarrollar una extraña relación con la enfermedad. Pasaba largos períodos con sensación de malestar.

—Creo que estoy cogiendo algo —decía señalándose vagamente la nariz o la garganta, aunque no sabía explicar los síntomas—. Noto algo raro..., como una especie de...

—¿Como una especie de hipocondría? —contestaba Angelica, sin poder evitarlo—. ¿Como una especie de impresión imaginaria?

—No, como una sensación, noto una sensación en la garganta. Creo que me pasa algo.

Siempre estaba a punto de sucumbir, como él decía, pero lo raro es que nunca llegaba a desarrollar una enfermedad observable. Su relación con la enfermedad era un flirteo, y sólo una dolencia especialmente atractiva lograba tentarlo a meterse en la cama. Cuando esto ocurría, Daniel reaccionaba con la altisonancia que cabía esperar de un hombre que se pasaba la vida añorando y aplazando.

—No, no —decía mientras se sonaba los mocos y tiraba el pañuelo de papel lleno de pegotes al montón con el que llevaba la cuenta del récord cuantitativo de su enfermedad—. Está claro que no es un resfriado. Tengo el estómago raro y eso me hace pensar que es más bien...

No sabía qué le pasaba. En todo el tiempo que estuvo con Katherine, Daniel sólo se puso enfermo una vez, como mucho dos, y casi no se había atrevido a reconocerlo. Presumía de su resistencia. En su trabajo anterior guardaba una copia del famoso eslogan del mariscal Montgomery: «Estoy en forma al 99%. Y ¿tú?». La verdad es que era muy raro, teniendo en cuenta lo enfermiza que había sido en general su relación con Katherine. Quizá, pensó, nunca llegamos a estar libres de la enfermedad; únicamente la relegamos a otras facetas de la vida.

En esta ocasión, Daniel había sucumbido a algo que no era exactamente una gripe, porque iba acompañado de cierta fatiga y de dolor lumbar, cosas que, según la idea que Daniel tenía de la gripe, no eran parte normal de esta dolencia.

Respondiendo con su inmediatez de costumbre en cuanto quedó claro que esta vez era algo más que un simple achaque, se metió en la cama y allí pasó casi setenta y dos horas, levantándose sólo esporádicamente para satisfacer necesidades como una tostada o un zumo de naranja o ir al cuarto de baño. Al tercer día estaba hecho una pena. La cama apestaba. Estaba sucio y sin afeitarse, y tenía el pijama que daba grima verlo.

Lo decepcionante, a pesar de estos claros indicadores externos, era que Daniel empezada a presentar signos de recuperación, y esto le hizo pensar que quizá la enfermedad había seguido su curso y ya iba siendo hora de levantarse y adecentarse para parecer mínimamente humano antes de que Angelica se impacientara y se enfadase de verdad en lugar de reírse de él. Como habían invitado a unos amigos a cenar (o, más exactamente, Angelica había invitado a *sus* amigos a cenar), tenía cierta presión para recuperarse, y, por más que le fastidiara, juzgó preferible salir de la cama a pasar la noche oyendo el eco de sus risas en el piso de abajo.

A Daniel le gustaba estar enfermo. Le parecía casi un lujo decadente. Era sumamente organizado y cumplidor, y consideraba que la enfermedad era una de las pocas ocasiones en las que podía dejarse llevar. Bebía muy de vez en cuando y, aunque había experimentado con las drogas en el pasado —por lo general bajo la supervisión de Nathan, que tenía una capacidad ilimitada para el consumo de sustancias ilegales, y también ligeramente seductora en opinión de Daniel—, nunca había sido de los que adquieren el hábito de relajarse con sustancias químicas. Lo cierto era que sólo se sentía tentado de verdad cuando Angelica declaraba, bastante a menudo, que ella no necesitaba drogas para divertirse, lo que llevaba a Daniel a preguntarse si quizá él las necesitaba para divertirse con la gente que no necesitaba drogas para divertirse.

De todos modos, su convalecencia no había ido según lo planeado, y era precisamente la sensación de oportunidad perdida lo que le hacía lamentar su retorno forzoso al mundo de las personas sanas. Una de las mejores cosas de estar enfermo, al menos eso había pensado siempre, era que tenía una justificación para librarse de los demás. Le gustaba meterse en la cama, desconectar el teléfono y quedarse tumbado boca abajo hasta que volvía a sentirse humano. Esta vez, sin embargo, Angelica había pasado los dos primeros días con él en casa, y, aunque Daniel agradecía sus mimos, su comida y su «compañía», no era eso lo que quería. Aquella mañana Angelica había salido, y Daniel confiaba en poder dedicar por lo menos un rato a masturbarse en solitario con la colección de pornografía blanda que guardaba en una carpeta de su portátil titulada «trabajo». Sus fines eran ante todo curativos. Encontraba poco placer en la masturbación en los últimos tiempos, pero le preocupaba la calidad de su esperma, como si su vida, cada vez más aburrida, pudiera estar afectando directamente al funcionamiento y la producción de sus testículos. Se imaginaba los bichitos en su viscosa piscina, lisiados y con el cerebro licuado, desplazándose con dificultad en impotentes círculos. ¿Era posible tener el esperma deprimido? En ese

caso, ¿cómo saberlo? Al terminar se aseguró de analizar la mancha en el pañuelo de papel, en la colcha y en la camiseta vieja, en busca de algún indicio de consistencia o coloración dudosas. Su esperma siempre había tenido más o menos el mismo aspecto, pero de un tiempo a esta parte habría jurado que la sustancia había perdido un poco de brillo.

Como si adivinara sus intenciones, Angelica, antes de salir, dejó al gato en la cama (a su gato: Giggles, una bestia enorme y perezosa como un saco de arena, sin brillo en el pelo y medio tuerto). Confundiendo el baile del puño de debajo de la colcha con alguna posible presa, a Giggles le dio por saltar sobre los genitales de Daniel a cada tres o cuatro movimientos. Esto hizo que, al cabo de diez inútiles minutos, Daniel se sintiera incapaz de alcanzar nada remotamente parecido al placer, aterrado de que, si llegaba al orgasmo, la impresión quedara para siempre grabada en su memoria asociada a la imagen de un gato obeso acechando su pene, y eso pudiera activar algún fetichismo latente y sumamente embarazoso.

Y el día, que ya de por sí había sido frustrante, acabó todavía peor cuando, unos veinte minutos después de que Angelica volviera, Daniel vio vibrar su móvil y el nombre de Katherine parpadeó en la pantalla.

Si es posible echar de menos a alguien y a la vez no querer volver a verlo nunca, eso era lo que Daniel sentía por Katherine. Con el tiempo se había ablandado, como es natural, y al final la añoranza casi había logrado ganarle la partida a la repugnancia, aunque por muy poco. La sensación era comparable a una leve náusea, a un horror nostálgico.

Escuchó su mensaje dos veces, sentado en el borde de la cama, con el pijama a medio quitar. Se sentía sucio y desarmado. De repente le faltaron las fuerzas y la voluntad para levantarse y asearse.

Angelica lo llamó desde el piso de abajo, y su voz llegó como un faro en mitad de la niebla:

—¿Daniel? ¿Vienes? Ya está listo, cielo. Pero tienes que ser sincero, ¿vale?

Volvió a escuchar el mensaje de Katherine, intentando leer algo implícito en su voz, plana, práctica: su voz de *vamos a hacerlo porque hay que hacerlo*. ¿Detectaba un ligero temblor? ¿Cierta tensión? ¿No se apagaba un poco al final? ¿Parecía un mensaje apresurado, como si quisiera terminar cuanto antes? Como siempre le había ocurrido con Katherine, Daniel esperaba más de lo que recibía, y el hecho de que aún, después de tanto tiempo y conociéndola tan bien, esperase algo era en sí mismo una fuente de irritación y de tristeza.

—Ya voy —dijo con voz ronca, notando cómo se le inflaban las fosas nasales con la presión del habla. Tenía la voz distorsionada y gangosa.

Se preguntó si debía llamar a Katherine en ese momento. Quizá fuera mejor esperar unos días, o llamarla el fin de semana, cuando sería más fácil encontrarla en casa y él estuviera en mejores condiciones de tener una conversación sensata.

Jugueteó con las borlas de la colcha, estampada con esos diseños cósmicos que

embuten el espacio infinito del territorio planetario en los confines domésticos de una cama doble fabricada en serie. La verdad es que era ridículo. Como tantas otras cosas. En una esquina del dormitorio había un gran lienzo en el que Angelica se había expresado por medio del arte infantil: un YO en mayúsculas y una A mayúscula. Uno de sus terapeutas le había dicho que pintara con la inocencia de un niño. Angelica había pintado con los dedos un sol y un cielo azul, pero tenía el pulgar manchado de pintura acrílica, y la punta de los rayos era de color verde. El dibujo era espantoso y enternecedor. Daniel escuchó el mensaje por última vez y detectó aún menos matices que antes.

—¿Cielo? Te he dicho que ya está. ¿Vienes? Llegarán en cualquier momento y me encantaría que...

—He dicho que ya voy.

Se acordó de la última vez que vio a Nathan, una noche de verano, bajo las estrellas, en el claro de un bosque, desnudo de cintura para arriba, de pie y completamente inmóvil, mientras un montón de gente bailaba y aullaba alrededor de él. Parecía como si estuviera más allá de todo, más allá del tiempo. ¿Dónde habría pasado el último año y medio?

Daniel encontró unos vaqueros a los pies de la cama y metió las piernas con muy poco entusiasmo. Quería volver a la cama y dormir. Dudó si decirle a Angelica que había recibido un mensaje de Katherine, y luego, sintiendo un ligero retortijón en el intestino delgado, comprendió que no tenía ninguna duda, que sólo estaba fingiendo que dudaba. Esto era algo de lo que era capaz. Sabía ejecutar los movimientos que exigía la decencia para suavizar la inevitable indecencia final. Sea cual sea tu catadura moral, como le gustaba decir a Katherine, las convenciones sociales siempre terminan triunfando sobre las decisiones éticas. ¿Para qué si no había inventado Dios los remordimientos?

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, cielo, sólo... —Pasó el pulgar por la pantalla del teléfono para limpiar una huella dactilar—. Me estoy cambiando.

Encontró a Angelica con unos guantes de horno, sosteniendo con orgullo una fuente de cristal que contenía una especie de engrudo de lentejas.

—¿Quién te ha llamado por teléfono? —preguntó en el pasillo, a medio camino entre la cocina y el comedor, iluminada a contraluz por los fluorescentes de la encimera, con la cara en sombra y las puntas del pelo en llamas. Sujetaba la fuente como si se tratara de una ofrenda ante la que hubiera que arrodillarse antes de comerla. Parecía contenta, aunque insegura. Daniel se dijo que, si era sincero, a Angelica quizá se le caería la fuente.

—Nadie —dijo—. Se habían equivocado.

Sería imprudente decírselo cuando tenía en las manos algo delicado, pensó Daniel. Pero entonces repasó todas las revelaciones imprudentes y llegó a la conclusión de que, desde que conocía a Angelica, no había habido una sola vez en

que ella, metafóricamente hablando, no tuviera en las manos algo delicado, algo que le ofrecía como un frágil sacrificio, e incluso cuando no era así, él nunca había tenido que esforzarse para imaginárselo. De todas formas, siempre pasaba algo, Daniel siempre estaba incubando algo o pensando que la semana siguiente se encontraría menos cansado, menos resentido, más fuerte, más feliz. Pero eso nunca llegaba. Nunca, por muchas razones, había un buen momento.

**U**n día, cuando Daniel tenía seis años, su padre lo llevó con él a la oficina. No había más remedio, según su padre. Daniel no había pegado ojo en toda la noche, porque le dolían los oídos, y no podía ir al colegio. Y su madre estaba fuera, pasando unos días con su hermana. ¿Prefería quedarse solo en casa?

La pregunta era manipuladora. En torno a los cuatro años, Daniel empezó a experimentar un miedo patológico a la soledad. Se despertaba en mitad de la noche, gritando, convencido de que sus padres lo habían abandonado o de que habían muerto mientras dormían. Años después de aquella mañana en la oficina, cuando su madre, de una manera que en absoluto parecía una amenaza, anunció que se iba a vivir con un hombre al que había conocido exactamente cuatro meses y dos semanas antes (era fácil calcularlo, porque el hombre en cuestión era amigo de un amigo, y él estaba con su madre cuando los presentaron, y con el tiempo logró recordar el momento exacto, el temblor en la voz de su madre y el extraño tono que adoptó no sólo su voz, sino también su actitud y su manera de ser), Daniel se despertaría de noche con mayor frecuencia aún, con el corazón encogido entre los barrotes de hueso de su caja torácica y con el convencimiento de que estaba solo. A lo largo de su vida, este sueño se fue transformando en distintas escenas que se desarrollaban en distintos ambientes, pero siempre iban acompañadas de la misma sensación de pérdida que, con el tiempo, contaminó su estado de ánimo cotidiano y condicionó sus reacciones en situaciones aparentemente triviales.

Fueron unos días raros. Daniel no estaba acostumbrado a pasar mucho tiempo solo con su padre, que o bien se quedaba en la oficina hasta muy tarde o se llevaba trabajo a casa. Era mayor que los padres de sus amigos; por eso parecía más adulto que el adulto medio, un poco menos joven, y por eso Daniel lo comprendía un poco menos. Empezaba a tener canas, aunque era un hombre sano y activo que ensalzaba las virtudes del deporte y la buena alimentación, lo que llevó al pequeño Daniel a imaginar que los cuatro días que iban a pasar solos (no tenía hermanos: según había dicho su madre en cierta ocasión, las últimas oportunidades no suelen presentarse de dos en dos) serían, en el mejor de los casos, muy aburridos, y en el peor, casi militares. Resultó que se equivocaba. Abandonado a su suerte, su padre se reveló como un compañero sorprendentemente agradable y relajado. Mientras su mujer estuvo fuera, en lugar de llevarse trabajo a casa, veía la tele con Daniel y le enseñaba a jugar al ajedrez. También cocinaba: curris, pastel de cordero con puré de patata y, la

última noche, *fish and chips*. Muchos años después, Daniel seguiría recordando a menudo aquellos días que pasó con su padre. Antes de que su madre se marchara, los consideró como unas simples vacaciones, una especie de isla privada en la amplia y desierta extensión de su relación con su padre. Con el tiempo cobraron un tinte más oscuro, y Daniel acabó pensando que esos días fueron tan agradables no porque su padre se esforzara, sino porque estaba contento y logró relajarse, cosa que, por alguna razón, nunca era capaz de hacer en compañía de su madre; de ahí que, inconscientemente entonces y más conscientemente después, Daniel se formara una idea del dolor que produce la masculinidad reprimida y de la vida familiar como un vacío de individualidad. Volvieron a estar solos cuando ella se fue, por supuesto, pero de otra manera. Daniel era mayor y empezaba a entrar en esa etapa de la vida en que buscaba distancia, no el consuelo de sus padres. En los años que siguieron, tuvo motivos para lamentar cómo transcurrió el tiempo a raíz de la partida de su madre, y también para reafirmarse en la opinión de que la juventud estaba sobrevalorada, puesto que sus principales características eran el egoísmo, la torpeza y la fascinación por lo banal. Y como es natural, esto significó a su vez que, si los últimos días de convivencia con su padre se tiñeron retrospectivamente de pesar, aquellos primeros y breves días, cuando él tenía seis años y su padre parecía serlo todo al mismo tiempo —padre, amigo y compañero de trabajo—, cobraron un significado mucho mayor de lo que pareció en su momento y quedaron imbuidos de una perfección y de un sentido que no estaban al alcance de ninguno de los dos: nada podía igualarlos o superarlos, y en su luminosa superficie destacaba aquel día en la oficina, que fue para Daniel su primer contacto con la vida laboral y la única vez en que vio a su padre como un hombre por derecho propio.

Esto ocurrió en 1985, en los años del *boom*. Aunque un poco demasiado mayor como para situarse en la agresiva vanguardia de la especulación financiera (era un hombre fuerte y un trabajador leal, pero le faltaban la laxitud moral y el instinto asesino necesarios para incorporarse a lo que sus compañeros llamaban las «principales divisiones» de la City), el padre de Daniel ocupaba una atractiva posición de gestor intermedio en una pequeña compañía especializada en el negocio inmobiliario. Aquello fue el principio de lo que Daniel más tarde llamaría «actividades MacGuffin», actividades en las que la supuesta fuerza de la empresa o su ámbito de negocio tenían muy poca relación con la labor de su plantilla, que operaba en niveles más profundos o hipotéticos. Así, el trabajo se separaba del producto, y la producción, de la actividad física. El padre de Daniel era un ejemplo perfecto de la situación: cuando le preguntaban a qué se dedicaba, respondía que trabajaba en el campo de la propiedad inmobiliaria, y hasta en la descripción de su puesto figuraba la palabra «propiedad», aunque en realidad no tuviera la más mínima ocasión de acercarse a una propiedad y ni siquiera participase en las transacciones. Trabajaba en el departamento de análisis y se ocupaba de desmenuzar los números que en las altas esferas se consideraban importantes. Estudiaba tendencias y

resultados y diseñaba gráficas para ayudar a otros a comprender dichas tendencias. Tal como él mismo lamentaba a menudo, la mayoría de la gente no entendía de números, de ahí que quien supiera transformar los números en una imagen siempre saldría ganando. Su madre decía que ese trabajo era «aburrido», insinuando que un trabajo aburrido era perfecto para un hombre aburrido, y, aunque era evidente que él lo veía de otra manera, jamás lo señalaba; optaba por encogerse de hombros como diciendo «cada cual hace lo que sabe» y dando a entender, según le diría a Daniel más tarde, un día que tuvieron que esperar casi un hora en la consulta del médico, que el aburrimiento estaba en la mente del observador.

A los pocos días de pasar la mañana con su padre en el trabajo, Daniel se había olvidado por completo del asunto de la reunión que se celebró esa mañana. Recordaba sin embargo los detalles: las cosas que volvían real la experiencia, y cómo la oficina le pareció un espacio mucho más libre de lo que siempre había imaginado. Hasta ese momento, lo único que había visto de la vida profesional de su padre era al hombre pulcro y trajeado que salía de casa temprano, con un maletín negro. Resultó, no obstante, que su padre se vestía así únicamente para el trayecto, no para su destino, y nada más entrar en el amplio despacho de la tercera planta, enmoquetado y con grandes ventanales de doble cristal que sólo servía para intensificar los pitidos y los zumbidos de las máquinas, se quitaba la chaqueta, se aflojaba la corbata, se remangaba la camisa y se preparaba una taza de té. Dejaba el maletín debajo de la mesa, mucho más desordenada de lo que Daniel esperaba, y no se acordaba de él hasta que se vestía para volver a casa. En las mesas había tazas y platos personalizados con los nombres de sus dueños, y enormes ordenadores con pantalla negra y texto verde que en esa época parecían todo un universo de progreso tecnológico y que escupían cadenas numéricas en bobinas de papel perforado de muchos metros de longitud. Había, además de bolígrafos y lápices, frascos de Tipp-Ex y rollos de celo en unos dispensadores especiales; sacapuntas eléctricos y grandes sujetapapeles negros para unir montones de copias impresas. La gente tenía fotografías enmarcadas encima de las mesas. Cada mesa era una isla, pero no como en el colegio, donde te sentabas en cualquier parte porque daba lo mismo. Aquí cada cual tenía su sitio. Todo el mundo se tuteaba y charlaba sin prisa, no sólo del trabajo, sino de cualquier cosa: de fútbol, del tráfico y de impuestos. El padre de Daniel era un hombre distinto. Relajado y respetado. Le presentaban un montón de papeles y él hacía un garabato con un rotulador azul y decía cosas como «bien hecho» o «buen trabajo». En la sala de reuniones había una pizarra, más bolígrafos y una secuencia de gráficos que todos coincidieron en calificar de «buenos pero no estupendos», y su padre, cuando volvían a casa en el coche, le confesó que había sido «terrible», aunque nadie hubiese sacado las cosas de quicio. A Daniel se le pasó el dolor de oídos. Le dieron cosas que hacer: papeles para traer y llevar. Su padre lo nombró su secretario personal y lo presentó como su nuevo empleado. La oficina olía a loción higiénica, a sudor y a café. Todo el mundo tenía allí su sitio y su función. Nadie quedaba excluido

porque todos tenían una tarea que cumplir, una misión, y todo funcionaba porque cada uno hacía su trabajo. Y cuando, al volver a casa, Daniel dijo que quería trabajar en una oficina, su padre sonrió de una manera especial, como sólo se sonríe una o dos veces a lo largo de la vida, y Daniel tuvo la sensación, no en ese momento sino más adelante, de que su padre había estado sonriéndole toda la mañana, y desde ese día, cualquier oficina, por anodina, incómoda o deprimente que fuera, quedó asociada a aquella sonrisa. Una parte de Daniel comprendió ya entonces que eso sería difícil de explicar, y se lo guardó hasta unos veinticuatro años más tarde, cuando, una mañana que llovía a cántaros, se presentó en casa de su padre y encontró al anciano en la mesa del comedor, rodeado de todas sus viejas cosas, clasificando recortes de revistas sujetos con clips en los que iba haciendo anotaciones con un rotulador antes de ordenarlos en distintos montones, mientras llevaba una especie de lista en un sobre que resultó ser una carta que la madre de Daniel le había escrito antes de casarse. Su padre lo miró con la misma sonrisa jovial, dijo que lo sentía muchísimo, pero estaba muy agobiado con aquel informe de auditoría, y le preguntó si no podían verse al día siguiente, y Daniel se dio cuenta de la aterradora importancia del trabajo en la concatenación de nuestra existencia: la necesidad de trabajar, la angustia que produce la falta de trabajo, y cómo todos esos ritmos y esas pautas de producción están mucho más dentro de nosotros que otras muchas cosas que, cuando nos vemos en la disyuntiva de recordar u olvidar, parecen mucho más importantes. Su padre estaba dispuesto a olvidar quién era su hijo. Estaba dispuesto a olvidar aquel día en la oficina y las horas que Daniel había pasado siendo su secretario; estaba incluso dispuesto a no fijarse siquiera en ese momento en que estaban juntos, y en cómo Daniel volvía a fingir que era su secretario. Su amor, sus esperanzas, sus logros, sus temores y sus cambiantes prejuicios, todo lo que lo convertía en la persona que era, iban a morir, mientras que los detalles de la oficina —los montones de recortes, el movimiento de izquierda a derecha de las bandejas de entrada y salida y los putos clips— los recordaría siempre, quedarían almacenados en los músculos y los nervios hasta el día de su muerte; y sucedió que, a raíz de este día, la oficina se convirtió para Daniel en un lugar muy difícil, y no porque de pronto descubriese en él algo que parecía tóxico, sino porque ya no estaba seguro de poder llenar el cavernoso espacio conceptual en que se había transformado. Con su padre aún presente, Daniel había sido su secretario, había estado a la altura de lo que se esperaba de él, se había convertido en algo. Con su padre ahora ausente (el especialista dijo que no era demencia, sino un accidente vascular, un bloqueo en alguna de las tortuosas circunvoluciones cerebrales), Daniel volvió a ser el niño atrapado en la infancia, el niño que daba vueltas por la casa con los zapatones y la chaqueta enorme de su padre, que descolgaba el teléfono y mantenía una conversación muy importante con el tono de llamada. Se despertó en mitad de la noche y se sintió olvidado. Estaba en la cama, al lado de Angelica, pero sólo sentía las limitaciones de la intimidad. Ella no podía dormir sin tocarlo, por lo visto, y él no podía dormir si lo tocaban. Esperaba hasta que



Angelica empezaba a roncar y entonces le soltaba la mano o se alejaba de sus brazos. Ella lo perseguía en la cama y no paraba de moverse. Buscaba el brazo de Daniel, se lo pasaba por los hombros y lanzaba un *mmmm* largo y profundo con el que manifestaba tanto su alegría como un suave reproche. Pero él necesitaba soñar a solas, y el mero contacto con el cuerpo de Angelica parecía interrumpir algún circuito cerebral y servía, si no para despertarlo, sí para que sus sueños tuvieran un triste y prematuro final, y entonces se despertaba, siempre, con la sensación de no haber podido completar el sueño, la decepción de que lo hubieran interrumpido.

Daniel ajustó su reloj biológico para optimizar sus horas de descanso. Empezó por acostarse antes que Angelica, varias noches debidamente espaciadas, y fingir que estaba dormido cuando ella se metía en la cama. Le gustaba variar la representación. Una noche parecía simplemente dormido, otra aparentaba que se había quedado dormido leyendo. Se tumbaba con cuidado, con el libro abierto encima del pecho, y se imaginaba la sonrisa de Angelica al acercarse para cerrar el libro y apagar la luz antes de meterse en la cama a su lado. En realidad, ella no le hacía caso, y él se quedaba atrapado debajo del libro, sin saber si fingir que se despertaba para ponerse cómodo o prolongar la mentira y seguir como estaba. Había optado por lo segundo y se había pasado la mitad de la noche clavado en el sitio y en tensión, incapaz de dormir o de darse la vuelta.

Probó también a levantarse temprano y a soñar despierto, mientras veía amanecer en la periferia, con sus baldosas de luz artificial, observando el mosaico de cortinas entreabiertas y habitaciones iluminadas al tiempo que la calle se preparaba como él para recibir el día. Pero Angelica, siempre alerta a sus movimientos, a pesar de que dormía con antifaz y tapones en los oídos, sincronizó sus ciclos de sueño a los de Daniel y bajaba las escaleras detrás de él después de unos pocos minutos de deliciosa soledad, y se sentaba a su lado mientras él se tomaba el café y se esforzaba por hablar de algo. Ella se esforzaba con él, naturalmente, incluso por él a veces. «Dime una cosa —decía flexionando las piernas en el sofá y tapándose los pies con la bata—. ¿En qué estás pensando?». Daniel no lo sabía, no podía contestar. Ella tenía la costumbre de darle un golpecito en la sien. «¿Qué está pasando ahí dentro?». Cuanto más insistía ella, más se alejaba él. Un día gris tras otro desayunaban en mitad de un silencio resignado, ligeramente huraños, imaginando palabras que nunca llegaban a pronunciar, hasta que ella sonreía, suspiraba y decía: «¿No es estupendo que podamos estar juntos así, sin necesidad de hablar?».

Por eso Daniel se iba a trabajar temprano, llegaba al centro mucho antes de su hora. Le gustaba pasear por los laboratorios antes de que llegasen los demás, a las nueve; deambular por los departamentos separados por mamparas de aluminio y cristal opaco, y oír el zumbido y el traqueteo de los instrumentos en funcionamiento. Cuando estaba solo, percibía la respiración del laboratorio. Nunca tocaba nada. Como en todos los demás aspectos de su vida, si se buscaran allí las huellas dactilares de Daniel, sería difícil encontrarlas. Simplemente disfrutaba con la sensación del

ambiente, con su energía: cuatro amplias salas de investigación silenciosa y lentos diagnósticos, iluminadas por un levísimo tinte verde. Detrás del edificio había una cúpula biológica climatizada donde se cultivaba maíz con técnicas de ingeniería. A Daniel le gustaba adentrarse en aquella quietud clínica, detenerse junto al borde de los cultivos y parpadear hasta que sus ojos se adaptaban a la claridad de las paredes y los techos y no veían nada más que la cosecha. En invierno era especialmente agradable quitarse el anorak, detenerse un momento en medio de un perfecto y falso día de verano y aspirar el aroma del campo como la propia esencia de veranos pasados, resguardado de la lluvia que azotaba la bóveda de cristal y transformaba el cielo en una confusión de agua y mármol.

**D**aniel vivía pegado a Angelica, como dos velas derretidas y fundidas en un amasijo de cera informe. Ella creía en un grado de cercanía e intimidad casi místico. Quería solaparse, fundirse con él. El problema estribaba en que él se había esmerado demasiado en pintarse con los colores que ella deseaba. Siempre había tenido el don de la ventriloquia. Cuando tenía un buen día, incluso era capaz de acompañar su interpretación con la expresión más idónea. Hasta que descubrió que el mejor disfraz era la insipidez, el disfraz de no poner ninguna cara. Angelica desconocía, o sólo veía por momentos (aunque enseguida deseaba la imagen con optimismo), los territorios que Daniel se reservaba para sí. Él le decía que la quería. Y la quería. Ella lo quería. Era espantoso. El amor, con su mullida envoltura protectora, se había inflado entre ellos como un airbag en un accidente de tráfico. Ella lo miraba a los ojos cuando hacían el amor, y él se imaginaba dentro de un túnel estrecho, soportando el peso de un río que pasaba por encima a toda velocidad. Nunca la dejaría. Vivía con miedo a que ella lo dejase a él.

Angelica tenía un año menos que Daniel, aunque iba varios años por detrás en lo que respectaba a su desarrollo profesional, en parte porque había invertido grandes extensiones de su vida en lo que ella llamaba su desarrollo personal. Había viajado. Había explorado. Había *perdido el tiempo* en distintos lugares y, al final, pensándolo bien, no había *estado* en ninguna parte. Daniel se fijó en que los viajeros siempre hablaban así. Lo hacían para aparentar nomadismo, flujo y libertad, un concepto este último que Angelica y sus amigos parecían apreciar especialmente. Para Daniel aquella era una forma de libertad extraña; el alivio de no tener que seguir buscando un empleo, una pareja, una vivienda. Las playas de Goa, las fiestas a la luz de la luna llena y las simplezas que predicaban los hare krishna no iban con él. Prefería su bonus anual y la sensación de plenitud que acompañaba a los logros auténticamente verificables. Al menos eso había pensado siempre y eso intentaba seguir pensando ahora que se sentía atrapado y aterrado por la idea de ser libre.

Daniel había conocido a Angelica de una manera bastante previsible, aunque en plan «de qué coño va esto», en un bar, un jueves que era fiesta y estaba cayendo agua

nieve, en un momento en que había elaborado una larga lista mental de las cosas que no quería en una mujer y las que necesitaba para poder sentirse atraído por ella. Angelica tenía sus cualidades, como es natural, pero fueron las cosas que no tenía las que atrajeron a Daniel. Era la anti-Katherine. No era dura ni cáustica. No gritaba. Era fácil estar con ella y, sobre todo, Daniel era incapaz de imaginarla defecando. Después de Katherine, que tenía una manera muy gráfica de describir sus funciones corporales, que detallaba sus movimientos intestinales a la hora del desayuno, que lo seguía al cuarto de baño cuando él se estaba cepillando los dientes y analizaba su compresa como si fueran los titulares de la mañana, Daniel juró que se alejaría por completo de la vulgaridad física de las mujeres con las que se acostara, y evaluaba a cada mujer a la que conocía en función de la facilidad con la que podía imaginarla cagando o menstruando. En su primera conversación con Angelica, incómodos y apretujados en el bar lleno de gente sudorosa, gritando para poder oírse en medio del barullo, Daniel hizo el intento de aniquilar mentalmente la belleza de Angelica, y por suerte no lo consiguió. Sentía por ella una atracción compleja: reverso-reactiva. No era tanto que le gustase como que no se imaginaba que pudiera no gustarle.

Las copas ayudaron a que la conversación fluyera sin problemas. Intercambiaron cumplidos mientras tomaban unas pintas a precio reducido, seguidas de unos cócteles a precio aumentado, y Angelica demostró una vez más que era completamente distinta a Katherine, no sólo porque tenía un mayor conocimiento del mundo sino porque también expresaba sus opiniones para mejorarlo. Una de las quejas más frecuentes de Katherine sobre Daniel era su idealismo de clase media liberal, su noción difusa y cómoda de la realidad. A Daniel le molestaba mucho esta observación, en parte porque era cierta y porque, como buen liberal, no quería tanto cambiar el mundo como rodearse de gente que deseara que el mundo fuese distinto en los mismos aspectos que él. Por eso se emocionó al conocer las opiniones de Angelica sobre la responsabilidad global, la subida del nivel del mar y esa enfermedad tan rara que estaba afectando al ganado. Aquello no era amor, era simplemente lo más parecido a la idea del amor que Daniel había llegado a sentir jamás.

Empezaron a quedar y trataron de agradarse. Ya entonces había problemas con las vacas. En todo el país, el ganado parecía haber caído en una especie de trance. Los ganaderos encontraban algunas reses solitarias, alejadas del rebaño en los extremos de los campos, con la mirada perdida en un punto intermedio. Se negaban a comer y a beber hasta que morían. Los expertos estaban desconcertados. El término de «trance idiopático bovino», lejos de ser un diagnóstico, se acuñó como reconocimiento de ignorancia. Daniel y Angelica emprendieron una cruzada contra McDonald's. En dos ocasiones salieron a la calle a repartir folletos de impresión casera que advertían de los males de la comida rápida, con la sensación de estar derribando a patadas los arcos dorados del logotipo de la compañía cuando estos ya habían caído. En algún momento, el entorno se había convertido en el nuevo Tercer Mundo. La comodidad

se había terminado. Había que esforzarse para comer. Todo lo que fuese rápido era sospechoso. Lo fácil, además de corromper, estaba corrompido.

Por eso era horrible que ellos, como pareja, se sintieran tan cómodos, que todo les resultara tan sencillo. La gente iba a McDonald's porque sabía lo que le daban allí. Daniel estaba con Angelica por la misma razón. Angelica era como un producto publicitario. Hacía lo que prometía su envoltorio.

La vida cotidiana era para Angelica inseparable de su conciencia global. Siempre había margen para mejorar, para crecer. Se veía a sí misma (y por desgracia también veía a Daniel y su relación) como algo que había que trabajarse, como un proyecto sin un fin o un objetivo definible. «Me he trabajado mucho eso últimamente», decía. O también: «Sé que necesito trabajar eso». Leía con voracidad para conocer sus propios límites. No hablaba, sino que *se expresaba*. No pensaba, sino que *exploraba*. Lo cierto era que parecía haber llegado a la conclusión de que el mero hecho de pensar era de por sí un riesgo, y puede que también el síntoma de alguna carencia, defecto o desajuste profundamente arraigados que había que explorar a fondo.

—¿Pienso demasiado? —preguntaba sin venir a cuento mientras hacía cualquier tarea doméstica—. Porque tengo la sensación de que estoy todo el rato pensando, y eso a veces está muy bien. Pero otras veces está fatal. Es como paralizante, estar siempre *pensando* en algo.

Daniel no sabía si era posible pensar demasiado. A él, con frecuencia, sus propios pensamientos le parecían mucho más interesantes que las cosas de la vida cotidiana, hasta el punto de que estas a veces le fastidiaban, porque interferían en sus pensamientos. Ella le había planteado la cuestión más de una vez, y él terminó por aceptar de mala gana que tendría que trabajarse ese defecto.

—Tengo que ser más espontánea —decía—. Los dos tenemos que serlo. ¡Seamos espontáneos este fin de semana! ¡Hagamos una locura sin planificar nada!

Eso lo dijo dos veces. La primera vez pasaron la mayor parte del sábado discutiendo posibles locuras, pero al final decidieron que todas eran demasiado previsibles, y se fueron de compras. La segunda vez acordaron no discutir nada: cada uno terminó haciendo un plan por su cuenta, sin consultar con el otro, y se pasaron el resto del fin de semana peleándose.

Su vida sexual era, naturalmente, la faceta más sintomática de todas. Se encontraba en estado de reparación constante, como si se tratara de un gigantesco y ambicioso proyecto arquitectónico que requería continuos apuntalamientos y andamiajes, pues se obstinaba en desviarse de lo planificado. La intimidad era un problema. La intimidad, la espontaneidad y el equilibrio entre ambas cosas. A veces, por ejemplo, a Angelica se le metía en la cabeza la idea de una fusión tántrica que durase horas y horas, en busca de un estado de unión casi místico del que había leído algo en algún libro de segunda mano. Otras veces pensaba que el rito previo de *planificación*, la iluminación tenue y el incienso que apenas les dejaba respirar, lo volvía todo demasiado predecible y mortecino, y entonces sólo quería follar y acabar

cuanto antes. El caso es que Daniel, por decirlo así, nunca sabía si iba o venía, con lo que tendía a no acertar, y Angelica terminaba acusándolo de que tenía problemas con la intimidad, la espontaneidad o la pasión. En cuanto a sus preferencias personales, basta con decir que a Daniel se le caía el alma a los pies cuando veía que Angelica empezaba a buscar una varita de incienso.

Aunque los dos eran responsables, la austeridad parecía escapárseles, y las cosas se multiplicaban por arte de magia. La vida en común, a juzgar por las apariencias, se reducía a una colección de productos y al deseo de aumentar continuamente esos productos hasta que todo fuera perfecto, cosa que naturalmente nunca llegaría a ocurrir, porque entonces ¿qué les quedaría por trabajarse? Las cosas se rompían, se terminaban, y además había que limpiarlas (lo que a su vez requería más productos especiales). Como no tenían hijos, necesitaban algo de lo que cuidar para no caer en esa especie de insípida complacencia que ambos aseguraban temer, pero que en secreto anhelaban. El estilo caótico y un tanto desaliñado que algunos de sus amigos habían llegado a perfeccionar no era para ellos. Necesitaban las mismas cosas que todo el mundo. Burbujeantes limpiadores para toda clase de superficies; cremas hidratantes que tonificaban, elevaban y daban un leve efecto bronceado; champús que añadían brillo y volumen. Angelica y Daniel soñaban con un mundo mejor, pero seguían eludiendo el olor de la mierda del otro, necesitaban distintos tipos de ambientadores de lavanda y, cuando eso no bastaba para enmascarar el olor, recurrían a un potente arsenal químico que prometía nada menos que un Armagedón bacteriológico. Tenían un producto para cada cosa, y una sensación de conocimiento científico bien aplicado. El potente exprimidor era capaz de sacar zumo de un bloque de cemento; la ropa de cama despedía aromas que favorecían el sueño. Seguían un régimen vitamínico riguroso y muy complicado. Daniel llevaba meses sin fumar. Todas las mañanas, después de una vigorizante ducha terapéutica con flor de cananga y un desayuno equilibrado a base de cereales estrictamente seleccionados por su valor nutricional, Daniel mezclaba en el vaso del exprimidor zanahorias, manzanas y una fruta exótica de forma extraña que no sabía cómo se llamaba, y obtenía doscientos cincuenta mililitros de bienestar puro y sin adulterar. Como buena parte de su vida, era saludablemente repugnante, aunque la virtud endulzaba su acidez. Era algo de lo que se podía presumir, algo que te convertía en mejor persona.

Todos sus amigos tenían pareja. Angelica había tenido una relación estable (según sus propias palabras), pero su ex se había portado tan mal con ella que cuando se separaron se llevó a todos los amigos comunes. Daniel tenía pocos amigos propios. Los amigos de Angelica eran ahora sus amigos. Los fines de semana se turnaban para invitarse a comer o a cenar. Una pareja cocinaba y otra llevaba el vino. Había algo de competitividad en medio de la camaradería. Los plurales eran como una alambrada de espino. «Lo pasamos de maravilla en Nueva York. ¿Vosotros vais a algún sitio este año?». Incluso una frase en apariencia tan sencilla como «¿Qué tal os va?» producía una sensación extraña. ¿No podía uno estar bien y el otro mal?

Los invitados más asiduos eran Sebastian y Plum, los que iban a cenar esa noche. Plum se llamaba Plum. Tenía esa clase de padres, capaces de llamar a su hija Ciruela. Su hermana se llamaba Nasturtium. Sebastian, curiosamente, no se llamaba Sebastian, pero por lo visto le gustaba más que el nombre con que lo habían bautizado: Walter. Sebastian, para su fastidio, tenía esa clase de padres. Lo habían bautizado y había pasado algunos años en un internado, pero a los dieciocho lo mandó todo a hacer puñetas y se fue a Goa, donde se había transformado, como esas prendas a las que se hace un nudo antes de teñirlas, y había vuelto convertido en Sebastian Freud. Sus padres estaban indignados, pero él pasaba de ellos. Pasaba de un montón de cosas. Igual que Angelica, se lo había *trabajado* mucho. Era un altruista narcisista. Alardeaba de su falta de egoísmo. Sus soliloquios se componían de dos partes de arrogancia y una de condescendencia. Creía que Daniel era un reprimido. Daniel creía que él era un capullo. Se toleraron mutuamente al principio, cuando a todos les tocaba agradar, esos días que Daniel empezaba a ver ahora con mayor claridad como un intento de impresionar a Angelica, pero seis meses después de que Daniel aceptara un puesto en el Centro Jenssen-Meyer, que casualmente estaba en el punto de mira de una de las protestas en las que Sebastian participaba, su capacidad para fingir que se llevaban bien había menguado, por decirlo suavemente.

Daniel era, en general, honesto en todo lo relacionado con su trabajo en el departamento de comunicación del centro de investigación y con la propia actividad del centro. No lo era, sin embargo, en cómo había logrado el trabajo y en la laxitud moral a la que se le invitaba ahora que lo había conseguido.

El Jenssen-Meyer, dedicado a la investigación en el campo del cultivo bioquímico, era una institución dirigida por dos de los biólogos humanistas más radicales de la década de los ochenta: Lens Jenssen y Colin Meyer. Sus credenciales cuando el centro empezó a funcionar en las trincheras del incipiente movimiento ecologista eran incuestionables, tal como le gustaba señalar a Daniel. Dados sus orígenes, y que el objetivo de su trabajo era la creación de una fuente de alimentos sostenible, Jenssen y Meyer estaban comprensiblemente molestos al verse convertidos en el blanco de unas protestas idénticas a aquellas en las que ellos mismos habían participado veinte años antes. Por eso, cuando llegó la hora de seleccionar a una persona responsable de la comunicación corporativa, tuvieron el olfato de buscar a alguien que supiera *entender*, según su propia definición ligeramente eufemística, a los airados manifestantes con rastas que asustaban a los inversores desplegando pancartas en el aparcamiento. Daniel, que a esas alturas, y siendo sincero, tenía la sensación de haber hecho ya más que suficiente no sólo para impresionar a Angelica sino también para liberarse de la antiideología feroz que propugnaba Katherine en su visión del mundo, que empezaba a estar harto del idealismo de Angelica —por mucho que hubiese disfrutado de lo que más tarde llamaría un paréntesis de unos meses— y a echar de menos la sensación de evolución profesional que había sido hasta entonces la piedra angular de su existencia, vio la

oportunidad de equilibrar las dos mitades de su vida y se alegró muchísimo cuando supo que lo habían seleccionado, lo que en cierto modo explicaba el celo con que afrontó la entrevista de trabajo.

A Jenssen y Meyer se los tenía por personas elitistas, les dijo. Su imagen se había vuelto reservada, autocomplaciente. Sus orígenes en el ámbito de la bioquímica radical, su antiguo estilo de vida alternativo, que siempre exhibían como una insignia de honor, ya no despertaban ninguna admiración. Los *hippies*, lejos de verlos como espíritus afines que habían hecho las cosas bien, los veían como unos vendidos. Para ellos, cualquier compromiso con el poder era sospechoso. Los *hippies* no querían conseguir nada, dijo Daniel. Querían sentarse en una sala a debatir los argumentos de siempre, a la vez que se consolaban pensando que si no habían conseguido cambiar nada, era sencillamente porque la sociedad estaba en su contra. Esto significaba que Jenssen y Meyer, a juzgar por las protestas que se convocaban a las puertas de su centro de investigación, habían cometido un doble pecado. No sólo se habían vendido, habían demostrado sin querer que venderse daba buen resultado, y por esa razón, dijo Daniel, los *hippies* jamás los perdonarían. Comprendía que podía ser una cuestión de orgullo personal ganarse la simpatía de las personas con las que de entrada pensaban que debían tener una buena relación, pero lo cierto era que había llegado el momento de hacer nuevas amistades. En lugar de vender la integridad ideológica de sus investigaciones en los círculos alternativos, sugirió, debían vender la respetabilidad de su trabajo en los círculos respetables, porque en ese momento estaban atrapados entre dos posiciones ideológicas enfrentadas y lo único que conseguían era no complacer a ninguna de las dos. Del mismo modo en que los manifestantes utilizaban los orígenes de Jenssen y Meyer como prueba de su deslealtad a unos ideales firmes, los miembros más conservadores de la comunidad científica podían utilizarlos como prueba de posible excentricidad. Al fin y al cabo, a nadie le importaba lo que pudieran pensar los *hippies*. Si Jenssen y Meyer querían triunfar, dijo Daniel, había llegado el momento de cortar por lo sano. A tomar por culo los *hippies*.

A continuación, como es natural, habló de su experiencia bien documentada en el ámbito empresarial y de su experiencia menos documentada en el mundo *hippie*, y declaró que si lograban encontrar un candidato con un equilibrio más perfecto para los malabarismos que exigía el puesto, se lo hicieran saber. Le ofrecieron el trabajo en el acto. Daniel se lo presentó a Angelica como un auténtico éxito, y hay que reconocer que ella le concedió el beneficio de la duda. Sebastian, por su parte, no sólo fue incapaz de dejar de atacarlo sino que, quizá por puro rencor, redobló sus esfuerzos, dando a entender que la fachada de amistad que hasta entonces habían mantenido por Angelica era más endeble que nunca. No obstante, todos los fines de semana Daniel tenía que soportar la cena sin perder la sonrisa, con aquella frase —«a tomar por culo los *hippies*»— incómodamente atravesada en la garganta.

Las veladas eran siempre más de lo mismo, y Daniel las toleraba sólo porque le

ahorraban el fastidio de pasar la noche fortaleciendo su vínculo con Angelica. Ella preparaba, sin excepciones, algún plato grumoso, contundente y atroz, y Sebastian y Plum siempre traían el vino, seco, original y con impecables credenciales políticas.

Esta noche, naturalmente, tampoco era distinta. Llegaron con el retraso suficiente para poner de manifiesto su desprecio por la puntualidad burguesa, aunque no tanto como para renunciar al derecho a enfadarse si alguna vez alguien se retrasaba demasiado cuando eran ellos los que invitaban. Plum llevaba un vestido que había hecho ella misma con una colección de fundas de cojines de época que, según contó, había encontrado en un rastrillo increíble cuando estuvo de vacaciones en Brighton. Sebastian llevaba unas botas camperas de tacón, unos vaqueros lavados a la piedra y una camisa de cuello Mao. Se había recogido el pelo en una coleta, lo que hacía que su sonrisa pareciera consecuencia de la tensión entre la cara y el cuero cabelludo.

—Ange —dijo Sebastian besando a Angelica en los labios (besarse en la mejilla era de reprimidos, todos parecían coincidir en eso, y se reservaba sólo para las situaciones incómodas o falsas)—, cuánto me alegro de verte. ¡Oye, estás fantástica! ¿Verdad que está fantástica, Daniel?

—Claro que sí —dijo Daniel mientras Plum le daba un beso en la mejilla—. Igual que tú, Plum.

—Es por el enema de bario —explicó Plum acercándose para abrazar a Angelica mientras Sebastian saludaba a Daniel torpemente desde detrás de las chicas abrazadas—. Me siento como Superwoman.

—Es increíble la cantidad de porquería que se puede acumular en el colon —dijo Angelica.

Se sentaron a la mesa, donde Angelica había encendido velas. En el equipo sonaba música brasileña. Angelina fue a buscar la comida.

—¿Te echo una mano cariño? —preguntó Daniel.

—No —dijo ella, para su decepción—. Tú sólo tienes que dar conversación, cielo.

Sebastian sonrió.

—No te habrá molestado que le haya dicho a Angelica que está fantástica, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Daniel—. ¿Qué tal os va?

—Genial —dijo Plum.

—Han pasado un montón de cosas —añadió Sebastian.

—Eso es estupendo —dijo Daniel.

—Y tú ¿qué tal? —preguntó Sebastian sonriendo de oreja a oreja—. ¿Cómo te va la vida en el laboratorio?

—No trabajo en los laboratorios —explicó Daniel, puede que por centésima vez.

—Es verdad, siempre se me olvida. No investigas, únicamente haces proselitismo de la investigación.

—Ay, Seb, déjalo en paz —dijo Plum.



—Sólo quería chincharle un poco. ¿Verdad que no te importa, Dan?

Sí le importaba, y tampoco le gustaba que abreviase su nombre, pero no dijo nada de lo uno ni de lo otro, para no estropear el ambiente. Angelica daba mucha importancia al ambiente, y pobre del que lo estropease.

—Bueno, yo creo que llamarlo proselitismo es un poco fuerte —dijo Daniel—. En realidad es más bien una tarea pedagógica.

—Entonces eres el ministro de Propaganda —dijo Sebastian.

—No, no es eso.

Como muchos de los de su círculo, Sebastian equiparaba todo lo que no le gustaba con el fascismo.

—Supongo que habrás visto los titulares —dijo—. Dios, ¿qué estoy diciendo? Probablemente los escribiste tú.

—¿De qué titulares estamos hablando?

—De los del centro, ya sabes.

—Ah, esos —dijo Daniel—. Sí, la verdad es que no sabemos de dónde han salido.

—Ahora vas a decirme que no son ciertos.

—En realidad no iba a decírtelo, pero ya que lo mencionas, sí, son completamente falsos.

—Eso es hablar como un auténtico creyente.

—No tiene nada que ver con las creencias. El centro está investigando una fuente de cultivos sostenible. Eso no tiene ninguna relación con lo que les está pasando a las vacas.

—¿Y si hubieran comido alimentos modificados genéticamente? ¿Y si fuera un aviso de lo que nos puede ocurrir en el futuro?

—Si crees que las vacas comen esas cosechas, es que eres un ingenuo. Además, si es verdad que se trata de un virus capaz de saltar la barrera de las especies, que es lo que por lo visto piensa todo el mundo, eso descartaría la fuente alimentaria como causa de la infección.

—No del todo —sonrió Sebastian, que detestaba que lo llamasen ingenuo tanto como disfrutaba cuando era él quien ponía esa etiqueta a otros—. Podría haber pasado a los seres humanos al consumir la carne de las vacas infectadas.

—Sí, pero eso vuelve a llevarnos a la cuestión de la fuente alimentaria. ¿No te acuerdas de las vacas locas? Las vacas comen pienso animal: desayuno, comida y cena.

—¿Sabes qué? —dijo Sebastian mordiéndose el labio—. Deberías trabajar en el departamento de comunicación.

—Y tú deberías pasarte la vida protestando en piquetes por cosas que no entiendes —le soltó Daniel—. Te vi allí el otro día, con pinta de estar pasando mucho frío.

—Tú estabas calentito en tu despacho, ¿no?

—Pues sí, la verdad.

—Ahora estás muy lejos de ese aparcamiento, ¿eh?

—¿Vamos a seguir con esto? —dijo Angelica, con la cosa de lentes en la mano y poniendo los ojos en blanco—. Por favor, chicos, ya está bien.

Sebastian mostró las palmas de las manos con gesto inocente y engréido. Daniel imitó el gesto con el mismo engrimiento, aunque de una manera menos inocente.

Cambiaron de conversación. Plum y Sebastian hablaron de Brighton. Siempre hablaban de los lugares como si fuera imposible que sus interlocutores hubiesen estado allí. Daniel había estado en Brighton, pero no dijo nada. Ya había coqueteado con la posibilidad de terminar castigado en la caseta del perro por discutir con Sebastian. Pensó que normalmente manejaba mejor ese tipo de situaciones. Quizá era la llamada de Katherine, que había activado todos esos recuerdos y sensaciones desagradables. O quizá era la gripe. Fuera lo que fue, estaba decididamente mordaz. Katherine habría dicho que esa era su verdadera esencia. Según ella, la cordialidad siempre era mentira. La amabilidad se podía fingir, aseguraba, pero ser un hijo de puta era algo que salía directamente del alma.

Cuando Daniel volvió a sintonizar con la conversación, estaban hablando de política y de los fracasos del gobierno. No dejaba de asombrarle que, años después de la salida de Blair, sus errores siguieran siendo un elemento clave de la charla en una cena. Si aquello no era un legado, ¿qué era?

—Quiero decir —decía Sebastian— que basta con fijarse en Afhanistán.

—Sí —asintió Angelica—. Lo de Afyanistán es un horror. Es increíble que ese tío nos metiera allí.

Era un acuerdo tácito dentro del grupo, Daniel se había fijado, pronunciar los nombres de países extranjeros con un acento levemente distinto del habitual y una confianza que daba a entender que todo el que dijese «Afganistán» era un zafio, además de un colonialista.

—¿Sabes? —dijo Sebastian inclinándose hacia delante, como hacía siempre que iba a decir algo profundo—. Los indígenas americanos tienen una visión fascinante del concepto de liderazgo.

—A mí me encanta su visión de las cosas —aseguró Angelica—. Por ejemplo, su relación con la tierra y su sistema contrario a la propiedad. Es una barbaridad cómo aplastamos esas culturas sin aprender nada de ellas primero.

—Es verdad —terció Daniel—. Deberíamos aprender y luego aplastarlas.

—No seas pedante, ya sabes lo que he querido decir.

—Lo que ellos dicen —se apresuró a añadir Sebastian, para desviar cualquier posible distracción— es: «Muy bien, puedes ser nuestro líder, puedes ser nuestro jefe o lo que sea, pero sólo hasta que empieces a comportarte como un líder». ¿Lo veis?

—Ajá —dijo Plum—. Eso es precioso.

—Ajá —dijo Angelica.

—Lo que están diciendo —continuó Sebastian— es que el poder corrompe, ¿cierto? Como si..., como si el fascismo fuera inevitable. —Dio una única palmada,

deprisa, claramente satisfecho de la comparación—. Y en cuanto ven que te desvías hacia el lado oscuro... —hizo el gesto de degollarse con un dedo— estás acabado.

—Y ¿quién toma la decisión? —preguntó Daniel—. Quiero decir, ¿hay un conjunto de señales de advertencia o algo por el estilo? ¿Cuáles son los principales indicios? ¿Comprarse un Porsche?

—Eso me parece un análisis muy materialista de lo que esencialmente es una cuestión espiritual.

—A mí me parece que todo ese rollo es un análisis muy espiritual de lo que esencialmente es una cuestión práctica. ¿No queréis que vuestros líderes se comporten como líderes? ¿No queréis que afronten responsabilidades?

—Hummm —asintió Sebastian—. Pero hay que tener en cuenta el bien común.

—¿Quién decide eso?

—Daniel está un poco cascarrabias hoy —dijo Angelica frotándole la espalda y haciendo una mueca—. Ha tenido un poquitín de gripe.

—Vete a la mierda.

—Portándote así —señaló Plum guiñándole un ojo— quedarías fuera del círculo de líderes entre los indígenas americanos. —Tenía la costumbre de ponerse de parte de la mayoría en una conversación, al tiempo que insinuaba cierta simpatía por el desamparado, de manera que nadie pudiera tener nunca un motivo para enfadarse con ella, y esto hizo que Daniel se enfadara al momento, aunque no supiera cómo expresarlo sin parecer un gilipollas.

—La enfermedad es una maravilla —dijo Sebastian sirviéndose un poco más del engrudo de lentejas—. Es muy depurativa.

—Yo estoy lleno de mocos. No me siento nada depurado.

—Gruñón cascarrabias —dijo Angelica agachándose para coger al gato y dejando escapar un pequeño gemido al acomodar en su regazo la informe masa del animal—. ¿Verdad que es un gruñón? Sí que lo es. Sí que lo es.

—Me acuerdo de cuando cogí la disentería en Sri Lanka —dijo Plum—. Al final me quedé como nueva.

Sebastian le pasó un brazo por encima de los hombros y la besó en la sien.

—¡Estabas guapísima! —dijo.

—Gruñón cascarrabias. Papi es un gruñón cascarrabias. Sí que lo es. Sí que lo es.

—¿Tienes que hablarle al gato así de mí? ¿De verdad es necesario?

—Los animales saben cómo somos de verdad —dijo Sebastian—. Si estás a gusto contigo mismo, no tienes nada que temer del gato, al margen de lo que Angelica pueda decirle.

—No me preocupa la opinión del gato, en realidad es más bien...

—Yo a veces tengo la sensación de que me ve por dentro perfectamente —dijo Angelica mirando a Daniel, aunque era evidente que se refería al gato—. Como si le bastara con entrar en la habitación para darse cuenta de todo, ¿sabes? Como el otro día, que yo estaba muy negativa, ¿te acuerdas, cariño?, por esa historia con el

teléfono y..., da igual, eso no viene al caso, no quiero volver a ese momento. La cuestión es que entró en el cuarto, me miró y noté que lo entendía todo. Vino a sentarse conmigo para tranquilizarme, y pensé: todo esto está ocurriendo sin necesidad de lenguaje, sin palabras.

—Es verdad —dijo Daniel—. Sabe que es una putada que se equivoquen en la factura del teléfono y te cobren de más.

—No es exactamente así —dijo Sebastian.

—Ya lo sé. Era una broma.

Sebastian asintió, como si aquello le confirmara algo muy importante. Ésa era una de las cosas que Daniel nunca había llegado a entender de Sebastian y Plum y los de su calaña. Para ser gente que creía en la libertad, en la paz y en el amor, gente que protestaba a diario contra la tiranía de los convencionalismos, tenían una extraña falta de sentido del humor, como si la libertad de expresión y la exploración emocional sin límites fuesen un asunto tan serio que no dejaran margen para la diversión.

—¿Quién quiere más? —preguntó Angelica dejando al gato en el suelo mientras se levantaba para servir—. No os cortéis, hay muchísimo.

—Yo no puedo más —dijo Plum—. De verdad.

—Yo tampoco —dijo Daniel—. Aunque estaba riquísimo. Estoy lleno.

—Parece que sólo vamos a repetir tú y yo, Seb. Anda, toma un poco más.

—No tengo ningún inconveniente —dijo Sebastian pasándole el plato—. Tienes que darme la receta.

—Es un lujo vivir con un hombre que cocina —dijo Plum.

—Vaya si lo es —asintió Angelica—. Daniel es un desastre en la cocina.

—¿Cómo puedes comer algo sin relacionarte con ello? —dijo Sebastian tragándose otra cucharada del amasijo marrón.

—Hummmm —dijo Angelica.

Daniel no dijo nada. Lo difícil de aquellas veladas con Sebastian y Plum era su tendencia a señalar a Daniel como el elemento negativo, como el que estropeaba las buenas vibraciones con demasiada facilidad. Eso significaba que, además de soportarlos, tenía que ser abiertamente positivo, y le resultaba muy difícil, porque en realidad tenía ganas de vomitar.

Decidió retirarse lo antes posible, antes de que se abriera la espita y soltara toda la bilis que tenía dentro.

—Lo siento —dijo—. No me encuentro bien. Creo que voy a acostarme.

—¿De verdad, cariño? —dijo Angelica—. ¿De verdad estás tan hecho polvo?

—Sí. Lo siento.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Plum.

—No, no —protestó Daniel, consciente de que Sebastian no decía nada—. No os preocupéis por mí. Quedaos aquí y pasadlo bien. Lo mismo vuelvo dentro de un rato. Sólo necesito descansar un poco.

—Mejorate —le deseó Plum.

Mientras subía las escaleras lamentando su retirada, que seguramente había parecido demasiado repentina y bastante patética, oyó que Sebastian retomaba el tema.

—Ya sabéis que los butaneses creen que la manera que una persona tiene de afrontar la enfermedad dice mucho de cómo afronta la vida...

Se tumbó en la cama totalmente vestido y cerró los ojos. Se le repetían las lentejas. Se sentía abrumado y atrapado por su entorno. Su cerebro funcionaba a toda velocidad a la vez que parecía renquear.

Estaba, pensó con leve autocomplacencia pero también con cierta satisfacción, preocupado. Se daba cuenta porque no era un fenómeno nuevo. Igual que las manchas de sangre son un indicador de culpa o de enfermedad (la mancha roja en el pañuelo; las vetas rosáceas de una siniestra sustancia en la orina), los pensamientos de Daniel estaban cada vez más salpicados de manchas de una alteración preocupante. Las transgresiones de la infancia afloraban a la superficie. Antiguas faltas y vergonzosos tropiezos sociales acechaban en los rincones más oscuros de su memoria. En momentos completamente normales, le ardían las orejas, se ponía colorado y se le encogía el estómago al recordar errores pasados. ¿Se creía perfecto? ¿Quería ser perfecto?

De un tiempo a esta parte, como si inconscientemente hubiese agotado el catálogo de dolencias leves aunque persistentes, los recuerdos habían empezado a ir acompañados de acuciantes y repentinos temores. ¿Y si Angelica se ponía enferma? ¿Y si él se ponía enfermo? ¿Y si perdía su trabajo? Tal vez ella no lo quería. Tal vez había conocido a otra persona. ¿Cómo se daría cuenta? ¿Cómo podía estar seguro de que la quería? Estos temores, como los recuerdos, parecían surgir de la nada, de las profundidades o de la periferia, como el pez que picotea las migas de pan en la superficie de un lago en calma. Se preguntó, como ya había pensado en otras ocasiones, si esto le ocurría porque se estaba evaporando con el paso de los años. Quizá a medida que todos sus fluidos corporales se elevaban hacia el cielo, las cosas que había ahogado hacía tanto tiempo regresaban a la superficie. Se imaginó al mismo pez varado en la orilla, con las agallas abiertas, boqueando mientras las escamas perdían su brillo en contacto con el aire sofocante. ¿Era eso él? ¿Era eso todo el mundo, al fin y al cabo? ¿Un montón de residuos enterrados, ignorados, reprimidos que resistían en la línea de la marea cuando todo lo demás se había retirado?

Al pensarlo en ese momento, en la cama, con una mano sobre los ojos y un temblor infantil en el labio superior, comprendió que esa era la razón por la que la llamada de Katherine lo había alterado tanto. Le bastó con ver su nombre en la pantalla para sentir que todo lo que había enterrado se exhumaba sin ninguna dignidad. Sí, hacia el final había abandonado a Nathan, desde luego que sí, como todos los demás. Y sí, había cortado con Katherine de una manera injusta tras cinco años de convivencia, causándole la sensación, tal como ella decía en su última carta,

hacía ya un año, que todo había sido un error. Y sí, sobre todo, había mentido a Katherine, la había engañado sin lugar a dudas. Ese era el quid de la cuestión. Esa era la causa de su inquietud y también, si tenía un mínimo de honestidad, la principal razón de su incomodidad con Angelica: el hecho de que, aunque nunca lo hubiera contado, la noche en que conoció a Angelica, después de haber tenido aquella conversación tan idealista y tan épica, sintiendo los primeros síntomas de algo que creía haber perdido para siempre, hubiese salido del bar y hubiera vuelto a casa con Katherine, de la que aún no se había separado, y le hubiera dicho, como esta misma noche le había dicho a Angelica de una manera igual de incómoda, que no había hablado con «nadie» en toda la noche. Y sí, había llamado a Angelica al día siguiente, cuando Katherine estaba en el trabajo, y sí, se había acostado con ella unas semanas después, sin haber terminado la relación con Katherine, y cuando ella le preguntó si había otra persona, aquella noche, cuando todo terminó por fin, él la miró a la cara y le dijo que nunca sería capaz de hacerle eso a nadie, que él no creía en esas cosas, y sí, fue entonces cuando Katherine, como si lo supiera (¿lo sabía?) le dijo que nunca dijera nunca, y pronunció las palabras que aún seguían atormentándolo mientras él mentía, fingía y escondía su malestar consigo mismo anteponiendo el malestar que le causaban las limitaciones de los demás: «Cuanto más alto es el caballo, más dura es la caída».

**L**a cafetería donde estaba Nathan era como un perfecto tablero de ajedrez, con el suelo de linóleo ajedrezado y un friso de baldosas blancas y negras hasta la mitad de las paredes, pintadas de blanco. Las mesas cuadradas, de formica blanca, daban al ambiente una rígida uniformidad aliviada de una manera muy llamativa por las manchas de ketchup y huevos del desayuno. Las sillas eran baratas y endebles, y se doblaban si se sentaba en ellas una persona del tamaño de Nathan. Eran también pequeñas, y eso hacía que una persona grande se sintiera más grande todavía, una sensación que no casaba con la escasa altura de las sillas, que hacía a su vez que cualquier persona, fuera cual fuese su estatura, se sintiera más pequeña. En algunas zonas había mesas unidas, para cuatro personas. Se daba por sentado que si entraba un grupo de cinco o más, tendría que arreglárselas por su cuenta. En una mesa sólo había sal, mientras que en otra sólo había pimienta. El dispensador de ketchup era un envase de plástico con forma de tomate cuatro veces más grande que un tomate. Los recipientes para la sal y la pimienta eran figuritas en miniatura con sombreros blancos o negros según su contenido y una ausencia de expresión que sorprendía por lo incongruente, a la vista de que estaban junto a un enorme y sin duda amenazante tomate. El local pertenecía a la escuela de hostelería en la que los-cubiertos-se-dispensan-con-la-comida-y-no-antes. Tampoco había servilletas, que se ofrecían como funda de los cubiertos. A Nathan le sirvieron el Nescafé sólo en una taza negra. Cuando se inclinó sobre la taza tuvo la sensación de asomarse a un vacío oscuro en el que podía caer o del que podía emanar algo indescriptible. Al menos un cliente de la cafetería lo estaba mirando. El sol de invierno brillaba a ras de los tejados de los edificios de la acera de enfrente, y entraba sin interrupciones a través de la puerta de cristal y la amplia ventana del local, iluminando a contraluz a los tres o cuatro clientes sentados frente a Nathan y obligando a este a parpadear cada vez que levantaba la vista del agujero negro de su café, lo que a su vez le causaba la sensación de que la realidad era como un velo mordisqueado por alguna criatura sin nombre.

Las pertenencias de Nathan: una bolsa de viaje con tres mudas completas, dos libros y productos de higiene básicos; un paquete de tabaco de liar con papelillos, filtros y un mechero Zippo; y su cartera. El abrigo, que en su día parecía bueno, ya no abrigaba lo suficiente, a pesar del calor corporal generado por el paseo de cinco kilómetros a paso ligero en el que Nathan se había embarcado porque no había

querido que sus padres fueran a recogerlo directamente a El Refugio, y tampoco quiso que ningún miembro del personal de El Refugio lo llevase a ninguna parte. Pensó que le sentaría bien ir andando hasta el pueblo más cercano. No le sentó bien.

Desde que Nathan era adulto, la gente siempre lo había mirado. Él lo aceptaba en general, tal como aceptaba que seguramente eso pasaría ahora con mayor frecuencia, por culpa de ciertos cambios en su aspecto físico. El abrigo no ocultaba del todo los tatuajes y las cicatrices que reptaban como una parra por su cuello y sus brazos. Tenía la barba descuidada y tiesa; el pelo hasta los hombros, peinado hacia atrás con un poco de gomina que le había prestado otro residente. La gente podría hacer muchas conjeturas a partir de sus ojos, pensaba, si le mirase a los ojos.

La cafetería estaba envuelta en vapores grasientos y olor a trapos húmedos. Nathan había pedido el desayuno que el menú describía como Olímpico. Había otras cuatro personas: una pareja mayor, con tazas de té, que se había repartido las distintas secciones del *Sun* según sus intereses; la mujer que atendía el local, con una chaqueta azul, una redecilla en el pelo y una sonrisa que parecía ponerse todas las mañanas y fijar con el secador; y en el rincón de enfrente, un hombre corpulento y sin afeitar, que se estaba comiendo un bocadillo de beicon y miraba a Nathan con disimulo por encima del bocadillo. No era así como Nathan había imaginado su primera comida fuera, aunque, bien pensado, lo cierto era que no había imaginado demasiadas cosas. Estaba cansado, apático. Pensó que en un sitio como aquel habría que limpiar las paredes, pero también pensó que en un sitio como aquel probablemente nunca se limpiaban. Se preguntó si tendrían salsa HP y, en ese caso, en qué tipo de dispensador simbólico se serviría. El tío del bocadillo masticaba con ostentación, puede que incluso con agresividad. La mujer de la sonrisa artificial le llevó el desayuno y los cubiertos. No era la primera vez que se desconfiaba de lo que Nathan pudiera hacer con los cubiertos fuera del contexto de una mesa dispuesta para comer. Esto tenía resonancias notables, pero no le molestó especialmente. La pareja del periódico estaba ahora haciendo el crucigrama a cuatro manos. El del bocadillo pidió otra taza de té. Los huevos fritos que le sirvieron estaban justo cuajados, nada más. Las salchichas eran de supermercado barato y contenían fragmentos indeterminados de una materia dura que supuso sería hueso. El beicon no estaba crujiente. Después de preguntar, decidió que no era buena idea pedir salsa HP. Llevaba varios meses siguiendo una dieta muy sana, de ahí que la grasa le impresionara y a su vez la impresión le decepcionase, pues había anticipado un momento de felicidad. Se concentró en masticar bien y prestar atención a lo que comía, menos al hueso que había en las salchichas, que era una realidad excesiva. El café estaba caliente: se quemó la lengua y se quedó con esa sensación terrosa que duraría, supuso, un día entero.

Cuando tenía seis años, su madre le explicó con todo lujo de detalles la definición de la palabra «decepción» que ofrecía el Chambers Concise English Dictionary, y la relación exacta de esta palabra en lo tocante a la relación de Nathan con su madre.



Durante su estancia en El Refugio, Nathan había redefinido la palabra «tristeza» como un término plural en vez de singular, y seguía pensando en la tristeza como una especie de familia extensa integrada por personas más o menos accesibles. Tenía las manos contraídas y tensas mientras desayunaba, y comprendió que tras un largo período dedicado a superar el exceso de conciencia de su propia identidad, volvía a ser demasiado consciente. Cabía la posibilidad de que el hombre del bocadillo no estuviera observándolo, y era igualmente posible que las dimensiones de la cafetería no fueran en sí mismas inquietantes, aun cuando la mesa y las sillas fuesen decididamente incómodas. Era muy posible que no tuviese ganas de que llegaran sus padres, pero también era cierto que no le apetecía quedarse en aquella cafetería, ni siquiera en aquel pueblo, ni un segundo más de lo estrictamente necesario. Un poco de mostaza habría venido bien para acompañar las salchichas, pero como no había conseguido la salsa HP no se atrevía a pedir mostaza.

Terminó el desayuno rebañando la grasa, la yema de huevo y la salsa de las alubias con una rebanada de pan frito que había reservado para el final. Seguía notando la lengua áspera, y esto a su vez le producía picor y calor en las mejillas. Pidió una lata de Pepsi y pagó con el dinero que llevaba en la cartera: no se había molestado en comprobar cuánto tenía, pero por suerte era suficiente. Una nube veló un momento el sol, atenuando la luz que iluminaba a los demás clientes y dando al hombre del bocadillo una expresión más concentrada y menos siniestra, lo que demostraba que no necesariamente lo estaba observando. Un Rover de color granate aparcó en la puerta. Nathan se bebió la Pepsi de un trago y dejó la lata encima de la mesa. Cogió su bolsa, metió la otra mano en el bolsillo y salió de la cafetería en el preciso instante en que su madre, resplandeciente, con un impecable traje de chaqueta azul pastel que desafortunadamente acentuaba las varices de sus pantorrillas, salía del asiento del pasajero y le daba un abrazo al que Nathan sólo fue capaz de corresponder físicamente, aunque no emocionalmente, de ahí que no pudiera decirse que estuviera presente en realidad.

—Cariño —dijo su madre—, ¡cuánto te hemos echado de menos! —Se volvió a mirar al coche, donde el padre de Nathan seguía al volante, y dijo—: Roger, baja del coche.

El padre, que llevaba una cazadora náutica a pesar de que en la vida había pisado un velero, salió del coche entre un rumor de tejidos sintéticos.

—¿Qué hay, chico? ¿Cómo andas?

Le tendió la mano a Nathan.

—Bien —dijo Nathan.

—Estupendo —dijo su padre.

—Bueno —dijo su madre.

Formaban entre los tres un triángulo aproximadamente equilátero, y todos se desplazaron un poco, como si quisieran hacer frente al vacío que los separaba de los otros dos. El padre metió las manos en los bolsillos de su cazadora. Nathan se frotó la

barba. La madre trató de esbozar una sonrisa para la que habría necesitado una maquinaria muscular que sencillamente no tenía. Nathan pensó en encender un cigarrillo y decidió que quizá no era buena idea. El padre de Nathan sacó del bolsillo un iPhone protegido por una funda con velcro y tocó la pantalla.

—El tráfico se ha despejado —anunció—. Deberíamos aprovechar el momento.

Guardó la bolsa de Nathan en el maletero y abrió la puerta trasera para que su hijo subiera al coche. El padre conducía, la madre miraba al frente y Nathan observaba la cabeza y la nuca de sus padres: la melena canosa de ella y la nuca ancha y enrojecida de él, como si estuviera siempre enfadado o se hubiese quemado con el sol. No habían hablado de cuánto tiempo pasaría Nathan con ellos.

—Tu habitación está preciosa —dijo su madre, sin volverse a mirarlo. Tendía a dirigir la conversación al parabrisas siempre que iban en el coche. Tenía un subjetivismo extremo, pensó Nathan, casi infantil. Se resistía a comprender el concepto de que hubiera otras mentes distintas de la suya, y pensaba que si no se fijaba en la carretera, su marido tampoco se fijaría.

—Ya —dijo Nathan.

—Dice «ya» —dijo su padre.

—¿Qué quieres que diga?

—Supongo que tu padre quiere un poco de agradecimiento, nada más —contestó su madre—. Un autobús, Roger.

—Ya lo he visto.

La madre de Nathan levantó la solapa del bolsillo de la cazadora náutica de su marido y sacó el móvil. Tocó la pantalla y deslizó el dedo con una pericia que a Nathan le pareció inquietante.

—Cinco correos nuevos —dijo con voz chillona.

Nathan pensó que había hecho bien en no encender un cigarrillo.

—Os tenemos presentes en este momento tan importante —dijo su madre, con un tono que indicaba que estaba leyendo en voz alta.

—Benditos sean —dijo el padre.

—¿De quién es ese mensaje? —preguntó Nathan.

—Querida Madre Coraje: Sólo quería decirte que has sido todo un ejemplo para mí. He leído todo lo que has escrito. Espero de verdad que puedas recuperar a tu niño. Con cariño, Samantha69.

—¿Qué niño? —preguntó Nathan.

—Qué niño, pregunta —dijo su padre.

—La última vez que hice la cuenta no tenía más que uno —aseguró su madre.

Nathan tenía muy poca libertad de movimientos para echarse hacia delante por culpa del cinturón de seguridad, y esto le impedía tener una conversación como es debido con su madre. Por otro lado, soltarse el cinturón lo llevaría a tener una conversación innecesaria con cualquiera de sus padres.

—¿Tú eres Madre Coraje?

—Por supuesto que soy Madre Coraje —contestó su madre.

—Y ¿quién es Samantha69?

—Una de mis seguidoras.

—¿Qué seguidoras?

—Quiero que sepas —dijo su madre sin dejar de acariciar el teléfono y dirigiendo su discurso a la pantalla, mientras comprobaba la carretera cada segundo— que estamos aquí por ti y no queremos confrontación. Pero, al mismo tiempo, si hay confrontación, no pasa nada. La confrontación es natural, Nathan. No hay por qué asustarse de eso.

—Yo no estoy confrontando —dijo Nathan.

El sol estaba bajo, y de nada servía bajar las viseras de los lados del retrovisor, como habían hecho sus padres. El termómetro del salpicadero indicaba que la temperatura exterior era de cero grados y la interior, de veintiocho. Nathan no se había quitado el abrigo, y ahora no tenía libertad de movimientos para quitárselo. La reticencia a soltarse el cinturón no era del todo explicable, aunque quizá tuviera que ver tanto con la sensación de seguridad como con el hecho de que le resultaba cómodo verse inmovilizado a la fuerza.

—Madres que Sobreviven —dijo su madre.

—¿Quiénes son las madres que sobreviven?

—Madres que Sobreviven punto com. Así se llama la web —contestó, en un tono de voz estratégicamente tranquilo que produjo en Nathan justo el efecto contrario—. Es para madres que en un momento u otro, y como su propio nombre indica, han logrado sobrevivir.

—¿Sobrevivir a qué?

—Sobrevivir a qué, pregunta —dijo el padre de Nathan.

—A sus hijos —respondió su madre.

Una arboleda hizo añicos la menguante luz del sol y produjo un efecto estroboscópico no muy distinto de un parpadeo. La sensación de que la realidad era como un velo se resistía a marcharse. Cuando Nathan apretó los puños, la piel de la cicatriz se tensó sobre sus nudillos de una manera que le hizo pensar en una pechuga de pollo envuelta en una loncha de jamón. No le dolía. La movilidad de los dedos, el brazo y otras zonas corporales no se había visto afectada.

—Sobrevivir ¿cómo? —preguntó—. ¿Quieres decir que han vivido más que sus hijos o que sus hijos han intentado matarlas?

—Las dos cosas. Cualquiera de las dos.

—Pero yo no estoy muerto.

—No tienes por qué.

—Y tampoco he intentado matarte.

—Nuestra asociación es muy integradora. Su objetivo es compartir, no segregar.

Su madre seguía hablando con el parabrisas. Como si todo pudiera descontrolarse si no prestaba atención. Hacía cosa de un año le había explicado a Nathan que el

hecho de que no fuera capaz de darse cuenta de que estaba enfermo era un síntoma de su enfermedad.

—Compartir ¿qué? —dijo Nathan.

—Nuestro trauma —respondió su madre.

—¿Qué trauma?

—El trauma que hemos sufrido.

—Eso no es una respuesta.

—Tu trauma —dijo su padre sin rodeos.

Al otro lado de la ventanilla, los campos pasaban muy deprisa, cubiertos de surcos y desprovistos de vida. Saber que en esos campos ahora desnudos habían crecido las cosechas los convertía en lugares en los que algo había ocurrido de verdad, en espacios abandonados tras un acontecimiento. Las cosas llegaban y se iban. La sensación de aspereza en la lengua. Lo frío que podía llegar a parecer el sol. La manera en que las cosas sucedían y se olvidaban.

—Ya casi estamos —dijo su padre.

**S**us padres vivían en una antigua casa de campo, bonita en sus tiempos, en el límite entre los condados de Cambridgeshire y Suffolk, que compraron barata y en la que invirtieron un dineral para destrozarla. Cuando estaban buscando su idílico lugar de retiro, después de celebrar que Nathan, como decía su madre sin una pizca de ironía, hubiese volado del nido, tropezaron con un exdirector de escuela bastante delicado de salud aunque no loco del todo que por motivos de movilidad, cordura y comodidad quería vender rápido y largarse de allí cagando leches, según sus propias palabras, antes de que lo encontrasen pudriéndose en un charco de sus propios fluidos corporales. Al reparar en la apurada situación del propietario, los padres de Nathan no tuvieron escrúpulos en regatear hasta rebajar el precio dos tercios más de lo que habría sido justo. Le dijeron al vendedor, por su bien, que tenía que irse de allí cuanto antes, y que lo mejor para eso, puesto que tenía el lujo de contar con dos compradores tan fiables como ellos, era prescindir de intermediarios y agentes inmobiliarios. En el momento de firmar el rudimentario contrato de compraventa, el antiguo director de escuela les hizo prometer que respetarían y cuidarían de la casa. Lo prometieron y después la destrozaron. El mismo día en que tomaron posesión de la vivienda, pusieron en marcha un proceso que Nathan describiría más tarde como un atentado estético. Aun cuando nunca habían destacado por su buen gusto, al trabajar en lo que abiertamente llamaban su «última morada» alcanzaron la cumbre de la fealdad. Sustituyeron las ventanas de cristal emplomado y los marcos de madera por un doble acristalamiento de PVC que, según su padre, no permitía el paso del calor y el ruido, aunque era difícil saber a qué ruido podía referirse, puesto que la casa se encontraba al fondo de una calleja solitaria en un rincón de un pueblo adormecido. La antigua cocina de leña, que estaba en excelentes condiciones debido a que el antiguo director

de escuela había tomado la costumbre de alimentarse exclusivamente con platos precocinados que calentaba en el microondas, la sustituyeron de inmediato a bombo y platillo por una vitrocerámica eléctrica de mandos táctiles. El suelo original, de baldosa de barro, le pareció al padre de Nathan demasiado frío para la integridad de sus lujosas zapatillas de andar por casa, y lo cubrieron con una moqueta de color crema. Enfoscaron las vigas a la vista («un acabado mucho más limpio»); las paredes de color rosa claro se pintaron con un tono magnolia infinitamente menos pasado de moda, y sustituyeron la bañera de hierro por una más honda, más grande y completamente moderna. En el jardín, que para consternación de sus padres resultó estar plagado de cosas que necesitaban muchos cuidados, destruyeron, con ayuda de un tuerto que llegó con una sierra, tres manzanos, un ciruelo claudio y un magnolio, y se juzgó que el espléndido herbario estaba demasiado descuidado como para que mereciese la pena conservarlo. Horrorizado por el caos que una glicinia sin domesticar causaba en la fachada de la casa, el padre de Nathan la atacó con unas tijeras de podar y un hacha hasta no dejar más rastro de su existencia que unas pertinaces huellas oscuras en las zonas donde la planta se había agarrado al yeso, que, gracias a Dios, iban a enfoscar de todos modos.

Al final del proceso estaban más contentos que nunca, y hasta invitaron a una merienda-cena al señor Rudge, el antiguo director de escuela, para que viese, según dijo la madre de Nathan, las posibilidades de la casa, que él nunca había visto a pesar de tenerlas delante de las narices. Resultó, tristemente, que el señor Rudge había dejado de comer —un primer aviso, tal como se demostraría más tarde— y murió menos de una semana después.

—Al menos ha vivido para verlo —dijo el padre de Nathan, asintiendo con sabiduría.

Eran tantas las obras que habían hecho en su última morada que la madre de Nathan no pudo resistirse a entrar sin hacer un espectáculo. Pasó de puntillas, se desprendió del abrigo con una floritura para colgarlo en el perchero que su marido había atornillado a la pared en un rincón bastante insólito, y, consciente o inconscientemente, movió los dedos como si acariciase el remolino de un refrescante arroyuelo.

—Té —dijo con esplendor, poniendo el hervidor al fuego.

Nathan se fijó en que la mesa era demasiado grande para la cocina, y eso significaba que había que llegar a un acuerdo con ella para poder sentarse tranquilamente. Tenía espacio para seis comensales, aunque su madre defendía con firmeza que el número óptimo para una reunión informal era cuatro. Sin duda, las reuniones formales se regían por otras normas. Era una mesa de pino, pero la habían barnizado con un producto resistente al calor tan denso que parecía de un material sintético. A pesar de dicho tratamiento, las tazas, los platos y, por supuesto, las sartenes y las cazuelas no podían ponerse bajo ningún concepto directamente sobre la mesa, aunque —como le ocurrió a Nathan un día— fueses tan idiota de coger una

cazuela caliente y tuvieras que soltarla antes de abrasarte.

La madre de Nathan no sabía cómo le gustaba el té. A él le ofendió, pero tampoco le sorprendió especialmente.

—Con leche y dos de azúcar —dijo.

—Te pondré una —contestó ella, como si fuera la definición exacta de la amabilidad.

Las sillas hacían juego con la mesa. Por preocupación ante lo que pudiera ocurrirle al suelo de linóleo (de color hueso, con un mosaico amarillo muy claro), les habían puesto fieltros en las patas como si quisieran asegurarse de que todas estuvieran cojas, con lo que Nathan no podía parar de balancearse a un lado y a otro.

—Estate quieto —dijo su madre.

Dejó de balancearse, pero enseguida volvió a las andadas y tuvo que concentrarse con todas sus fuerzas para no hacerlo.

—Ya lo sabes —dijo su madre cuando volvía del frigorífico con una jarra de leche en la mano—. Puedes congelar la leche y está igual de buena. Vale la pena que lo recuerdes.

Nathan asintió.

—Y el queso —añadió ella—. El queso se congela de maravilla.

Su padre entró por la puerta de atrás y empezó a pelearse con la cremallera de su cazadora: primero tiró de ella, luego se detuvo, como si quisiera tranquilizarla con una falsa sensación de seguridad, y después intentó bajarla de golpe con todas sus fuerzas, como si el factor sorpresa fuera el elemento decisivo en la batalla.

—Sube los brazos —dijo la madre de Nathan.

Su marido subió los brazos y frunció el ceño mientras ella le quitaba la cazadora por la cabeza.

—Nathan —dijo entonces volviendo al hervidor y entreteniéndose con una bolsita de té—, queremos que te sientas cómodo. Sé que llevas tiempo fuera de casa y que volver con treinta años puede ser para ti un motivo de decepción, digámoslo así, pero creo sinceramente que puedes ser muy feliz aquí y quiero que sepas que nos alegra tenerte con nosotros todo el tiempo que quieras... DEJA ESO AHORA MISMO, ROGER.

Nathan volvió la cabeza para mirar el frigorífico, donde su padre estaba inclinando una botella de un líquido naranja fosforescente con intención de bebérsela entera.

—Sabes perfectamente —dijo su madre acercándose a su padre y arrancándole la botella de la mano— que eso es todo colorante. ¿De dónde lo has sacado?

—Del garaje —contestó su padre señalando mansamente la etiqueta—. Tiene vitamina C.

—¿Quieres que te dé un infarto, Roger? ¿Es eso lo que quieres?

—Podría irme a una residencia de ancianos —contestó él con una ligera nostalgia.

—No digas tonterías, cariño. Sabes que nunca lo permitiría.

Nathan siguió con la mirada una espiral en el mantel y trató de no fijarse en nada. Los colores podían ser engañosos, pensó. Era posible sentirse incómodo en una habitación que técnicamente no era incómoda, aunque, dicho esto, pensó que era probable que la habitación fuera incómoda, entre otras cosas porque el suelo estaba ligeramente inclinado hacia abajo en una esquina y formaba un ángulo contrapuesto al de la inclinación del techo, y esto hacía que uno se sintiera atrapado en el proyecto de un estudiante de matemáticas realizado sin la ayuda de un transportador.

Se lio un cigarrillo.

—No —dijo su madre sin contemplaciones—. Si tienes que fumar, sal al jardín.

Se llevó la taza de té. Intentaba apartar los recuerdos, pero a veces se apoderaban de él. Le gustaba el frío. En la casa hacía demasiado calor. En El Refugio también hacía demasiado calor. Tener frío producía una sensación de inmediatez. Era agradable estar de pie y pensar; respirar hondo. El cielo de Suffolk parecía tener unas dimensiones amables, aunque generosas, y en él se desplegaban de vez en cuando algunas nubes aisladas. El té no tenía suficiente azúcar y Nathan no podía disfrutarlo con el cigarrillo. La mayoría de las plantas del jardín habían desaparecido, pero vio que su madre estaba cultivando judías debajo de un trípode hecho con cañas. Había colgado CD viejos, presumiblemente para ahuyentar a los pájaros, que volaban en la suave brisa. Cuando Nathan tenía ocho años, plantó pepitas de uva porque su padre le dijo que de ellas crecería una viña. Cuando la viña no apareció, su madre le dijo que quizá era porque no se había portado bien. Se pasó una semana portándose lo mejor que pudo y, al ver que la viña seguía sin salir de la tierra, no sintió que hubiese aprendido nada especialmente positivo. Se quedó mirando cómo giraban los CD. En dos de ellos, vio escrito con rotulador negro: «Feliz Día de la Madre. Con mucho cariño de Nathan». Desconectó varios pensamientos y volvió a la cocina. Su madre se había sentado a la mesa.

—Ajá —dijo—. Ya vuelve.

Presintiendo en el ambiente que se avecinaba un sermón, Nathan se sentó frente a ella y completó cuatro ciclos respiratorios para tranquilizarse.

—Muy bien —dijo ella. Acto seguido cogió aire y se dio unos golpecitos con el índice en los labios fruncidos. Alguien que no la conociese tan bien como Nathan podría haber pensado que intentaba concentrarse en lo que quería decir—. Nathan.

—Aquí estoy.

—Tengo que darte instrucciones. Muy brevemente. No tardaré nada.

—¿Darme instrucciones?

—Lo más importante —dijo ella— es que si viene alguien, ofrezca lo que ofrezca, me avises enseguida, ¿de acuerdo?

—¿Qué quieres decir con eso de «ofrezca lo que ofrezca»?

—Lo mismo da si se trata de dinero que de una doble página. En principio no aceptamos ninguna oferta. ¿Entendido?

—¿De qué ofertas me hablas?

—Es como cuando el gobierno dice que no negocia con terroristas. Por supuesto que negocia. No le queda más remedio. Pero tiene que decir eso para evitar pérdidas de tiempo.

—¿Es que los terroristas van a ponerse en contacto con nosotros?

—No. Es una metáfora. Me refiero a los periodistas.

Nathan se preguntó si no habría sido demasiado optimista al creer que cuatro ciclos respiratorios le bastarían para tranquilizarse y sopesó hacer otros cuatro.

—¿No te lo expliqué por teléfono? —dijo su madre.

—Sí, algo dijiste, pero si te soy sincero, no estaba atento.

Su madre parpadeó tres veces a intervalos regulares.

—Te lo repetiré —dijo—. En el tiempo que has estado fuera han pasado muchas cosas. Madres que Sobreviven ha tenido un éxito enorme. Tengo cerca de cuatro mil seguidores en Twitter.

—Y ¿qué tuiteas?

—Bueno, en general me ciño a mi blog, ya sabes. Pero ahora que está a punto de salir el libro, he querido servirme de las redes sociales como herramienta de promoción. La respuesta ha sido excelente.

Nathan sintió un ligero malestar en el estómago.

—Puedes verlo de dos maneras —continuó ella—. Soy plenamente consciente de esto. Puedes pensar que soy una egoísta o una oportunista. Puedes decir que he demostrado un desprecio atroz por tu dignidad y tus sentimientos. Y si dijeras eso, lo comprendería. —Se encogió de hombros—. En realidad no he dicho nada que no hubieran dicho antes algunos columnistas ñoños. Pero también podrías mirarlo de otra manera, Nathan. Podrías mirarlo como un regalo que te ofrezco. Podrías ver que me he expuesto por ti, como siempre. ¿Lo ves?

Nathan no lo veía, y así lo dijo. Su madre extendió una mano por encima de la mesa para coger la de Nathan, que no tenía la menor idea de cómo reaccionar.

—Dale al menos una oportunidad —dijo ella.

El padre entró en la cocina.

—Podemos subir tu equipaje —propuso.

—Sí, buena idea —contestó su madre soltándole la mano—. Ya seguiremos con esto después. Pero recuerda lo que te he dicho: nada de aceptar la primera oferta; eso es lo principal. Coge la bolsa, Roger.

—Sólo tengo una —dijo Nathan.

Su padre ya había cogido la bolsa, y no se dejó disuadir. Era como un transatlántico: cambiar de opinión representaba para él un proceso arduo y lento que requería una complicada maniobra de frenado y giro antes de cobrar empuje de nuevo. Las paredes de las escaleras estaban forradas de fotos. Nathan vio a sus padres casándose; se vio a sí mismo en alguna fiesta familiar; se vio en su graduación. Sintió una distancia cavernosa. Las cosas centelleaban, se apagaban, y no lograban regresar.

—Podemos cambiarlo si quieres —dijo su padre mientras abría la puerta del



dormitorio.

—No —dijo Nathan—. Está...

Dejó la frase suspenso. Lo curioso era que podía formularla con los labios. Comprendió que significaba tanto «...» como «...». Se habían tomado muchas molestias, aunque mal dirigidas. El edredón y las fundas de almohada eran de color gris plomo. Se imaginó a su madre diciendo que era un buen color para un chico. Las estanterías eran de metal, moderadamente industriales. Habían ordenado los libros alfabéticamente y también los CD. Encima de la cama había un neceser lleno de productos de una línea de cosméticos masculinos (Logger, para el leñador que hay en ti) que su madre le regalaba siempre por Navidad desde que tenía quince años. Nathan tragó saliva y tuvo la sensación de que un pequeño animal había anidado en su laringe.

—Como quieras —dijo su padre. Y se marchó.

Había un libro encima de la almohada: de tapa dura, con el título azul estampado en relieve sobre una foto de su madre, que inexplicablemente aparecía contemplando el mar, envuelta en una bufanda y con el cuello del Barbour levantado frente a algo que Nathan sólo acertó a imaginar como una borrasca de adversidad salpicada de espuma.

*Madre Coraje: La batalla de una mujer contra la culpa materna.*

Nathan abrió el libro por la primera página del primer capítulo y leyó:

Volviendo la vista atrás, creo que quizá debería haberme dado cuenta de que Harry, como llamaré a mi único hijo en este libro, sería un chico difícil. Es probable que todo empezase en el embarazo, un proceso largo y en ocasiones agotador que se me hizo aún más difícil por...

Cerró el libro y se tumbó en la cama. Al rato guardó el libro debajo de la almohada. Pensó en su madre. Había envejecido, encontrado nuevos intereses, ampliado su vocabulario y su círculo social, modulado su voz y pasado del rebuzno social autodidacta a la estridencia, pero, tal como todo el que la conociera podía apreciar perfectamente, no había cambiado. Todavía le gustaban los tacones precarios y saltarines que la obligaban a inclinarse hacia delante de un modo avasallador y que hacían retroceder a los demás cuando ella se acercaba para hablarles, como si tuviera un aliento especialmente tóxico. Todavía utilizaba para sonreír un número de músculos faciales asombrosamente limitado.

Los recuerdos infantiles que Nathan guardaba de ella se centraban en el colegio. Allí estaba su madre, llevándolo de la mano y subiéndole la camisa para enseñar las heridas que le había hecho Benjamin Hollingdale cuando se pelearon en el patio del colegio y que a Nathan le habría encantado olvidar. Y allí estaba el día de la reunión de padres, manifestando su desacuerdo con determinados métodos de enseñanza del centro que, según dijo, al negarse a «agrupar a los alumnos por su nivel de aptitud o su procedencia» perjudicaba a los más capaces, como Nathan, puesto que los forzaba

a aprender con niños de determinadas familias que, con toda honestidad y sin ánimo de ofender o de emitir juicios de valor, en realidad nunca iban a progresar. Y allí estaba en el instituto, explicando a tres veteranos profesores por qué Nathan era «distinto» y por qué, aunque no necesitara un trato distinto, sí había que tener en cuenta ciertos factores a la hora de tomar decisiones sobre los trabajos en grupo y la participación frente al trabajo individual, y sí había que dedicarle —no quería decirlo pero lo dijo— una atención especial.

En su adolescencia, dos veces a lo largo de sus veinte y por último con mucha firmeza a raíz de los acontecimientos a los que ella siempre se refería como «esa noche», su madre había intentado explicarle que, como una de las principales características de lo que ella mucho más adelante empezó a llamar su «enfermedad» era que él no pensaba que tuviera ninguna enfermedad en absoluto, estaba incapacitado para tomar lo que más tarde, y después de mucho leer y documentarse, ella pasó a denominar una «decisión informada» sobre la manera más conveniente de actuar. Esto representaba, había que reconocerlo, cierta diferencia de enfoque. Cuando Nathan tenía diez años, su madre habría dicho algo así como: «¿Por qué al menos no intentas ser normal?». Mientras que cuando tenía veinticinco empezó a hacerse más partidaria del lenguaje comprensivo y se esforzaba muchísimo, si no exactamente por empatizar, sí por vestir su lenguaje de empatía y repetir a todas horas que tanto ella como su padre estaban «ahí» para lo que él necesitara, y lo mucho que deseaban «apoyarlo», pero para que ellos pudieran apoyarlo él tenía que «implicarse» en ciertas cosas y básicamente dejar de fingir que era normal, aunque para entonces la palabra «normal» había desaparecido de su vocabulario. Pero estos eran cambios menores, y sólo servían para enmascarar lo que para Nathan era la naturaleza inmutable de la mujer que se había prejubilado para dedicar su vida a transformar la de su hijo.

Así como nunca permitía que los hechos se interpusieran en el camino de una opinión, la madre de Nathan no estaba dispuesta a permitir que la tragedia se interpusiera en el camino de una posible oportunidad. Muy pocos días después de «esa noche», cuando Nathan intentaba emerger a la superficie tras haber ingerido lo que él mismo consideraba una dosis excesiva de tranquilizantes y trataba de flexionar las manos y los brazos por debajo de las vendas, su madre aprovechó que estaba hundido para exponerle, con una expresión de tragedia tan exquisitamente elaborada que Nathan fue incapaz de negarse cuando casi le ordenó, aunque ella lo describió como «un favor», que se sometiera a un período de tratamiento experimental en régimen interno. Para entonces, Nathan empezaba a preguntarse si no había hecho demasiado daño a quienes lo rodeaban, así que aceptó, pues una pequeña parte de él pensaba que su madre podía tener razón: tal vez necesitara cambiar; tal vez fuese lo menos que podía hacer por ella, porque se lo debía.

Nunca antes se habían referido a la habitación libre como la habitación de Nathan, y él no se sentía a gusto con el cambio. Los esfuerzos que habían hecho para

decorar la habitación eran conmovedores y asfixiantes al mismo tiempo. Sus cosas le parecían ajenas en aquel contexto. No estaba seguro de que todas esas cosas hubiesen sido suyas: el incienso, los tarros vacíos, un par de navajas automáticas y un giroscopio. Se levantó y empezó a dar vueltas. La mesilla de noche tenía un solo cajón y dentro estaba su móvil. Lo encendió y le sorprendió que su madre no lo hubiese borrado todo. Repasó los mensajes. Le preguntaban dónde estaba. Le preguntaban por qué no contestaba. Se iban espaciando. Entre todos destacaba uno:

Nathan, espero que estés bien. Llama algún día. K. XXX. P. D.: He roto con Dan.

Lo leyó dos veces. Sintió que la habitación se elevaba y se hundía. Se acercó a la ventana. La luz era demasiado intensa. Volvió a la cama, abrió la cremallera de la bolsa y la cerró inmediatamente. Había pasado mucho tiempo sintiéndose solo, casi siempre rodeado de gente. Leyó de nuevo el mensaje de Katherine y apoyó el pulgar tembloroso en el botón de llamada. Se sintió aliviado cuando su padre llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Tu madre cree que deberíamos pasar un rato de hombres —dijo.

—Ah.

—¿Te gusta jugar a los dardos?

—Claro.

Lo llevó al garaje, y su cazadora náutica chirrió mientras abría la puerta y señalaba con un gesto los cambios que había hecho allí.

—Hice todo esto más o menos cuando me obligó a deshacerme de mi tabla de surf —explicó.

—¿Cuándo has tenido una tabla de surf? —preguntó Nathan.

—Pues mucho tiempo. Siempre pensaba —resopló—: tal vez un día pueda salir a coger olas. Ya sabes. Pero entonces llega ella y termina con todo.

Nathan se imaginó a su padre surfeando con su cazadora náutica.

—Es verdad —asintió.

—Da igual —dijo su padre—. Llegamos a una especie de acuerdo. Porque, vale que ya no tenga edad para hacer surf. Eso lo entiendo. Pero un hombre necesita un refugio, una cueva, como aquel que dice.

Pulsó un interruptor y tres fluorescentes iluminaron el garaje. El suelo era de hormigón, frío y vagamente industrial. En un rincón había una improvisada barra de bar. En la pared contraria estaba la diana.

—Vamos a jugar.

—Muy bien.

—Pero antes tengo que mear.

Se acercó al fondo del garaje y tiró de una puerta de plástico de aspecto endeble.

—¿Has instalado un váter?

—Un váter químico, pero el mejor, como es natural. Tiene un alto poder de descomposición.

Su padre se encerró en la cabinita blanca. Mientras Nathan daba una vuelta, fijándose en la pequeña colección de bebidas y en los dardos con los colores de la bandera británica apoyados en el borde de la encimera vieja que servía de barra, oyó a su padre suspirar con fuerza.

—Esperemos que ya no quede más —dijo cuando apareció subiéndose la bragueta—. Últimamente nunca se sabe.

—Claro.

—Muy bien. Vamos a jugar. Estos son tus dardos.

Le pasó a Nathan lo que debía de ser el juego de repuesto, con las plumas rasgadas y las puntas dobladas de tanto aterrizar en el suelo de hormigón.

—¿En el sentido de las agujas del reloj? De uno a veinte y a la diana.

—Muy bien.

—Empiezo yo —dijo su padre.

Se tomó un momento para colocarse torpemente con las puntas de los pies en una tira de cinta americana, y tiró de los puños y de la cintura para lanzar sin impedimentos.

—Allá vamos. Mierda. Otra vez mierda. Y mierda. Cero puntos. Pues eso, que tu madre dice que tenemos que hablar de tus sentimientos. ¿Tú quieres hablar de tus sentimientos?

—La verdad es que no —dijo Nathan colocándose en la línea—. Uno. No. Dos. Dos para mí.

—Gracias a Dios —dijo su padre acercándose a la improvisada raya—. Francamente, lo temía. Mierda. Otra vez mierda. Casi. Cero puntos.

—Si soy sincero —dijo Nathan—, estoy asqueado de hablar de mis sentimientos. Tres. Cuatro. No. Cuatro para mí.

—Bueno, supongo que eso es comprensible. Joder. Mierda. ¡HAY QUE JODERSE! Cero puntos. ¿Un cóctel?

—No, gracias.

—¿Te importa si yo tomo uno?

—No.

Mientras Nathan acertaba tres tantos seguidos y hacía un nuevo intento, su padre se acercó al bar y empezó a mezclar distintos licores en una coctelera que acto seguido agitó con energía antes de decantar el brebaje rosa y espumoso en una copa grande y encajar en el borde una rodaja de tomate a modo de guarnición.

—¿Qué tiene ese cóctel? —preguntó Nathan—. Por cierto, llevo nueve.

—Limonada rosa, ginebra, curasao y un toque de Disaronno —dijo su padre rozando la línea con las puntas de los pies—. Yo lo llamo la rebelión silenciosa, porque no puedo tomar limonada. ¡Uno! ¡Guau! Este ha dado fuera. Mierda. Ups, casi. Un punto para mí. Bueno, ¿qué planes tienes?

—¿Planes?

—Sí, planes. Para tu vida.

—No tengo ni idea.

—Claro. Todavía es pronto.

—¿Puedo tomar una limonada?

El padre de Nathan entornó los ojos y puso cara de verse acorralado.

—Agua también me vale —dijo Nathan.

—Estupendo. ¿Con hielo y limón?

—Sí, por favor.

—¿O con hielo solo?

—Vale.

Siguieron jugando hasta que Nathan ganó la partida y tuvo que esperar otra media hora a que su padre terminara.

—De todos modos —dijo su padre cuando salían del garaje, sacudiéndose una pelusa invisible de la cazadora—, me alegro de que hayamos podido charlar.

**N**athan se dio una ducha antes de acostarse —en muchos meses, la primera caliente de verdad y sin que nadie le molestara— y disfrutó del agua ardiendo que se deslizaba por su barba, sus cicatrices y los tatuajes fragmentados que se extendían como una telaraña por su pecho y sus brazos, con la sensación de estar limpio, hueco y cansado como para dormir varios días seguidos. ¿Había dormido algo en El Refugio? Mientras estaba allí creía que sí, pero ahora, al compararlo con la cama cómoda, cálida y bien hecha que le esperaba, no tuvo más remedio que dudar.

Cuando salía del baño, con una toalla enrollada en la cintura, casi se dio de bruces con su madre. Sin su traje de chaqueta y sin maquillaje, las piernas llenas de varices, la cara pálida y marchita, con arrugas más profundas y un gesto más expresivo al recorrer con la mirada el cuerpo de su hijo siguiendo el rastro del dolor que se había causado a sí mismo y, por extensión, también le había causado a ella, de pronto parecía mayor, un poco más débil y un poco más triste. Su mirada se detuvo en el pecho de Nathan. Parpadeó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Ay, Nathan! —dijo.

Se tapó la boca y la nariz con una mano y se echó a llorar. Nathan la abrazó mientras ella palpaba con los dedos las protuberancias de las cicatrices.

—Lo siento —dijo.

—Lo sé —asintió ella, con la cabeza hundida en el cuello de Nathan.

Se alejó unos pasos para verlo bien. Resopló y se recompuso.

—Por favor, haz algo con esa barba —dijo—. Estás hecho un adefesio.

Nathan volvió a su cuarto y se tumbó en la cama. En algún momento tendría que ver a la gente y relacionarse. Estaba medianamente preparado, pero se resistía. Se debatía, como siempre, entre sensaciones contrarias de soledad. No sabía si existía una palabra concreta para describir la sensación de soledad en compañía de otros. Llamar a sus amigos sería una medida preventiva y le permitiría controlar la

situación, a diferencia de lo que ocurriría si se sentaba a esperar a que ellos llamaran, sumido al mismo tiempo en el alivio y la decepción según si llamaban o no. Esta sensación le había llevado a organizar muchas fiestas a las que acudían un montón de desconocidos que llegaban y se iban igual que habían llegado. A veces intentaba conectar, aunque generalmente no podía.

Recordaba con nitidez «esa noche», cuando, con la visión periférica, vislumbró algo confuso en el agua. Se mordió los carrillos por dentro hasta dejárselos en carne viva, como si tuviera los nervios de acero, y empezó a sudar por debajo de la máscara que era parte de su disfraz mientras paseaba entre un campo de máscaras y disfraces, sintiendo el ritmo del bajo como si le golpeará dentro del pecho, incluso en las córneas, en los pómulos y en la nuca, y cogió a una mujer de la mano, no a una mujer cualquiera, sino a una en particular, una que llamaba la atención, con la que incluso hablaba de vez en cuando y se encontraba casi a gusto, una mujer que le gustaba, porque sospechaba que se sentía sola exactamente igual que él, para sentarse con ella en un tronco, lejos del barullo y la presión de los cuerpos, del olor a sudor en el aire que empezaba a refrescar. Se quitó la máscara, se frotó los ojos y, muy tranquilo, muy serio, le dijo que se sentía sólo de una manera que sólo era capaz de describir como atómica; que a veces se sentía como una molécula perdida y atrapada en una estructura en continua transformación. Que casi llegaba a percibir los enlaces invisibles que tiraban de la gente hasta convertirla en un conjunto o una masa unificada, las energías y las fuerzas magnéticas que los atraían. Se quedó mirando el suelo cubierto de hojas caídas y pensó que se acercaba el otoño, que las fiestas pronto terminarían hasta el año siguiente. Él podía, dijo, pasear entre la multitud y extender los dedos como si fuera a estrechar manos, pero no sentía nada más que las inconmensurables fuerzas que los unían a todos y lo aislaban a él. Aullaba por dentro, sobre todo en momentos como aquel, cuando estaba rodeado de gente, atrapado entre la gente, y no podía estar a solas con su soledad, que por lo visto era precisamente lo que su soledad le exigía. No podía pensar, dijo, no podía hablar. Miraba las caras de la gente desde detrás de su máscara y no veía más que un parpadeante vacío catódico; no sentía más que repulsión cuando debería sentir atracción. Se estaba dando por vencido. Estaba volviendo la espalda a todo. Quería irse a alguna parte donde pudiera sentir la puñalada de la sensación de conectar con alguien como siempre había deseado, de conectar, curiosamente, como sentía que conectaba con ella, con aquella mujer en particular. Dijo que creía que a ella le pasaba lo mismo, que a veces sentía un aislamiento y una distancia radiactiva que él comprendía muy bien, y que creía que podía ayudarla, pues, como ya le había explicado, él tenía una impresión muy parecida, se sentía tan solo como ella, por eso la había cogido de la mano y le había pedido que fuera con él, para decirle que todo podía cambiar, que podían curarse, que dos personas tan terminalmente solas como ellos sólo podían hacerse bien la una a la otra, porque siempre se necesitarían de una manera vital.

—Sí —se limitó a decir ella mirando de reojo el disfraz de Nathan y luego a la

ululante multitud de la que se habían alejado—. Es evidente que eres muy tímido y te sientes muy solo.

—No me crees.

La chica se encogió de hombros, soltó el humo a la noche y se quedó mirando el montón de cuerpos que bailaban con las manos extendidas hacia el cielo en un gesto de celebración, súplica o rendición.

—Sufres. ¿Y qué? —dijo.

—Digo que creo que podría ser más feliz. Creo que los dos podríamos ser más felices.

Ella se rio tétricamente.

—¿Quién ha dicho que yo quiera ser más feliz?

—¿No es lo que quiere todo el mundo?

—Yo no. Querer ser feliz sólo te hace sufrir.

Apagó el cigarrillo en la tierra y se levantó, lanzando otra mirada hacia donde estaba su novio.

—Todos sufrimos —dijo—. El truco está en encontrar la manera de sufrir sin convertirlo en un puñetero cliché.

Lo miró de arriba abajo, deprisa, medio con desprecio, medio con lástima.

—Vuelve a ponerte la puta máscara —le dijo.

Después de eso, y de otras cosas que pasaron a lo largo de la noche y condujeron a su ingreso en el hospital y a una larga y triste convalecencia en casa de sus padres hasta que en primavera pudieron trasladarlo a El Refugio, Nathan se juró no sólo regresar a su vieja rutina de silencio, exilio y sarcasmo, sino llevarla a tal grado de rigor e inflexibilidad que nadie pudiera llegar a conocerlo jamás. Conocer a los demás, conocerlos de verdad, y, peor aún, dejar que ellos te conocieran, era, en el mejor de los casos, doloroso, y, mientras la chica ante la que se había mostrado por completo tal como era se alejaba cruelmente para regresar con el enjambre, Nathan llegó a la conclusión de que, simplemente, era preferible no hacerlo, nunca. Y, como si quisiera señalar el momento en que había tomado la decisión, pronunció su nombre: *Katherine*.

Marcó su número en el móvil. Su voz, clara aunque cortante, tendió un puente en la distancia.

Hola, soy Katherine. O no estoy o no tengo ganas de hablar. Deja un mensaje y lo sabrás.

—Soy yo —dijo como un bobo—. Soy Nathan. Yo..., esto..., siento que Daniel y tú..., ya sabes. Yo... Los dos teníais algo especial, ¿sabes? Bueno, he estado..., he estado fuera, pero he vuelto, y me encantaría veros. A los dos. ¿Tienes el número de Daniel? Bueno, llámame cuando puedas. Sería estupendo que... —Se paró en seco. Tuvo la sensación de que la caja de cambios del cerebro chirriaba—. Creía que podía hacer esto, pero ya no estoy seguro.

Colgó y sintió una punzada de preocupación. Se tumbó en la cama. Se dijo que no

vemos las cosas como son; las vemos como somos. Les ponemos nombres que a veces no les corresponden. La vista nos engaña. Nos sentamos en habitaciones y no nos sentimos bien. Nuestro duelo es a veces prematuro y otras veces llega demasiado tarde. Las habitaciones parecen externas, pero no lo son.

Sonó el móvil. Lo cogió con avidez.

Hola a todos. Aquí Madre Coraje. Saldré en la tele con el doctor Dave el jueves a la una, para hablar de mi nuevo libro. ¡Vedlo y tuiteadlo, por favor! Abrazos para todos. MC. X.

Tomó aire y siguió el recorrido interior de su respiración hasta los rincones donde la escala de sus pensamientos fallaba. Lo detectó; corrigió. Mucho antes de lograr salir de allí se quedó dormido.



Una de las discusiones típicas entre Daniel y Katherine en la fase de su relación en la que se volvieron adictos a los desacuerdos comenzó un día en que él le pasó un libro que había leído y le instó a que lo leyera, diciéndole que el final en concreto era fantástico. Ella se enfadó y le dijo que le había chafado la lectura. Él señaló que no le había contado el final, sólo había dicho que le gustaba. Ella dijo que le traía sin cuidado cómo terminaba, que el mero hecho de que él dijera que le había gustado el final era una promesa que ahora, casi con seguridad, no cumpliría las expectativas. Dijo que le fastidiaba que él pensara que tenía que decirle que el final del libro era bueno para animarla a leerlo entero, pues con eso daba a entender que tenía tendencia a no acabar los libros. Ahora, leer el libro le parecería una obligación, porque tendría que terminarlo, tanto si le gustaba como si no, sólo para demostrarle que era capaz de terminarlo, y cuando llegara al final no podría quitarse de la cabeza el aire de suficiencia de Daniel, y leerlo sería como comerse una galleta de chocolate que llevaba demasiado tiempo en la mano de alguien: probablemente aún estaría rica, pero estaría claramente manoseada. A Daniel, esta comparación le pareció sospechosamente acertada, lo que significaba que o bien Katherine tenía más habilidad retórica que él (muy probablemente), o bien a veces planificaba su argumentación y esperaba el momento oportuno para soltarla (lo cual también era probable), y cualquiera de las dos cosas le hacía sentirse incómodo y le daba la sensación de estar con el pie cambiado, sensación que intentó contrarrestar pasando a la ofensiva y preguntando desde cuándo el hecho de que él disfrutase o admirase algo le repugnaba tanto como para impedirle disfrutarlo también, como si el aprecio fuese algo finito y él lo hubiese agotado. Se parecía más, dijo, a cuando alguien deja una galleta en el paquete para ti, te la ofrece, y tú la rechazas porque has visto a esa persona disfrutando demasiado con las galletas. Dijo que ese problema que Katherine parecía tener con el hecho de que otros disfrutaran era una de las claves de su relación, un defecto muy grande, pues tenía la sensación de que les impedía disfrutar de lo mismo al mismo tiempo. Citó otros incidentes. Si le contaba a Katherine que algo le había gustado, ella por fuerza tenía que aborrecerlo, y casi lo crucificaba por generar expectativas hasta un punto en que el único resultado probable sería la decepción. Sin embargo, cuando él, tranquilamente, y en general con razón, vaticinaba que ella aborrecería algo, lo atacaba por ser negativo. Tenía la sensación

de que tanto si lo hacía como si no lo hacía estaba condenado de antemano.

Katherine contestó que el problema era enteramente de él. ¿Por qué tenía que hacer predicciones sí o sí? ¿Por qué tenía que soltar su opinión antes de que ella se la pidiera? Eso era como recibir un comentario de cosas que aún no habían ocurrido. Ella se quedaba con la sensación de no saber si estaba ocurriendo tal como parecía que estaba ocurriendo o si en realidad sólo parecía ocurrir tal como él ya le había dicho que ocurriría, porque le había llenado la cabeza con tantas predicciones que ya no era capaz de distinguir la realidad de la profecía. Tenía la sensación de que no se trataba de si ella disfrutaba o no disfrutaba con algo, se trataba únicamente de que él tenía razón, de que eso era importantísimo para él y por eso siempre se anticipaba a todo, para disfrutar viendo cómo los demás le daban la razón. Daniel dijo que tenía razón, que todo se trataba de que él quería tener la razón. Fue un sarcasmo, como es lógico. A continuación dijo que de lo que se trataba en realidad era de que ella era completamente incapaz de aceptar que a veces él tenía razón, por eso tiraba piedras contra su propio tejado (Katherine hizo un gesto de desprecio al oírlo) y desperdiciaba un tiempo y una energía muy valiosos para demostrar que él se equivocaba. Quería saber por qué a ella le costaba tanto aceptar que él tuviera razón. ¿No creía que había algo malsano en su relación si no podía soportar que él disfrutara o que tuviera razón? Porque entonces ¿qué le quedaba a él? Katherine preguntó qué sentía él cuando ella disfrutaba con algo, y Daniel dijo que no lo sabía porque no se acordaba de cuándo había sido la última vez que la había visto disfrutar de verdad, y esto elevó de inmediato el nivel de hostilidad de la conversación.

Discutían continuamente para definir y redefinir a todas horas lo que ellos llamaban «el verdadero problema». Cada vez que uno de los dos lo sacaba a colación, el otro se aferraba. Si Katherine lo decía después de que Daniel acabara de decirlo, formaba con los dedos unas comillas en el aire. Nunca se ponían de acuerdo en cuál era el verdadero problema, de ahí que pasaran a llamarlo el *verdadero* problema verdadero, que era que como no eran capaces de ponerse de acuerdo en cuál era el problema verdadero, no podían ponerse de acuerdo en nada y los dos estaban haciendo sufrir al otro.

Daniel desplegó entonces la táctica del «verdadero problema» para insinuar que «el verdadero problema» era que Katherine tenía la puñetera costumbre de querer ser siempre abrumadoramente impredecible y original, y que por eso había llegado a divorciarse por completo de las cosas que sentía de verdad para centrarse en las que quería sentir o le parecía guay o interesante sentir. El resultado, según él, era que ya no sentía nada en absoluto, que se limitaba a responder de una manera calculada a determinados estímulos y situaciones. Si quería ser impredecible, dijo Daniel, le convendría intentar sentir las cosas de verdad en lugar de pensar primero y construir después sus sentimientos artificialmente en respuesta a lo que creía que sentían los demás.

En este punto, Katherine sonrió: una clara señal de que iba a ponerse agresiva.

Dijo que no podía creerse que él, Daniel, tuviera la osadía de acusarla a ella, Katherine, de no tener sentimientos. Lo que él era incapaz de comprender, dijo, era que si a él le parecían raros sus sentimientos y sus reacciones, los de ella, era porque estaba atrapado en ideas absurdas sobre lo que hacía la mayoría de la gente (y aquí movió los dedos con tanto desprecio que Daniel los oyó aletear como pajarillos) y se empeñaba tanto en sintonizar sus respuestas y sus reacciones con aquellas ideas genéricas y básicamente erróneas de normalidad y conformidad que a la mínima que alguien tuviese una reacción auténtica, una respuesta que saliera de las tripas, él la rechazaba por completo. Además, sugirió, la idea que él tenía de lo que ella debería sentir o no sentir estaba completamente limitada por su inseguridad, que por lo visto era constante, dando a entender con esto que a él no le preocupaba si ella era infeliz o parecía infeliz porque deseara su felicidad, sino que le preocupaba cómo su felicidad se reflejaba en él. Él necesitaba verla feliz, eso era lo esencial, porque así todo, es decir, ellos, estaría bien, y ella no podía vivir con esa opresión y esa tiranía. A veces era incapaz de ser feliz, así de sencillo, y si él iba a poner en marcha una espiral de dudas y de preocupación cada vez que ella parecía no ser feliz o manifestaba su infelicidad de cualquier modo, entonces estaba claro que todo se iría a la mierda, porque la mera presión de ser feliz le hacía ser infeliz, igual que la presión de llegar hasta el final de un libro porque se suponía que era estupendo, además de estropearle el libro, pues tendría mucha prisa por llegar a ese final supuestamente fantástico, le estropeaba por completo el final, porque después de tantas expectativas sólo podía sentirse decepcionada. (Katherine tenía mucha habilidad para llevar sus argumentos al punto de partida de la discusión, una táctica con la que causaba el doble efecto de conseguir que todo cuanto decía regresara siempre a un núcleo central, lo que significaba que su argumentación era infalible en cuanto a su lógica interna, a prueba de balas, a la vez que insinuaba que Daniel se había olvidado del motivo de la discusión y por tanto, sin querer, había construido un argumento insostenible y sin ningún sentido). Además, añadió, a Daniel le traía sin cuidado que fueran felices o no, lo que le importaba era que los demás creyesen que lo eran, porque para él la felicidad era una manera de presumir en compañía de otros y sentirse triunfador. Por eso, dijo, si él quería que ella fuera feliz y, al mismo tiempo quería que los dos fueran felices o al menos lo pareciesen, lo mejor que podía hacer era dejarla en paz, dejarla ser infeliz o feliz o lo que coño se le antojara, y no empeñarse en dominarla emocionalmente, porque, en el fondo, eso no era más que un intento patético por controlar todos y cada uno de sus putos pensamientos y sentimientos.

Daniel esperó un momento antes de contestar, para componer un gesto de valentía y dolor que, en su opinión, servía al doble propósito de darle un aspecto invencible a la vez que insinuaba que Katherine esta vez se había pasado de la raya.

Hecho esto dijo: muy bien, sí, es posible (que era su manera de decir muy bien, no, no es posible). Pero ¿qué pasaba con «su» felicidad? ¿No es completamente natural que cuando quieres a alguien quieres que ese alguien sea feliz y, por tanto,

una gran parte de la capacidad de uno para ser feliz y estar relajado depende de la felicidad del otro? A él esto le parecía lo más normal, y no veía por qué razón tenía que justificarse y responder a los argumentos francamente previsibles que ella había esgrimido sobre la normalidad. Empleó a propósito la palabra «previsible», sabiendo que buena parte de la inseguridad de Katherine así como de la imagen que tenía de sí misma se fundaba en la idea de que era diferente, rompedora y mejor que nadie, y demostrando con ello lo fácil que era para él suprimir las cosas que a ella le hacían sentirse bien a la vez que inflaba las que le hacían sentirse mal, una táctica de la que casi siempre se arrepentía después, pues sabía que cuando hacía que Katherine se sintiera mal, ella podía llegar a sentirse muy mal, pero en el calor de la discusión Daniel era incapaz de resistirse. Además, dijo, ¿tenía ella la menor idea de lo egoístas que parecían sus argumentos? ¿Qué pasaba si él era feliz, si disfrutaba con algo, tanto si quería compartirlo con ella como si no, lo mismo daba, y ella, con su infelicidad general o su incapacidad para disfrutar, lo privaba de su disfrute y su felicidad? Porque así era, aseguró, cómo se sentía día tras día, a todas horas. Como si en el preciso instante en que él se alegraba por algo ella le succionara toda su felicidad hasta convertirla en un cascarón vacío, y eso le hacía sufrir, a todas horas, día tras día. Y ¿ella lo acusaba de tener sentimientos megalómanos? Por favor. ¿Ella, que cada vez que se cabreaba tenía que asegurarse de cabrear a todo el mundo, a ser posible más de lo que ella lo estaba? Y ya que ella se empeñaba en volver al libro y al final del puto libro, ya que se había puesto tan pedante y había despreciado con tanta brutalidad que él hubiese disfrutado con el libro, que hubiese podido disfrutar con algo tan sencillo como un buen final, que era lo que había desencadenado una discusión tan desagradable, ahora él empezaba a pensar que en realidad el libro no le gustaba tanto, o que era imbécil porque le había gustado. Como mínimo, el buen sabor que le había dejado el libro se había contrarrestado por completo con un montón de sentimientos y de recuerdos negativos. Y, sinceramente, aun reconociendo que los dos eran algo tiránicos en el plano emocional y que los dos querían que los demás, sobre todo el otro, sintieran lo mismo que ellos, ¿no era el hecho de que él quisiera que ella fuese feliz más defendible y admirable en todos los sentidos que el hecho de que ella pareciese desear que él y todos los demás sufrieran tanto y estuvieran tan jodidos como ella?

Katherine se quedó callada, lo miró con frialdad y esbozó una sonrisa fina a la vez que ladeaba la cabeza para decirle, con su tono más cortante y soltando toda la bilis, aunque con una extraña tranquilidad y una voz muy educada, que no todo el mundo era capaz, o deseaba, como parecía que le ocurría a él, pasarse la vida seleccionando conscientemente las emociones idóneas de un puto menú desplegable.

**F**ue exactamente tras uno de estos episodios que Nathan ignoraba (el tema inicial sería distinto, y tanto podía tratarse de un libro como de una película, o de la

manía de Daniel de poner salsa en las patatas fritas aunque sabía perfectamente que Katherine odiaba la salsa en las patatas fritas y por tanto no se las comería, pero la rutina posterior se ajustaría más o menos al mismo patrón) cuando Katherine y Daniel decidieron que necesitaban salir más y quizá hablar con otras personas, porque estaba claro que se estaban volviendo locos de estar en el espacio más bien cerrado de su relación, según reconocían los dos. Tenían amigos, por supuesto, pero la amistad se había debilitado con el tiempo. Por lo visto, algunos pensaban que Daniel y Katherine eran un poco agobiantes, y los que no lo pensaban, los que incluso parecían sentirse a gusto con ellos, a ellos les parecían un poco raros. Pensaron que quizá se estaban pidiendo demasiado el uno al otro, que quizá esperaban que el otro colmara por completo todas sus necesidades, aun cuando era evidente que eso no estaba al alcance de nadie.

—Sobre todo tú —dijo Katherine—, y lo digo sin acritud.

—¿Yo? ¿Por qué dices que sobre todo yo?

—Bueno, no es que seas precisamente un electroimán social, ¿o sí? No me malinterpretes, no estoy buscando pelea, pero sabes que es verdad.

Daniel lo sabía. Lo sabía perfectamente, muchas gracias. Le costaba relacionarse sin sentirse presionado. Se le hacía muy difícil, porque cuando se relacionaba con mujeres tenía la sensación de que Katherine le perforaba con la mirada sus órganos vitales, y cuando se relacionaba con hombres el mismo rollo masculino de siempre (su lenguaje cifrado, su constante manía de bromear y la eterna posibilidad de violencia) se interponía en el camino.

—¿No podemos salir y hablar con gente? —dijo Katherine encendiendo otro cigarrillo de Daniel, pues en aquella época ella no fumaba.

—¿Con qué gente?

—Pues con la gente-gente.

—¿Dónde?

—No sé. Donde esté la gente. En un bar o lo que sea.

—¿Quieres ir a un bar a conocer gente?

—No necesariamente a conocer con C mayúscula, pero sí a conocer con c minúscula, sí.

—Pensarán que buscamos intercambio de parejas.

—¿Y qué? En ese caso conoceremos a gente que intercambia parejas.

—Y ¿por qué coño quiero yo conocer a gente que intercambia parejas?

—Es lo mismo que haces tú. En cuanto consigues algo pierdes el interés por completo.

—¿Vamos a discutir por esto?

—No estoy discutiendo, sólo lo digo.

—Pero está claro que si dices algo así, me obligas a contestar, y entonces empezamos a discutir.

—Pues no contestes —dijo ella encogiéndose de hombros—. Sólo ponte el

abrigo.

En momentos así, a veces era más fácil no llevar la contraria a Katherine. Su capacidad de concentración y de compromiso era limitada y su entusiasmo se agotaba muy deprisa. En general, lo que importaba no era tanto la propia ejecución de la idea como la hipotética disposición de Daniel a dar a la idea una oportunidad. Daniel ya había comprobado con frecuencia que una situación como esta los llevaría hasta un bar, donde tomarían una copa, y, entonces, Katherine se daría por satisfecha al ver que Daniel estaba dispuesto a ir con ella, y volverían a casa como nuevos.

Esta noche en concreto no fue así, porque en un extremo de la barra, solo y con una pinta bastante rara, tomándose lo que saltaba a la vista que no era la primera Guinness de la noche, estaba la encarnación de lo que para Daniel era una pesadilla y para Katherine, el sueño de la rareza: un tío descomunal, con barba, cubierto de tatuajes, entre niño y hombre, con un brillo en la mirada que si no reflejaba un peligro real, al menos sí representaba (para Katherine) un agradable grado de riesgo que le brindaba la oportunidad perfecta para comprobar hasta qué punto la quería Daniel y explorar los límites de su compromiso con ella.

—Ve a hablar con él —le dijo a Daniel después de que él la invitara a una copa.

—No me jodas —dijo Daniel.

—Hemos venido a hablar con gente y quiero hablar con ese.

—Pues ve tú a hablar con él.

—Creerá que quiero ligar con él. Ve tú.

—Y ¿qué pasa si cree que quiero ligar con él?

Katherine se rio.

—No tiene gracia —dijo Daniel.

—Si me quisieras, irías a hablar con él.

—Y si tú me quisieras, no tendrías tantas ganas de ver cómo me rompen la puta cara.

—Si me quisieras —insistió Katherine—, harías cualquier cosa para hacerme feliz.

Como es natural, en esos momentos de negociación para ver quién estaba por encima de quién, al menos Daniel siempre se preguntaba por qué tenía la necesidad de llevarse el gato al agua, dado que más de una vez terminaba humillado o escaldado. La respuesta, que sólo alcanzaba a ver cuando el incidente en cuestión ya había pasado, cuando estaba en la cama despierto, echando chispas tanto contra Katherine como contra sí mismo —para empezar, por haber consentido en salir con ella—, era que necesitaba ser amado tanto como ella y, además, quería ser de esa clase de hombres capaces de amar y ser amados, tener una relación en la que esas cosas se valorasen, a diferencia, por supuesto (y siempre que llegaba a esta conclusión necesitaba acompañarla con un sarcástico redoble de tambor, de tan obvia como era), de sus padres. Y después de pensarlo, siempre se decía: «Ya lo he dicho».

Como remate de todo lo anterior estaba el hecho de que Daniel admiraba a

Katherine. Se sentía afortunado de haber logrado seducirla para que estuviese con él (aunque lo cierto era que no había tenido necesidad de seducirla, y eso contribuía tanto a que se sintiera incómodo como a que se empeñara en seducirla ahora siempre que ella se lo pedía, cosa que ocurría con bastante frecuencia precisamente porque Katherine era muy consciente de lo poco que él había tenido que seducirla en sus primeros tiempos); y ella no sólo lo sabía sino que se lo recordaba hasta tal punto que Daniel de verdad empezó a creer que necesitaba hacer esas cosas para aferrarse a una mujer a la que todavía, y a pesar de todo, seguía amando y necesitando, pues como todo el mundo sabe, una relación supone esfuerzo, sacrificio y otros muchos rasgos honorables aunque malintencionados que Daniel asociaba no sólo con la intimidad sino también con la vida adulta en general.

—¿Qué le digo? —dijo Daniel.

Katherine sopesó un momento las posibilidades para evitar que Daniel pudiera dar miedo o parecer peligroso (aunque la idea de que Daniel pudiera parecer peligroso era tan cómica que casi por lo absurdo resultaba tentadora). Por fin dio con la respuesta más obvia:

—Ve y pregúntale si tiene drogas.

Y Daniel, en contra del poco juicio que a esas alturas pudiera quedarle, fue, le preguntó si tenía drogas y se llevó una sorpresa al ver lo amable que era Nathan y lo dispuesto que estaba a hablar con un desconocido, así que le dijo a Katherine que se acercara y quedaron en verse otro día para comprar un poco de hierba. En esa ocasión, Daniel se quedó un rato con Nathan y se fumó un porro con él, y después Daniel y Katherine pensaron que le debían un favor, así que lo invitaron a tomar una cerveza otro día, y ese día Nathan les habló de las fiestas que daba a veces, casi siempre en recónditos rincones del campo, y así siguieron hasta que un día, por puro accidente y sin haberse parado a pensarlo, los dos, hablando, se refirieron a Nathan como a un amigo y, tanto para su sorpresa como para la de todo el mundo, lo decían de verdad.

**K**atherine siempre había asociado mentalmente necesidad y pérdida: para ella eran lo mismo. Lo que había que hacer siempre lo hacía a expensas de lo que deseaba. Incluso cuando, alguna vez, lo que había que hacer era exactamente lo que deseaba, la propia sensación de que el deseo se trasladara al terreno de la necesidad le hacía dejar de desearlo. El trabajo por el que estuvo varias semanas de los nervios, pensando que no lo conseguiría, se volvió monótono cuando por fin lo consiguió; el jersey de cachemira con el que llevaba meses soñando se convirtió en un incordio la segunda vez que tuvo que lavarlo a mano. Incluso Daniel, con quien pasó semanas coqueteando e ignorándolo estratégicamente cuando coincidían en un grupo, y en quien se fijó porque en apariencia no tenía interés en que ella se fijara en él, se convirtió en otra fuente de rencor cuando la emoción de cazarlo dio paso al esfuerzo de conservarlo. La decepción era, decepcionantemente, una especie de hábito.

Por eso no era extraño, a la vista de este rasgo tan arraigado y del todo razonable para ella, que Katherine experimentara la progresiva realidad de su embarazo no como un acontecimiento, ni siquiera como una crisis, sino como una pérdida. Sus decisiones ya no eran suyas. No se sentía libre, y la falta de libertad le dolía y le hacía despertarse en medio de la noche y pasar el día atontada.

La aceptación tardó en llegar. Se aferró a las cosas que podía controlar. Fumaba mucho, bebía sin moderación y comía con demasiada moderación. El rechazo y la negación eran sus compañeros de baile. Se agarraba, y lo sabía, a todo lo negativo. Negaba su negación. Daniel no había llamado. Estaba segura de que llamaría, pero ya habían pasado cuatro días, a cuál más duro y gélido que el anterior. Aturrida por la falta de sueño, pasaba las turbias horas que preceden al amanecer viendo en Google fotos de bebés sin sentir absolutamente nada. Pensó que quizá le faltaba, de nacimiento, algún receptor para la monería. Allí donde los demás veían un regalo, ella sólo veía un secuestro y una petición de rescate. Las necesidades de un niño eran múltiples y misteriosas, y el conocimiento para satisfacerlas, ingrato y arcano. Las pautas para alimentar, destetar, coger en brazos o no coger seguían una complejidad ritual casi cabalística. Era importante, eso lo sabía, sostener la cabeza del bebé. La gente siempre decía que a esa edad eran una esponja. Le preocupaba lo que el bebé pudiera absorber. Se imaginaba sujetándolo de los tobillos, doblándolo por la mitad y haciendo malabarismos con la otra mano entre el montón de toallitas, cremas y



pañales llenos de mierda. La gente tenía unas bolsas especiales para cargar con todo el equipo. Observaba en todo el asunto un elemento de comando bélico, y también algo de preparación tecnológica y biológica. La gente se estropeaba físicamente cuando tenía hijos. Envejecía, se moría un poco. Katherine lo había visto en la oficina. Zombis: con mala cara y los nervios destrozados, vestidos con los harapos de la derrota. Y eso por no hablar de los aspectos psicológicos. Esa pequeña esponja absorbía toda la porquería y luego se la escupía al loquero al cabo de media vida de relaciones fallidas y decisiones caprichosas y mal orientadas. Eso si es que la cosa llegaba a nacer. No entendía cómo se las había arreglado la gente para conseguir preocuparse por todo antes de que existiera Google, donde uno podía ver la lista de los miedos que ni siquiera sabía que tenía, enumerados en el mismo orden en que los tenían otras personas. Retraso global, síndrome de Down, parálisis cerebral, sordera, muñones en vez de manos. Un embarazo después de los treinta era un asunto muy peligroso. Lo peor de todo eran las enfermedades sin nombre; la falta de diagnóstico para ciertas anomalías. Todos los padres necesitaban etiquetar a sus hijos. Al menos, si tenías un hijo discapacitado, te ganabas la compasión y el respeto del mundo de por vida y sin restricciones, como Debbie Boyd, la chica de la tercera planta, que, según el sistema de clasificación al que todo el mundo parecía adherirse en la oficina era *Tan paciente* ella, y con quien nadie se metía cuando se quedaba dormida encima de la mesa, porque todos la tenían por una santa y mártir gracias a que su hijo se comía el papel de aluminio y tiraba la chocolatina que este envolvía y tenía predilección por frotarse la colita contra los muslos de sus compañeros en el centro de día Arcoíris, mientras que si tenías un niño que sólo era un poco raro, como les pasa a algunos, ya fuera física o mentalmente, todos te tomaban por una madre horrible que había pasado por alto alguna nota nutricional o pedagógica a pie de página en la biblia de la perfección parental. A decir verdad, ahora que caía en la cuenta, la gente daría por supuesto que era una madre horrible porque el padre no estaba con ella; además, tenía que reconocerlo, a veces era un poco inconsciente, y probablemente había llegado a esa situación sin la debida planificación. La culparían por todo. Dentro de veinte años, cuando el pequeño Como-fuera-a-llamarse-suponiendo-claro-está-que-finalmente-lo-tuviera creciese y se convirtiera en un francotirador plenamente maduro y alto como una torre, cuando le diera por liquidar a la gente que iba de compras con algún arma semiautomática fríamente eficaz, la culpa sería de ella.

Se preguntó si se estaba volviendo loca. Cada vez que se le ocurría una idea tenía la sensación de que un niño de pulgares regordetes estuviera jugando con una máquina de *pinball* dentro de su cabeza, porque una cosa llevaba a otra, como de carambola, y se encendían luces y sonaban campanillas, y luego, cuando el ruido por fin terminaba, la idea, la que fuese, se colaba por un agujero y era sustituida por otra completamente nueva. ¿Serían sus hormonas? No sabía cómo se controlaban las hormonas; se preguntó si pensar que se estaba volviendo loca no era en sí mismo un síntoma de locura.

Comer le habría sentado bien, pero la comida, por lo visto, había quedado relegada a los últimos puestos de su agenda, tanto que su estómago se preparaba para vomitar aproximadamente en el mismo horario en el que antes se preparaba para comer. Y como estaba no-comiendo por dos, el hambre le producía sensaciones de efervescencia casi psicodélicas acompañadas de destellos luminosos. Era como meter la cabeza en una cascada de champán. Sentía un tirón en los labios y en las comisuras de los párpados. Se encontraba en un estado de alerta y de conciencia agudizada. Hasta cuando tenía la sensación de que algo le estaba devorando las entrañas, saboreaba las náuseas. Le gustaba verlo como una protesta. Ya empezaba a notar cómo esa pequeña mota de vida que tenía dentro se aferraba a los escasos recursos disponibles. No tenía derecho a recibir su ayuda, pensó, hasta haber tomado ciertas decisiones. Cuanto más lo alimentara más crecería; además, alimentarlo cuando aún no había tomado una decisión firme a favor o en contra de exterminarlo parecía algo así como un mensaje ambiguo.

Pensó qué tamaño tendría a esas alturas. Se lo imaginó como una mancha; como un charco que se iba espesando poco a poco o una masa gelatinosa con un único ojo que no parpadeaba.

Pidió hora con el médico. Su médico de cabecera de siempre se había ido. Eligió un médico con nombre de mujer, y resultó que Leslie Rubrick era en realidad un hombre. Le preguntó por qué se llamaba Leslie. Él le preguntó por qué creía que estaba embarazada. Ella le dijo que se había hecho un test de farmacia.

—Esas pruebas no siempre son fiables —dijo el médico leyendo de pasada las estadísticas en su Mac.

—Los nombres tampoco lo son —dijo ella—. Además, no me ha venido la regla.

—¿Has tomado precauciones?

—Es evidente que no.

El médico hizo clic en un archivo y asintió con la cabeza.

—Es muy importante que no te sientas juzgada.

Al principio tuvo una sensación medianamente grata de furtivismo y secreto que, si no del todo idéntica, se parecía bastante a las sensaciones que había tenido cuando había follado con Keith a escondidas (sí, ya podía decirlo en pasado). El hecho de tener un secreto, pensó, producía una sensación de elevación moral o de importancia en el día a día. No contárselo a nadie evitaba la carga de dar explicaciones, la necesidad de exteriorizar sus sentimientos; le permitía ver los problemas de los demás únicamente como eso: los problemas de los demás. ¡Qué agradable era ver a las otras chicas de la oficina, a Jules, a Carol y a todas las demás, seguir adelante con sus distracciones diarias felizmente ignorantes del secreto martirio de Katherine! El secretismo era un valor, un punto de orgullo. Lo necesitaba, pero luego, por supuesto, se sentía agobiada y quería lo contrario: atención. Le sorprendió la capacidad de la gente para no darse cuenta. El hecho de no contar sus problemas significaba que tenía que escuchar los de los demás. El coñazo del supermercado; su repetitiva lista de

dolorosos agravios; que sus maridos eran emocionalmente «cerrados» («Le pregunto por qué está siempre enfadado, pero es tan cerrado...»); o cómo sus vecinos se estaban apoderando de su jardín por el procedimiento de desplazar la valla quince centímetros. Empezó a sentir que deberían saberlo. Que deberían saberlo sin que ella se lo contara, que deberían olvidarse por un momento de sus nimios-problemas-que-nunca-se-resolverían-porque-en-realidadellos-no-querían-resolverlos y fijarse simplemente, ver simplemente que a otro ser humano las cosas no le iban bien, y que las cosas que a ella no le iban bien eran mucho más importantes que las cosas que a ellos no les iban bien. En el espacio de la oficina los problemas se convertían en una competición. La empatía era un deporte de contacto. Aunque ella se sentía por encima de los demás, interiormente le dolía y tenía la sensación de que la injusticia se hinchaba, se extendía y producía en su alma un efecto Doppler. Empezó a sabotear su secretismo sin contarlo, pero dándolo a entender desesperadamente. Prefería la insinuación a la explicación. Cuando Jules, que, tras una experiencia espiritual alucinadora al ingerir por accidente una mezcla de limpiador de baños genérico con lejía de marca, se había vuelto *tan compasiva*, la sorprendió un día al salir del baño limpiándose la bilis de los labios y con los ojos llenos de lágrimas y le preguntó qué le pasaba, Katherine dijo que nada, pero hizo todos los gestos posibles de alguien que realmente debería decir algo. Por desgracia, Jules, que quizá tuviera dificultades para interpretar el lenguaje corporal, aunque tratara de descifrarlo, no se fijó en que los ojos de Katherine parecían una lanzadera, no se fijó en su mirada errática y en cómo le temblaron los labios cuando le aseguró que estaba bien, de verdad, y Carol tampoco se fijó cuando Katherine, después de marearse, volvió a su puesto de trabajo diciendo que no le pasaba nada, que estaba bien, y se quedó mirando al suelo y mordiéndose el labio superior.

Con su madre pasó lo mismo. Katherine pensaba que si alguien debería darse cuenta de su sufrimiento sin necesidad de que ella tuviese que referirse abiertamente a su sufrimiento, ese alguien era su madre.

—¿Cómo estás, cariño?, ¿estás bien?

—Bueno...

—¿Cómo va tu vida amorosa?

—No quiero tener vida amorosa.

—Bueno, Katherine. Ya hemos hablado de eso. Esa forma de vida está muy bien cuando eres joven, pero llega un momento en que...

—Paso de los hombres —dijo Katherine antes de cambiar al modo de revelación indirecta, que consistía en hacer un montón de pausas, como las embarazadas (ay, Dios...), para luego tomar aire ostentosa, profunda y convulsivamente—. Tengo... Tengo muchas cosas encima.

—Ay, cariño —dijo su madre, repentina y gratamente horrorizada—. No estarás... Quiero decir... No habrás... ¿No habrás descubierto la religión?

—No —dijo Katherine.

—Gracias a Dios —dijo su madre.

—Es sólo... —Hondo suspiro—. Estoy pasando un momento muy difícil, ¿sabes?

—No me hables de momentos difíciles, cariño. Yo he tenido más momentos difíciles que tú cenas calientes. Y hablando de eso...

—Estoy comiendo bien.

—Así me gusta.

Hubo un largo silencio.

—Estoy pensando que debería ir a verte —dijo su madre de pronto.

—Estoy muy ocupada.

—No es verdad. Iré el sábado. De todos modos, me pilla de camino.

Katherine no dijo nada.

—¿No vas a preguntarme por qué me pilla de camino? —dijo su madre.

—¿Por qué te pilla de camino? —dijo Katherine con voz cansina.

—Tu hermana me ha invitado a pasar el fin de semana en un spa. ¿Verdad que es un encanto? Ha trabajado mucho últimamente, pobrecilla, y le parece horrible no haber tenido tiempo de verme, así que vamos a pasar un fin de semana en plan chicas, como en los viejos tiempos. Podemos pasar a verte de camino.

—Estupendo —dijo Katherine.

—Ay, Katherine. ¿Tanto te cuesta al menos intentar ser agradable?

**P**or una vez, Katherine no había mentido cuando le dijo a su madre que pasaba de los hombres. Tenía la sensación de estar diluyéndose sexualmente. Su libido se había duplicado, pero también se había desplazado, como si ahora estuviera fuera de ella, y aunque se había vuelto ávida, Katherine era incapaz de reconocerlo simplemente porque ya no era capaz de localizarla. La pornografía y la masturbación salvaje no ayudaban. Las imágenes de hombres le causaban angustia y tensión. Su cuerpo no respondía, se había vuelto insulso y seco, y al mismo tiempo, en alguna parte de ella que quedaba fuera de su alcance, la necesidad de echar un polvo era más fuerte que nunca. Aunque era una urgencia escurridiza, descubrió que era preferible aniquilarla que satisfacerla, y para eso no había nada mejor que pensar en niños, esos cabroncetes que convertían el deseo en repugnancia con la misma celeridad con que convertían el placer en desesperación. Lo mismo que tener problemas la llevaba a sentirse de pronto desbordada por los problemas de los demás, le ocurría que cuando quería evitar no sólo la presencia sino incluso la mera alusión a los niños, estos aparecían en todas partes: trotando por la ciudad dos pasos por detrás de sus madres agobiadas y con el pelo como un estropajo; gritando en la puerta del supermercado; colgando como un peso muerto de la mano de un padre con los nudillos blancos que los arrastraba de la parada del autobús al asiento del autobús. A veces, cuando se cruzaba con ellos, tenía la sensación de que la miraban, pero nunca sabía si buscaban su solidaridad o, con una extraña telepatía, le decían: «La próxima eres tú».

Allí donde iban los niños, la lástima los seguía inexorablemente. La oficina estaba plagada de caridad. En un cómodo dos por uno, Dave, de la primera planta, se estaba dejando barba por los bebés huérfanos de Malawi, para afeitársela luego por la violencia doméstica. Donna, de la tercera planta, se había sumergido en una bañera llena de alubias cocidas por los niños de la calle de Burkina Faso. Los cumpleaños se anunciaban con tarjetas estampadas en relieve de color rosa que proclamaban que el regalo para la persona en cuestión se había transformado en cabras y guías turísticos para Kenia. Ni siquiera a solas estaba a salvo. *Elle* y *Marie Claire*, normalmente bastiones de la alegría, se habían embadurnado de primeros planos de niñitos de ojos llorosos como Ngugi, Jesús o Kalifa, con sus paladares hendidos y sus panzas al estilo de Biafra. «Bastan dos libras al mes para que el pequeño Esmé tenga agua potable», proclamaban. «Con quince libras, Fátima puede comprar una pierna de madera». Y ¿qué pasaba con las madres?, se preguntaba Katherine. Por lo visto el feminismo sólo era aplicable a las mujeres sin hijos o con pareja. Una vez que reventaban y expulsaban al crío, se convertían en poco más que el inconsciente mecanismo de distribución de otro inocente echado a perder, el medio para multiplicar el sufrimiento en el mundo. ¿Por qué la gente sólo era capaz de depositar su compasión en las cosas más incuestionables? La gente respondía a la tristeza únicamente cuando esta se expresaba como tristeza. Cuando se expresaba como hostilidad o como rabia, la gente se alejaba. ¿Por qué no sacaban una foto suya en una revista de papel cuché, sin maquillar, despeinada y con un pie que dijera: «Ayúdanos a impedir que Katherine se vuelva loca de atar»? No era capaz de atenuar la manifestación externa de su pena. Tendría que pasar por esto sola: el miedo, la amargura, el gélido comienzo de los días solitarios y grises acompañados de náuseas, y al final, pasara lo que pasase, la gente se limitaría a decir: «¡Ay, pobre niñito!».

Madre soltera, pensó. Sonaba a estigma: a categoría marginada y completamente expuesta al juicio de cualquiera. Ya no podría recurrir a la manida excusa de que no había encontrado al hombre ideal. La verdad estaría a la vista de todo el mundo: se la había follado un individuo muy poco recomendable. Tanto tiempo invertido en guardar meticulosamente las distancias y ejercer el control sobre el otro sexo, pensaba, para acabar con esa cosa dentro de ella que no sólo le recordaba a todas horas algunas de las experiencias sexuales más insatisfactorias y descabelladas que había tenido, sino que también, y de una manera muy desagradable, hacía que la ausencia de un hombre en su vida pasara de ser un triste secreto fácilmente disfrazado de postura ideológica a ser una clamorosa y enorme carencia.

Ya empezaba a protegerse con un barniz de tragedia. El padre, se imaginaba diciendo, era un hombre maravilloso: masculino e independiente; sensible y atento, con un empleo altruista a la vez que admirablemente peligroso. No tenía nada que ver con el Ejército o con la Policía, por supuesto: había algo profundamente antifeminista en ser la viuda de un militar. Tal vez un reportero gráfico galardonado y famoso por documentar el coste humano de las guerras olvidadas. De un modo conmovedor,

esforzándose por dominar las lágrimas, contaría cómo le había puesto en su vientre la mano endurecida por los rigores del desierto, con su reloj Tag Heuer de buceo brillando a la luz de las velas, y le había prometido que lo dejaría todo para quedarse con ella y con su hijo. «Un trabajo más y habré terminado», le había dicho, con la promesa de buscar un puesto en la redacción y acabar con las noches de preocupación en las que ella se despertaba de madrugada temiendo que a él le hubiese ocurrido algo horrible y maravillosamente conmovedor al mismo tiempo. Sólo le quedaba una atrocidad por documentar, le había dicho él; una tragedia global que simbolizar con brillantez, aunque de una manera reduccionista, en el rostro de un niño inocente que posa sospechosamente bien delante de la cámara. Describiría con detalle la última noche que pasaron juntos: hablaron de nombres (Leica si era niña, Pentax si era niño); de mudarse a una casa más grande; de los valores y las destrezas que inculcarían al pequeño Pentax desde el momento en que naciera. Y cómo al día siguiente, cuando se despertó, encontró una rosa encima de la almohada y el reloj en la mesita de noche, para que se acordara de él; y cómo dos días después volvió a despertarse en mitad de la noche y supo, lo supo, que algo horrible le había sucedido, porque... (suspiro hondo; pausa dramática a lo Pinter) el reloj de él se había parado. La gente la admiraría. La tomaría por una de esas personas capaces de sobreponerse a todo. Sería tan valiente, tan fuerte.

**T**enía que hacer algo. Necesitaba, lo sabía, tomar las riendas. La situación la estaba superando. No quería ser de esas personas que se dejan superar por las situaciones. Decidió empezar por la cuestión de sus ingresos.

—Me he pasado a la sopa —dijo su jefe peleándose con la tapa de un termo—. Ya no soportaba el pan empapado de mayonesa.

—No lo dejo —dijo Katherine.

—¿Cuándo dijiste que lo dejabas?

—El otro día. Pero ya no quiero dejarlo. Quiero anular mi renuncia.

—Ah —dijo su jefe levantando la vista de la sopa.

—¿Qué significa «ah»?

—Bueno, sólo..., quiero decir que, como ya te dije, aunque lamentaríamos mucho que te fueras, ya lo sabes, la verdad es que quería dejar de ser tu jefe para que pudiéramos...

—¿Puedo revocar mi decisión, por favor?

—Claro. No hay problema. ¿Puedo preguntarte qué ha cambiado?

—No.

—¿No estarás pensando en pedir enseguida una baja por maternidad? Porque ya me ha pasado tres veces que...

—Podría denunciarte por eso —dijo Katherine.

—Muy bien —dijo él—. Entendido.

**L**a televisión, esa amiga con la que tantas veces había compartido sus peores momentos, ya no le ofrecía apenas consuelo. Le costaba encontrar cosas que pudieran enmarcarse en la categoría de entretenimiento. Las noticias lo infectaban todo. Inspirados por la recesión económica, los canales de moda se habían vuelto locos por el ahorro. Los de historia, sacando tajada de la creciente preocupación por una posible epidemia, se habían olvidado de Hitler para centrarse en la peste. Entusiasmados por la rara oportunidad de ocupar el primer plano, los canales de naturaleza difundían a todas horas documentales sobre las enfermedades de los animales, y los canales de cocina, apuntándose al mayor giro vegetariano de la historia del país, se convirtieron en el brazo armado del *Zeitgeist*, ofreciendo consejos para llevar una vida libre de carne. A la vista de la situación, Katherine prefirió ceñirse a las propias noticias, que ofrecían a bombo y platillo un doble relato de la recesión y la pandemia. La quema de los esqueletos del ganado, que empezó siendo una medida experimental, al parecer ya era una norma. Se hablaba de sacrificio selectivo. Hombres con trajes ignífugos hacían importantes declaraciones.

«Ya habíamos visto el síndrome de descoordinación del ganado bovino —decía uno de ellos—, y también el síndrome parapléjico. Esto es peor. El trance idiopático bovino hay que tomárselo muy en serio. Al menor síntoma de que una vaca mira fijamente, deja de moverse o abandona sus comportamientos normales, como rumiar o mover el rabo, o simplemente se aparta del rebaño, hay que dar parte de inmediato».

A Katherine empezó a gustarle la repetición, la sensación predecible que generaban las noticias. La palabra «noticias», pensó, era poco ingeniosa, dado que todas las cadenas se pisaban las unas a las otras para ofrecer más de lo mismo: montones de esqueletos de ganado, patas abiertas perfiladas contra el cielo invernal; pezuñas y cabezas envueltas en humo y llamas.

**C**ada vez que sonaba el teléfono fijo pensaba que era Daniel, pues estaba segura de que no tardaría en llamar. También, aunque esto le preocupaba, pensaba que era Keith, y por eso dejaba que saltase el contestador automático. Como era de esperar, una vez, cuando pulsó con expectación el botón para oír los mensajes, oyó la voz de Keith.

«Katie, cielo. Hace mucho que no nos vemos. ¿Qué estás haciendo?».

Borró el mensaje y volvió a pulsar el botón para asegurarse de que lo había eliminado. Empezaba a darse cuenta de que recibía muy pocas llamadas.

Pensaba en Daniel, se preguntaba qué estaría haciendo, en qué estaría pensando. Le gustaba imaginarse hasta qué punto sufría. Se lo imaginaba agobiado por el insomnio, dando vueltas por la cocina con esos atroces calzoncillos holgados, pasándose una mano por el pelo y bizqueando. Quería que alguien lo sacara de su

caparazón. Había empezado a volverse huraño con su pareja y a alejarse de ella — ¿cómo se llamaba?—, al tiempo que esperaba que ella le preguntase qué le pasaba. Si no se lo preguntaba, Daniel se enfadaría. Si se lo preguntaba, diría que no le pasaba nada. A Katherine le gustaba la idea de ser el secreto de alguien y en particular el secreto de Daniel. No porque quisiera volver con él, sencillamente porque lo peor que alguien podía hacerte era olvidarse de ti.

Aunque podía borrar la presencia de Keith en el contestador, en la oficina era imposible no verlo. Katherine sabía a qué hora exacta iba a beber agua y a ponerle ojitos a Claire Demoinés, que era nueva, estaba soltera, llevaba medias estampadas y decía cosas como: «Es que tengo muchas ofertas, ¿sabes? Aunque... no sé; quizá soy un poco exigente». Luego se tropezó con él en las escaleras, que había empezado a utilizar por miedo a encontrarse con él y/o Claire Demoinés en el ascensor. Keith se mostró tranquilo y suficiente, como envuelto en un resplandor posterior a algo, e hizo un gran alarde de que no hacía un gran alarde. Para horror de Katherine, estaba más atractivo ahora que era el padre de su hijo, como si lo viese a través de un filtro hormonal de felicidad potencial en vez de a la fría luz del pensamiento racional.

—Hola —dijo apoyando una mano en la barandilla mientras con la otra toqueteaba la calderilla que llevaba en el bolsillo de los pantalones—. ¿Cómo te va?

—Estupendamente —dijo Katherine mirándolo con frialdad y sin sentir la necesidad de dejarse llevar por la rutina habitual de llamar la atención sobre su deshonra—. ¿Y a ti?

—Haciendo algunos cambios —dijo Keith. Y asintió como un sabio a la vez que señalaba una goma roja que llevaba en la muñeca izquierda—. Aprendiendo.

—Eso está muy bien. ¿Por qué llevas una goma en la muñeca?

—Para protegerte —dijo él con gravedad—. Por cierto, ¿estabas pensando en que pagáramos a medias esas vacaciones, o qué?

—La verdad es que no.

—Muy bien.

—¿Qué pasa? ¿Andas mal de dinero para fundírtelo con la última a la que te estás tirando?

—Guau —dijo Keith asintiendo, muy serio—. Veo mucha hostilidad, duquesa.

—Sólo preguntaba.

Keith le apoyó una mano en el hombro y bizqueó levemente, como si algo le doliera.

—Deberías tener más respeto por ti misma —dijo él.

—Keith —dijo ella con ansiedad, suavizando su expresión y mirándolo a los ojos, pestañeando rápidamente, como si estuviera a punto de desmayarse.

—¿Sí, Katherine? —contestó él ladeando la cabeza y asintiendo ligeramente, como si dijera: «Soy estupendo para escuchar a los demás».

—¿Crees que un día, pronto, sólo por mí, podrías morir en un accidente de autoerotismo?



Esa misma tarde lo vio hablando con Carol al lado de la fotocopidora. Parecía compungido y como si estuviera tramando algo. Le enseñó a Carol la goma de su muñeca. Carol le posó una mano en el hombro mientras lo escuchaba. Keith puso una de sus sonrisitas y le dio las gracias. Cuando Katherine se acercó, se separaron. Cuando le preguntó a Carol qué estaba pasando, ella dijo que nada.

**E**nfrascada en su aislamiento y en el creciente temor a que Keith poco a poco y de una manera muy sutil volviese contra ella a las chicas de la oficina más de lo que ya lo estaban, recurriendo para ello a técnicas más contundentes que la insinuación y la persuasión, Katherine trató de atenuar su frialdad. Se aseguraba de dar los buenos días. Se quedaba en la sala de personal y escuchaba a Debbie, que seguía hablando de su hijo. Cuando murió el íntimo-amigo-de-Jules-con-el-que-nunca-sehabía-liado, a los cincuenta años, tras librar una larga batalla contra el cáncer de páncreas, Katherine fue corriendo al armario donde guardaba el material para renovar el reposamuñecas de Jules y la alfombrilla de su ratón, para que al menos el síndrome del túnel carpiano que padecía no exacerbara su dolor. Cuando alguien de la oficina robó o se apropió sin darse cuenta y de por vida de la bolsa de Janice, bolsa que había tenido el buen juicio de comprar para transportar su comida macrobiótica sin que le manchara el bolso de mano, Katherine envió un correo electrónico colectivo que, en cuestión de treinta minutos, tuvo el efecto de que la bolsa reapareciera milagrosamente en la sala de personal. Cuando Dawn Rickstadt, que *olía tan bien*, pasó por delante de su mesa dejando una estela de perfume especialmente agradable, Katherine se aseguró no sólo de anotar el nombre (Consensual, de Chanel), sino también de preguntarle a Dawn si le molestaría que se comprara el mismo perfume y oliese igual de bien que ella, a lo que Dawn tuvo la generosidad de responder que no tenía ningún problema en que Katherine se comprara un frasco de Consensual, porque era de verdad divino, además, como ella estaba a punto de salir, podían ir a comprarlo juntas a la hora de comer.

—Este tiene un toque guarro maravilloso —dijo Dawn cuando estaban en Debenham's, pulverizando la muñeca de Katherine con unas gotas de Reproche, de Comme des Garçons—. Es brisa marina que roza una rodilla temblorosa en un Ford Capri.

—Y eso ¿se supone que es agradable?

—Se supone que es sexy.

—Yo no quiero ser sexy —dijo Katherine—. Yo quiero ser limpia.

—Ya lo pilló —dijo Dawn—. ¿Algo más intenso?

—¿Qué tal Mace? —dijo Katherine.

—Ah, ya entiendo. Crees que después de tanto investigar por fin han encontrado un repelente infalible contra los gilipollas.

Después fueron a comer. Después de comer tomaron café. Dawn le habló de sus

relaciones amorosas: todas habían terminado mal. De todos modos, dijo, seguía siendo hipotéticamente optimista.

—Eso debe de estar bien —dijo Katherine.

—Tiene sus momentos. Pero da igual. Cuéntame tú.

—Un asco —dijo Katherine.

**S**in embargo, esto duró poco, porque los episodios ocasionales de malintencionada amabilidad de Katherine siempre duraban poco y siempre le causaban, como sus recientes orgasmos egocéntricos y malintencionados, una sensación de decepción y de ligera suciedad que tardaba en desaparecer. Su capacidad para dejar el cinismo en suspenso era breve e incompleta. Cuanto más se esforzaba con la gente, menos capaz era de pasar por alto sus defectos. Jules era demasiado compasiva. Dawn olía demasiado. La paciencia de Debbie era desquiciante. Todas eran desquiciantes. Picoteaban trocitos de comida, porque todas estaban controlando su peso. Reenviaban esas cadenas de correos electrónicos que enumeraban quince razones para dar las gracias por estar vivo. Pensaban que la pena de muerte tenía su utilidad, aunque sólo para los delitos realmente graves y sólo si había plena certeza de que la persona era culpable. Las que tenían marido se quejaban de sus maridos. Las que no tenían maridos querían maridos. Todas querían definitivamente más de lo que tenían, a pesar de que sus casas y sus apartamentos estaban abarrotados de cosas y quizá deberían deshacerse de algunas, porque la tendencia minimalista estaba de moda, aunque, por otro lado, era poco acogedora, ¿verdad?, la tendencia minimalista. Muchas querían hacer algo importante de verdad, porque admiraban a la gente que hacía cosas que merecían la pena. Todas coincidían en que había demasiado sufrimiento en el mundo. Con frecuencia alguna caía enferma, y a las demás les preocupaba que pudiera contagiarlas, aunque en general nunca se contagiaban y después todas coincidían en que quizá ya estaban inmunizadas. Los yogures tenían muchas más calorías de lo que ninguna de ellas se imaginaba. Por alguna extraña razón, a todas les habían dado ordenadores especialmente lentos. Se caían bien las unas a las otras sólo en la medida en que deseaban caer bien a los demás. Cuando una se levantaba para ir al lavabo o a prepararse una taza de té, las demás aprovechaban para hablar de ella, de que olía demasiado o de que estaban hartas de su paciencia.

La sensación de conexión con los demás no era para Katherine distinta de la rebeca de cachemira o del novio anhelado. Lo deseaba con locura; se acercaba; se sentía ligeramente abierta al exterior, y entonces reculaba, convencida de que la felicidad buscada era ahora una responsabilidad de la que tenía que hacerse cargo como se hacía cargo de la altura de las sillas o la temperatura del aire acondicionado, mediante una serie de pequeños ajustes que, según los hacía, erosionaban gradualmente su esencia.

**U**n día se quedó atrapada en el ascensor con Keith, tras cometer el error de suponer que él había adquirido la costumbre de ir siempre por las escaleras, y comprendió con desmayo y horror que aún seguía queriendo que él quisiera acostarse con ella.

—Estoy muy tranquilo últimamente —dijo Keith—. Creo que estoy volviendo a ser la persona que siempre he querido ser.

—Estás gordo —dijo Katherine—. Quizá siempre hayas querido ser gordo.

—Y tú estás enfadada. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Quizá podríamos vernos algún día —dijo ella.

—No creo —dijo él, con una sonrisa tan amable que dolía—. No creo que eso te hiciera bien.

—No te compadezcas de mí. No te atrevas.

—Tienes razón. Ya es suficiente con que te compadezcas tú, ¿verdad, princesa?

—Eres un gilipollas.

—Lo mismo digo —contestó él cuando Katherine salió del ascensor en una planta que no era la suya.

Más tarde lo vio hablando con Claire Demoinés, que se puso de puntillas con sus zapatos de tacón rojo tipo que-te-follen/fóllame para darle un abrazo en plan quiéreme. Katherine dio media vuelta y la emprendió a patadas con las cajas de seguridad de cuatro extintores de incendios para tener una tarea con la que distraerse esa tarde.

**L**as vacas eran infinitas. Seguían y seguían. Volvía a casa todas las noches y las veía inmóviles en el televisor.

«Estamos en directo y en exclusiva —vociferaba Bill Palmer a la cámara, con los ojos muy abiertos por encima de la máscara protectora; las manos, enfundadas en unos guantes de goma, gesticulaban sin parar hacia la vaca inmóvil que estaba detrás de él—. A mi espalda está Simone, la primera vaca infectada que ha sido filmada. A mi lado está Bob Chevington, el veterinario local. Bob, explícame qué tenemos aquí».

Bill Palmer era un experiodista de guerra que hacía reportajes nacionales después de haber recibido valientemente un disparo delante de las cámaras. Era evidente, pensó Katherine, que estaba disfrutando esta extraordinaria oportunidad dramática, y se había convertido en una especie de presencia ubicua en lo que ahora parecía de rigor denominar la crisis. Daba mucha importancia a la indumentaria. A las puertas de las embajadas lucía el consabido uniforme de camisa de algodón azul y pantalones chinos. En Afganistán, ropa de camuflaje y una colección de cascos. Esta vez, claramente consciente tanto del dramatismo de la situación como de la posibilidad de cosechar aún más reconocimiento periodístico, llevaba un mono ignífugo de color blanco, con la capucha despreocupadamente retirada y la melena blanca alborotada

hacia un lado por una fuerte brisa; las cejas, generosas y unidas en un frunce, hablaban de valentía para cumplir con su misión de informador ante un grave peligro.

«Bueno, Bill, lo que vemos aquí es un ejemplo clásico de trance idiopático bovino —dijo el veterinario—. Esa vaca lleva veinticuatro horas con la mirada perdida. Está completamente inmóvil. No responde a ningún estímulo».

«Y ¿cuál es el pronóstico, Bob?».

«La muerte. Probablemente por deshidratación».

«Se avecinan tiempos oscuros —sentenció Bill—. Y aquí tienen a Chastity, que como ven está en sintonía con el tiempo».

La cámara se detuvo unos momentos en la vaca paralizada, y Katherine tuvo la sensación de que la miraba fijamente con sus ojos vidriosos y muertos.

**P**arecía que todas las viejas pautas salen a la superficie. Las veía, las nombraba, pero era incapaz de intervenir. Era una sensación parecida a cuando se metía los dedos en la garganta para vomitar toda la comida que se había permitido ingerir. Sentía náuseas de vacío emocional y, en el intento de librarse de ellas, había vuelto al método probado y verificado de atribuir a Daniel las cosas que no podía sentir por sí misma o que quizá sentía pero no acertaba a nombrar. Todo era muy familiar: su desafección por la amabilidad en la oficina era un nítido reflejo de su desafección por Daniel. Katherine tenía la costumbre de poner a prueba su compromiso haciéndole daño. Amenazaba con dejarlo, o con engañarlo, y acto seguido observaba su expresión y calibraba la hondura de sus sentimientos por el grado de desmoronamiento que él manifestaba. Daniel era inseguro y dado a preocuparse. Si alguna vez se volvía confiado, pensaba Katherine, eso significaría que había dejado de quererla, porque querer a alguien es preocuparse; necesitar a alguien es temer su inevitable ausencia. Sin ese miedo, sin ese dramatismo, reflexionaba, no quedaba nada más que el vacío gris de las relaciones en la madurez tardía, cuando, hasta donde ella alcanzaba a ver, conceptos como el amor y la pasión se sustituían por la patética terminología de la codependencia y el aburrimiento: compañerismo, satisfacción y compromiso. El amor que cada cual sentía por el otro ya no se manifestaba simplemente porque no se cuestionaba; el indicador clave no sólo del amor, sino también de la solidez sería sencillamente el hecho de que la solidez y el amor les habían permitido llegar hasta ahí. No, no, pensó. Mejor la extrañeza y la lucha; el constante alivio del trauma soportado y superado. Sin eso sólo quedaba la seguridad de la gente sin imaginación: una menguante vida sexual de la que no se habla; un cenagal de rencor; y vello facial tanto en él como en ella.

**V**olvió a la tienda benéfica donde había donado el vibrador de Keith. Dijo que había olvidado algo en la bolsa, por error, y quería recuperarlo. La señora de la

tienda la miró con expresión neutra y sospechosamente relajada.

—No he encontrado nada —dijo—. ¿Qué olvidaste?

—Un vibrador.

—Ah. Humm...

—Es inconfundible —dijo Katherine—. Tiene la forma de un pene enorme y en un lado, con letras fosforescentes, pone: la taladradora.

—Creo que no...

—Sé que lo tiene usted.

—Te aseguro que no.

—Devuélvame.

—Te lo devolvería si pudiera.

—Lo que usted diga.

**C**laire Demoinés apareció como llovida del cielo en la planta de Katherine y soltó la noticia que, según explicó, ella ya sabía desde hacía algún tiempo pero había prometido no revelar porque era un asunto privado y delicado.

—Él no estaba seguro de querer que nadie lo supiera —le oyó decir Katherine, en voz baja, a Jules, Debbie y Carol—. Pero hemos hablado mucho y le he dicho que quizá se sentiría mejor si todo saliera a la luz y no tuviera necesidad de seguir ocultándolo.

—Mmmm —dijo Jules, siempre tan compasiva—. Ha sido muy valiente.

—¿No os parece que eso es un tabú? —dijo Carol.

—Ni siquiera se puede mencionar —dijo Debbie—. Pero me parece admirable que él ponga las cartas sobre la mesa.

—Me siento privilegiada al ver que ha sido capaz de abrirse conmigo —dijo Claire.

—Mmmm —dijeron Debbie, Jules y Carol, que ahora, Katherine lo sabía, odiaban a Claire por ser la persona con quien Keith se había abierto, a pesar de lo mucho que ellas se habían esforzado para que Keith se abriese. No es que se sintieran atraídas por Keith, desde luego que no, y tampoco estaban desesperadas por liarse con alguien, pero, como Debbie le diría después a Katherine, ¿quién se creía Claire Demoinés que era, haciendo aspavientos por ahí..., cuánto..., una semana, y consiguiendo que Keith, a quien todas conocían desde hacía mucho más tiempo, se abriese por completo con ella?

—¿Qué me estoy perdiendo? —dijo Katherine con picardía, acercándose furtivamente a Claire Demoinés y lanzando una mirada de soslayo a la complejidad de sus medias. Keith se las arrancarían en un abrir y cerrar de ojos, con esos dedos asquerosos.

—Keith ha estado viendo a alguien —dijo Claire.

—Eso es genial —dijo Katherine—. ¡Qué mono! ¿Va en serio?

—No, no es en ese sentido. Ha tenido que someterse a un tratamiento —reveló, invistiendo sus palabras de toda la solemnidad que pudo.

Katherine hizo una lista mental de las razones por las que Keith podría necesitar un tratamiento. Dejando a un lado su personalidad tóxica, era proclive a tener infecciones recurrentes del tracto urinario, y supuso que eso podía ser una especie de tabú.

—Ya —dijo Katherine—. ¿Es grave?

—Es adicto al sexo —terció Debbie, incapaz de aguantarse—. Pero ahora lo están tratando.

—Y ¿en qué consiste el tratamiento? —preguntó Katherine—. ¿Es como ser adicto a la heroína? ¿Te recetan algo para sustituir el sexo?

—Bueno, es una terapia verbal —dijo Claire.

—¿Como con una prostituta, quieres decir? —dijo Katherine.

—No, con un psicoanalista.

—O sea, que está viendo a un loquero porque no puede dejar de follar.

—Tiene una actitud tóxica y adictiva con el sexo, y eso ha hecho mucho daño a sus relaciones.

—Es lo que tiene joder a la gente.

A la hora de comer, los detalles circulaban por toda la oficina. Keith se estaba sometiendo a una especie de terapia de aversión. Llevaba una goma en la muñeca para tirar de ella cada vez que sentía tentaciones. Esto, por lo visto, lo transportaría a determinados estados de aversión anteriores y le evitaría someterse a hipnosis. Le contó a Debbie, en la más estricta confianza, que había estado repasando algunas de las cosas que su adicción lo había llevado a hacer y, aunque no quería entrar en detalles por miedo a ofenderla o a provocar que ella nunca quisiera volver a relacionarse con él, reconocía que no estaba orgulloso. Así que, le explicó a Carol en la más estricta confianza, había evocado algunas de sus experiencias, las había analizado a fondo y luego se las había contado a un terapeuta, quien le había explicado que tenía una adicción y que esa adicción estaba envenenando su vida, y que lo que necesitaba era construir relaciones positivas con mujeres sin acostarse con ellas. Al parecer, le contó a Claire en la más estricta confianza, su terapeuta había señalado que la consecuencia completamente natural de construir relaciones positivas con mujeres sin acostarse con ellas sería que con el tiempo querría acostarse con ellas. Esto ocurría en parte porque estaba construyendo una relación valiosa, y eso siempre despierta la sexualidad, y en parte porque ahora pasaría a ver el sexo como un tabú, y eso, como todo el mundo sabía, era algo *sexy*.

Así, explicó tranquilamente Keith a Debbie, Carol, Claire y Dawn —que a esas alturas ya habían superado la decepción que sintieron al darse cuenta de que él se había confiado a todas y empezaban a adquirir la costumbre de hablar con él en grupo —, lo importante era que bajo ninguna circunstancia debía limitar el contacto con las mujeres. En realidad, tenía que aumentarlo, pues de esa manera podría construir

mejores relaciones con ellas. Por tanto, lo que en realidad estaba diciendo era que necesitaba la ayuda de las chicas de la oficina. ¿Querrían ellas, se había preguntado, podrían ellas encontrar tiempo para ayudarlo a construir relaciones positivas, por ejemplo, yendo a tomar un café con él, o quizá a comer, incluso, con el tiempo, cuando la capacidad de resistencia de Keith se hubiera fortalecido, a cenar? No tenían nada que temer, las tranquilizó, porque los días en que era básicamente una bestia sexual habían quedado atrás y, además, la terapia de aversión significaba que si le entraban ganas de acostarse con alguna de ellas (cosa que, les aseguró, ocurriría inevitablemente, porque todas eran muy atractivas, y justo por eso les pedía su apoyo), no tendría más que tirar de la goma elástica que su terapeuta le había dado para reforzar las imágenes de aversión que elaboraban juntos y que, según explicó con aire grave a la asamblea femenina, eran tan repulsivas que una mujer tendría que ser la mujer más atractiva del mundo para seguir pareciendo atractiva después de que él la hubiese asociado mentalmente con esas cosas, dijo, casi en un susurro, tan, tan desagradables.

—Esto es horrendo —le dijo Katherine a Debbie en la sala de personal.

—Sí que lo es —dijo Debbie mirando a Keith con nostalgia—. Esas barbaridades que le gustaba hacer...

—**D**ios —dijo la madre de Katherine, que llegó remolcando a su hermana, Hazel. Dejaban a su paso una flatulenta estela de suficiencia que, pensó Katherine, iba a requerir una limpieza profesional cuando se hubieran marchado—. Esto no habría podido llegar en mejor momento. La verdad, Hazel, eres un salvavidas. ¿No te dije la otra semana que necesitaba recuperarme, Katherine?

—No —dijo Katherine.

—Ay, no seas así, Katherine —dijo su madre—. Tú también puedes venir la próxima vez.

—No, gracias —dijo Katherine.

—Gracias a ti —dijo Hazel—. El objetivo es eliminar las toxinas, no llevarlas a cuestas.

—No sigas, Hazel —dijo su madre, en un tono de voz que parecía destinado a que Katherine se sintiera mejor—. Tienes un aspecto horrible, Katherine.

—Gracias.

—No hay necesidad de sarcasmos. Me preocupo, como madre. ¿Qué te estás haciendo?

—Creo que sólo estoy cansada.

—¿Cansada de qué?

—De la vida.

—Ahórrame ese rollo. ¿Hay más café?

—Puedo hacer más.

Su madre la miró de arriba abajo.

—No te levantes —dijo con amabilidad—. Ya lo hago yo.

Katherine sintió que estaba a punto de echarse a llorar, lo que empezaba a convertirse en una respuesta común ante un gesto de amabilidad inesperado. Últimamente tenía que estar preparada para eso. Cuando la pillaba desprevenida, se derrumbaba.

—¿Qué estás comiendo? —preguntó su madre husmeando en el frigorífico—. Aquí están empezando a salir telarañas.

—Están empezando a salir telarañas en muchas cosas —replicó Hazel.

—Como fuera muy a menudo —dijo Katherine.

—¿Con quién? —preguntó su madre.

—Con nadie.

—¿Sales a comer sola? Dios mío, cariño. Eso suena muy deprimente.

—A mí me gusta.

—No, no te gusta. Lo haces y luego te convences de que te gusta. Siempre has sido así.

—¿Cómo he sido siempre? —dijo Katherine.

Estaba a la defensiva, susceptible, principalmente porque se sentía vulnerable y tenía ganas de llorar, y no soportaba la idea de que su madre y, peor aún, su hermana la viesan con la guardia tan baja.

—Siempre intentas convencerte de lo que haces —dijo Hazel.

—¿Con qué, por ejemplo?

Su familia, pensó, tenía unas ganas y una habilidad inquebrantables para aliarse contra ella.

—Con todo —dijo Hazel—. No te gusta tu profesión y por eso tienes que soltar esos absurdos monólogos sobre lo mucho que te alegras de no haber entrado en esa competición de ratas. No tienes una relación con un hombre, así que no paras de decir lo mucho que te alegras de no tener una relación, porque los hombres son un lastre. Echas de menos a Daniel, así que aprovechas la más mínima oportunidad para...

—No echo de menos a Daniel.

—¡Por favor! —dijo Hazel—. Cualquiera echaría de menos a Daniel.

—¿Qué es esto? —dijo Katherine—. ¿Una intervención militar?

—Llámalo preocupación fraternal —dijo Hazel.

—Ya basta, las dos —dijo su madre, que llegó con la cafetera—. ¿Quién quiere leche?

Katherine encendió un cigarrillo.

—Yo no quiero. Dos de azúcar.

Observó a Hazel atentamente. «Genérica» era la palabra que le venía a la cabeza. Un pantalón vaquero conservador y un jersey de punto grueso; una rutina para maquillarse seguramente copiada de un artículo de revista en el que aparecerían palabras como «discreto» y «asertivo».



Su madre se sentó y empezó a servir el café, mientras Hazel, que estaba enfrente de Katherine, la miraba con ojo crítico.

—Mamá tiene razón —dijo—. Tienes una pinta horrible. ¿Quieres la dirección de mi dermatólogo?

—Tú lo que necesitas es un polvo —dijo Katherine.

Hazel se quedó boquiabierta.

—¿Sabes lo que eres? —dijo—. Eres predecible. Eso eres.

—Y ¿tú sabes lo que eres?

—No queremos saberlo —dijo su madre—. Katherine, estamos preocupadas por ti.

—Pues no lo estéis. Estoy bien.

—Va a quedar libre un puesto en mi empresa —dijo Hazel—. Podría recomendarte. En serio. Bromas aparte. Ya lo sabes.

Katherine encendió otro cigarrillo con la colilla del primero. Podía decir que sí, pensó. Podía hacer las maletas y largarse; empezar de nuevo. Haría bien el trabajo que le ofrecía su hermana, fuera el que fuese, porque siempre hacía bien su trabajo. Después del trabajo, irían juntas a tomar un vino, o quizá a un restaurante. Pedirían vino blanco bien frío, un plato de pasta ligero y una ensalada para compartir, y cuando un grupo de hombres medianamente pasables, con su informal traje de viernes arrugado y la corbata cada vez más floja, quisieran invitarlas a una copa, sonreirían y aceptarían, y después se reirían y coincidirían en que ninguno valía la pena: «¿Te has fijado en cómo iba vestido?». Quizá vivirían juntas. Quizá serían felices por algún tiempo, hasta que una de las dos conociese a alguien y todo se estropeará. ¿No sería eso, cualquier cosa de todo eso, mejor que lo que tenía?

Claro, que no sería así, porque Katherine estaría aceptando un favor, y en el instante en que lo aceptara se arrepentiría, y a su hermana le molestaría que se arrepintiera, y no tardarían en discutir por la comida o por qué hacer una noche cualquiera o por alguna trivialidad, y sacarían las cosas de quicio cuando su hermana le recordase que ella le había conseguido ese trabajo y le reprochase que ni siquiera era capaz de agradecerse.

—No —dijo por fin—. Estoy bien, gracias.

—Ni siquiera sé por qué hemos venido —dijo Hazel—. Hemos tenido que desviarnos una hora.

—Y ¿por qué habéis venido? —le espetó Katherine—. Yo no os lo he pedido.

—Queríamos verte, Katherine —dijo su madre, que ahora parecía dolida de una manera que llenaba de rabia a Katherine.

—Pues ya me habéis visto —dijo.

Cuando se marcharon se echó a llorar, pero trató de dominarse. Esto no te ayudará, se repitió. No te ayudará, así que ni te molestes siquiera.

**A** veces, en momentos más tranquilos, cuando los temores y las preocupaciones si no se alejaban del todo, al menos se atenuaban temporalmente, Katherine pensaba en Nathan, en qué estaría haciendo y, más concretamente, qué le habría pasado el último año y medio. Nada bueno, suponía. Él siempre andaba metido en historias no precisamente buenas, y si hubiese algo que definiera su amistad sería que, en una determinada etapa, saber lo que tramaba Nathan era siempre emocionante, incluso romántico, pero después empezó a serlo cada vez menos. Siempre vivía al límite, por supuesto, y a nadie se le habría pasado por la cabeza afirmar que su forma de vida era saludable o sus elecciones eran siempre las más positivas, pero en los últimos meses el cambio había sido muy llamativo. Daniel y ella empezaron a comentarlo —Nathan no paraba de parpadear y de pronto soltaba incoherencias; hablaba a menudo de la infelicidad o, más exactamente, como le dijo una vez a Katherine, de lo que él veía como una incapacidad real para ser feliz—, pero esto coincidió con una época en la que Daniel y ella apenas hablaban de nada que no fuera de ellos mismos, y cuando tampoco ellos iban precisamente por buen camino, y cuando, como sucede siempre en una relación en fase de decadencia o de florecimiento, observar los acontecimientos externos a la pareja parece requerir un esfuerzo mayor que pasarlos por alto. ¿Habían dejado tirado a Nathan? ¿Le habían fallado en uno de esos raros períodos críticos de fracaso permanente? Hasta hacía poco tiempo, si la persona oportuna, en el instante oportuno, le hubiera hecho esta pregunta en la más estricta confianza, Katherine habría respondido que sí, pero ahora Nathan había llamado y había pedido ayuda claramente, y eso sugería que el momento anterior en que le habían fallado no era el momento irrevocable, sino el precursor, o una simple advertencia. Claro que eso también planteaba la posibilidad de que este fuera el gran momento, la hora de hacer las cosas bien, y Katherine no estaba segura de estar en condiciones, porque otra vez era un mal momento para ella, estaba distraída, tenía demasiadas preocupaciones encima como para cargarse con más.

Aunque, por otro lado, estaba la conversación que había tenido con Nathan la última vez que se vieron, una conversación que no le había contado a Daniel, pero que ella no había olvidado, y que resultó, como mínimo, una de esas ocasiones en las que estar con alguien que te decía que siempre te había encontrado atractiva no estaba nada mal.

**C**laire Demoinés tenía subyugada a la oficina. Había salido a cenar con Keith. Keith se había tirado de la goma. Dijo que nunca se habría imaginado, después de las tremendas técnicas de aversión a las que estaba sometiendo su terapeuta, que alguien fuera capaz de hacerle volver a pensar en el sexo, pero...

—Fue increíble cómo se dominó —dijo Claire pasándose la mano por el encaje de espiguilla de las medias—. Dijo que me admiraba demasiado como para hacerme

daño, como había hecho daño a todas las mujeres que habían pasado por su vida.

—Dios —dijo Debbie—. ¡Qué hombre!

**C**on ganas de reafirmarse en la creencia de que la humanidad era esencialmente una mierda, Katherine fue a un club de *striptease* del barrio y se tomó un daiquiri rodeada de hombres de mirada lasciva que habían salido de juerga sin permiso. Aunque en los carnés de socios del club, en los carteles y hasta en los posavasos figuraba la palabra «ejecutivo», el L'Après-Vie se enmarcaba en la gama de entretenimiento masculino más barata. Las chicas eran extranjeras y andaban completamente desnudas. Ofrecían bailes privados en salas sofocantes que, según habría dicho Dawn, tenían una nota guarra. Katherine pensó cuál sería la etimología de todo aquello: ¿en qué preciso momento de la historia masculina el erotismo aceptó abarcar en su definición a mujeres flacas, de ojos tristes, subidas a unos tacones baratos que se lanzaban desde un trozo de andamio reconvertido ex profeso? Pagó veinte libras por un baile privado con una chica que se llamaba Clover y que tenía coletas, las uñas pintadas de púrpura y un unicornio tatuado justo encima de la ingle.

—Es mi animal de la suerte —dijo.

—Estoy embarazada —dijo Katherine.

—Enhorabuena.

Cuando salió de allí, los hombres que esperaban en la cola su dosis de diversión, incómodos y con aire furtivo, se fijaron en ella. No se sentía vulnerable. Volvió a casa paseando por calles oscuras, cruzó el aparcamiento por debajo del paso elevado que normalmente evitaba. Pensó en la violación con indiferencia. Tenía la sensación de que los besos y los revolcones, las miradas y los susurros con el aliento caliente la estaban abandonando, y cuando se detuvo en la oscuridad y apoyó las manos en los ladrillos fríos, en la posición de alguien a quien van a cachear, por un momento no supo si vomitar, llorar o las dos cosas: sintió que todos los momentos de intimidad que había conocido en su vida ascendían desde las plantas de sus pies y se escapaban por la frontera semipermeable de su piel hasta evaporarse por completo.

Una vez en casa, buscó algo de porno en Google y descubrió que ya no soportaba mirar a los hombres. Se conformaba con determinadas partes del cuerpo felizmente despojadas de sustancia material, como un *collage* algorítmico. No consiguió excitarse. Después llamó a tres o cuatro tíos cuyos teléfonos había guardado en el móvil con la intención de seguir en contacto, pero la llamada acabó en el buzón de voz. Llamó mientras daba vueltas por la habitación con el móvil en el bolsillo, para aparentar que el teléfono había marcado solo, por accidente. Quería comprobar si alguno le devolvía la llamada, en cuyo caso explicaría el error y diría que se alegraba de hablar con él de todos modos. Se quedó dormida con el móvil en la mano y a la mañana siguiente, cuando sonó, oyó una voz de mujer.

—Llamo de parte de Daniel Bryce —dijo la voz—. Espere un momento, por

favor.

Katherine esperó. Daniel tardó un buen rato en aparecer.

—¿Katherine?

Sintió una emoción vieja al oír su voz; casi manida. Y entonces cayó en la cuenta de la cantidad de tiempo que ya no podría recuperar que había pasado imaginando todas las maneras en que Daniel podía decir hola: tranquilo, nervioso, ligeramente triste, falsamente animado, agobiado por las preocupaciones, compasivo o chulo. Había imaginado todas sus posibles respuestas a esa llamada: desde alegre y simpática hasta confundida. ¡Había deseado tanto ese momento! Y ahora que por fin había llegado sólo pensaba en que ese deseo era una debilidad, y sólo sentía la decepción remota y gris que a veces uno experimenta al salir de una fiesta, cuando echa a andar hacia el coche y tiene la sensación de que la música y las voces parecían mucho más animadas desde la calle, porque llegaban amortiguadas, y más apetecibles, porque estaban lejos, y de pronto lamenta no haberlo pasado mejor cuando estaba dentro y aún tenía la oportunidad.

—Daniel —dijo.

Lo había deseado, se había consumido esperando aquel momento, y ahora ya había quedado atrás, y la necesidad pasaba a ocupar su lugar. Si hablaba con él entonces, en ese preciso instante, él se daría cuenta de hasta qué punto llegaba su debilidad.

—Oye... La línea no está bien —dijo—. Ahora te llamo.

—Parece que...

Colgó, se sentó en el suelo, se apretó las sienes y se preguntó por qué, al menos por una vez, no era capaz de aceptar lo que quería y alegrarse, en lugar de alejarlo y luego esperar que regresara.

No pasaba nada, se dijo. Le devolvería la llamada en un par de minutos. En cuanto se hubiera convencido de que no le importaba.

— **T**e quiero, amor. ¿Puedes pasarme la leche?

—Claro, cielo. Aquí tienes. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Daniel pensó que habían transgredido todos los límites de la dignidad.

—Y ¿el zumo?

—Perdona, cielo.

—Gracias, cariño.

—De nada, mi amor.

Siguieron masticando los cereales. Daniel hojeaba los titulares, muy nervioso. Angelica estaba enfrascada en un libro de bolsillo titulado *El hábito de la autoayuda: cómo dejar los libros y seguir adelante con tu vida*. Al cabo de un rato, miró a Daniel y sonrió.

—Te quiero —dijo en voz baja.

—Yo también —dijo Daniel—. ¿Más muesli?

Si alguien les preguntara cómo habían llegado a esa situación, la explicación de Daniel, estaba seguro, sería muy distinta de la de Angelica. Ella lo habría definido como un gran avance. A Sebastian y Plum, y a una de sus amigas íntimas con cara de acelga, no sólo les diría, sino que ya les había dicho, que era como si tuvieran una relación nueva. No es que la relación anterior tuviese nada de malo, por supuesto, pero, como todo el mundo sabía, una relación sólo era buena en la medida en que crecía, y la suya había crecido sin lugar a dudas.

Daniel deseaba que esto fuera verdad. No en plan vacuo, tipo ¿no-sería-maravillosa-la-paz-mundial?, sino que lo deseaba de una manera concreta y definitivamente dolorosa. Deseaba que fuera verdad, no sólo por Angelica, sino también por él, porque si la explicación de Angelica era cierta, eso significaría que la suya era falsa, lo que a su vez significaría que él de verdad era la persona valiente, generosa, capaz de expresar sus emociones y sin miedo al amor que Angelica creía que era, en vez de lo que él sabía perfectamente que era: un cínico, cobarde e hipócrita de mierda.

Habría sido muy fácil decir que todo esto se había desencadenado a raíz de la llamada de Katherine. Habría sido tan fácil que, de hecho, Daniel jugueteó por algún tiempo con la idea de decirlo: de acomodar a Angelica una noche en los cojines

desperdigados por la sala de estar, contarle que Katherine había llamado y explicarle despacio, tranquilo, sin que pareciese que eso entrañaba algún peligro, que la llamada le había removido un montón de mierda por dentro y necesitaba tiempo para procesarlo, aunque Angelica no tenía de qué preocuparse porque eso no tenía nada que ver con ella, tenía que ver sólo con él, y estaba completamente seguro de que sabría manejarlo y resolverlo bien. Esa habría sido la respuesta madura y Angelica se lo habría agradecido enormemente y habría admirado su sinceridad. El problema, sin embargo, es que no habría sido sincera en absoluto. Hasta la parte de remover la mierda todo era bastante exacto, pero lo que venía después tenía en general una pátina de falsedad. Daniel no estaba en absoluto seguro de saber manejarlo y tampoco estaba demasiado seguro de que no tuviese nada que ver con Angelica. Él, que en otros momentos de su vida no había sido sincero, ahora se resistía ante la perspectiva de acumular méritos espirituales y románticos fingiendo que era sincero. Una cosa era mentir, pero mentir de forma que terminaran elogiando tu sinceridad era, pensó, completamente distinto.

Habría sido mejor no decir nada, técnica en la que Daniel estaba bien versado y que le había funcionado bastante bien en combinación con su otra estrategia favorita: seguir adelante como si todo fuera normal. Se le daba muy bien, o eso creía él, seguir adelante como si todo fuera normal. Lo sabía, porque había seguido adelante como si todo fuera normal en momentos claramente anormales, como en la última fase de su relación con Katherine, durante su aventura con Angelica, incluso cuando Nathan empezó a portarse de esa manera tan rara y luego desapareció. ¿Por qué no seguir adelante también ahora, pensó, como si todo fuera normal?

El problema, del que tomó conciencia desde el momento en que bajó las escaleras y le dijo a Angelica que se habían equivocado de número y ella lo creyó de inmediato y con una ausencia de duda tan completa que a él le hizo sentirse culpable y lo dejó estupefacto, era que ya no estaba totalmente seguro de lo que era normal.

Miró por encima del periódico a Angelica, que seguía estudiando su libro. Ella se dio cuenta, le lanzó una pequeña sonrisa y dijo algo que no se entendía bien, porque tenía la boca llena de muesli, pero que él se aventuró a entender como: «Te quiero». Él dijo lo mismo y sonrió. Ella volvió a sonreír.

—¡Dios mío, este sacrificio selectivo! —dijo Daniel.

—¿No es horrible? Pobres vacas.

Daniel en realidad no había pensado en las vacas. Se había centrado en preocupaciones más relacionadas con su trabajo, como la posibilidad de un apocalipsis para el departamento de comunicación. Pero es que Angelica era de esas personas que cuando iban por la calle y pasaban por delante de un vagabundo sucio y flanqueado por un par de labradores, con pañuelos en vez de collar, se limitaban a decir: «Pobres perros».

—Sí —dijo Daniel.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Angelica apartando al instante la mirada del

libro y observándolo con los ojos muy abiertos.

Daniel se quedó helado un momento. ¿Lo decía en serio?

—Bueno..., sí —dijo.

—Ay, Daniel —dijo ella suspirando y radiante de felicidad—. ¡Cuánto te quiero!

—Yo también.

Se quedaba helado muy a menudo unos segundos: tenía la cruel sensación de estar paralizado y no poder acceder a su propia existencia, como si descubriera, aunque nunca estaba seguro de cómo, que la realidad había avanzado y él se había quedado un paso por detrás. Ahora era más consciente de esto, pues fue en uno de aquellos fugaces momentos de parálisis existencial cuando se vio en el espinoso aprieto de reconocer su aparente incapacidad para dejar de decirle a Angelica que la quería.

Se despertó temprano la mañana siguiente a la llamada de Katherine, y por unos momentos se felicitó de cómo había manejado la situación la noche anterior. La llamada le había impactado, pero tenía la sensación de que se había sobrepuesto bastante bien. Angelica no sospechaba nada. Había estado sólo moderadamente ofensivo ante la presencia altamente ofensiva de Sebastian; la gripe seguro que había enmascarado con éxito su retirada temprana; y había hecho bien en irse a la piltra antes de quedarse dormido. Mientras consideraba estos logros cayó en la cuenta de que había vuelto la cabeza hacia Angelica y, lo que era peor, que ella se había despertado y lo estaba mirando con esa intensidad sentimental tan peculiar que a él siempre le hacía sentir como si acabaran de frotarle la piel con bálsamo de tigre. Cuando logró enfocar la mirada, vio que Angelica estaba sonriendo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

Era una buena pregunta. ¿En qué estaba pensando? Comprendió que necesitaba pensar en cualquier cosa al azar —el fútbol, las noticias, el trabajo, sus sueños— para zanzar la conversación, pero su cerebro se quedaba de pronto privado de recursos y cuando intentaba pensar únicamente oía un eco cavernoso, como el de un cubo lanzado a un pozo vacío. ¿En qué estaba pensando? ¿En qué estaba pensando?

—Eh..., te quiero —dijo ignorando cortésmente la sirena que advertía del ataque aéreo en su cerebro.

Angelica respondió con una sonrisa radiante.

—Yo también te quiero —dijo abrazándolo y estrujándolo hasta hacerle sudar.

El daño ya estaba hecho. Ahora, cada vez que la mirase, tendría la sensación de que ella lo miraba esperando que le dijera que la quería, y eso significaba que cada vez que no se lo dijera él se sentiría una mierda, como debería haberse sentido cada vez que le decía que la quería. Por alguna razón, no decirle que la quería se había convertido en sinónimo de decir que no la quería, y eso significaba que tenía que decirle que la quería sólo para no alterar el *statu quo*.

Volvió a centrarse en el periódico. Algún cretino de la sección de opinión se hincaba de rodillas ante los derechos de los animales. Daniel se imaginó al

columnista enjugándose las lágrimas con valentía mientras tecleaba su artículo. Sebastian estaría completamente de acuerdo con él, pensó con lástima. ¿Cuándo puñetas se había vuelto la normalidad tan rara?

Dobló el periódico y se levantó.

—Voy a lavarme los dientes —dijo metiéndose el periódico debajo del brazo—. No tardo.

Era un eufemismo diario. Ninguno de los dos anunciaba jamás que iba a cagar. Siempre estaban lavándose los dientes o la cara. Y por alguna razón, los dos decían siempre que no tardarían.

**P**ensó en Katherine mientras iba conduciendo camino del trabajo, o, mejor dicho, pensó en cosas relacionadas con ella, como si quisiera volver a alguna ensoñación en la que ella estaba presente. Llevaba un par de días dando vueltas al mensaje que le había dejado, y entre medias diciéndole a Angelica que la quería y esforzándose al menos por empezar a diagnosticar sus sentimientos. Por desgracia, avanzaba poco, y la sensación de lo que creía que podía estar sintiendo difería en función de la sensación de cómo creía que podría ser su vida, que últimamente fluctuaba a diario, atrapado como estaba en su cambiante y difícil relación con lo que él entendía como Normalidad.

Su relación con Katherine definitivamente no había sido normal, y ahora que estaba viviendo una relación en la que las cosas normales se decían y se hacían con absoluta claridad, le resultaba bastante más fácil pensar que tanto él como su vida eran normales. Al fin y al cabo, pensó, ahí estaba: le había dicho a su novia que la quería; ella le había dicho a él que lo quería; había desayunado y ahora iba camino de un trabajo de éxito. Eso era normal, ¿o no? Si lo era, entonces debía entender la llamada de Katherine como una especie de brutal intromisión de la anormalidad.

Claro que, visto de otro modo, también era posible que pudiera dar la vuelta a la situación. No, su relación con Katherine no había sido normal. Había sido irregular y desagradable. No obstante, en los últimos tiempos se sentía intranquilo y acechado por la sensación de que, aunque la relación no hubiera sido como él deseaba, él se había mostrado más auténtico. ¿O es que de verdad era normal sentir tantos cambios emocionales con tu pareja? Si todo fuera tan normal, ¿por qué coño la llamada de Katherine lo había sumido en aquel estado de deterioro? Lo preocupante, lo repugnante, era que, al mirar las cosas de esta manera, Daniel empezó a sentir una especie de alivio ante la llamada de Katherine, y eso le daba aún más miedo que cuando se limitaba a observarla como algo que le daba miedo.

Recordó que le había mentado a Katherine en la cama, no sólo en la última fase sino también, si era sincero, en buena parte de su relación, y que intentaba calibrar el enfado de ella por cómo respiraba mientras dormía, cómo se daba la vuelta, los ruidos que hacía al rebullirse. Él se despertaba casi siempre antes que ella y le bastaba con



mirarla para saber si estaba enfadada antes de que se hubiera despertado. Era la única persona a la que había conocido que dormía enfadada. Bastaba un suspiro o un movimiento de los hombros cuando se daba la vuelta para que él se diera cuenta, y entonces se ponía tenso, y ella, al despertarse, veía que estaba tenso y se enfadaba. Al menos eso decía. Por lo que sabía Daniel, Katherine no se enfadaba en realidad por nada en concreto. Su enfado era orgánico. Sencillamente estaba ahí.

También era contagioso. Nada en la vida había conseguido enfadar tanto a Daniel como los enfados de Katherine. Fluían por todos los rincones de su organismo. Otras personas tenían estallidos pasajeros, pero Katherine era capaz de prolongar el relato de su enfado durante alarmantes períodos de tiempo, con apreciables cambios de tono y giros en la trama. A veces pedía disculpas, incluso sonreía, sólo para lanzar otro ataque en cuanto él bajaba la guardia. Podía pasarse varios días acosándolo por todos los medios posibles: con llamadas de teléfono, correos electrónicos al trabajo, mensajes de texto, hasta notas que pegaba en el frigorífico. «No te esfuerces», decía una. «Siento mucho que te lo hayas tomado tan mal», decía otra. Una vez lo llamó al trabajo y, en un tono completamente razonable y desapasionado, aceptó que ella era la única responsable de la discusión.

—¿De verdad? —dijo él con cautela.

—Sí. Es culpa mía.

—Bueno...

—Tú no lo entiendes. No es culpa tuya. Se me olvidó, nada más.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—En realidad no es culpa tuya.

—¿Qué no es culpa mía?

—Nada.

Daniel se quedó cavilando unos segundos. Sabía que ella estaba esperando.

—Bueno —dijo—. Vale.

Hubo otra pausa.

—Eres un hijo de puta —dijo entonces.

—¿Perdón?

—¿Perdón? ¿Perdón? —se burló Katherine—. ¿De verdad crees que te he llamado para pedirte disculpas? ¿De verdad crees que creo que algo de esto sea culpa mía?

—¿Algo de qué?

—Algo de ALGO, imbécil. Pues claro que no creo que sea culpa mía. ¿Sabes por qué? Porque NO es culpa mía, es culpa TUYA, y lo peor de todo, ahora lo sé, es que no sólo NO crees que sea culpa tuya, sino que de verdad crees que es culpa MÍA. Si no, ¿por qué me dejas reconocer toda la responsabilidad a mí?

—Ni siquiera sé qué se supone que...

Katherine colgó, y eso fue la gota que desencadenó definitivamente una rabia impotente y profunda en Daniel, bien definida y bien afilada para el resto del día,

mientras intentaba llamarla sin parar, gritaba a su buzón de voz, le arreaba una patada a la mesa de pura frustración y se la imaginaba mirando tranquilamente el teléfono que sonaba sin parar o releendo sus mensajes insultantes con esa sonrisita suya.

**S**ebastian se había instalado en el aparcamiento con cuatro o cinco amiguetes. Mientras Daniel aparcaba en su plaza acarició por unos momentos la idea de dar marcha atrás, no para volver a casa sino para huir, para largarse de la ciudad. Entre Angelica, Katherine, el trabajo y ahora Sebastian y su comitiva de imbéciles, la idea de vivir como un fugitivo le atraía cada vez más.

Estaban apiñados en corro, compartiendo un termo de café y soplándose las manos, que seguramente tenían heladas, pues todo parecía indicar que el grupo había tomado la decisión de ponerse mitones en vez de guantes.

Daniel cerró el coche y echó a andar hacia ellos, avergonzado de pronto de sus relucientes zapatos de cordones y su abrigo de color carbón. Como no tenía un maletín, llevaba sus papeles en una bolsa de tela bastante vieja. Le gustaba la bolsa, porque contrarrestaba la elegancia y el estatus del resto de su indumentaria, insinuaba una fisura de rebeldía en la suave superficie de la roca de las aspiraciones.

—En los viejos tiempos, los generales se reunían en el campo de batalla —dijo Sebastian a modo de saludo. A Daniel le fastidiaban expresiones como «en los viejos tiempos». ¿En qué momento exacto de la historia terminaban los viejos tiempos y empezaban los nuevos?

—Yo prefiero no verlo como un campo de batalla —dijo Daniel, esforzándose para sonreír y presentar al menos una fachada de buen humor—. Es cuestión de interpretación.

—Eso dicen los niños —dijo con desprecio uno de los que integraban la comitiva de Sebastian. Nadie parecía seguro de lo que había querido decir. Sonrió un momento de oreja a oreja, como una pelota que alcanza el punto álgido de su trayectoria antes de caer.

—¿Qué tal la gripe? —dijo Sebastian.

—No del todo mal, gracias.

La gripe se había esfumado casi por completo, que era lo que pasaba siempre cuando Daniel divulgaba gratuitamente su enfermedad, de una manera muy parecida a como la caldera volvía a funcionar por arte de magia en el momento en que avisaba a un fontanero. Por lo visto, muchas cosas en la vida se curaban por el simple procedimiento de reconocerlas.

—Dale las gracias a Angelica por esa cena tan estupenda —dijo Sebastian con una sonrisa radiante.

—Se las daré —contestó Daniel, sintiendo que su rabia operaba en distintos planos. Sebastian siempre le daba las gracias a Angelica, y siempre que veía a Daniel le pedía que le diera las gracias a Angelica. Aparte de la irritación que le causaba que

Sebastian, deliberadamente, nunca le diera las gracias a él por invitarlos a cenar, tenía la sensación de que con eso, como con tantas otras cosas, pretendía insinuar que no prestaba suficiente atención a Angelica. Y le fastidiaba todavía más que Sebastian siempre hiciera esos comentarios en presencia de otros, cuando el hecho de que hubieran cenado juntos parecía algo extraño y fuera de lugar. A Sebastian le encantaba, pensó Daniel, la sensación de relacionarse con distintas clases sociales y organismos públicos como si sus tentáculos alcanzaran a todos los protagonistas. Probablemente se veía a sí mismo como una especie de Pimpinela Escarlata.

Daniel tuvo la fantasía fugaz de darle una patada en los huevos o de estrangularlo con su propia coleta. Se imaginó que Sebastian se quedaba sin cuerda poco a poco, como un juguete roto. *Tienes mucha agresividad, graznaría. De verdad necesitas trabajar tu...*

—¿Te espera un día muy atareado? —dijo Sebastian.

—Sí —sonrió Daniel—. ¿Y a ti?

—Bueno, ya sabes. Lo de siempre. Pero ya falta poco.

—¿Ah, sí? ¿Vais a tirar la toalla?

Sebastian se rio.

—Pensé que estarías siguiendo las noticias.

—Mmmm.

—La escalada de la situación exige una escalada en la acción.

—¿Eso es de Sun Tzu?

—No, es de Sebastian Freud.

—Ya. Entonces ¿estáis escalando?

—Cada vez más alto.

—Cuando dices cada vez más alto quieres decir que...

Sebastian se dio un golpecito en la nariz y esbozó una sonrisa inescrutable, con la clara intención de insinuar que sabía algo.

—Hay un antiguo proverbio sánscrito... —dijo.

—Bueno, el trabajo me espera —dijo Daniel.

—De vuelta al tajo —dijo Sebastian.

—No sabía que eso fuera sánscrito.

—No lo es. Lo que quería decir... El proverbio sánscrito dice...

—No te resfríes —dijo Daniel, alejándose.

Notó en el ambiente una pequeña oleada de desprecio, oyó risitas a sus espaldas y luego, justo cuando las puertas de cristal verde se separaron con un silbido al roce de su tarjeta, le llegó la voz de Sebastian imitando la suya para que pareciese el lloriqueo de los privilegiados: «El trabajo me espera...».

Estaba enfadado, pensó. ¿Estaba enfadado? Últimamente no sabía a qué atenerse. En muchos sentidos, su relación con el enfado era similar a su relación con el tabaco. Había dejado las dos cosas, tras llegar a la conclusión de que ninguna le sentaba bien. Y ahora que tenía la sensación de que su vida se estaba volviendo aburrida, suspiraba

por ellas. Aunque lograba resistir la tentación de fumar con relativa facilidad, el enfado le seducía cada vez más. Al menos en lo tocante al tabaco, las imágenes de pulmones enfermos y ennegrecidos y de dientes destrozados que ahora adornaban las cajetillas le permitían blindarse en su decisión. Pero ¿qué se le ofrecía a la gente que a diario intentaba aplacar su mal humor? ¿Imágenes de platos rotos? ¿Fotos de personas maltratadas? Por lo visto, no había factores que invitaran a preservar la calma, se dijo, pensando sobre todo en la cantidad de gente a su alrededor que se enfadaba con tanta frecuencia y tan buenos resultados.

No era que estuviese enfadado de verdad. Eso sería demasiado simple. Era más bien que no se daba cuenta de cuándo se desencadenaba el enfado, de que a veces lo deseaba y luego se encontraba en la extraña posición de querer ser capaz de enfadarse pero tampoco demasiado. Había llegado al punto de sorprenderse fantaseando con el enfado. En el ascensor, buscaba mentalmente posibles escenarios en los que enfadarse no sólo sería aceptable sino absolutamente admirable. Soñaba con una ira heroica y justificada. *Nunca lo había visto así*, diría la gente con asombro. *Nunca lo había visto tan enfadado*. Los hombres se asustarían; las mujeres lo encontrarían atractivo. Y él tendría la sensación de estar desarrollando una faceta completamente nueva.

Una vez instalado y a salvo en su despacho, se hundió en su sillón de cuero, dejó la bolsa de tela en el suelo, al lado de la mesa, y encendió el ordenador. Tenía cincuenta y tres correos de prioridad alta. Hacía poco se había visto obligado a establecer un sistema de tres niveles de prioridad para decidir qué correos debía atender en primer lugar. Lo malo era que ahora todo el mundo etiquetaba sus envíos como de prioridad alta, por miedo a que él no los leyera.

Miró por la ventana al variopinto grupo de manifestantes orgullosamente despeinados. Necesitaba conservar cierta profundidad de campo para evitar que su imagen casi traslúcida se solapara con la del grupo. Se resistía a verse como un pobre hombre triste y encerrado en una caja amueblada con elegancia, sin nada con lo que defenderse o atacar, soñando, como todos los pobres hombres tristes de clase media y raza blanca del mundo entero, con una buena pelea a la antigua usanza que no afeara su aspecto.

Llamó a su secretaria por el interfono.

—Buenos días, Clara.

—Buenos días.

—¿Cómo estás?

—No me puedo quejar.

Clara tenía en realidad muchas dotes para la queja, de ahí que esta afirmación, con la que empezaba todas las mañanas, fuese algo así como una falsedad.

—Estupendo —dijo Daniel—. ¿Puedes traerme un café?

—Por supuesto.

Se reclinó en la silla y sacó el móvil del bolsillo, porque se le estaba clavando en

el muslo. Repasó la agenda de contactos con indiferencia. De la A a la E; de la F a la K. Katherine era la única persona de la lista que figuraba sólo con su nombre de pila.

—Clara —dijo por el interfono.

—Lo estoy preparando. Dame un momento.

—¿Puedes hacer una llamada?

—¿Antes de llevarte el café?

—Sí, por favor.

Clara llamó a Katherine y le pasó la llamada a Daniel.

—¿Katherine?

Al pronunciar su nombre se dio cuenta de que había ensayado mentalmente la situación muchas más veces de las que podía reconocer sin sentirse incómodo. Sabía que todo dependería de las primeras palabras. Katherine daba mucha importancia a los comienzos, y su interpretación de cómo la saludara él marcaría la pauta general. Pensó que lo había hecho bien: ni demasiado alegre ni demasiado neutro; entre natural y respetuoso con el contexto...

—Oye... La línea no está bien. Ahora te llamo.

La línea estaba perfectamente, por supuesto, y eso significaba que algo había fallado en su manera de empezar. Mientras esperaba, nervioso, a que ella volviera a llamar, repasó cómo había dicho su nombre, desde todos los ángulos y perspectivas posibles. ¿Katherine? ¿*Katherine*? Katherine. *Katherine*. ¿Cómo coño lo había dicho? Quizá no debería haberlo formulado como una pregunta. Quizá había sonado inseguro. ¿Redundante? A fin de cuentas, ¿quién iba a contestar a su teléfono? «Katherine», tendría que haber dicho. Punto final. «Soy Daniel. Hola». No. Demasiado frío. Tendría que haber dicho simplemente hola. «¡Hola! ¡Cuánto tiempo!». Joder.

Sonó el teléfono.

—Hola —dijo.

—Hola a ti —dijo Katherine.

Hubo un silencio incómodo. Katherine no tendía a romper los silencios. Daniel se acordó de eso. En general ella prefería regodearse en la incomodidad del momento. La comodidad era motivo de preocupación, aunque se tratara de una conversación trivial.

—¿Cómo...? —Daniel decidió limitarse a empezar las frases con la esperanza de que ella las terminara por él, como tenía por costumbre.

—¿Cómo me ha ido?

—Sí.

—Genial. Estupendo. De maravilla.

—Genial.

—Y ¿a ti?

—Genial, sí. Muy bien.

—Genial.

—¿Sigues...?

—Sí. Lo de siempre.

—Mmmm.

Otro silencio.

—Hay que ver, hace ya... ¿Cuánto? —dijo Daniel.

—¿Un año? Algo así.

—Sí. Más o menos. Guau.

—Qué locura.

—Me alegro de oírte.

—¿De verdad?

Daniel detectó de inmediato el cambio de tono. Se sintió como un insecto entre los dientes de una Venus atrapamoscas.

—Sí —se apresuró a decir—. Por supuesto que sí.

Notó que ella sopesaba la sinceridad de su afirmación.

—O sea, que Nathan —añadió, un poco precipitadamente.

—Sí.

—¿Cómo está?

—No lo sé —dijo Katherine—. Dejé un mensaje. No le he devuelto la llamada.

—¿Por qué no le has devuelto la llamada?

—Ya lo sabes.

—La verdad es que no.

—¿Por qué me corresponde a mí esa responsabilidad?

—Porque te llamó a ti.

—Me llamó a mí porque no tiene tu número.

Quería dar a entender, comprendió Daniel, que se sentía reacia a relacionarse con Nathan por su cuenta y que agradecería un poco de apoyo de alguien que también lo conocía. Pero no lo dijo.

Daniel se balanceó suavemente en la silla para volver a mirar por la ventana. La alegre pandilla había terminado con los termos y empezaba a desplegar una llamativa pancarta que decía: «Eres lo que comes». Muy imaginativo, pensó.

Fue consciente de que lo acechaba una sensación de temor sin nombre, como si algo apestara en la leñera de su vida desde hacía meses. Katherine, al menos, era un temor al que podía poner nombre. Eso le tranquilizaba un poco.

—Verás —dijo.

Oyó un crujido al otro lado de la línea.

—Joder. ¿Qué te estás comiendo? ¿Un coche?

—Tortitas de arroz —dijo Katherine.

—¿Es obligatorio?

—No —dijo ella metiéndose en la boca por lo menos la mitad de una tortita, a juzgar por el ruido—. Sólo me apetece.

—Bueno. Vale. Da igual.

Katherine resopló.

—Nathan —dijo Daniel—. ¿Qué pasa con Nathan?

—Sí —dijo ella con voz cansada—. ¿Qué pasa con él?

—¿Qué —dijo Daniel, subrayando su paciencia y su precisión—quieres que hagamos... con Nathan?

Para su alivio, Katherine no respondió al instante. Parecía que lo estaba pensando de verdad.

—Tengo un montón de cosas encima —dijo por fin.

—Yo también.

—Pero al mismo tiempo...

—Sí. Yo pienso lo mismo.

—Es como..., ya sabes.

—Lo sé.

Ninguno de los dos dijo nada en un buen rato. Daniel tuvo la repentina y extraña necesidad de quitarse un zapato y un calcetín y tocarse la uña de un dedo que se le estaba clavando en la carne. ¿No había una escuela filosófica que abogaba por la eliminación de todo lo que causara dolor? ¿No decía eso la Biblia? Apoyó el pie en la mesa, se desató el cordón del zapato y se quitó el calcetín. Se dio cuenta de que era la primera vez que la piel de su pie entraba en contacto con el aire de su despacho. Tenía gracia que determinadas partes de nosotros nunca entraran en contacto con cosas con las que otras partes de nosotros entraban en contacto a diario. Trató de pensar en otros ejemplos y comprendió que todos se relacionaban con sus pies, y que de lo que en realidad se estaba dando cuenta era de que llevaba los zapatos puestos todo el día, lo cual, ahora que lo pensaba, no era exactamente una revelación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Katherine.

—Pensando en mis pies.

—Bieeeeeen.

Clara entró con el café.

—Déjalo ahí. Gracias, Clara —dijo Daniel señalando el trozo de mesa libre, al lado de su pie. Clara dejó la bandeja con mala cara y se marchó. Daniel cogió la cafetera y se sirvió una taza.

—Déjalo ahí. Gracias, Clara —dijo Katherine—. Eso es. Y ya que estás aquí, chúpame los huevos, guapa.

—¿Un ataque de celos?

—Lo que tú digas.

—Bueno —dijo Daniel dando un sorbo al café—. Nathan.

—Lo sé, lo sé.

—¿Qué te dicen las tripas?

—Que tú o yo deberíamos hacer algo.

—De acuerdo. Y ¿qué sería ese algo?

—¿Por qué tengo que tomar yo todas las decisiones?

—Vale, vale. Pensémoslo bien.

—¿Qué es lo que hay que pensar? ¿Alguna vez haces algo sin pensarlo bien?

En eso tenía razón, pensó Daniel. Quizá debería ser un poco más impulsivo. Quizá estaría bien volver a ver a Nathan y retomar el contacto con esa parte de su vida.

Le llamó la atención que la expresión «un poco más impulsivo» era inherentemente absurda. Se alegró de no haberlo dicho en voz alta.

—Bueno, ¿qué has conseguido hasta la fecha? —preguntó, quizá con más petulancia de lo que pretendía. Si era posible oír sonreír a alguien a través del teléfono, eso fue lo que notó mientras lo decía: la sonrisa irónica y despectiva de Katherine.

—Te noto irritable —dijo ella metiéndose en la boca otra tortita de arroz—. Supongo que sigues sin fumar.

—Y yo supongo que sigues fumando.

—¿Te ha obligado ella a dejarlo?

—No. ¿Quién?

—Ya lo sabes. Ella.

Daniel notó una ligera sacudida en lo más hondo; un movimiento tectónico. Se preguntó si Katherine lo sabía. Si lo había sabido desde el principio.

—Te refieres a Angelica.

—Si es así como se llama. ¿Cómo es?

—Es muy maja.

—Maja.

—A mí me gusta la gente maja.

—Claro.

—No todo el mundo equipara la dificultad con la pasión, ¿sabes?

—Claro que no.

—Bueno, ¿tú cómo estás?

—Sin ganas de hombres.

—¿Es que alguna vez las has tenido?

—Esa es una de esas frases que a bote pronto parecen ingeniosas y con gancho, pero que en cuanto les das un par de vueltas resulta que no significan nada.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

—Ya estamos...

Daniel se dio por vencido. Katherine lo estaba manipulando y ya no recordaba cómo manejar la situación. Quizá nunca había sabido. Quizá nunca había querido.

—Vayamos a verlo —dijo Katherine.

—¿Qué?

—Que quedemos con él para verlo. ¿O es que no eres capaz? ¿O es que no quieres? ¿O es que ella no te deja?

—Ninguna de las tres cosas. Quizá deberíamos ir a verlo.



—Estupendo. ¿Cuándo?

Daniel titubeó:

—Bueno..., eh... ¿Cuándo puede él?

—Y ¿yo qué sé?

—¿No puedes llamar y preguntárselo?

—¿No puedes llamar tú?

—Joder. ¿Eso es lo único que hace falta?

—Probablemente sí.

—¿Cuál es su número?

Ella se lo dio y él lo anotó.

—¿Tú cuándo puedes? —preguntó.

—Bueno —dijo Katherine, con un deje extraño en la voz—. Podré.

—Muy bien. Entonces ya está decidido.

—Sí.

Esta vez la voz de Katherine sonó neutra, como si le faltaran las fuerzas. Aspiró por la nariz. Daniel se puso el calcetín y el zapato. Sujetó el teléfono con la barbilla para atarse los cordones. Oyó un crujido en el lado de Katherine, seguido de silencio, y dedujo que se había quedado sin tortitas de arroz. Al otro lado de la ventana, los manifestantes empezaban a entonar un cántico de rendición desafinado: «No nos moverán», a pesar de que nadie intentaba moverlos. Había recibido otros tres correos de prioridad alta desde la última vez que había mirado la pantalla.

—Me alegro de oírte —dijo.

—Yo también.

—Te llamaré después del fin de semana.

—Entendido.

Katherine colgó. Daniel tomó un buen sorbo de café y se quedó un momento contemplando la superficie arremolinada y ligeramente aceitosa del brebaje. Repasó los correos sin prestar atención. Consultó su agenda. Le gustaba decir eso, aunque fuera para sí mismo. «Consultaré mi agenda». Pensó que se había pasado la mitad de su vida deseando ser de esas personas que tenían que consultar su agenda. Pensó en Katherine. Era incapaz de pensar en ella en su totalidad. Necesitaba descomponerla en piezas manejables. Antes pensaba que tenía que hacer eso porque Katherine era Katherine. Ahora sabía que eso no era verdad, porque hacía lo mismo cuando pensaba en Angelica. No podía, o no sabía, pensar en el todo. Se las imaginaba fragmentadas y, o bien amaba la suma hipotética de las partes, o bien las analizaba y detectaba sus carencias.

—Clara. —Le gustaba formar una línea entre la barbilla y el dedo índice cuando pulsaba el interfono para hablar por él, como si hiciera puntería.

—Dime.

—¿Cuál es mi agenda para hoy?

—La tienes encima de la mesa.

—Ven y dímelo.

Clara entró y le leyó su agenda. Eso ayudaba.

**E**l día transcurrió como un giroscopio, según lo habitual. Dio una vuelta completa a la oficina: una reunión aquí; una visita a tal o cual departamento; otra vez a su despacho; una entrevista; a su despacho; una rueda de prensa; un paseo; a su despacho. Era el círculo lo que lo mantenía derecho.

A las seis decidió dejarlo y apagó las luces antes de salir. Sebastian y sus amigos ya se habían ido del aparcamiento. Le produjo cierta satisfacción pensar que él había trabajado más horas. Se metió en el coche y volvió a casa despacio, parpadeando por culpa de las luces de las farolas en las ventanillas heladas. Se sentía disociado, dislocado. No paraba de acordarse de Nathan en aquella última fiesta: inmóvil, ni siquiera se balanceaba al compás de la música mientras cientos de personas bailaban a su alrededor. Recordó que le maravilló su quietud, pero también le causó una invasiva sensación de pérdida. Nathan siempre suscitaba movimiento: *kinesis*. Eso era lo que Daniel buscaba en él. La velocidad. El pulso del cambio. Al verlo tan quieto, perdido en medio del movimiento que él había generado, comprendió que algo había terminado. Y ahora, mientras conducía, volvió a sentir lo mismo: que el giro llegaba a un punto muerto. Se preguntó si habría sido mera coincidencia que hubiese conocido a Angelica apenas unos meses después de que Nathan desapareciera. Como si, al no estar Nathan, Katherine y él se hubieran desintegrado mucho más deprisa.

Al llegar a casa y entrar por la puerta, vio que Sebastian estaba sentado a la mesa del comedor.

—¿Has hecho horas extras? —preguntó Sebastian.

—Creo que la mayoría de la gente termina a las seis, ¿no? —dijo Daniel mientras pasaba con torpeza por detrás de la silla de Sebastian para dar un beso a Angelica.

—La mayoría de la gente —dijo Sebastian en tono cortante— hace todo tipo de cosas.

—Hola, cariño —le dijo a Angelica—. ¿Cómo estás?

—Sebastian está convirtiendo su protesta en un movimiento nacional —dijo Angelica—. Te quiero, mi amor.

—Yo también te quiero —dijo Daniel volviendo a besarla mientras miraba a Sebastian de reojo. Experimentó una oleada de satisfacción. Por él, Sebastian podía extender la protesta por donde le diera la gana, con tal de que no siguiera acampando en su aparcamiento.

—Daniel está empezando a conectar de verdad con su lado afectivo —le explicó Angelica a Sebastian.

—Eso es genial —dijo Sebastian, un poco desconcertado—. Claro que yo siempre cuestiono la palabra «afecto».

—Bueno, es que Angelica ha sido un poco eufemística —dijo Daniel con una sonrisa resplandeciente—. A mí me parece natural, tristemente natural podríamos decir, la necesidad imperiosa de rebajar una pasión tan intensa y total como la nuestra. ¿Verdad, cariño?

Angelica lo miró con la boca ligeramente abierta.

—Bueno, sí —dijo abriendo un poco más los ojos.

—Aunque supongo que tú sientes lo mismo, ¿no, Sebastian? Quiero decir que quieres tanto a Plum que tienes que ponerte de rodillas todos los días y decirle que la veneras y la adoras, y que eres su esclavo. ¿Verdad?

—Verdad —dijo Sebastian.

—Bueno —dijo Daniel retirando una silla y dejándose caer con un suspiro satisfecho—. Las vacas.

—Pues sí —dijo Sebastian titubeando levemente antes de pasar al ataque—. Vamos a salir a la carretera en defensa de las vacas.

—Esto del sacrificio se les ha ido completamente de las manos —explicó Angelica—. Sebastian me estaba contando que en Tailandia, por ejemplo, cuidan del ganado enfermo hasta que recupera la salud.

—En Tailandia no ha habido una epidemia de trance idiopático bovino —dijo Daniel—. Eso sólo está pasando en el Reino Unido.

—No, pero esto no es nada más que el principio —dijo Sebastian.

—Yo no lo creo. Son enfermedades diferentes. Por eso la respuesta es diferente.

—No puedes asesinar a toda una raza así porque sí —dijo Sebastian apretando los labios un momento, como si quisiera denotar una emoción a duras penas contenida—. Quiero decir: ¿es que no hemos aprendido nada de Auschwitz?

—El ganado no es una raza —dijo Daniel—. Es una especie.

—De todos modos. La respuesta es esencialmente fascista.

—Y ¿quién es Hitler?

—Todos somos Hitler —dijo Sebastian con mucha elocuencia.

—Entonces, ¿contra quién te estás manifestando? ¿Contra ti mismo?

—Creo que tu definición de protesta es muy limitada.

—Y ¿cuál es tu definición?

—Creo que yo ni siquiera emplearía la palabra protesta.

—Y ¿qué palabra emplearías?

Sebastian se quedó pensativo unos segundos.

—Acción —dijo por fin.

—Una gran palabra —señaló Angelica.

—Y ¿contra quién va dirigida tu acción? —preguntó Daniel.

—¿Por qué la acción tiene que ir dirigida contra alguien? ¿Por qué no puede simplemente... ser?

—Vale. ¿Cuál es la naturaleza de tu acción o qué la motiva?

—La naturaleza de nuestra acción es esencialmente pacifista y ecologista y está

motivada por una profunda preocupación y... —Sebastian levantó un dedo y lo inclinó para subrayar este punto— empatía con todos los seres vivos del planeta.

—¿Tú empatizas con todos los seres vivos del planeta?

—Todos somos un mismo ser.

—Y ¿nos estamos metiendo a nosotros mismos en Auschwitz?

—Sí, pero no nos damos cuenta.

—O sea, que estás dirigiendo la acción contra todos para que dejemos de meternos en un campo de exterminio.

Sebastian se quedó mirando a Daniel un buen rato.

—Daniel está de mal humor —dijo Angelica. Y a modo de posdata, añadió—: Te quiero, cascarrabias.

—Te quiero, bomboncito —dijo Daniel—. ¿Tú crees que podrás poner todo eso en una pancarta, Sebastian?

Sebastian seguía mirándolo con lo que ahora parecía una mezcla de disgusto y temor. Por fin sonrió, se recostó en la silla y juntó las manos.

—Eso tendrás que preguntárselo a Angelica —dijo con suficiencia—, porque viene a ayudarnos.

Daniel se esforzó por disimular su fastidio, aunque sabía que era una batalla perdida y que con toda seguridad al final se le acabaría notando.

—Te quiero, amor —dijo Angelica, con evidente desconfianza—. No te molesta, ¿verdad?

Daniel miró a Sebastian, que estaba rehaciéndose la coleta.

—No te preocupes, Dan —dijo con un tono de lo más empalagoso—. Cuidaré muy bien de ella.

—¿Plum también va? —preguntó Daniel.

—Por desgracia no —dijo Sebastian—. Está muy ocupada con la divulgación por internet.

—Ah —dijo Angelica—. Creía que también venía.

Hubo un largo silencio. Daniel miró primero a Sebastian y luego a Angelica. Sebastian y Angelica miraron a Daniel. Daniel esperó a ver si se miraban el uno al otro. No se miraron. Se preguntó si le estaban mintiendo. Después se preguntó si se lo preguntaba sólo porque él había mentido bastante. Por un momento se le ocurrió que podía ser una buena ocasión, tácticamente hablando, para anunciar también él algunas novedades.

—¿Tendría que habértelo dicho? —preguntó Sebastian—. La verdad es que no se me ocurrió.

—Bueno —dijo Angelica—. No pasa nada, sólo me ha sorprendido, eso es todo. Sentirá mucho no poder venir.

—¿Cuándo salís? —preguntó Daniel, en quien los tres segundos en los que Sebastian desvió su atención habían provocado un cambio de intenciones casi total.

—Cuanto antes —dijo Sebastian—. O puede que mañana.

Angelica miró a Daniel de un modo extraño, como si tuviera delante un sudoku especialmente difícil y no se le dieran bien los sudokus: breve, suave, felizmente desconcertada.

—¿Estás seguro de que te parece bien? —preguntó.

—Absolutamente —dijo Daniel, queriendo decir que no se lo parecía en absoluto—. Te quiero, amor.

—Aaah —dijo ella—. ¡Qué afortunada soy!

—Oye —dijo Daniel guiñando un ojo—. Aquí el afortunado soy yo.

—Bueno, hummm... —dijo Sebastian.

Desde luego que sí, hummm, pensó Daniel. Se sintió como si hubiera derribado una barrera y al otro lado todas las polaridades de la sinceridad estuvieran invertidas. Su voz empezaba a cambiar. Hasta su gestualidad empezaba a volverse cursi. Acababa de guiñar un ojo, ¡qué hostias!

Como si detectara el creciente surrealismo de la situación, y quizá con ganas de ofrecer un punto de vista objetivo, Giggles entró torpemente, balanceándose con despreocupación como un amasijo de carne ondulante.

—Mira quién está aquí —dijo Daniel, que a esas alturas estaba tan fuera de sí que de verdad tenía miedo de hacer algo remotamente normal, por miedo a que la duda nublara el juicio de su auditorio. Se inclinó y soltó un leve gruñido mientras cogía a Giggles por el tronco para subirlo a sus rodillas—. Hola, chico. Uuuufffff. ¡Qué grande eres!

—¿Quién va a cuidar de papi mientras mami no está? —dijo Angelica—. ¿Vas a cuidar de él mejor que nunca?

—Sí —dijo Daniel manipulando la gordura del gato como si quisiera demostrar cariño—. ¿Verdad que sí, amigo?

Giggles lo miró de una manera que Daniel, de haber tenido alguna inclinación antropomórfica, habría definido como mudo escepticismo.

—Bueno, tenemos que ponernos en marcha —dijo Sebastian.

—Claro —dijo Daniel—. Tendréis un montón de pancartas que enrollar.

Sebastian le lanzó una mirada fulminante que, por pura libre asociación, Daniel vio trasladada a los ojos del enorme minino atigrado que tenía en las rodillas.

—La verdad es que hay un montón de cosas que coordinar —dijo Sebastian.

—¿Cuánto tiempo crees que estaréis fuera? —preguntó Daniel.

—Sólo unos días —dijo Angelica.

—Es difícil saberlo.

—Puedo ir y venir —propuso Angelica.

—¿Dónde vais a instalar el campamento base? —preguntó Daniel.

—No muy lejos —dijo Angelica—. ¿Verdad, Sebastian?

—Es difícil saberlo —dijo Sebastian.

**A** última hora de la tarde, el padre de Daniel llamó para anunciar que había muerto. Tenía tendencia a hacer esto periódicamente.

—He estado contando las pulsaciones —dijo—. No tengo pulso y no he respirado ni una sola vez desde la hora de comer.

Era muy concreto con los síntomas de su muerte. Una luz blanca, voces, la presencia de otras almas.

—Papá —dijo Daniel.

—No tengo pulso. No respiro. Parece que respiro, pero en realidad no es aire. Me he cortado un dedo y no he sangrado. Y he salido a la calle y nadie me veía.

—¿Has salido?

—Pero no estaba allí. No podía. No me veían.

—Papá —dijo Daniel—, si de verdad estás muerto, ¿cómo has podido llamarme?

Un silencio al otro lado de la línea. Un suspiro hondo. Daniel se lo imaginaba: flaco como la pata de un gorrión, con su pijama raído; la piel pálida como el jabón; ligeramente encorvado de hombros, como si tuviera que inclinarse sobre el teléfono para garantizar una conexión óptima. Tardó varios segundos en responder, y Daniel se imaginó entretanto que oía colisionar los pensamientos de su padre en su pugna por engendrarse unos a otros.

—Te dejan —dijo su padre por fin—. Te permiten hacer una llamada de teléfono.

**D**e noche, en la cama, después de hacer el amor o de no hacerlo, como ocurrió esa noche, desde el momento en que apagaban las luces hasta que se quedaban dormidos, Daniel y Angelica con frecuencia hablaban de otras personas. Parecían haber llegado al acuerdo tácito de que no debían hablar de ellos, de su vida en común, en un espacio tan íntimo.

—¿Verdad que Sebastian es divertido? —dijo Angelica.

—¿Divertido en qué?

—Simplemente divertido.

Estaban acostados en la habitación no del todo a oscuras, porque la luz de una farola transformaba las finas cortinas en una pantalla de ámbar.

—Supongo —dijo Daniel.

—¿Tú crees que a Plum y a él les va bien juntos?

—No sabría decirlo. En la cena se los veía contentos.

—Pero él siempre tiene que montar algún numerito, ¿no te parece? Como si quisiera alardear de cómo tiene que ser una buena pareja. A veces pienso que no tendría tanta necesidad de hacer eso si...

—Si de verdad fueran felices.

—Sí.

—Es difícil decirlo.

—¿Tú crees que Plum le llena de verdad?

—¿En qué sentido?

—Bueno —dijo Angelica, y se quedó un momento pensativa—. Sebastian... tiene mucha vida, ¿no? Es culto, es inteligente, tiene talento. Sólo me pregunto si a veces no se siente frustrado.

—Yo creo que a él le gusta estar con alguien de quien pueda sentirse superior —dijo Daniel—. No me lo imagino con nadie que pudiera desafiarlo.

—A ti no te cae muy bien, ¿verdad?

—No me cae mal.

—No tiene por qué caerte bien.

—Ya lo sé.

Más silencio. Daniel se quedó observando un fino rayo de luz que entraba por un extremo de la cortina y pensó que él sabía lo que quería decir Angelica mejor que ella.

—No te parece mal esto, ¿verdad? —preguntó Angelica mientras buscaba la pierna de Daniel por debajo de las sábanas y le daba un apretón en el muslo.

—Claro que no —dijo él estrujándole la mano un momento—. Te quiero, cielo.

—Te quiero, Daniel.

De pronto pensó que ella probablemente lo quería, que él probablemente la quería, que Katherine probablemente también lo había querido y que él en una etapa la había querido a ella. En la cama notaba más que nunca lo distintos que eran Angelica y él. La dulzura de Angelica; la decencia elemental de sus temores. Esto le producía una tristeza que no alcanzaba a comprender. Pensó que se estaba pudriendo de dentro afuera. Lo estaba haciendo todo mal. Se veía en determinadas situaciones porque se dejaba arrastrar por los demás, y cuando se daba cuenta se arrepentía. Necesitaba que lo presionaran. Necesitaba sentirse necesitado; de hecho, se sentía mal si no lo necesitaban, pero entonces...

Recordó momentos en la cama con Katherine en los que él no conseguía dormirse porque notaba el rumor de la tensión que ella transmitía. Era como dormir con una barra combustible de uranio. No se detectaba la mutación, la torpe división celular que le causaba por dentro, pero estaba ahí y era permanente. Y ahora él era la fuente de ese proceso, el mismo resplandor maligno por debajo de las sábanas. ¿Había hecho algún progreso? ¿Había aprendido algo? Sí, el registro era distinto, pero el enfoque —táctico, defensivo, con una estrategia bien calculada— era esencialmente el mismo. Formulaba sus discrepancias con el incondicional lenguaje positivo y respetuoso de Angelica, lo mismo que antes se peleaba con Katherine en su lenguaje agresivo y hostil. Era agradable con Angelica porque eso le resultaba más fácil que ser sincero. Había sido desagradable con Katherine porque eso le resultaba más fácil que ser sincero y más seguro que ser agradable.

Angelica le estrujó el muslo, se acercó a él y lo besó con dulzura en el vértice del pómulo. Todo el mundo necesita ser amado. Él necesitaba ser amado. Necesitaba, pensó, que la gente lo quisiera, que lo necesitara, y lo había conseguido. Desde que

alcanzaba a recordar había querido crecer, ser adulto, y ya lo era, y ahí estaba, y ahora quería retroceder, subirse a un autobús de lunas tintadas con destino a un campo verde sin nombre donde alguien le rociase sustancias químicas en la lengua con una pistola de agua y lo llevase hasta una nube de música a todo volumen, como si un banco de peces se dispusiera a picotear la piel muerta que envolvía su vida.

—Te quiero —dijo Angelica.

Pensó en Nathan. Antes se sentía superior a él. Había predicho su caída, y se sintió reafirmado cuando esta finalmente se produjo, porque eso le recordaba que había una razón por la que él no era Nathan. Él sabía controlar. Siempre controlaba. Tenía las manos limpias. Podía envidiar a Nathan, verlo caer y volver a ser el hombre que era de verdad. Y lo había hecho. Y había engañado a Katherine porque podía, y ahora Angelica podía engañarlo a él, y él a ella, y en cierto modo lo había hecho.

—Yo también te quiero —dijo. Y la quería, y no la quería.

Angelica se quedó dormida, y Daniel se preguntó si estaría soñando con Sebastian. Le llamó la atención que, aunque estaba despierto, soñando con los ojos abiertos con la violencia y la rabia y las cosas que quería hacer pero no podía, daba vueltas en círculos concéntricos que lo acercaban cada vez más a querer a Angelica, sencillamente porque tenía la sensación de que ella se estaba alejando. Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Quería decírselo. Ella se dio la vuelta, en un acto reflejo, y lo abrazó. Daniel sintió su aliento en la mejilla y el oído, y notó la tibia fragancia del sueño en el cuello y el pecho de Angelica cuando se acercó un poco más para acurrucarse, le pasó un brazo por encima de la cadera y apretó hasta que ella lanzó un leve suspiro. Pensó que no iba a poder dormir. Luego se quedó dormido.



**E**n el tiempo que llevaba con ellos, Nathan vio claramente que sus padres jamás se mezclaban. Coexistían, interactuaban a veces, pero nunca llegaban a cohesionarse. Su madre estaba cada vez más acelerada y explosiva, se movía por la casa como un bólido, deleitándose con su habilidad para manejar cualquier pequeña crisis. Su padre la seguía a todas partes como un olor persistente. Era evidente que estaban tan acostumbrados a no escucharse el uno al otro que todos sus actos de comunicación se habían reducido a un mero formulismo que después les permitía decirse con plena confianza que sí, que ya habían hablado de esto o de lo otro, porque lo recordaban perfectamente, de tal forma que sus conversaciones eran casi circulares.

—Necesitamos, eh..., necesitamos hablar un momento de... —decía su padre.

—Roger —decía su madre, como si su marido hubiese estado ignorándola por completo y ella necesitara toda su atención en ese instante—, ¿hemos tenido noticias de...?

—... el sábado que viene. Porque aquí tengo...

—... Jacinta y Gregory contestan:...

—... se suponía que íbamos a...

—... el sábado que viene. Porque aquí tengo que se suponía que...

—... Jacinta y Gregory vienen a cenar, y estaba pensando si...

—... ir a cenar allí, y no sé si hemos...

—... si lo hemos confirmado o...

—... lo hemos confirmado, ¿o no?

—... si aún está por confirmar. ¿Sí?

Los dos pensaban, y lo decían con frecuencia, que la única manera de llegar a hacer algo era sencillamente hacerlo uno mismo, pero a la vez parecía que a los dos les resultaba muy difícil hacer cualquier cosa sin avisar al otro de lo que iban a hacer, y la consecuencia era un continuo aluvión de planes que se solapaban. Uno de ellos se iba a hacer la compra, así que ya lo hablarían después. El otro se iba a correos, así que también lo hablarían después. La naturaleza exacta de lo que había que hablar nunca llegaba a definirse del todo, pero, cuando volvían, a los dos les hacía cosquillas la idea de que tenían una conversación pendiente. Después, cuando quedaba claro que no habían hablado de algo de lo que deberían haber hablado, y que por no hablarlo

habían surgido problemas, debatían si ya lo habían hablado.

—Venga, Roger —decía su madre—. ¿Tenemos que volver a esto otra vez? Recuerdo perfectamente que ya lo discutimos en su momento.

—Pues yo no. Yo no recuerdo en absoluto que lo hayamos discutido. ¿Cuándo lo discutimos?

—El martes pasado.

—¿Qué pasó el martes pasado?

—Fuimos a hacer eso, y luego volvimos, y entonces tuvimos exactamente la misma conversación que ahora.

—No pudo ser el martes. El martes yo no estaba.

—Tú te fuiste el lunes.

—No. Tú te fuiste el lunes.

—Roger, ¡por Dios! ¿Por qué no intentas concentrarte un poco? Te fuiste el lunes, y los dos nos fuimos el martes, pero cuando volvimos...

—En la agenda no hay nada.

—¿Para cuándo?

—Para el lunes.

—Eso no significa que no te fueras. Da igual, mira, eso no tiene nada que ver. La cuestión es...

—La verdad es que es una pérdida de tiempo discutir por esto.

—Sí que lo es. Eso mismo estoy diciendo.

—Será mejor que nos ciñamos a la cuestión.

—Yo ya lo estoy haciendo. Eres tú quien se desvía intentando recordar lo que hizo la semana pasada.

—Sólo intento aclarar si ya hemos hablado de esto.

—Roger, el martes fui a decirte exactamente que teníamos que hablar de esto, dijiste que sí y...

—¡Ah! Sí. Ya me acuerdo. Quedamos en que lo hablaríamos al día siguiente porque yo iba a salir. Pero ¿adónde iba?

—Eso fue el lunes. El día siguiente era martes, y por eso lo hablamos, porque habíamos quedado en hablar el lunes, pero tú ibas a salir.

—Y luego, el miércoles salimos y nos olvidamos de hablarlo.

—El martes.

—No, Helen. El martes estábamos aquí.

Nathan sólo podía asumir que este ritual los reconfortaba a los dos en algún sentido. Él, sin embargo, cuando estaba sentado en las escaleras leyendo el libro de su madre («La comunicación es el pilar de una familia estable», afirmaba en la página 84) o intentaba preparar una taza de té en la cocina sin dejarse embrollar por lo que pasaba a su alrededor, tenía la creciente sensación de que, gracias a estas hipnotizadoras conversaciones circulares, el tiempo empezaba a formar bucles de los que era difícil escapar. En el piso de abajo, los bucles duraban segundos, minutos y

horas. Podía prepararse una taza de té, volver a su cuarto, tomársela, bajar de nuevo y descubrir que la conversación anterior sobre otra conversación anterior había vuelto a empezar exactamente donde se había dejado o no se había dejado. En su habitación, los bucles eran de años, cuando abría el libro de su madre y se encontraba con episodios de su infancia que, aunque los recordaba todos, los recordaba de un modo muy distinto.

El efecto en su conjunto era por tanto no sólo de dislocación, sino de dislocación repetida: una extrañeza cada vez más familiar reforzada por el simple hecho de que Nathan llevaba varios meses alejado del mundo exterior y sus padres llevaban varios años alejados del mundo exterior. Casualmente, la reticente reinserción de Nathan en la sociedad había coincidido con el mucho menos reticente ingreso de su madre en la esfera pública, de ahí que los dos se vieran expuestos al mundo exterior en el mismo momento, aunque la naturaleza de su exposición fuese diferente para cada cual y la vivieran de un modo diferente.

—Nathan —dijo su madre levantando la vista del ordenador portátil—, ¿estás en Facebook?

—No.

—No te creo —dijo ella—. ¿Cómo hiciste todas esas fechorías sin estar en Facebook?

—Entonces era distinto. Había chats.

—Entiendo. Bueno, podrías unirme a Facebook.

—No me apetece.

—Ya. Pues sería muy útil que estuvieras en Facebook.

—¿Por qué?

—Bueno, porque mi libro está a punto de salir, y he abierto una página en Facebook. Como es natural, he conseguido que a todos mis seguidores de Twitter les guste mi página de Facebook, pero he pensado que si consiguieras que a algunos de tus amigos también les gustara, podría llegar a un círculo completamente distinto.

—Pero yo no estoy en Facebook.

—Y ¿esos chats? ¿No podrías abrir una conversación?

—No tienen nada que ver con los libros.

—Vale. Está bien. Ya veo que no tienes intención de ayudarme en esto nada en absoluto.

Nathan no contestó. No ayudar nada en absoluto era, por supuesto, la clave de su postura en todo lo relacionado con el libro.

Pasó días enteros dedicado a la tarea de dejar pasar los días. Se quedaba en su cuarto y leía. Se sentaba en la sala de estar y oía a sus padres. Salía al jardín y fumaba. El tiempo transcurría y perduraba a la vez. Estaba vacío; era fugaz. La gente existía tenazmente y al mismo tiempo estaba ausente. Pensó en llamar a alguien. Le habían dicho que era importante que se esforzara.

Su madre se tenía por una fuente de sabiduría. Una comida bien planificada podía

servir para varios días. Podías ser creativo con los restos sin tener nunca la sensación de estar comiendo lo mismo. El pan horneado en casa era más económico y más sano, porque podías controlar los ingredientes. Era mejor lavar la ropa «en pequeñas cantidades y a menudo», y lo mismo pasaba con otras tareas domésticas, sobre todo con la limpieza. En lo financiero, en lo económico, en lo emocional y en lo nutricional estar siempre encima de las cosas era infinitamente preferible a permitir que crecieran sin control. Por lo visto, la idea consistía en llenar el tiempo con el simple acto de la existencia. Las exigencias cotidianas eran enormes. Ahorrar tiempo parecía consumir un montón de tiempo. Nathan no paraba de mirar el teléfono, pero nadie llamaba. Se quedaba en la cama despierto hasta muy tarde, y a veces se levantaba y abría la ventana para que entrase el aire del invierno. Pensó en si alguna vez había dicho que no le gustaba el invierno sólo para ceñirse a las conveniencias o por decir algo, porque todo el mundo decía siempre que no le gustaba el invierno. Tuvo la intensa sensación de que le gustaba el invierno y que de ahora en adelante lo diría.

«**C**laro que —decía su madre en su libro— siempre habrá voces discrepantes aunque desinformadas que dirán: “Pero, Helen, esto es culpa tuya; no hiciste lo suficiente, podrías haber hecho más”. Y yo les digo a esas personas: “¿Qué más podía haber hecho?”».

**S**u madre le aconsejó que hiciera un presupuesto. Él contestó que no tenía ingresos. Su madre dijo que ella y su padre lo ayudarían hasta que consiguiera ponerse en pie, cosa que por lo visto le encantaba decir. Le darían cincuenta libras a la semana, y él tendría que darles veinte por su manutención. Lo hacían así para que aprendiera a desarrollar su independencia. Le dio cincuenta libras en billetes nuevecitos. Nathan dobló veinte y se las devolvió. Salió y se gastó diez en tabaco, y luego se fue al *pub*, porque en ese momento no tenía ningún plan y no le merecía la pena ahorrar. La luz tenía esa extraña cualidad intensa y vibrante que cobra en los grises días de invierno: más tenue que en los días de pleno sol, pero más matizada y contrastada, lo que daba al paisaje un murmullo y un relieve imponentes. Mientras caminaba, veía el aliento que exhalaba al respirar y se perdía entre las pequeñas nubes. Sólo se oía el canto de un pájaro de vez en cuando. La tierra estaba helada y dura. La existencia parecía muy clara, muy simple. Se dio cuenta de que experimentaba mucha calma cuando observaba sus sentimientos como si fueran objetos.

El *pub* se llamaba The Rover. Nathan había estado allí puede que un par de veces en su vida. El camarero no parecía especialmente simpático.

—Perdona —dijo fijándose en las manos de Nathan—, ¿eso son quemaduras?

—No, sólo cicatrices.

—Ah.

—Una pinta de Guinness, por favor.

—Ahora mismo.

Puso un vaso de pinta debajo del grifo y dejó que se llenara sin pausa, sin dar tiempo a la cerveza de reposar. Nathan pagó y se sentó a una mesa redonda en un taburete redondo, en un rincón, cerca de la puerta. Buscó un periódico con la mirada. No había. No sabía qué hacer sin periódico, así que se quedó mirando la espuma marrón de la cerveza mientras iba posándose. Pensó en quitarse el abrigo, pero llevaba las mangas de la camisa subidas y no quería perturbar a nadie. Darse cuenta de que no quería perturbar a nadie le causó una sensación agradable. Pensó en volver a llamar a Katherine. No le había devuelto la llamada, pero lo haría. Si no llamaba, sería porque tenía una buena razón, y esa razón no estaría necesariamente relacionada con él.

Se abrió la puerta y, envuelto en el habitual aplauso amortiguado de su cazadora sintética, el padre de Nathan entró en el *pub*. Al ver a su hijo, puso cara de culpabilidad por un momento y luego se acercó a su mesa.

—Ah —dijo—. Estaba... hummm...

Nathan lo miró y sonrió.

—No suelo venir por aquí —dijo su padre metiéndose las manos en los bolsillos de la cazadora y echando un vistazo alrededor—. No está mal, ¿verdad?

—Es bonito —dijo Nathan.

—Hola, Roger —dijo el camarero—. ¿Lo de siempre?

Su padre tardó un instante en reaccionar y luego se fijó en la pinta que él se estaba tomando.

—Bueno —dijo—. Ya que estoy aquí supongo que...

—Adelante —dijo Nathan—. Estoy bebiendo despacio.

—Muy bien.

Se acercó despacio a la barra y volvió al cabo de un minuto con un brebaje de color rojo y un paquete de cacahuets tostados que esparció sobre la mesa como si se dispusiera a practicar una autopsia.

—Coge cacahuets —dijo.

Nathan cogió un puñado de cacahuets.

—Es agradable salir —dijo su padre al cabo de un rato.

—¿Qué le dices a ella? —preguntó Nathan.

Su padre puso cara de culpa.

—Cree que estoy en el garaje. Pero ahora no está en casa. Ha ido al estudio de televisión.

—Si nunca va a buscarte al garaje, ¿por qué no te quedas allí?

—No es lo mismo, ¿no? No lo es. —Se metió otro puñado de cacahuets en la boca.

—¿Qué estás tomando?

—Sidra Bulmer y Red Bull con un toque de crema de menta. Yo lo llamo Vaca Loca. ¿Quieres probarlo?

Nathan levantó una mano.

—Prefiero limitarme a la Guinness —dijo.

—Aquí no hay mesa de billar —dijo su padre.

—Ah.

—Aunque supongo que eso está bien, porque así tienes que hablar.

Nathan asintió.

—Tengo algunos conocidos —dijo su padre—. A veces nos vemos aquí. Aunque nunca quedamos. Lo dejamos al azar. Está bien esa flexibilidad para verse, ¿no te parece? Quiero decir, que no hay necesidad de grabarlo todo en piedra siempre, ¿verdad?

—No —dijo Nathan—. Ni mucho menos.

Su padre chasqueó los labios mientras bebía un sorbo de Vaca Loca.

—Sienta muy bien —dijo.

Se quedaron un rato mirando las bebidas.

—Yo prefiero los cacahuetes tostados —dijo su padre—. Son más interesantes en muchos sentidos. Helen dice que producen cáncer, pero ¿qué no lo produce? —Se metió en la boca otro puñado y miró a Nathan—. Tú y yo nos llevamos bien, ¿verdad?

—Sí —dijo Nathan—. Claro.

—Bien. Eso está bien, ¿verdad?

—Sí.

—Se supone que yo..., ya sabes. Se supone que debería decir más cosas.

—Ya.

—Siempre dicen lo mismo. Ya sabes. Que es bueno hablar. Que es bueno decir más. Pero en realidad no te dicen lo que tienes que decir, ya ves.

—¿A quién te refieres?

Su padre hizo un gesto vago con la mano.

—Ya sabes. A toda esa gente.

Sonó el teléfono de Nathan.

—Contesta —dijo su padre, un poco decepcionado—. Estoy bien.

Nathan salió mientras contestaba.

—¿Hola? —dijo.

—Colega —dijo una voz familiar—. Soy Daniel.

—Ah —titubeó—. Quiero decir, hola.

—¿Cómo estás?

—Bien, creo. ¿Cómo estás tú?

—Bien, sí.

—Me he enterado de que..., ya sabes.

—¿Katherine y yo? Sí.

—Lo siento.

—Sí, bueno. En realidad ha sido lo mejor.

—¿De verdad?

Daniel se quedó pensativo.

—Probablemente —dijo.

—Bien.

—Bueno —dijo Daniel cambiando de tema rápidamente—. Eso da igual. ¿Cómo estás? ¿Dónde has estado?

Nathan se sentó en un muro y respiró.

—Estoy bien —dijo—. He estado fuera una temporada.

—Eso ya lo suponíamos. Fuera ¿dónde?

Hay frases que permanecen tanto tiempo dentro de la cabeza que casi nos parece que ya las hemos dicho.

—He estado un poco mal —dijo Nathan—. He necesitado un tratamiento.

Hubo un silencio.

—¿Qué clase de tratamiento?

Otro silencio. Nathan se oyó decir:

—Tratamiento psiquiátrico.

—Ah.

—No estaba bien. Pero ya estoy mejor.

—¿Qué..., esto..., quiero decir, qué te...?

—No intenté suicidarme.

—Bien. Bueno, eso es importante, ¿no?

—Intenté hacerme daño.

—Ah.

—La diferencia es importante.

—Sí, claro, por supuesto. Quiero decir que evidentemente hay una gran diferencia, ¿no? Porque tú no querías, hummm, ya sabes...

—Morirme.

—No.

—No, no quería morirme.

—Bien. Eso está bien, ¿no?

—No lo sé.

—Comprendo.

Nathan sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro y se lio un cigarrillo sin fijarse demasiado en sus manos. El frío le había entumecido los dedos. Los movió un poco; se recuperó; consiguió liarlo.

—Quería cambiar —dijo—. Ser distinto.

—No sé qué quiere decir eso —dijo Daniel.

—Yo tampoco.

—Ah.

Nathan encendió el cigarrillo. Cuando aspiraba notaba el aire frío en la garganta como si fuera mercurio, y cuando aspiraba por la nariz los pelillos se le helaban y se quedaban rígidos. Con tanto frío, la piel del mundo parecía transparente y vulnerable.

—Y ¿qué estás haciendo ahora? —dijo Daniel.

—Estoy sentado en la puerta del *pub*. Fumando.

—Quería decir en general.

—Ah —dijo Nathan soltando el humo—. Poca cosa.

—¿No tienes planes?

—Más bien estoy esperando a que surja algo.

—Ya.

—Y ¿tú?

—Bueno, ya sabes. —Guardó silencio—. Aunque en realidad es probable que no lo sepas, ¿verdad?

—Bueno...

—Ay, Nathan —dijo Daniel—. Eres incorregible. Supongo que todo son fiestas y revolución por el momento, ¿no?

—No —dijo Nathan—. Eso se ha terminado.

—Muy bien.

Nathan soltó el humo y se sopló en las manos. No se sentía incómodo con la conversación.

—Para ser sincero —dijo—, podría estar en peligro de volverme completamente loco.

—Mierda —dijo Daniel.

—Aunque no literalmente.

—Entiendo.

—Estoy en casa de mis padres.

—Ah. Ya lo pillo.

—¿Cuándo viviste con tus padres por última vez? —preguntó Nathan.

—¿Con los dos? Hará unos veinte años. —Hizo una pausa—. Y en lo que respecta a mi padre, bueno...

Lo dijo con una naturalidad en la que se traslucía el dolor con el que ya casi se había reconciliado.

—Lo siento —dijo Nathan—. No me acordaba. ¿Cómo está?

—Con altibajos —dijo Daniel—. No lo veo tanto como debería. Después me siento culpable, voy a verlo y me quedo allí sentado deseando largarme.

Hubo un silencio, y Nathan se fijó en que había salido la luna en pleno día.

—Da igual —dijo Daniel—. ¿Cómo hemos llegado a esto?

—Culpa mía.

—Da lo mismo. ¿Ves a alguien? ¿Sales mucho?

—Estoy en un bar con mi padre, tomándome la primera cerveza en seis meses.



—Joder.

—Está bien.

—Ah.

—Sorprendentemente.

—¿Tienes que colgar?

Nathan había terminado el cigarrillo.

—Creo que sí.

—Bueno... Me alegro mucho de hablar contigo, Nathan.

—Sí.

—Oye, ¿por qué no vienes a verme este fin de semana? Mi novia está fuera; hay sitio de sobra. Podemos beber y decir chorradas. Te sentará bien salir.

—No sé —dijo Nathan.

—Piénsalo.

—Vale.

—Ahora ya tienes mi número.

—Sí.

Se despidieron prometiendo que hablarían pronto. Daniel le repitió a Nathan que se pensara lo de la invitación. Y Nathan volvió a decir que se lo pensaría. Cuando colgó, Nathan pensó en llamar a Katherine, pero luego decidió que no. No sabía exactamente por qué, pero Daniel le había dado un poco de lástima. Había algo especial en su voz, y su invitación parecía demasiado calculada. En varios sentidos, pensó, siempre había sentido un poco de pena de Daniel, aunque la sensación se atenuaba un poco por la sospecha de que Daniel siempre había sentido un poco de pena de él.

Volvió al bar y se sentó con su padre, que ya estaba terminando su Vaca Loca y dando órdenes al iPhone con el dedo índice con tanta pericia que Nathan pensó que sus manos habían experimentado una evolución física asombrosa.

—Más mensajes —dijo Nathan.

—Pues sí, estoy inundado.

—¿Tienen que ver conmigo?

—Superficialmente —dijo su padre encogiéndose de hombros.

—Eso no me gusta, ¿sabes?

—Y ¿a quién le gusta? —contestó su padre encogiéndose de hombros otra vez.

Nathan asintió.

—Ella siempre se sale con la suya.

Su padre terminó la bebida de un trago y Nathan tuvo la sensación de que esa tarde sentía lástima de todo el mundo.

—A lo mejor me voy este fin de semana —dijo.

—Tendrás que preguntárselo a tu madre.

—No —dijo Nathan—. No lo creo.

Su padre asintió.

—Puede que creas que yo no lo entiendo —dijo—. Pero sí lo entiendo. Es sólo que...

—Lo sé, lo sé. Tú tienes que vivir con ella.

Su padre lo miró de una manera muy directa, inusual a la vez que inquietante.

—No tengo que vivir con ella —dijo—. Quiero. —Y volvió a mirar a su hijo—. Es muy fácil juzgar.

—O no juzgar —dijo Nathan—. Eso también es muy fácil.

El *pub* estaba enmoquetado e iluminado por el fuego de la chimenea. Los asientos eran mullidos y parecían exudar una calidez propia. El techo era bajo, para producir sensación de seguridad, pero no tanto como para resultar agobiante. Nathan no estaba incómodo. Su padre parecía un poco acalorado. Se llevó una mano a la cremallera de la cazadora náutica, pero enseguida se lo pensó mejor, como si no tuviera estómago para librar esa batalla concreta en ese momento concreto.

—Eso no es del todo cierto —dijo.

—No tengo ganas de enzarzarme en discusiones semánticas —dijo Nathan.

Era posible que su padre no entendiera lo que quería decir, y Nathan se dio cuenta.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dijo su padre.

—Por lo visto todo el mundo tiene muchas ganas de decírmelo.

—No sólo el tuyo. El de toda tu generación. La generación «Yo».

—Yo creía que la generación «Yo» era la tuya.

—Como quieras —dijo su padre haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Sois eternos adolescentes, todos vosotros. Vais por ahí hablando de los padres, de la sociedad, de tal o cual problema global, sin llegar a entender siquiera el hecho más básico de la vida. —Lo señaló con un dedo—. No entenderás el mundo hasta que tengas hijos. No dejarás de ser un niño hasta que tengas uno.

—Yo no creo que eso sea verdad —dijo Nathan, que en todo caso tenía muy pocas pruebas.

—Claro que no —dijo su padre apurando las últimas gotas de su Vaca Loca—. De todos modos, deberíamos irnos. Tu madre va a salir en la tele.

**S**i pudiera decirse que la madre de Nathan tenía una creencia o una visión predominante, esa sería la importancia de la presentación sobre el contenido y de las apariencias sobre la realidad. Cuando volvía a casa después de una de esas intensas cenas regadas con abundante alcohol con su supuesta amiga Rita y su marido Tony, que antes era un hombre increíblemente seguro de sí mismo y ahora era un marido aburrido sin más, su madre decía que lo que le preocupaba no era la desintegración de su matrimonio en sí, porque eso, al fin y al cabo, podía pasarle a todo el mundo, incluso a los mejores, sino que los veía completamente decididos a no disimular. No entendía que, por quinta o sexta vez, Rita y Tony tuvieran la necesidad

de exponer sus problemas en las narices de los demás, ponerse como cubas y decir cosas como: «Bueno, es que Tony nunca ha sido capaz de entender eso» o «Por Dios, Rita, a nadie le interesa nada de lo que dices». Eso no estaba bien, decía su madre.

Con el tiempo, su actitud ante lo que ella llamaba la situación de Nathan había experimentado un cambio muy similar, y la única manera que tenía de afrontarla era convencerse de que si no era capaz de dirigirla en el aspecto médico, al menos sí era capaz de tomar el control de su presentación pública y transformar su sufrimiento en martirio. Porque, como decía tantas veces, lo que distinguía el grano de la paja en la vida no era lo que la vida te echaba encima, porque la vida echaba a la gente encima todo tipo de cosas, sino la manera de vivirlo; dicho de otro modo: tener un hijo enfermo no era una excusa para abandonarse.

De ahí que a Nathan no le extrañase demasiado, cuando las luces del estudio revelaron al siempre exageradamente bronceado doctor Dave y a su madre, impecable con un conjunto de pantalón y chaqueta, sentados lado a lado en un sofá rosa salmón que chocaba violentamente con el tono de piel del doctor Dave, ver que ella había completado la transformación de madre frustrada a autora en campaña de promoción, y, lejos de mostrarse en modo alguno abrumada por la experiencia de estar en un estudio de televisión, sonreía con ese resplandor que sólo un perfecto equilibrio entre la confianza suprema en uno mismo y una profunda falta de pudor es capaz de producir, una expresión que el doctor Dave absorbía y le devolvía multiplicada por diez, pues también él, como sabía todo el que viera su programa con regularidad, había completado su propia y espectacular transformación de estafador sin escrúpulos a gloria nacional, previo paso por la fase de médium de la confesión emocional televisada.

Ya antes de conseguir su programa de televisión semanal, el doctor Dave había hecho mucho ruido en la escena del desarrollo personal. Había escrito dos libros (*Sonríete un poco* y su gran éxito: *Cambio: Acaba de una vez con todas tus experiencias tristes y negativas*) y era un invitado fijo en el popular programa *Siéntate con Sally*, presentado por la sempiternamente atolondrada Sally Duvall, en el que el doctor Dave dispensaba un surtido de consejos bien ensayados para que pareciesen improvisados a la «diversidad» de espectadores que llamaban al programa, diversidad, en opinión de Nathan, drásticamente limitada por la franja demográfica de televidentes en horario diurno: amas de casa, parados, enfermos temporales, enfermos crónicos y personas necesitadas de cuidados permanentes en régimen residencial.

Fue en este programa donde el doctor Dave no sólo desarrolló su teoría del CAMBIO, sino que también puso de manifiesto hasta qué punto la revelación de estas tácticas permitía a los famosos de tercera convertirse en famosos de primera de pleno derecho. El doctor Dave, según se supo por la prensa amarilla, no siempre se había llamado doctor Dave. Ente los veinte y los treinta años, era conocido como el Penetrador, y era especialista en ciertas técnicas de seducción acelerada diseñadas para engatusar a completas desconocidas y llevárselas a la cama en aproximadamente

tres minutos. Había perfeccionado unos andares desenfadados y una postura turbia aunque bien controlada. Asaltaba a mujeres de todas las edades, en fiestas, en librerías, en el supermercado, y entablaba con ellas frías conversaciones con las que obtenía la máxima apertura de piernas en el mínimo lapso de tiempo, recurriendo para ello a complicadas pautas de hipnosis y sugestión lingüística. Hablaba de su «nueva dirección» de tal forma que el sujeto experimental entendiera, inconscientemente, «erección». Se ponía a hablar de las estrellas con el único objetivo de pronunciar la palabra «constelación» de manera que su víctima, sin darse cuenta, oyera «coño y dilatación». Por lo visto era tan bueno que había estafado literalmente a cientos de chicas «abiertas», muchas de las cuales acabarían teniendo la valentía de vender sus historias por cantidades no reveladas a revistas babosas, y no había desarrollado una relación con ninguna de ellas. Alrededor de los treinta, tuvo su Momento de Revelación y se dio cuenta de que debía poner esos poderes suyos tan impresionantes al servicio del bien en vez de al servicio del mal. Renunció al nombre por el que hasta entonces se lo conocía, se matriculó en un doctorado a distancia en Psicología de la Conducta y sufrió mucho para cumplir el voto de castidad que le prohibía no sólo el sexo, sino cualquier clase de contacto con mujeres que de alguna manera pudiera tomarse por flirteo, lo cual excluía también las sonrisas cálidas, los comentarios agradables y cualquier conversación remotamente íntima o sexual, salvo aquellas enmarcadas en el contexto terapéutico formal, claro está, en cuyo caso se admitían todas las apuestas. Según lo expresó brillantemente el doctor Dave haciendo alarde de su capacidad para el manejo de crisis en un programa especial de *Siéntate con Sally* dedicado íntegramente a su propia batalla personal, que superó en audiencia incluso a la desgarradora y galardonada entrevista en directo a Timothy Turner, el famoso violador convicto conocido como «El terror de los platós televisivos», un antiguo presentador de programas infantiles convertido en pariasocial-y-máquinade-hacer-dinero, los poderes del Penetrador eran tan... (aquí se esforzó por buscar la palabra perfecta) poderosos, que no podían «desactivarse» sencillamente, sino que había que ponerlos en una especie de vacío sexual para no volver a hacer daño a ninguna chica impresionable, asunto este sobre el que más tarde se explayaría en un artículo muy elogiado y citado que escribió para la revista mensual *Desarrollo Personal* y que llevaba por título «La polla en conserva: guardarse el pene por el bien de los demás». Esto fue, incluso Nathan tenía que reconocerlo, un golpe maestro publicitario, y al día siguiente de su publicación, las mismas columnas de opinión que se habían burlado o habían despreciado sus tendencias manipuladoras, sus dudosas credenciales y, sí, también su hipocresía, tal como se habían atrevido a señalar, se desdecían por completo para elogiar su honestidad, su valentía y su sinceridad. En cuestión de seis meses, aunque siguió participando en *Siéntate con Sally*, tenía su propio programa, que consistía en una rígida y exitosísima fórmula de dos partes de consejo telefónico y una parte de entrevista inspiradora, puesto este que hoy ocupaba la madre de Nathan.

Igual que la madre de Nathan mostraba una inclinación inédita por la ropa elegante, también la mutación del doctor Dave incluía un elemento de estilo. Antes de su exposición pública (a la que él siempre se refería como su confesión), le gustaban las camisas rosas y ligeramente formales; las corbatas de colores vivos y los pantalones chinos. El objetivo era dar una impresión de profesionalidad. Si se vestía como un médico, rezaba su filosofía, también sería capaz de expresarse como un médico. A veces, incluso llevaba un fonendo colgado del cuello. Cuando tomó la decisión de compartir detalles íntimos de su vida con sus admiradores (pues nunca se reconoció que fue la prensa quien lo obligó a confesarse ante el público), se decantó por los vaqueros, los zapatos de cordones, las camisetas y, lo peor de todo, los jerséis de enorme cuello de pico que llevaba sin nada debajo y que formaban un triángulo isósceles de piel afeitada, lustrosa y bronceada que a Nathan le costaba muchísimo mirar, mientras que su madre, que se encontraba a menos de un metro del entrevistador, parecía en un éxtasis de felicidad.

«Hola —dijo el doctor Dave a la cámara, con desenfado y con una sonrisa íntima—. Bienvenidos de nuevo. Estoy muy emocionado con mi invitada de hoy, porque es el ejemplo absoluto de algo a lo que he dedicado mucho tiempo en mi programa a lo largo de las últimas semanas, y de lo que pienso seguir hablando en los próximos meses. ¿Por qué? Porque creo que, en estos tiempos tan difíciles, es un tema con el que todos podemos sentirnos relacionados y espero que, a su modesta manera, pueda servir de ayuda a nuestro país. Porque vivimos tiempos oscuros. —Asintió con la cabeza, como si lo hubiera dicho sin querer y después de decirlo se alegrara de manifestar su acuerdo—. Tiempos muy oscuros. —Volvió a asentir. Plenamente de acuerdo—. Y en tiempos de dificultad o de oposición o de tragedia o... —Se encogió de hombros como un hombre cuyas conclusiones han alcanzado tal nivel de profundidad que las palabras se vuelven irrelevantes— de maldad, podemos hacer una de tres cosas. —Levantó una mano para llevar la cuenta, claramente aconsejado de que empezase por el meñique para evitar gestos soeces que más tarde circularían en forma de pantallazos por toda la web—. Podemos rendirnos... —dedo meñique—. Podemos seguir luchando y sobrevivir —dedo anular—. O —dedo corazón— podemos hacer las cosas mejor. Podemos tomar esa negatividad, esa tragedia, esa maldad, y podemos crecer a partir de ella; podemos prosperar, podemos florecer. Sí, es supervivencia, pero también es algo más, algo que a mí me gusta llamar —señaló con los dos índices al centro de la cámara para dar énfasis—: superdesarrollo. —Asintió, entrelazó las manos y entonces miró a la madre de Nathan—. Y dejadme que os diga que esta mujer que hoy me acompaña es la personificación del superdesarrollo. Autora del libro de próxima publicación *Madre Coraje: La batalla de una mujer contra la culpa materna*, fundadora del grupo de apoyo en internet Madres que Sobreviven, señoras y señores, Helen Coverley».

La cámara mostró un primer plano del rostro de la madre de Nathan, que, tras recibir la oportuna señal, ofreció una sonrisa radiante.

«Gracias, doctor Dave —dijo—. Estoy encantada de estar aquí».

«Y yo encantado de que esté con nosotros», dijo el doctor Dave.

«El placer es mío», dijo la madre de Nathan.

—Eso es, no dejes de sonreír —dijo el padre de Nathan, que estaba precariamente sentado en el borde del sofá, frotándose los pulgares y los índices con verdadera obsesión.

El doctor Dave tenía una habilidad asombrosa para cambiar de expresión, según observó Nathan. Parecía una lámpara de lava humana. La sonrisa alcanzaba su cenit, florecía, se desdibujaba, y una brillante burbuja de compasión pasaba a sustituirla de inmediato.

«Bueno, Helen —dijo volviendo a asentir—. Me gustaría que compartiese un poco su viaje con nosotros, para los espectadores que no lo conozcan».

«Bueno, me va a permitir que le corrija, doctor Dave, porque en realidad yo no lo veo como mi viaje, sino como nuestro viaje, el viaje de todas las madres en todas partes».

El doctor Dave asintió.

—Esa es mi chica —dijo el padre de Nathan.

«Y en realidad —dijo la madre de Nathan cruzando las piernas y apoyando las manos en el regazo— es también nuestro viaje porque es un viaje que he compartido con mi hijo Harry, como lo llamo en el libro».

Nathan había encontrado un hilo suelto en la costura del brazo del sofá y estaba tirando de él ligeramente.

«Háblenos de Harry», dijo el doctor Dave.

«Bueno, yo adoro a Harry. Eso quiero que quede muy claro. Lo quiero muchísimo. Es mi niño. Es mi único hijo. Pero lo cierto es, y pienso mucho en otras madres que han pasado por la misma experiencia, que me ha herido profundamente. Y me ha costado muchos años ser capaz de decir esto en voz alta. Cuando digo años quiero decir literalmente años. Años de preguntarme: ¿es culpa mía? Años de que me dijeran que era culpa mía. En un momento determinado, recurrimos a cuatro psicólogos distintos para que hablasen con mi hijo, con el considerable esfuerzo económico, como es natural, y lo único que hicieron fue escuchar la versión de mi hijo. ¿Se lo pueden creer? Era como si..., como si yo no les interesara en absoluto. Y con mi libro quiero corregir ese desequilibrio, porque me consta que hay cientos de madres que están pasando por la misma situación y experimentando los mismos sentimientos de culpa y de vergüenza que yo he experimentado».

«Su hijo tiene problemas de adicción», dijo el doctor Dave, cuya manera de asentir a esas alturas parecía haberse convertido en una necesidad fisiológica.

«De todo lo habido y por haber —dijo la madre de Nathan—. Drogas, tatuajes. Vivió de okupa una temporada, vendía drogas y organizaba esas... raves, creo que las llaman. Quiero decir que fue: ab-so-lu-ta-men-te ho-rren-do».

El hilo suelto se había vuelto tan largo que Nathan se vio en el dilema de seguir

tirando de él o simplemente romperlo.

«Cuando trabajo en mi clínica con padres de chavales moralmente desafiantes, como yo los llamo, todos hablan de lo mismo, y es de lo culpables que se sienten. ¿A usted le ha ocurrido esto?».

«Incuestionablemente —dijo la madre de Nathan—. Sin discusión. La culpa es enorme, y muy difícil de superar si no se es una persona muy fuerte. Pero creo que lo que de verdad quiero subrayar es la vergüenza. Una vez, cuando mi hijo estaba en su peor momento, llegué a decir que no tenía hijos, porque era mucho más fácil que tratar de explicar la situación».

Nathan había optado por seguir tirando del hilo, que para entonces medía aproximadamente treinta y cinco centímetros.

«A eso lo llamamos desahucio emocional —dijo el doctor Dave—. Una respuesta muy común al trauma filial. Pero después hubo un punto de inflexión, ¿verdad?».

Aquí, la expresión de la madre de Nathan se nubló con pericia con cumulonimbos de dolor. Inspiró profundamente.

«Así es», dijo con valentía.

«Y ¿cree usted —preguntó el doctor Dave inclinándose y apoyando una mano en la rodilla de su invitada— que está preparada para compartir esa experiencia con nosotros?».

La madre de Nathan asintió.

«Eso sí que es superdesarrollo», señaló el doctor Dave, impresionado.

«Gracias —dijo ella—. La verdad es que... no he hablado mucho de esto, aunque... aunque está en mi libro, pero... Bueno, después de llevar años así, y cuando digo años quiero decir literalmente años, mi hijo, mi niño...».

«La escuchamos», dijo el doctor Dave.

«No puedo describir lo que se hizo a sí mismo —dijo la madre de Nathan—. Pero se hizo daño. Mucho daño. Y cuando volvimos a verlo estaba en un hospital. Cubierto de vendas. En las manos. En los brazos. En el pecho. Al principio tuvieron que darle mucha medicación, como es lógico. Pero poco a poco se fue recuperando. Y mi marido y yo...».

Nathan evocó entonces la imagen de su padre dando vueltas por la habitación individual que de alguna manera habían conseguido en el hospital, preguntándole si quería cenar y ayudándole a comérselo todo, para no desperdiciar.

Tiró con fuerza del hilo, pero sólo consiguió hacerlo todavía más largo.

—Deja de destrozar los muebles —dijo su padre, que había empezado a mover las rodillas y a frotarse las manos.

—Perdón —dijo Nathan.

«Le miré a los ojos», estaba diciendo su madre.

—Eso es, niña —dijo su padre, mirando a Nathan de reojo.

—Perdón.

«Y supe que por fin se había dado cuenta. Que había tenido que llegar a hacer

algo tan terrible para... para...».

—No quiero seguir viendo esto —dijo Nathan.

Su padre lo miró.

—Muy bien —dijo—. Pero... Luego habrá preguntas, ya sabes lo que quiero decir, así que...

Nathan asintió.

—Sigue tú —dijo levantándose.

Subió a su cuarto y le envió un mensaje a Daniel para decirle que sí, que iba. Un par de minutos más tarde oyó que su padre lanzaba un largo gemido. Bajó al salón y lo encontró mirando la imagen de un cordero paralizado en la pantalla del televisor.

«Este acaba de contraer la enfermedad —decía la voz del locutor—. La enfermedad que antes se conocía como trance idiopático bovino ha saltado la barrera de las especies. Lo que están viendo es el primer caso registrado de trance ovino. Los científicos han anunciado que...».

—Joder —dijo Nathan—. Esto es...

—Y que lo digas —dijo su padre—. Han interrumpido a tu madre en el momento de máxima emoción para anunciar esto.



**C**uando Angelica se fue, en el tiempo muerto antes del fin de semana, Daniel se dejó llevar por las costumbres que recordaba vagamente de los lejanos días en los que no vivía en pareja. Por aquel entonces era estudiante, claro, y tenía que reconocer que en los años transcurridos muchas de las cosas que había rememorado como teñidas de rosa, si era sincero, habían perdido color. Se acordó, por ejemplo, de la cantidad de *pizzas* congeladas que era capaz de engullir antes de sentir una descomposición física definitiva; o de la nevera llena de cerveza, chocolatinas y aperitivos, que otras veces, cuando soñaba despierto delante de un batido de fruta y un cuenco de muesli de comercio justo, se le antojaba como un pecado delicioso; hasta que llegó un día en que la visión de todas estas cosas insanas dejó de ser excitante y pasó a ser simplemente negativa. La libertad, por lo visto, estaba sobrevalorada, sobre todo cuando no tenías la más remota idea de qué hacer con ella.

Intentó recordar la última vez que había estado solo: alguna noche ocasional, puede que un fin de semana; pero pocas temporadas de soledad decentes. Katherine amenazaba con irse muchas veces, pero rara vez lo hacía, y Angelica rara vez amenazaba con hacerlo, lo que desembocaba en aquellas conversaciones ligeramente extrañas en las que Daniel trataba de convencerla de que se fuese a la vez que se esforzaba por que no pareciera que la estaba convenciendo de que se fuese.

—Estoy seguro de que lo pasarás bien —decía refiriéndose a alguna manifestación o convención o reunión de rastas en algún antro de mala muerte—. Deberías ir. De verdad. Ve.

—No sé —decía ella—. Tal vez, pero es que tenemos muy poco tiempo para estar juntos.

—Ya lo sé, cariño, pero me gusta compartirte con el resto del mundo.

—Ay, Daniel.

—Ay, Angelica.

Ella no iba, por supuesto, o peor todavía, él terminaba yendo con ella. En cualquiera de los dos casos, él pasaba como mínimo una parte del tiempo anhelando justamente esa soledad que sabía que luego siempre desperdiciaba.

Las noches pasaban despacio. Llamaba a Angelica. Ella le enviaba muchos mensajes, pero cuando hablaban parecía distraída y distante. Siempre le decía: «Espera un momento. Voy a buscar un sitio tranquilo». Y acababa en un sitio que de

tranquilo no tenía nada. Le contaba que todo iba bien. Le decía que Sebastian era increíble. Tenía la sensación de que estaban haciendo algo importante. Daniel empezó a imaginárselos juntos, a ella y a Sebastian. Sintió un pequeño retortijón en las tripas. Se imaginó a Sebastian soltándose el pelo y haciendo un movimiento brusco con la cabeza; quitándose el jersey tejido a mano y murmurando algún comentario sobre algún objeto de culto, como si se estuviera haciendo una paja. Por alguna razón, Daniel tenía un problema para reconocer que no le gustaba la gente. Le gustaba pensar que estaba por encima de eso o que, como la rabia, era una respuesta que se le negaba injustamente en su papel de mártir de lo racional. Pero Sebastian no le gustaba, y a Sebastian tampoco le gustaba él, así que tal vez iba siendo hora de empezar a aceptar la realidad.

Llamó a su padre y le preguntó cómo le iba con sus tareas.

—Estoy desbordado —dijo su padre—. Completamente desbordado.

Algunas veces Daniel intentaba ser racional, otras veces no. Cada vez menos, la verdad.

—Es un momento de mucho trabajo, ¿no?

—Ni lo nombres —dijo su padre.

—¿Has podido tomarte algún descanso?

—Lo dirás en broma, supongo. Me están machacando. Geoff no está. Paul ya no sirve para nada. Soy yo quien tiene que tirar del carro.

—No sabrían qué hacer sin ti.

—Ya lo sé.

Pensó en ir a verlo, pero enseguida comprendió que no podría afrontar la situación. Y de pronto se dio cuenta de que eso de aplazar siempre el momento de ver a su padre podía ser un síntoma de que en realidad no había madurado tanto como le gustaba creer, o al menos no en los aspectos que ahora le parecían importantes. Era demasiado joven para soportar tanta vejez y todo ese rollo.

Cuanto más se acercaba el fin de semana más crecían los temores de Daniel. Se despertó dos veces por la noche con la sensación de llevar en la piel los jirones de una vergüenza sin nombre. Recordó haber dicho la estupidez de que si Nathan necesitaba ayuda, la pediría; recordó lo fácil que había sido dejar que Nathan y lo que le estuviese pasando simplemente se esfumaran. Dio vueltas por la casa y se sintió incómodo. Cayó en la cuenta de que nunca había sido acogedor con nadie. Angelica era acogedora con la gente. Katherine era acogedora con la gente o la espantaba. Y Nathan, sin ser directamente acogedor, al menos te llevaba a sitios donde otros se encargarían de hacer el trabajo y en el camino te procuraba las sustancias químicas necesarias. Lo cierto era que Katherine y él siempre habían utilizado a Nathan exactamente para eso: para escapar; para divertirse; y ahora, la situación había dado un giro no por predecible menos inquietante, las tornas se habían vuelto por completo, y Daniel, que en realidad no había hecho ni había conservado ninguna amistad desde que se había mudado, se vio obligado de pronto a interpretar el papel

de anfitrión acogedor.

El jueves por fin comprendió lo que necesitaba. Necesitaba, urgentemente, comprar algunas drogas.

Estuvo dando vueltas a esta idea en la oficina: primero pensó en el éxtasis, pero luego llegó a la conclusión de que sentarse en una habitación con cara de felicidad gracias al éxtasis tal vez no fuera la idea que Nathan tenía de pasarlo bien. En realidad, bien pensado, hacía mucho tiempo que el éxtasis no era la idea que Nathan tenía de pasarlo bien. Hacia el final (una expresión que Daniel comprendió que tenía que dejar de emplear, puesto que evidentemente no había sido el final), Nathan se había ido alejando de los placeres en buena parte puros del éxtasis y el ácido para acercarse a las más utilitarias anfetaminas, y alcanzar luego la cumbre de la diversión que ofrecía la ketamina mezclada con un cóctel de sedantes, lo que parecía indicar que pasarlo bien, al margen de lo que eso hubiera podido significar en otro tiempo, no sólo había dejado de ser el objetivo de Nathan, sino que incluso daba la impresión de que intentaba ponerse en cuarentena para evitar la posibilidad de pasarlo bien. Daniel nunca entendió este impulso. Nathan estaba siempre deprimido. ¿Qué necesidad tenía de pagar para tener una experiencia depresiva? En cierto modo, esto era un reflejo de la diferencia cada vez mayor que había entre ellos: Daniel luchaba por subir y Nathan, porque lo empujaban a patadas hasta las profundidades.

La opción más obvia era conseguir un poco de hierba. Le pareció la solución más sencilla. Dos viejos amigos que se colocan un poco mientras escuchan algunos álbumes clásicos. Eso no podía fallar.

El problema, claro, era que aunque Daniel pensaba que colocarse era una experiencia social, nunca había llegado a apreciar que también era producto de la experiencia social, porque, por más que colocarte te desinhibiera y te permitiera conocer gente, de entrada necesitabas conocer al menos a alguien para conseguir la mercancía.

Su lista de contactos era patética. Todos los que figuraban en su BlackBerry eran compañeros de trabajo o amigos de Angelica, o alguno de los profesionales que atendían a su padre. Experimentó una leve sensación de pánico. La idea de pillar hierba le había liberado de buena parte de la tensión, de ahí que renunciar al plan le pareciese imposible a esas alturas. Era vital conseguir un poco de hierba para el fin de semana. Si no lo conseguía, nadie lo pasaría bien, y le echarían la culpa, y todo sería un desastre sin paliativos, y el mero hecho de pensarlo casi le cortaba la respiración.

Apoyó los pies encima de la mesa y sopesó las posibilidades. Podía preguntar en la oficina. Estaba casi seguro, por ejemplo, de que tanto Jenssen como Meyer tenían sus fuentes. En realidad, gracias a su experiencia en la investigación de cultivos orgánicos y en la contracultura del ecoguerrillero, incluso habían desarrollado sus propias variedades. Pero le parecía muy poco profesional pedírselo a ellos o a cualquiera de sus compañeros de trabajo.

Otra opción era pasar la noche en las zonas más duras de la ciudad y confiar en la

suerte. O coger el coche, salir a las afueras y ponerse a dar vueltas hasta que se encontrara con una de esas pandillas de chavales que beben sidra en remotas paradas de autobús. ¿Qué tal, chicos? No, chicos no. Chicos sonaba fatal, como sacado de esos libros juveniles de aventuras. ¿Colegas, tal vez? ¿Tíos? ¿Qué tal, tíos? Eso no estaba mal. Se acercaría con las manos en los bolsillos, sorbiendo por la nariz, y miraría alrededor, y luego les preguntaría si sabían dónde podía conseguir ¿cómo se decía: mandanga? Estaba completamente atascado en otra década. ¿Cómo podía quedarse uno tan desfasado en tan pocos años?

Era ridículo. No iría en coche a las zonas más duras. Ni siquiera sabía dónde estaban. Y si lo supiera y fuese hasta allí, pasaría de largo y sin mirar atrás.

Se balanceó en la silla. Fuera, en el aparcamiento, la concentración, muy reducida en ausencia de Sebastian, la integraban tres chavales con pinta sospechosa y con unos Doc Martens a los que Daniel no conocía, que cambiaban el peso del cuerpo de un pie al otro y se turnaban para sostener una pancarta grande de manera que alguno pudiera tomarse un descanso para soplarse en las manos. Era una opción bastante absurda, pensó, pero era mejor que nada.

— **C**aballeros —dijo acercándose a ellos con tres vasos de café recién hecho —, he pensado que tendríais frío y he venido a proveeros de un refrigerio.

—¿A proveernos? —preguntó el que no estaba sosteniendo la pancarta, un tío con una barba pelirroja y desastrada y lo que parecía un trozo de tubería de cobre en una oreja—. ¿Qué crees que somos? ¿Un almacén?

Los que sujetaban la pancarta se rieron, pero también le echaron un ojo al café.

—No veo por qué razón no podemos ser amigos —dijo Daniel. Por qué, se preguntó, por qué decía cosas tan increíbles y absurdas.

—¿Es de cafetera? —preguntó uno—. Porque yo no tomo café instantáneo.

—Y yo no consumo nada de Nestlé —dijo el tercero—, ni nada que no sea de comercio justo.

—Yo tengo intolerancia a la lactosa —dijo el primero, rozando distraídamente su tubería de cobre con el meñique.

—Es café solo, de cafetera y de comercio justo. De mi propia cafetera.

—¿Dónde dejamos esto, Archie? —dijo el segundo de los que sujetaban la pancarta, que se había despistado con la conversación y la había dejado caer un poco.

—Tenemos nuestro propio café, gracias —dijo Archie, que era evidentemente el líder *de facto*.

—No tenemos —dijo el primero de los que sujetaban la pancarta, que ahora la había dejado caer aún más que su camarada.

—Cállate, William —dijo Archie—. Tenemos los medios de producción del café, y eso es lo que cuenta.

—¿Los tenemos? —preguntó William.

—Bueno, tenemos los medios para procurárnoslo —dijo Archie.

—Oye —dijo el tercer miembro del grupo metiéndose el palo de la pancarta por la cinturilla de los pantalones para poder gesticular con las manos—. Este tío nos está ofreciendo café gratis.

—Pero no necesitamos su café gratis —dijo Archie.

—¿Dónde vamos a comprar café? —dijo William—. Porque como que la opción más cercana es un Costa, y son una especie de multinacional.

Archie reconoció este argumento con un asentimiento de cabeza.

—Pero él es más multinacional —dijo señalando a Daniel.

—Yo no soy multinacional —dijo Daniel.

—Él no se está lucrando con el café —dijo el tercero, cambiando de posición el palo de la pancarta, para evitar rozaduras.

—Pero no tenemos clara cuál es la fuente, Henry —insistió Archie.

—Ya nos ha dicho cuál es la puñetera fuente —dijo William.

—Eso no está confirmado —dijo Archie.

—Oye —dijo Henry—, tengo un frío de cojones y no quiero pagar tres putas libras en Costa cuando puedo tomarme un café gratis ahora mismo.

—Además —dijo William colocándose el palo de la pancarta debajo del brazo—, ya he comprobado que cuando voy a Costa no es sólo un café, ¿o sí?

—Nunca es sólo un café —asintió Henry con pesar—. Siempre crees que será sólo un café, pero luego es una crep de aguacate, una bebida depurativa y una barrita de dátiles.

—Sí —dijo William—. Y cuando quieres darte cuenta te has dejado diez libras.

—Son unos hijos de puta —dijo Daniel—. Y estos cafés se están quedando fríos, por cierto.

—Qué coño —dijo Henry—. Yo me tomo un café.

—Yo también —dijo William.

—Creo que ya hemos establecido que es ético —dijo Archie.

Abandonaron la pancarta en el suelo mientras se tomaban los cafés.

—¿Qué? —dijo Daniel—. ¿Echáis de menos a Sebastian?

Lo miraron de un modo extraño.

—No estamos enamorados de él —dijo Archie.

—Sí —dijo Henry—. Podemos pasar tiempo separados.

—Bueno, yo me refería más bien a vuestra organización —dijo Daniel.

—No tenemos un centro de poder fijo —dijo Archie—, por eso somos capaces de adaptarnos a las necesidades de cualquier situación.

—Nos transformamos, como los Transformers —dijo William, muy serio.

—Impresionante —dijo Daniel—. ¿Qué tal está el café?

—Es un buen café —dijo William.

—Tiene buen cuerpo —dijo Archie—. ¿Lo mueles antes de hacerlo?

—Lo compro recién molido —dijo Daniel.

—No es lo mismo —dijo Henry.

—Tengo que conseguir un molinillo —dijo William—. A ver, no me malinterpretéis, no es que no haga buen café, pero creo que el paso siguiente será molerlo yo mismo.

Archie asintió.

—Pero eso supone un trasto más, ¿no? —dijo Archie.

—No me calientes —dijo Henry—. No veas cómo tenemos la puta encimera. Nunca consigo encontrar sitio para preparar siquiera un sándwich. No paro de decirle a Trix: Trix, ¿no podemos deshacernos de estas puñeteras máquinas? Pero ella, como que no.

Hubo un silencio reflexivo y Daniel empezó a ponerse nervioso mientras sopesaba las opciones para sacar el tema de las drogas.

—Bueno —dijo por fin—. ¿Sebastian os ha pedido que vengáis a trabajar también el fin de semana?

—No —dijo William—. No tiene sentido. Aquí no hay nadie.

—Ya sabes eso de si cae un árbol en el bosque y... —dijo Archie.

—¿Tenéis buenos planes? —preguntó Daniel.

—Relajarnos un poco —dijo Henry—. Y ¿tú?

—Tu otra mitad se ha ido, ¿no? —dijo Archie, con una sonrisita que Daniel prefirió pasar por alto.

—Sí —contestó—. He pensado que será una buena ocasión para ver a mis colegas.

—Claro —dijo Archie—. Buena idea.

—La verdad es que iba a preguntaros una cosa, chicos.

—¿Ah, sí? —dijo Archie entornando los ojos.

—Sí —dijo mirando a uno y otro lado, de acuerdo con la convención universal de quien se dispone a negociar un asunto de drogas—. Bueno, el caso es que han trincado a mi hombre. ¿Sabéis lo que quiero decir?

—La verdad es que no —dijo William.

—¿A tu hombre? —dijo Henry—. ¿Qué hombre?

—Ya sabes —dijo Daniel—. Como en «I'm waiting for my man».

Caras de no entender.

—A mi camello —dijo Daniel.

—Ya —dijo Archie con una sonrisita—. Y por alguna razón, seguramente basada en un montón de conclusiones a las que has llegado a partir de tus prejuicios sobre nuestro aspecto y nuestras inclinaciones políticas, has pensado que podríamos ayudarte.

—Bueno, más o menos. Sí.

—¿Qué buscas? —dijo Henry.

—Henry —protestó Archie.

—¿Qué? —dijo Henry.

—¿Qué tienes? —dijo Daniel, antes de darse cuenta de que, por prudente que fuera ocultar sus intenciones a los demás, ocultárselas a la persona a la que intentaba comunicárselas sería contraproducente.

—Nadie tiene nada —dijo Archie.

—Pero ellos podrían tener —dijo Henry dándose un golpecito en un lado de la nariz.

—O podrían no tener —dijo Archie.

—Vale —dijo Henry—. Por supuesto. Pero igualmente, podrían tener.

**R**econfortado por su éxito, y reestructurando mentalmente el fin de semana como una especie de sesión de reminiscencias entre amigos, llamó a Katherine en cuanto llegó a casa.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Katherine.

Parecía tensa, pensó Daniel, como si esperase un veredicto. Se preguntó si otra vez había fallado en la primera sílaba. Le dijo que era sólo una llamada rápida, y al momento se arrepintió.

—Genial —dijo ella—. Me encanta cuando la gente empieza así.

—¿Cómo? —dijo Daniel, aunque lo sabía perfectamente.

—Con una llamada rápida. En plan: no te hagas ilusiones con esta conversación porque no durará mucho.

—Yo creo que es más bien en plan: no te preocupes, no voy a quitarte mucho tiempo.

—¿Por qué no dejas que yo decida cuánto tiempo quiero invertir en esta conversación y yo te diré cuándo se me acaba el tiempo? ¿Qué te parece eso?

Daniel se examinó las uñas y a continuación giró la mano para mirarse la palma. Periódicamente se preguntaba si alguna de las líneas de su mano era su línea Katherine.

—Como digo, no creo que sea tan importante.

—Vale, está bien, me rindo. Está claro que quieres disparar cuanto antes mientras yo tomo notas taquigráficas o algo así. Adelante.

Oyó que Katherine encendía un cigarrillo: el chasquido del mechero seguido de la inhalación con los labios húmedos.

—Llamaba sólo para decirte que he hablado con Nathan.

—Bravo —dijo arrastrando las sílabas.

—Si vas a ponerte sarcástica por todo lo que diga, quizá será mejor que te envíe un correo electrónico.

—Perdona. Sigue.

—Vale. Pues eso, que he llamado a Nathan y, bueno, no está demasiado bien.

—No me digas...

—Vale. Como te decía...

—Perdona. No he podido aguantarme. Sigue, por favor.

Daniel había estado pensando cómo decir esto, pero ahora que había llegado el momento todas sus ideas se diluían en la frágil sensación de decirlo y evitar confrontaciones.

—Bueno, ahora está un poco mejor, eso es lo esencial, pero ha estado muy mal, y no estoy seguro de si ha intentado matarse o se ha cortado con algo, pero el caso es que se hizo daño de alguna manera y desde entonces ha estado fuera siguiendo una especie de tratamiento.

—¿Qué clase de tratamiento?

—Psiquiátrico.

Hubo un largo silencio.

—Joder —dijo Katherine.

—Sí.

—¿Sabemos por qué..., lo sabes tú?

—No se lo he preguntado.

—¿No se lo has preguntado?

—No.

—Bueno, ¿no crees que es una pregunta evidente?

—Por eso no se lo pregunté —dijo Daniel notando que empezaban a irse por la tangente y sintiéndose cansado de antemano—. Me pareció que sería una falta de sensibilidad o una estupidez o qué sé yo. Pensé que quizá era mejor ponerse en plan: bueno, sí, esas cosas pasan, en vez de ponerme morbosos.

—O sea que básicamente te rajaste, eludiste la cuestión y hablaste del tiempo o de algo por el estilo.

—No. Lo he invitado a venir el fin de semana.

—Ah —dijo Katherine, un poco chafada.

—Y al principio no parecía muy convencido.

—Mmmmm.

—Pero luego me envió un mensaje y dijo que sí, que viene. Y le dije que vale, que genial.

—Y ¿cuándo llega?

Se había colado en la conversación una nota de incomodidad. Daniel no estaba seguro de si era conveniente dar a las cosas una apariencia desenfadada o decantarse por un enfoque de relaciones públicas, más profesional. Al fin y al cabo, se suponía que eso se le daba bien.

—Este fin de semana.

—¿Este finde semana? Bueno, eso no es mucha antelación, ¿no?

—Es que tengo la casa libre.

—Ah. ¿Como se llame está fuera?

—Angelica. Sí.



—¿Todo bien?

—Síííí, gracias. Está..., bueno..., está en una manifestación.

Esta vez hizo una pausa con ánimo efectista. Se imaginó que Katherine echaba la cabeza hacia atrás y la ladeaba ligeramente para mirarlo por el rabillo del ojo, al tiempo que empezaba a dibujar una sonrisita de placer.

—¿Una manifestación? ¿De qué?

—Oye, nos estamos yendo por las ramas.

—No, no. Me interesa. ¿Por qué se está manifestando?

—Es una protesta por el sacrificio del ganado.

—¿De verdaaaaaaad?

—¿Vas a empezar a juzgar?

—En absoluto. Me parece admirable. Siempre he dicho que hay poca gente que se interese por el medio ambiente y por los animales y todo eso. Ya sabes: un planeta, una oportunidad, la trama de la naturaleza y esas cosas. Paz.

—¿Podemos cambiar de tema?

—No entiendo por qué te pones tan susceptible. ¿No estás orgulloso de ella?

—Pues claro que estoy orgulloso de ella —dijo secamente—. Bueno, creo que ya hemos terminado.

—Me parece maravilloso que cultives más tu lado *hippy*. Siempre lo has tenido. Es como si estuviera aflorando por fin.

—Bueno, oye, cuídate...

Se había apartado el teléfono de la oreja y casi lo había dejado en la mesa cuando la voz de Katherine ganó la partida.

—Oye. ¿Qué hay de los planes?

—¿Qué planes?

—Los del fin de semana. Ni siquiera sé dónde vives.

—Ah. Ya veo.

—Ya ves.

—Ah...

—¿Doy por supuesto que estoy invitada?

—Bueno, no es que no estés invitada...

—Vale. Vete a la mierda.

—Oye, no cuelgues.

—No, no. No pasa nada. Da igual que él en realidad me llamase a mí y yo luego te llamase a ti. Da igual que él también sea amigo mío, en realidad puede que más que tuyo, si vamos al fondo. No, tú, como siempre, haz lo que coño quieras hacer y sigue jodiendo a los demás. Eso está muy bien.

—¿Puedo hablar?

—Vamos, no me vengas con ese rollo de si puedes hablar como si yo estuviera hablando demasiado y no te dejara meter baza ni con calzador. Pues claro que puedes hablar, joder. Lo cierto es que me interesa mucho saber lo que tienes que decir.

—Vale.

Se quedaron callados unos segundos. Daniel se preguntó si Katherine oiría chirriar las ruedas en su cerebro, porque los piñones de todos sus pensamientos, sus motivaciones y sus atroces conflictos estaban rozando unos contra otros.

—Bueno, di algo —dijo ella.

—Diré algo si me das la oportunidad. Joder.

Oyó una risita macabra al otro lado de la línea: Katherine se alegraba de haber conseguido enfadarlo. Daniel no paraba de olvidarse de lo que quería decir.

—Llevamos un año sin vernos —dijo despacio.

—No es culpa mía.

—No digo que sea culpa tuya. No digo que sea culpa de nadie. Simplemente es un hecho.

—Me parece que esto va a ser eterno.

—No. ¿Qué estaba diciendo?

—Que llevamos un año sin vernos.

—Eso. Llevamos un año sin vernos y sin tener ningún contacto. Ni siquiera hemos hablado por teléfono.

—Todo eso ya lo sé —dijo Katherine—. Aunque tengo que recordarte que todavía sigues enviando una tarjeta a mi madre por Navidad, y te agradecería que dejaras de hacerlo.

—Vale, entendido. —Daniel hizo un movimiento rápido con la mano libre, a pesar de que ella no podía verlo—. El caso es que no hemos tenido ningún contacto y ahora que estamos hablando, sinceramente, ninguno de los dos está disfrutando.

—Yo no he dicho que no esté disfrutando.

—Pues te comportas como si no estuvieras disfrutando.

—¿Yo? Y ¿qué me dices de tu enfoque práctico? Si lo que quieres es que hablemos con el corazón en la mano, intenta dejar a un lado esa voz de oficina y pórtate como un ser humano: que se note de verdad.

Katherine estaba entrando en calor, pensó Daniel, empezaba a encontrar el ritmo y el tono. Él también estaba entrando en calor, pero en un sentido menos metafórico. Se pasó la mano por la frente y se la secó en la pierna.

—Eso es porque no me estás escuchando —dijo.

—¿Cómo puedes decir que no te estoy escuchando cuando he respondido absolutamente a todo lo que has dicho? Estoy muy atenta. Lo estoy captando todo. Soy toda oídos.

—No hemos estado en contacto —repitió, esforzándose por encontrar su tono más lento y sosegado, aunque sabía que eso a ella la cabreaba, pero siempre acababa haciendo lo mismo—. Y ahora estamos hablando y no nos llevamos bien.

—¿Por qué dices que no nos llevamos bien?

—¿Lo preguntas en serio?

—Sí. Vale, hay un punto de fricción...

—¿Un punto de fricción?

—Sí. Pero eso no quiere decir...

—Vale, da igual. Esa no es la cuestión. La cuestión es...

—¿Cuál es la cuestión?

—ESTOY INTENTANDO decírtelo.

—Vale. No me dejes que te interrumpa.

—La cuestión es: ¿queremos que todo esto recaiga sobre Nathan? Esa es la cuestión.

El silencio de Katherine fue muy elocuente. No era su silencio en plan no-me-puedo-creer-la-tontería-que-acabas-de-decir.

—Vale... —dijo.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—No.

—Que él no necesita esto. Que lo ha pasado mal.

—Y ¿eso significa que ahora es de cristal?

—Vale, te lo diré de otra manera: nadie necesita esto. Yo no necesito esto. Tú no necesitas esto.

—¿Ahora empiezas a decirme lo que yo necesito?

—Esto no ayuda a nadie. Esto no hace feliz a nadie.

—Claro, me había olvidado de que todos tenemos que ser felices a todas horas.

—Mira, la cuestión es...

—Deja de decir eso. Deja de decirme todo el rato cuál es la puta cuestión, como si fuera tonta del culo y no supiera ver cuál es la cuestión o como si sólo importara tu cuestión. Te diré cuál es la cuestión. La cuestión es que Nathan me llamó a mí, y yo intenté ser adulta y te llamé a ti, y tú ahora has decidido manejar la situación unilateralmente, que es lo que haces siempre, porque estás obsesionado con la idea de que es la única manera de manejar las cosas. Me has dejado al margen sin discutirlo siquiera, porque quieres evitar una discusión, porque eres un cobarde y sabes que perderías cualquier discusión que pudiéramos tener, no sólo porque te equivocas, y lo sabes, sino porque estás tan empeñado en no discutir o no mover la barca o lo que sea que al final siempre terminas echándote atrás, y lo sabes, y por eso intentas hacer las cosas sin discutir las con nadie.

—¿Cómo se pierde una discusión? Sólo tú, Katherine, vería una discusión como algo que se gana o se pierde.

—Oye, Daniel, conmigo no te pongas en plan Confucio-dice, porque es completamente inútil y además es un coñazo. Por supuesto que una discusión se puede perder. Tú deberías saberlo mejor que nadie, porque siempre pierdes.

—Lo que tú digas. Y yo no te he dejado al margen. Nathan puede venir y verte a ti después de estar conmigo.

—¿Qué tal si me dices cuándo y dónde puedo veros?

—Joder.

—Me puedo enterar de todos modos.

—¿Me estás amenazando?

—¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo —dijo Daniel, que tenía miedo—. ¿Por qué iba a tener miedo?

—Pues deja de comportarte como si tuvieras miedo.

—Esto no tiene absolutamente nada que ver con el miedo. Sólo creo que Nathan no tiene por qué pasar por la incomodidad de estar presente cuando nos veamos por primera vez después de tanto tiempo, nada más.

—Ah. Vale. Bien. En ese caso la solución es muy evidente, ¿no crees?

—¿Lo es?

—Podemos vernos antes. Así no será la primera vez, ¿no?

Daniel consideró la idea o, mejor dicho, intentó buscar la manera de responder para impedir que eso ocurriera a la vez que impedía quedar como un cabrón. No entendía por qué le preocupaba tanto lo que pensaban los demás, sobre todo alguien que, estaba bastante seguro, no le caía bien.

—No creo que sea una buena idea —dijo.

—No lo crees.

—No.

—No crees que sea una buena idea.

Cada vez que Katherine le obligaba a repetirlo, sus dudas crecían un poco más.

—La verdad es que no creo que sea una buena idea —dijo.

—¿Por qué?

Naturalmente, ella tenía que preguntarlo, pero, en cuanto lo preguntó, Daniel se dio cuenta de que esa era la única pregunta a la que no podía responder. Pensó en cuál sería la mejor respuesta y se le ocurrió que si fuera capaz de desconectar el impulso automático de encontrar la respuesta más oportuna y se limitase a decir simplemente lo que pensaba, todo el proceso sería mucho más sencillo.

—Bueno, creo que es demasiado pronto —afirmó sin vacilación.

—Vale. Y ¿cuándo sería el momento? Dime, Daniel, ¿cuál es la cantidad de tiempo idónea?

—Bueno...

—No te precipites al responder.

—No creo que eso se pueda medir —continuó Daniel—. Es más bien una sensación. No tengo la sensación de que sea un buen momento.

Katherine hizo ruido con la nariz y encendió otro cigarrillo.

—Vale —dijo—. Muy bien.

—¿De verdad?

—Claro. Si de verdad eres tan inmaduro y tan patético y estás tan asustado, yo no puedo hacer nada.

Daniel pensó que bastaría con decir: «Lo soy», y así no tendría que verla.

—Esa sí me parece una respuesta madura —dijo.

Katherine no contestó. Estaba haciendo mucho ruido al fumar.

—Sólo intento ser sensato —dijo Daniel con voz débil.

No hubo respuesta.

—Mucha gente se precipita —añadió—. Y luego se da cuenta de que era demasiado pronto.

A juzgar por el ruido, Katherine se estaba escarbando los dientes.

—No voy a pasar por eso sólo porque tú quieras algo.

—Un café —dijo Katherine—. Sólo un café. Di que no.

Parecía que a Daniel no le resultaba tan fácil decir que no.

—A ver, puedo —dijo—. Por supuesto que puedo, lo que pasa es que no sé si es prudente.

—Tienes toda la razón —dijo ella—. Tiene que ser prudente. Y, oye, tampoco te preocupes por Nathan. Seguro que lo entiende perfectamente.

—Que entiende ¿qué?

—Seguro que entiende perfectamente que no hayamos sido capaces de vernos aunque sea por él. Ya sabes que a él le gustan las dificultades.

Giggles entró en la habitación andando como un pato, se contrajo un momento y vació el estómago lleno de galletas para gato a medio digerir en el suelo.

—Joder —dijo Daniel mirando el vómito—. Puto gato.

—¿Tienes un gato? —se apresuró a decir Katherine.

—Sí, tenemos un gato. Oye, ¿qué estás diciendo? Voy a ver a Nathan. Estoy aquí para lo que necesite. Tú también puedes verlo si quieres. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—¿No crees —dijo Katherine— que después de esto lo que él necesita de verdad es retomar la amistad de antes sin tener que someterse a un extraño sistema de visitas programadas? ¿No crees que le gustaría simplemente vernos, charlar y no tener que preocuparse de nuestros problemas, que, en comparación con los suyos, son una puta insignificancia? Pero no te preocupes. Él te conoce. Sabe que no puedes dejar a un lado tus asuntos. Tienes razón. Deja que sea él el que tenga que adaptarse. Hazle sentir que es una molestia y así, si algo te parece difícil, podrás retirarte.

Giggles miró a Daniel con cara avergonzada y empezó a lamer tentativamente el montón de vómito.

—Vale —dijo Daniel por fin—. Tú ganas.

Silencio.

—¿Yo gano?

—Sí, tú ganas.

—¿Qué gano?

—Simplemente ganas. Podemos vernos.

Otra pausa.

—Bueno, no hace falta si no quieres.

—¡Joder!

—No, lo digo en serio. No quiero que hagas nada que no quieras hacer. Mejor lo dejamos.

—No. No lo dejamos. Joder, Katherine, ¿por qué lo pones todo tan difícil?

—¿Yo?

Daniel hundió la cara en la mano libre, derrotado.

—Tomemos un café —dijo, sin emoción alguna—. Será estupendo verte. ¿Dónde quedamos?

—Bueno —dijo Katherine—. Ya que me lo pides...

**D**urante varios minutos, puede que incluso una hora después de colgar el teléfono, Katherine sintió una extraña y profunda decepción. Tal vez, pensó, era por eso de la necesidad, por eso de que las cosas que deseaba terminaban convirtiéndose en algo que se le imponía. Pero había algo más. Tenía una sensación de plenitud no deseada, incluso de repetición, y se pasó una hora fumando y envolviendo con las manos una taza de café cada vez más frío, hasta que se dio cuenta exactamente de lo que le pasaba: había imaginado una salida donde en realidad no había ninguna. Si esa conversación con Daniel había abierto alguna puerta, sólo conducía hacia dentro, la devolvía a lugares que ya no servían de nada. Llevaba días sintiéndose atrapada, imaginando la liberación, y cuando la liberación llegaba por fin, sólo traía consigo otro encuentro con la finitud, con los límites de lo que estaba preparada para ser. De repente se sintió muy triste, quiso llamar a Daniel y preguntarle algunas cosas. Ni siquiera eran cosas que le interesaran especialmente, pero quizá la ayudara decirlas. Quería preguntarle por él, por su trabajo, por su novia, y quería preguntárselo no porque de verdad quisiera saberlo, sino porque quería que él supiera que se lo había preguntado, quería hacerle sentir que quería saberlo. Había oído decir que las personas amputadas seguían notando una especie de picor en la extremidad perdida. Eso mismo sentía ella. El picor de un vacío familiar. Cogió el teléfono y buscó la foto de Daniel para llamarlo. No hubo respuesta. Sopesó un momento si dejar un mensaje, y luego colgó, fastidiada, porque ahora él vería la llamada perdida y la interpretaría seguramente como necesidad o enfado o las dos cosas. Se permitió llorar un rato y después sacó la rabia para emerger de las tinieblas; se dijo que podía haberle preguntado esas cosas, pero que él no se lo había permitido porque era un capullo. Era un capullo. Sí. Al fin y al cabo, ¿qué le había preguntado él? ¿Había mostrado el más mínimo interés o la más mínima preocupación por ella? La verdad es que no era fácil saberlo. No le había dado muchas oportunidades.

Pasó un buen rato, y seguía con la taza de café ya fría entre las manos, mirando por la ventana la creciente melancolía del invierno, cuando por fin sintió en las tripas que de verdad iba a ver a Daniel. No recordaba bien por qué quería verlo, y más concretamente, por qué quería forzarlo a que se vieran, pero por alguna razón le

parecía importantísimo. Y ahora que lo había conseguido, le asombró darse cuenta de que estaba muerta de miedo. ¿Qué se dirían exactamente? No llegaba a comprender por qué o en qué momento se había quebrado el equilibrio que los dos habían intentado conservar con tanto esfuerzo. En realidad no se trataba de una transgresión flagrante. Y pensó que quizá justo en eso residía el problema. Sin la certeza de lo imperdonable, se habían visto en la obligación de aceptar la ambigüedad de lo irreconciliable. A lo mejor uno de los dos sencillamente tendría que haberse follado a otra persona, pensó, al menos así podrían haberse odiado como era debido. Pero estaba segura de que Daniel jamás habría hecho una cosa así.

Este pensamiento la llevó de manera natural a pensar en el sexo, una cuestión ante la que seguía dividida. La idea le repugnaba, pero la repugnancia era tentadora. Por la noche, cuando estaba en la cama, sus entrañas se retorcían de vida y de hambre. En sus sueños, unas manitas le acariciaban los contornos de la cara. No estaba segura de estar en condiciones de ver a Daniel. Su desesperación empezaba a diseminarse en todas las direcciones. Pensó en echar un polvo seguro, pero entonces se preguntó dónde encontrarlo ahora que Keith supuestamente se había curado. Pensó en Claire Demoines, en sus desesperantes medias, y le entraron unas ganas enormes de hacerle daño. La idea de acostarse con Keith era repugnante, justo lo que necesitaba.

**L**o esperó cerca de las escaleras, en la oficina. Lo agarró de la muñeca y tiró con fuerza de la goma.

—Au —gimió Keith frotándose la muñeca.

—En los lavabos que no se usan —dijo Katherine—. Dentro de cinco minutos.

—Estás loca.

—Cinco minutos —repitió buscando la polla de Keith—. Tú verás si follas o huyes.

Se sentó a esperar en el lavabo. Esperó quince minutos y luego se avergonzó y se echó a llorar.

Cuando volvió a su mesa tenía dos correos nuevos, los dos de Debbie.

«Joder, ¿soy yo o es que K. se ha vuelto definitivamente patética?», decía el primero.

«Perdón —decía el segundo—. Te lo he enviado por error».

**E**l día en que se vieron hacía frío y un sol reluciente. Daniel llegó primero y, aunque el aire era gélido, se sentó en la terraza, para que Katherine pudiese fumar. Habían quedado en un sitio que a ninguno de los dos le entusiasmaba especialmente. La neutralidad era un factor decisivo. Ninguno quería estar en un sitio donde el otro se sintiera demasiado cómodo, o en un sitio donde alguna vez hubieran estado cómodos juntos. Al parecer estaban de acuerdo en que todo fuese lo más

cotidiano posible. Lo esencial, en eso coincidían ambos, aunque no lo dijeran, era que tratarían de pasar un rato razonable sin hacerse daño.

Sentarse en la terraza le daba cierta seguridad a Daniel. Allí no se sentiría atrapado. Pensó que así estaría a sólo dos pasos del concepto de «marcharse», sin puertas ni obstáculos que se lo impidieran. Se había puesto el abrigo de lana negro, una bufanda de cachemira y una camisa rosa claro que en general reservaba para las reuniones importantes, pero Katherine no vería la camisa, porque no pensaba quitarse el abrigo.

Se dio cuenta de que estaba coqueteando con la nostalgia lo mismo que coqueteaba con la enfermedad. Había un punto nostálgico en el ambiente. Le gustaba la idea, pero tampoco quería que le afectara demasiado y que pudiera resultar contagiosa. Pero algunas cosas surgen espontáneamente. Su primera cita con Katherine, aunque nunca lo llamaron así, fue para tomar café. Ella, astutamente, había dedicado dos fines de semana a que él se sintiera incómodo y después culminó la estrategia presentándose un día en su oficina para decirle: «Oye, ya sé que quieres pedirme que tomemos un café, así que quítatelo de encima cuanto antes». Él no se había parado a pensar si quería pedirle que tomaran un café hasta mucho después de pedírselo. Así era Katherine, pensó. Empezabas a hacer cosas por ella, te ibas convirtiendo poco a poco en esas cosas, y al final ella era la única capaz de reconocerte.

Pasaban exactamente diez minutos de la hora acordada cuando Daniel la vio llegar por la calle con unos aires que delataban su nerviosismo. La gente se apartaba para cederle el paso, y ella se ceñía a su papel. Parecía distinta, pero se movía como siempre. No dio la más mínima muestra de fijarse en él, aunque lo había visto y se estaba acercando a la mesa. Como era su costumbre, empezó a hablar cuando aún estaba a unos pasos. Tenía tendencia a entrar y salir de escena con un fundido. Y los demás debían incorporarse a la conversación, esa impresión daba, según sus normas. Daniel se fijó en que tenía el pelo distinto y una manera de maquillarse menos llamativa, como si el ocultamiento en vez de la revelación fuese ahora la motivación principal. Lo achacó a la edad. Le pareció mayor, a pesar del maquillaje, que quizá por esta razón había experimentado un incremento infinitesimal, como los anillos concéntricos de un árbol que envejece.

—¿Me ves cambiada? —preguntó sentándose en una silla y apoyando las manos en la mesa.

—No —mintió Daniel.

Katherine se ahuecó el pelo.

—¿De verdad? Tú estás igual que siempre, por supuesto.

Daniel no supo decir si esta afirmación tenía un tono de desafío. Decidió dar por sentado que todas las afirmaciones tendrían un tono de desafío.

Ella le preguntó si había pedido algo para ella. Él dijo que no.

—¿Quiero un *café con leche*? —se preguntó Katherine mirando por encima del



hombro vete a saber qué.

—No tengo ni idea —dijo Daniel.

Katherine se acomodó en el respaldo de la silla, encendió un cigarrillo y dijo que tomaría lo mismo que él. Daniel hizo una señal a la camarera y, abriendo los ojos un poco más de la cuenta, con la esperanza de causar un efecto cómico, le pidió dos cafés solos. La camarera se retiró y Daniel miró a Katherine, que dio una profunda calada al cigarrillo y pestañeó de una manera un tanto rara y desafiante. Daniel se dio cuenta de que había olvidado estos detalles de ella. La manera de fumar tan desagradable que tenía, por ejemplo; la facilidad con que podía transformar una sonrisa en una amenaza, un pestañeo en el comienzo de una discusión.

—¿Por qué haces eso? —preguntó.

—¿Qué hago? —dijo Daniel.

—Esos gestos.

—¿Qué gestos?

—Pues agrandar los ojos o levantar las cejas como si yo estuviera loca de remate o fuera una persona difícil y quisieras comunicarle a la camarera o a quien sea que eres consciente de que estoy loca o soy difícil pero estás intentando controlarme para que no me pase de la raya, y pedirle por favor que esté al tanto. O pedir café solo y poner esa cara que parece insinuar que nos hará falta, como si esta experiencia fuera a ser increíblemente agotadora. Aquí sólo hay dos viejos amigos que han quedado para tomar un café. No vamos a la mina a picar carbón. —Se calló, puso los ojos en blanco y levantó una mano—. Lo siento —dijo—. Tendré más cuidado.

Llegaron los cafés y Daniel se esforzó por no establecer contacto visual con la camarera. Notó que Katherine se esforzaba por no fijarse en si él establecía contacto visual con la camarera.

—Sigues fumando —dijo.

Katherine soltó el humo por encima del hombro.

—Mejor ahórrame la compasión —contestó.

—Muy bien.

—Me gusta tu corte de pelo.

—¿Sí? —Daniel se pasó una mano por la cabeza—. Yo no estoy seguro.

—Sí que lo estás. Lo que pasa es que siempre te da un poco de vergüenza reconocer que te gusta algo que consideras frívolo.

—Ahí me has pillado.

Katherine le lanzó una miradita y se inclinó sobre la mesa, prolongando la postura una pizca más de lo indicado para no causar incomodidad. Daniel experimentó esa mirada como una sensación física, como si notara su aliento en la nuca.

—Me he equivocado —dijo Katherine—. Has cambiado.

—¿En qué?

Ella sonrió, probó el café y le hizo esperar.

—Eres feliz —dijo, como si se tratara de un diagnóstico.

A Daniel le entró una ligera paranoia y confió en que no se le notara demasiado. No estaba seguro de qué se suponía que tenía que responder, así que se limitó a sonreír, asentir y encogerse ligeramente de hombros, como si dijera: «¿Qué le vamos a hacer?». Pero al ver que la expresión de Katherine también había cambiado, se dio cuenta de que estaba cambiando de expresión y de que se le estaba notando demasiado.

—¿Qué? —dijo ella.

—Nada. Supongo que sí lo soy.

—¿Feliz?

—Sí. Hasta cierto punto.

Katherine sonrió.

—Y ¿tú? —preguntó Daniel.

Ella inclinó la taza de café y frunció el ceño.

—Este café es más bien mediocre, ¿no crees? —dijo—. Un poco quiero y no puedo.

Daniel volvió a preguntarse si esto sería una indirecta. La situación era tensa y muy poco natural. Tenía la sensación de que Katherine le lanzaba afirmaciones y le pedía que las sopesara para ver si eran ciertas.

—Creo que se han pasado con el tiempo de infusión —contestó.

—¿Lo sabes?

—Un expreso tarda en hacerse entre dieciocho y veintiún segundos. Si se deja menos tiempo, queda demasiado aguado y si deja más tiempo, queda demasiado amargo.

—Esto es café de filtro.

Daniel miró su taza.

—Debe de ser —dijo, con lástima.

Katherine soltó su característica carcajada que era la imitación de una carcajada.

—Bueno —dijo Daniel.

—Bueno —dijo Katherine mirando de reojo a la acera de enfrente, donde un niño de entre uno y dos años, con los pantalones caídos, tenía un berrinche de aquí te espero—. Joder. ¿De dónde salen todos?

—¿Quiénes?

—Los niños. ¿Quién está teniendo tantos niños? Y ¿por qué? —Hizo un gesto equivalente a tirar de un freno de mano—. Mierda, ¿no estarás a punto de tener un hijo?

—No que yo sepa, no.

—¿Quieres tener hijos?

—Algún día.

En la acera de enfrente, la madre había empezado con la rutina de decirle al niño que se iba a casa, y que él podía quedarse allí si quería, aunque esperaba que supiera el camino, porque ella se iba y tendría que volver solo.

—¿Sigues en el mismo trabajo? —dijo Daniel.

—Sí. Veo que tú has ascendido.

—¿Me has buscado en Google?

—Te vi en el periódico.

Daniel sonrió.

—Sí. Eso pasa de vez en cuando.

—Parece que te va estupendamente.

Los dos habían terminado el café, pero seguían cogiendo las tazas de vez en cuando para dar sorbitos.

—Siempre sueño lo mismo —dijo Daniel—. Me despierto pensando que me han descubierto, que todo el mundo se ha dado cuenta de que soy un impostor.

—¿Quieres decir como si no fueras bueno en tu trabajo?

—Como si fuera un desastre.

Katherine asintió y lo miró con sorprendente neutralidad.

—Pero tú eres bueno en tu trabajo, ¿verdad?

Daniel se quedó desconcertado un momento; bebió un sorbo de nada.

—Sí —dijo—. La verdad es que no lo hago mal.

—A mí me gustaría hacer algo distinto.

—Pues hazlo.

Katherine puso los ojos en blanco.

—Estoy en ese punto en el que me acuesto todos los días pensando: mañana mismo empezaré a buscar otra cosa, pero cuando me despierto lo único que hago es volver al trabajo y mantener el *statu quo*.

—Sí —asintió Daniel, viendo que el niño esperaba tres segundos antes de salir corriendo detrás de su madre, que se alejaba muy despacio—. Todos hemos pasado por esa situación. —Levantó la taza y dijo—: ¿Otro?

—¿Te apetece comer? —preguntó Katherine estudiando el menú con interés y desinterés al mismo tiempo.

—No me importaría picar algo.

—¿Quieres compartir algún aperitivo?

—¿Como qué?

—Como un plato de pan con aceitunas, aceite y una de esas salsas indescriptibles, ya sabes. Me apetece, pero es demasiado para mí sola.

—Tiene buena pinta.

—No lo tomes sólo porque a mí me apetece.

—No. Tiene buena pinta. Tengo gusa.

—Nunca había oído esa palabra. Gusa.

—Viene del latín, *gusus*, significa reservar una pequeña parte del estómago para una salsa innombrable.

Katherine puso cara de póquer. Tenía muy a gala no reírle las gracias a nadie.

—Vamos a necesitar un barco más grande, Roy —dijo, citando un diálogo de la

película *Tiburón* que se había hecho famoso.

Daniel cayó en la trampa y soltó una carcajada. Se acordó de que los dos, para bien o para mal, eran expertos en decir cosas absurdas. Parecía oportuno, pensó, reírse de algo que no significaba absolutamente nada cuando lo decía alguien a quien en otro tiempo se había atribuido un exceso de significado.

Katherine llamó a la camarera moviendo una mano y diciendo hola.

—Creo que te ha oído —dijo Daniel.

—Bien, porque no soporto cuando pasan de ti.

La camarera se acercó tímidamente. Katherine pidió otros dos cafés y una tabla de pan con salsas. Daniel se avergonzó de tener frío, como si fuera un síntoma de debilidad. En la acera de enfrente, una señora mayor con muchas capas de ropa aparcó su carrito de la compra al lado de un banco y se sentó con cautela. Daniel cayó en la cuenta de que se sentía ligeramente furtivo. No paraba de fijarse en las caras de los clientes que iban y venían, con miedo de que alguien lo conociera.

—¿Qué tal tu vida amorosa? —preguntó, sin motivo.

Katherine le lanzó una mirada asesina por toda respuesta.

—Eso quiere decir que bien, ¿no?

—No seas petulante.

—Lo siento. No era mi intención.

—Entonces ¿por qué dices que lo sientes?

—Porque siento haber dado esa impresión.

—Eres cinturón negro en falsedad, ¿lo sabías?

Daniel optó por asumir que eso no necesitaba respuesta.

—Hombres —dijo Katherine categóricamente—. Que les den.

—A veces echo de menos estar solo —dijo Daniel. No tenía la menor idea de si su afirmación era sincera.

—Pues claro —dijo ella—. Eso es lo que pasa cuando eres feliz.

Daniel volvió a sentir la misma parálisis. Parpadeó.

—¿Qué? —dijo Katherine.

—Es por cómo lo dices —contestó, con la duda de que eso pudiera desembocar en una discusión.

Una vez más, ella puso cara de no inmutarse, puro hielo. Luego esbozó esa media sonrisa que no llegaba a los ojos, como si lo invitara cortésmente a hacer un comentario que la fastidiara.

—¿Cómo lo digo? —preguntó.

—Nunca he conocido a nadie que pronuncie con tanto desdén la palabra «feliz». Y nunca he sido capaz de entender por qué haces eso: si es que simplemente no crees en ese concepto o más bien es que no soportas la idea de que otros puedan sentir algo que tú no sientes.

Guardó silencio mientras experimentaba una sacudida tectónica en las tripas.

—Aunque quiero que quede claro que a mí no me parece mal —añadió.

—No, no importa. Es un comentario justo —dijo Katherine.

Daniel quiso decir con incredulidad: «¿De verdad?». Pero se lo pensó mejor y no dijo nada.

—Quiero decir que lo entiendo, por supuesto —dijo Katherine entornando ligeramente los ojos, como si escudriñara a lo lejos lo que quería decir y tratara de verlo con nitidez—. Entiendo por qué la gente lo desea, pero... no sé. Para mí le falta algo.

—¿A la felicidad le falta algo? ¿Lo dices en serio?

—¿Me has visto alguna vez decir algo que no fuera en serio?

—La verdad es que no.

—Entonces, no preguntes.

—Vale.

—Da igual. Últimamente he estado pensando que eso de intentar ser feliz es lo que hace sufrir a la gente, así que estoy haciendo el experimento de no intentar ser feliz en absoluto.

—Y ¿qué tal funciona?

Katherine levantó una ceja.

—Tiene sus momentos. —Movi6 una mano por el aire, como si quisiera barrer la conversación de la mesa—. Da igual —dijo—. Tú pareces feliz de verdad, y eso está muy bien.

—Sí —dijo él, tras una pausa táctica—. Creo que está muy bien.

—¿Es la *hippy* quien te hace feliz? —preguntó Katherine, con una sonrisita no del todo exenta de hostilidad.

—En parte —asintió Daniel.

—Tú no tienes pinta de *hippy*.

—Eso es porque no lo soy.

—¿Es una historia en plan *Romeo y Julieta*? ¿A su familia no le gustas porque vas trajeado?

—Sus padres son muy simpáticos.

Katherine parpadeó. Daniel temió que hubiese interpretado su respuesta como una indirecta sobre su madre. Pensó si debía aclararlo, pero aclararlo era arriesgado, porque podía ocurrir que ella no lo hubiese interpretado así en absoluto hasta que él intentase aclararlo, y entonces lo interpretaría así de inmediato. Optó por introducir un cambio que le parecía sutil.

—¿Cómo está tu madre?

—Sutil —dijo Katherine.

—No quería decir...

—Está como siempre, dejémoslo ahí.

—Vale.

—Aunque creo que estoy un poco preocupada por ella. Me sigue sacando de quicio, como siempre, pero a veces de pronto me da lástima y quiero que esté bien.

Daniel asintió.

—¿Cómo está tu padre? —dijo ella.

—Con altibajos.

Esta vez le tocó a Katherine el turno de asentir. Se estaban esforzando los dos, pensó Daniel, por demostrar que se comprendían.

—¿Te reconoce? —preguntó Katherine.

—La mayor parte del tiempo.

—¿Crees que a mí me reconocería?

Lo dijo en serio, un poco asustada. Tenía un miedo especial a que se olvidasen de ella. Todo el mundo, pensó Daniel, tenía miedo a ser olvidado. En muchos sentidos, por eso estaban ahí en ese momento, comiendo juntos e intercambiando inanidades.

—No —dijo con sinceridad.

—¡Qué horror!

Daniel se rio.

—Pues sí —dijo sobreactuando conscientemente—. ¡Toda esa fabulosa Katherineidad perdida!

—No quería decir eso —dijo ella.

—Ya lo sé. Era una broma.

Les llevaron la comida y el café. No prestaron atención. Por la calle, al otro lado del cordón que delimitaba la zona de la terraza, pasaba gente idéntica a ellos. Daniel se imaginó qué preocupaciones tendrían; qué llamadas de teléfono no habrían hecho; cuáles no habrían recibido; las microdecepciones de un día cualquiera. Una pareja joven pidió a una pareja mayor que les hiciera una foto. La chica llevaba una cresta azul; la señora, reflejos azules. Por un momento dio la impresión de que los chicos daban la cámara a sus futuros yos. Daniel miró a Katherine, a esa mujer a la que conocía tan bien. Demasiado bien, en realidad, para estar hablando con ella en ese momento. Tenía ganas de decirle que en cierto modo tenía la suerte de seguir deseando cosas nuevas en lugar de limitarse a temer que podía perder las que ya tenía.

Katherine bebió un sorbo de café y lo miró por encima del borde de la taza. La observó un segundo mientras ella lo observaba. Sintió una sacudida indescriptible y quiso largarse.

—Bueno —dijo—. Nathan.

—Sí, claro. Nathan.

Pronunciar su nombre fue una especie de logro.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Katherine.

—Y ¿yo qué sé?

—Bueno, eres tú quien lo ha planeado.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Tú planificas. Tú haces planes. Todo el mundo sabe que siempre tienes un plan.

—¿Es que necesitamos un plan?

Katherine levantó las manos.

—Oye, ya me conoces. Si el plan es que no necesitamos un plan, por mí estupendo. La cuestión es: ¿qué piensas tú?

—Sí —dijo Daniel. Y le salió como si fuera una pregunta.

Volvieron a quedarse callados.

—Joder —dijo Daniel al cabo de un rato—. Qué puta mierda.

—Pues sí, la verdad.

—No paro de darle vueltas —dijo Daniel.

—Claro.

—Ya sabes.

—No creo que hubiéramos podido hacer nada.

Volvió a sentirse acechado por una sombra. Algo indescriptible y caliente le lamía suavemente la nuca y le metía un dedo flaco por el ombligo hasta el estómago. Era ese horror que te despierta en mitad de la noche y te tiene dando vueltas por la casa hasta el amanecer. Su padre estaba a punto de olvidarse de todo y morir.

—Eso es —dijo—. Esa es la frase a la que no paro de dar vueltas. Si nosotros no podíamos hacer nada, ¿alguien habría podido hacer algo?

—¿Por qué tenemos que preocuparnos por eso? Siempre hay alguien que habría podido hacer algo.

—¿Y si eso significara que tendríamos que haber sido distintos?

—¿Qué?

—Da igual. Creo que prefiero no seguir pensando en eso.

Hizo una incursión exploratoria en la comida. Había cosas crujientes y cosas semilíquidas. Katherine dejó un momento los dedos suspendidos sobre el plato, y luego pareció cambiar de opinión.

—Entiendo lo que quieres decir.

Daniel asintió.

—Creo que ya tuvimos esta conversación en su momento.

—Sí. En realidad no hay nada nuevo que decir, ¿no?

—Sigo dándole vueltas —dijo Daniel.

—Mira. Es posible que nadie pudiera ayudarlo, ¿sabes? Estaba en un atolladero. Tenía esa tendencia o lo que sea. Mierda. Soy incapaz de llevar la cuenta de la cantidad de cosas raras que hacía. ¿Vale? Lo que quiero decir, no me entiendas mal, es que no voy a sentirme culpable porque Nathan haya intentado quitarse la vida. —Cogió un trozo de pan de pita—. Y soy consciente de que es una afirmación un poco de mal gusto —dijo, con la boca llena.

—Él no ha dicho que intentara suicidarse —dijo Daniel.

—Da igual. Suicidarse, hacerse cortes. Es lo mismo.

En la mesa de al lado, un hombre abrió un periódico. El titular decía: «El ejercicio diario reduce el riesgo de muerte».

—Esto está un poco insulso, ¿no? —dijo Daniel refiriéndose a la comida.

Katherine se encogió de hombros.

—Oye —dijo—. Esa historia de las vacas ¿te está afectando?

—Bueno, algunos creen que me afecta, así que en general sí me está afectando. Es lo que tiene ser responsable de comunicación. Da igual que no hayas hecho nada mal. Lo importante es lo que piensan los demás.

—La locura de la multitud y todo eso.

Daniel asintió.

—Es un trabajo endiablado intentar que la gente no pierda la cordura.

Katherine puso los ojos en blanco.

—Eres un héroe —dijo.

—Hablando de trabajo. ¿Qué me dices del tuyo? ¿No crees que gestionar las instalaciones consiste básicamente en lo mismo? ¿No tienes que modificar la percepción errónea que tiene la gente sobre el riesgo?

—En lo esencial sí. Y escuchar sus quejas.

La conversación se quedó sin cuerda. Siguieron picoteando y mirando alrededor a la espera de que uno de los dos consiguiera reactivarla. Estaban extrañamente cómodos. El silencio nunca había sido un problema para ellos. El problema era más bien las cosas que se decían. Qué cantidad de clichés absurdos en torno a la costumbre de no decir las cosas, pensó Daniel. La rigidez, el encorsetamiento y la represión de los ingleses. ¿Seguía siendo eso cierto? Tenía la sensación de que había muy pocas cosas que Katherine y él no se hubieran dicho en algún momento, por eso sus silencios en general eran cómodos. Llegaba un punto en que no decir nada era un alivio.

Pero el alivio pasó, y una vez más volvió la presión de decir algo.

—Podemos portarnos con normalidad y ya está, ¿no? —dijo.

—Pues claro.

—En realidad estaba pensando. No sé por qué lo he dicho en voz alta. Estoy... Es raro. Todo es raro.

—¿Esto es raro?

—Un poco.

—¿No has pensado siempre que en algún momento volveríamos a vernos?

Daniel se encogió de hombros.

—No sé. Quiero decir... Puede que no. ¿Sabes? Eso de... agua pasada.

—¿No tenías curiosidad? Nunca has pensado: ¿qué tal le irá a Katherine?

—Te habría enviado un correo.

—¿Me habrías enviado un correo?

—¿Qué tiene eso de malo? Joder.

—Nada. Nada en absoluto.

—No digas que nada cuando en realidad es algo. Ya sabes que no lo soporto. Si es algo, pues dilo.

—No es nada.



—Muy bien, vale, no es nada.

Daniel se estaba congelando y no podía disimularlo. Tuvo la sensación de que Katherine disfrutaba viéndolo tiritar. Todo era inútil, pensó, completamente inútil. Siempre había sido inútil y siempre sería inútil, quizá hasta que dejaran de fingir que no lo era. No le hizo gracia esta revelación. Por alguna razón que no alcanzaba a imaginar, quería que aquello, que todo aquello, tuviera alguna finalidad.

—Bueno —dijo Katherine—. Estaremos, sin más.

—Bien.

Katherine inspeccionó el plato.

—Creo que ya he terminado —dijo.

—Sí —dijo Daniel mirando el reloj—. Yo debería...

—Tengo que ir al baño un momento —dijo Katherine levantándose—. Chao. — Sacó el monedero.

—No, no —dijo Daniel—. Déjame a mí. De verdad.

—Déjame pagar al menos la mitad.

—No, de verdad. Ya pago yo.

—Bueno, gracias.

—No hay de qué.

—Ha estado bien —dijo Katherine.

Daniel asintió.

—Sí. Me alegro de verte, Katherine.

—Me alegro de verte, Daniel.

Katherine se inclinó y le dio un beso en la mejilla. Él le puso una mano en el hombro un momento, con torpeza. Nunca sabía si tenía que buscar la otra mejilla. La cosa quedó en un solo beso.

—Nos vemos el sábado —dijo Katherine.

—Sí. Cuídate.

Entró en el café. Daniel volvió a sentarse y a picotear con aire distraído el plato que apenas había tocado. El mundo se había vuelto bruscamente irreconocible y extraño; la sensación de nostalgia a la que antes se había negado a sucumbir se volvió de repente demasiado atractiva. Podían haber hablado del pasado, pensó. Podían haberse hecho reír el uno al otro. Hasta haberse gritado habría sido más reconfortante.

Sacó el móvil y llamó a su padre.

—Papá, ¿cómo estás?

—Bueno... No sé.

Daniel prefirió pasar por alto la respuesta y seguir adelante.

—Te llamaba para contarte... A ver si adivinas a quién acabo de ver.

Su padre se quedó un rato pensando.

—No lo sé.

—A Katherine. ¿Te acuerdas de Katherine? Te manda recuerdos.

—¿Quién es Katherine?

—Katherine. Seguro que te acuerdas de Katherine. Era mi novia, pero rompimos. Siempre decías que era divertida. Tenía...

Se quedó callado, preguntándose si no sería una crueldad innecesaria. ¿A quién beneficiaba en realidad esa llamada?

—Da igual. Me ha dicho que te diga hola. Y te he llamado para decírtelo.

—Hola —dijo su padre.

—Hola —dijo Daniel, y colgó.

Así estamos todos, pensó, olvidándonos los unos de los otros.

Vio a Katherine salir del café. Necesitaba mear antes de irse, pero no quería encontrarse con ella.

Dejó el dinero en la mesa y se dirigió hacia los lavabos. Sólo había uno. Se quedó un momento parado, molesto por la peste a mierda que había dejado Katherine. Ese era el olor de una vida en común: el olor de los cuerpos y del tiempo. Cerró la puerta. Cuanto más respiraba menos percibía el olor. Se bajó los pantalones y se sentó en la taza, que aún estaba caliente. Y estando allí, en un aseo público, embebido en el olor de la mierda de su exnovia, pensó en su padre con mucha claridad; en las cosas que se desmoronaban y se diluían; en las cosas a las que queremos aferrarnos incluso cuando nos damos cuenta de que las estamos dejando ir. Y lloró, respiró hondo, se sonó la nariz y meó.

**K**atherine se alejó a buen paso, más ligera después de haber vomitado y cagado, aunque todavía un poco hinchada y pesada. La gente no se apartaba a su paso. Tuvo que empujar a dos con el hombro y estuvo a punto de chocar con otro.

Necesitaba comprender qué sensación le había causado ver a Daniel. Aunque no había sido capaz de saber de antemano cómo se sentiría, había dado por supuesto que después de estar con él vería con claridad lo que había sentido, y eso, a su vez, aclararía los sentimientos que había tenido desde que se separaron. Pero lo cierto era que lo veía todo oscuro y negro.

En la oficina se pilló el abrigo en la puerta giratoria. Llegó a su mesa con la sensación de que le habían dado una paliza. Fue al baño para arreglarse un poco. Notaba los ojos hinchados. Se inclinó en el lavabo y tuvo una arcada, pero no salió nada. Daniel y ella, no paraba de pensar, habían sido felices. Estaba segura. ¿No lo habían sido? ¿No habían sido felices? Si lo habían sido, no lograba recordar cómo o cuándo exactamente.

Cuando volvió a su mesa decidió hacer un simulacro de incendio. Salió al pasillo e introdujo la clave en el sistema de alarma. La sirena tenía un sonido agradable. Todos la reprochaban al pasar a su lado.

—¿Otra vez con esto?

—Son las normas.

—Ya hicimos uno la semana pasada.

—Pues vamos a hacer otro esta semana.

—Normalmente se hacen en martes.

—Si sabes cuándo se va a hacer no es un simulacro, ¿no?

Los empleados salieron y formaron pequeños grupos para charlar y fumar, ateridos, dando saltitos sobre un pie y sobre el otro, coincidiendo con los de otras plantas. Katherine les hizo esperar todo el tiempo posible mientras registraba el edificio. El tiempo de respuesta había sido malo. La mitad de ellos habrían muerto. Los simulacros de incendios, pensó, tenían un toque felizmente darwinista.

Salió y les anunció con gran satisfacción que la mitad de ellos estaban muertos.

Después se encontró con Keith en el armario donde se guardaba el material, seleccionando una goma nueva.

—¿A quién se lo has contado? —le preguntó.

—Oye —dijo Keith—, a ver si enfrías un poco esa hostilidad, ¿vale?

—¿A quién se lo has contado?

—A nadie. A mi terapeuta. A Claire.

—Estoy embarazada —dijo—. Es tuyo. Voy a matarlo con mis propias manos.

Keith se quedó estupefacto y se balanceó ligeramente. Después se echó a reír. Después la miró a la cara y dejó de reírse.

—Mierda —dijo.

Katherine lo dejó ahí parado, con tres gomas de distinto tamaño olvidadas entre los dedos.

**L**a sensación de salir fue rara para Nathan, incómoda y extrañamente seductora a la vez. Había salido otras veces, claro, había paseado por las calles cerca de casa de sus padres, y había estado en The Rover, tomando una Guinness, pero llegar al centro de una ciudad era una forma de exposición distinta. Se había olvidado de lo desagradable y antipática que era en general la gente que iba de compras el fin de semana: una resolución de acero mezclada con una eterna y amarga obligación. Los padres se paraban en la puerta de los grandes almacenes para gritar a sus hijos y a sus mujeres. La gente mayor se movía con cautela entre un campo minado de pedigüños para causas benéficas, predicadores aficionados, hombres harapientos que vendían cometas en miniatura, titiriteros, músicos callejeros, mujeres-estatua pintadas de plata, mendigos, vendedores de mercadillos callejeros y jóvenes con cara de aburrimiento que repartían publicidad de ofertas por liquidación.

Nathan nunca había entendido el valor de las mercancías y tampoco su proceso de adquisición. La última vez que había ido de compras fue bajo coacción, justo antes de ingresar para su tratamiento. Su madre lo llevó a John Lewis para equiparlo. Lanzó su ofensiva en la sección de caballeros, cogiendo chaquetas de punto y pantalones de pana de los estantes, predicando el evangelio de cómo conjuntar las prendas mientras le probaba los jerséis acercándoselos al pecho y bizqueaba. Por lo visto, todos le hacían parecer pálido. Cuando terminaron fueron a recoger a su padre a la cafetería para dar comienzo a la ceremonia de desenfundar la MasterCard y pasar por el cajero automático con la grave pero digna reticencia que cabe esperar de dos líderes nacionales que se disponen a teclear un código nuclear. Pensando que quizá la oportunidad no volvería a presentarse, y quizá vislumbrando la ocasión en que aquella información pudiera serle útil, Nathan observó a su padre mientras este, muy despacio y con excesivo cuidado, introducía los cuatro dígitos del código pin. El mero hecho de saber el código, recordó Nathan, le dio entonces una sensación de posibilidad.

Decidió estar más atento a por dónde iba. No se había visto entre una multitud desde la última fiesta. Aquella noche, las caras se hinchaban a su paso, amenazaban con colisionar y desaparecían. Recordaba que, después de hablar con Katherine, echó a andar entre el montón de gente que bailaba apretujada, vagamente consciente de las voces y las palmaditas en la espalda, y que de pronto se sintió incapaz de moverse por

completo, así que se quedó quieto, sintiendo que todo y todos se movían a su alrededor y se alejaban.

Intentó acordarse de la última vez que había estado allí. No le vino a la memoria ni un solo recuerdo. Aquellas visitas, y las noches a que daban lugar, habían sido más de lo mismo. Katherine cocinaba y Daniel hacía de chacha. A veces ya se habían tomado un par de copas antes de que llegara Nathan. Podían ser divertidos, recordó. Sabían tenderse trampas y derribarse el uno al otro. Cuando tenían un buen día destilaban energía a chorros. Cuando tenían un mal día se peleaban por cualquier gilipollez. Nathan a veces se sentía de más. A menudo tenía la sensación de ser un público imprescindible. A Daniel le gustaba que Nathan llevara drogas. Antes de sacar la comida del horno ya estaban colocados y muertos de risa. Después, Daniel se esfumaba y dejaba a Nathan y a Katherine solos; se quedaban hablando hasta muy tarde, intercambiando profundidades en un esfuerzo por ver quién ganaba. La relación llegó a convertirse en una especie de centro de gravedad, pensó Nathan. Sus sentimientos se fueron configurando a lo largo de sucesivas visitas. Katherine se apoltronaba en el sofá y le contaba cosas, moviendo la cabeza de vez en cuando hacia donde estaba él y llevando el compás de la música con los pies. Nathan empezó a tener mayor control sobre el desarrollo de la velada. Le llenaba el vaso a Daniel hasta arriba sin que él se lo pidiera; cargaba los porros a conciencia por un extremo, para que Daniel se fumara la mayor parte de la sustancia. Y veía cómo se le cerraban los ojos, cómo se le caía la cabeza y la sangre se retiraba de su rostro. La verdad es que no era algo de lo que se sintiera orgulloso.

La librería estaba justo en una esquina de la plaza. Nathan se paró delante del escaparate y vio un despliegue de ejemplares del libro de su madre. Habían hecho un cartel con la imagen de cubierta. Allí estaba ella, inflada hasta cobrar un tamaño sobrenatural, mirando vete a saber qué, con una expresión semejante a la de las mujeres que anuncian cremas para las hemorroides: herida, ligeramente contraída, pero aliviada de una irritación que había convertido su vida en un infierno.

Entró, cogió un ejemplar y se acercó al mostrador.

—¿Cuántos tiene de estos? —le preguntó a la cajera.

—¿Cuántos?

—¿Cuántos ejemplares?

—Pues... —La chica parecía a punto de preguntar algo más, pero Nathan la disuadió con un gesto. Escaneó el código de barras y repasó la lista que apareció en la pantalla—. Trece ejemplares disponibles —dijo—. Pero se están vendiendo muy deprisa. ¿Lo ha leído?

—Me llevo los trece, por favor.

—¿Perdón?

—Por favor, vaya a buscar los trece ejemplares que tiene en la librería y tráigalos para que pueda comprarlos.

La chica obedeció y le preguntó cómo quería pagar.

—Con tarjeta de crédito —dijo con extrema satisfacción.

Dada la actitud abstemia de sus padres con respecto al pago a crédito, pasarían semanas antes de que registraran el cajón y detectaran la ausencia de la tarjeta.

Se fue con los libros en cuatro bolsas de plástico y una sensación de intencionalidad casi sagrada. Se imaginó deshaciéndose de los libros y se infló un poco por dentro.

Paró en Tesco a comprar vino. Por lo visto todos los productos que había en la tienda formaban parte de algún tipo de oferta. Cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo elegir una botella de vino. Había aspectos del mundo completamente incognoscibles para él. La gente iba comiendo mientras deambulaba por la tienda. Cuando los niños se ponían a llorar, los animaban a comer. En todos los pasillos había al menos un niño lloriqueando con una barrita de chocolate reblandecida en la mano.

Compró un blanco y un tinto y fue con las botellas a la caja autoservicio, donde una voz le pidió que esperase hasta que alguien verificara su edad. Un adolescente emergió entre la multitud, lo miró de arriba abajo y tecleó un código en la pantalla. Nathan se dio cuenta con bastante intensidad de que ya no era joven.

Salió a la calle con los libros, el vino y su bolsa de viaje y echó a andar hacia el río, donde sacó los libros de las bolsas uno por uno y fue lanzándolos a las profundidades grises. Los vio dar vueltas un rato, entre aparejos de pesca y botellas de plástico anónimas. Después de lanzar tres o cuatro libros enteros, empezó a arrancar las páginas antes de tirarlos al agua. Vio párrafos de su pasado atrapados y arrastrados por el viento.

Entonces sonó su teléfono. Miró la pantalla y contestó, porque era inevitable que ella llamara justo en ese momento.

—Nathan —dijo su madre.

—Madre —dijo Nathan lanzando un libro casi hasta la otra orilla del río.

—Nathan, ¿dónde estás?

—Me he ido. Se lo he dicho a papá.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Ni idea.

—¿Esto es por el programa de televisión? ¿Estás disgustado, Nathan? Porque me disgusta pensar que estás disgustado. De verdad.

—No estoy disgustado.

—No quiero que te disgustes.

—No lo estoy.

—De verdad, Nathan. Es muy importante para mí. No soporto pensar que estás disgustado.

—No hay necesidad de pensar que estoy disgustado.

—¿De verdad, Nathan? Porque estamos preocupados, tu padre y yo. Y me parece muy injusto que nos hagas preocuparnos así.

—No tenéis por qué preocuparos.

—Se suponía que te estábamos cuidando.

—Ya lo sé.

—¿Cómo vamos a poder cuidarte si te vas y no sabemos dónde estás?

Sujetó el teléfono con la barbilla para romper con más facilidad la sobrecubierta del último libro.

—No podéis —dijo—. No lo espero.

—Bueno, Nathan, dicho sea con todo el respeto, lo que tú esperes no es la cuestión.

Nathan colgó y apagó el teléfono. Había anotado la dirección de Daniel en un papel, y fue hacia allí.

**C**uando se acercaba la hora acordada, Daniel estaba desmadejado en el sofá, tras haber experimentado, no podía conceptualizarlo de otro modo, una crisis de madurez. Comprendió que no tenía ni idea de cómo afrontar la situación de tener invitados, y cuando estaba en pleno zafarrancho de limpieza se sorprendió lamentando profundamente que Angelica no estuviera en casa. Ella no sólo sabría qué hacer sino que haría lo que hubiese que hacer sin necesidad de pensarlo siquiera.

Los preparativos no iban según lo planeado. Limpiar la casa, que en los pocos días que llevaba solo se había sumido en un notable estado de decadencia, le llevó mucho más tiempo de lo previsto, y cuando por fin guardó la fregona y la aspiradora y pensó en abrir una cerveza se dio cuenta de que no había hecho la cama de invitados, y cuando terminó de hacerla se dio cuenta de que no había pensado qué iban a beber, y menos aún a comer. ¿Esperarían Nathan y Katherine que preparase una cena? No había hablado específicamente de cenar, pero cuando se invita a alguien a casa, más concretamente a pasar la noche, en el caso de Nathan (Dios, pensó de pronto, ¿no pensaría Katherine quedarse también a pasar la noche? No, se mostraría tajante en ese punto. Si era preciso, llamaría un taxi), se da por sentado que hay que darle de comer. Le pareció inconcebible cocinar cualquier cosa, no sólo porque no se le daba bien, sino porque la idea de cocinar para Katherine y Nathan parecía entrañar una intensidad y una presión —por no hablar de una nota de surrealismo— tan abrumadoras que podía dar un vuelco completo a una noche ya de por sí precaria.

Fue al supermercado a comprar cerveza, vino y un surtido de aperitivos que abarcaban todas las permutaciones posibles de la patata: fritas; reconstruidas y bañadas en mayonesa. Hecho esto volvió, se cambió de ropa y se acomodó en una postura de relativa calma en el sofá, con el tiempo justo para quitarse de la cabeza las preocupaciones logísticas y pasar a la cuestión más seria de preocuparse por todos los demás aspectos de la velada de los que había logrado dejar de preocuparse mientras se preocupaba estratégicamente de cosas como conseguir que el baño oliese mejor o

de sí, en los tiempos modernos, la gente se sentía de verdad cómoda con un vino con tapón de rosca.

A su alrededor, pensó, en la calle y en el mundo exterior, otros adultos estarían haciendo lo mismo con una pericia casi obsesiva: encendiendo velas y sacando cuencos individuales de aperitivos de arroz japoneses, y encontrando el volumen adecuado para alguna música electrónica tirando a tranquila sin ser facilona, y el mero hecho de darse cuenta le hizo sentirse como si tuviera la virginal edad de diecisiete años, cuando paseaba rutinariamente por las calles fijándose en los adultos de toda forma, tamaño y grado de atractivo y pensaba: «Toda esta gente, incluso esa anciana enorme con las bolsas de la compra, ha practicado sexo en algún momento de su vida».

Reconoció que estaba preocupado. Tenía la sensación de que los acontecimientos y las personas se precipitaban en oleadas espontáneas. Podía haberse negado a verlos, por supuesto, pero eso habría ido en contra de su costumbre de hacer lo que hay que hacer, y se habría sentido culpable y no pensó que mereciese la pena. Se acordó de otras veces que había invitado a Nathan: la situación siempre era ligeramente incómoda, un poco decepcionante, pero también, a la vista del creciente aislamiento que sufrían Katherine y él, muy necesaria. Daniel pasaba la mayor parte de esas veladas procurando que no se notara demasiado que estaba en otra parte a la vez que deseaba con todas sus fuerzas estar en otra parte, y eso hacía que se retirara más bien pronto a su dormitorio para centrar su atención en la forma elíptica de la órbita del techo. Nathan nunca se burlaba de él a las claras, pero la crítica siempre estaba implícita. Daniel no tenía mucho aguante para las drogas, y eso era para Nathan una especie de barrera que impedía una verdadera empatía.

Pobre Nathan. Daniel no podía dejar de pensarlo, y quería pensarlo unas cuantas veces antes de que Nathan llegase, con la esperanza de quitarse la idea de la cabeza. Pobre Nathan. Se imaginó que con cualquier otra persona se harían las preguntas de costumbre: los cómo y los porqué y los por tanto, pero con Nathan esas incertidumbres parecían irrelevantes. Por supuesto que lo que había pasado había pasado. En parte por eso, pensó Daniel, había sido emocionante estar con Nathan, por la sensación de tiempo prestado, de inevitabilidad inminente. No se podía vivir indefinidamente como vivía Nathan. Todo el mundo lo sabía. Todo el mundo lo veía. Nathan también lo veía, muy probablemente. Quizá por eso hizo lo que hizo. De todos modos. Pobre hombre.

Debía de haber una manera de manejar la situación, pensó Daniel. Le habría gustado mucho saber cuál era.

**A**ntes de llamar al timbre, Nathan se quedó unos cuatro minutos en el jardín, haciendo una serie de controles no muy distintos del ritual del piloto que se dispone a despegar. Se alisó la chaqueta, se tiró de los puños de la camisa, se tomó



una pastilla de menta, hizo tres respiraciones profundas, giró los hombros, enderezó la espalda y por fin apretó el botón redondo con un movimiento lento y deliberado con el que esperaba producir un timbrazo potente y confiado. Por desgracia, el timbre de Daniel tenía ganas de jugar, y el resultado se pareció más al pitido que avisa de un fallo informático o al sonido sintetizado de una campana, y eso dio a su llegada exactamente la misma vacilación que esperaba evitar, lo que le obligó a apretar el timbre de nuevo por miedo a que el primer sonido estrangulado no se hubiera oído. Pero se había oído, porque Daniel abrió antes de que Nathan terminase de retirar el dedo y lo sorprendió demasiado cerca de la puerta, con el dedo levantado, desprevenido, y entonces Nathan dijo un hola demasiado fuerte al que siguió un intercambio de palabras fallido, como si por un momento se hubieran quedado atrapados en una incómoda sincronía imposible de romper.

—Hola —dijeron los dos—. ¿Cómo estás? Bien. Estoy bien. ¿Cómo estás tú? Bien.

Daniel se acercó entonces para coger la bolsa de Nathan, y este interpretó el movimiento como que se apartaba para dejarle entrar, lo que a su vez dio lugar a un instante de confusión mientras Nathan avanzaba hacia Daniel, que entonces pareció cerrarle el paso.

—Perdón —dijeron a coro—. No, da igual.

—Pasa —dijo Daniel con firmeza.

Olía profundamente a incienso en el cuarto de estar, como si encendieran varitas con tanta frecuencia que el aroma hubiese impregnado el suelo de madera. A juzgar por los pocos centímetros de cuero visibles, los dos amplios sofás parecían caros, pero estaban cubiertos con mantas de *patchwork* de todos los colores del arcoíris tejidas a mano, y cojines de distintos tamaños y texturas. En la pared había un espejo grande decorado con una complicada sarta de abalorios.

—Muy bonito —dijo Nathan.

—Hola —dijo Daniel abriendo los brazos—. Gracias.

Se dieron un torpe abrazo. Daniel parecía reacio a ejercer ninguna presión.

—Tienes buen aspecto —dijo Daniel cuando se separaron.

—Tú también. Esta casa te pega.

—Bueno —dijo Daniel, con un somero movimiento de la mano—. Todo es de Angelica.

Nathan sonrió.

—Aun así —dijo.

Daniel señaló la bolsa de Nathan.

—Dormirás en la habitación de invitados —dijo—. ¿Quieres dejar la bolsa ahí? ¿Necesitas refrescarte un poco? ¿Qué tal el viaje? ¿Estás cansado? ¿Tienes sed? Seguro que quieres beber algo. ¿Qué te apetece?

—No hace falta —dijo Nathan—. Estoy bien. Quizá una cerveza.

—Claro —dijo Daniel señalando a Nathan con un dedo, como si hubiese dado la

respuesta correcta en clase—. Siéntate. Iré a por ella.

Nathan pasó por alto la orden y siguió a Daniel. Tenía miedo de sentarse, no sabía por qué. Prefería que se quedaran los dos un rato de pie, apoyados en la encimera o en el respaldo de una silla. Tenía ganas de que Daniel pusiera un poco de música.

Pasaron a una zona de comedor. Nathan comprobó con alivio que la mesa no estaba puesta para cenar. La cocina, que quedaba a la vista a través de un arco, era estrecha y alargada, y estaba iluminada por varios focos cromados colocados de manera que parecía imposible sustraerse a la luz. Daniel se acercó a un frigorífico elegante, de bordes redondeados, y sacó dos botellas de Pilsner.

—Vamos a entonarnos, ¿eh? —dijo.

Nathan sonrió. Entrechocaron las botellas.

—Me alegro de verte —dijo Daniel.

—Me alegro de estar aquí —dijo Nathan, y Daniel respondió con una sonrisa levemente torcida.

— **Y** entonces ella me dejó —dijo el taxista con aire taciturno—. Así, sin más. Se fue a vivir con él, en la puerta de al lado. —Hay que ver —dijo Katherine mirando con determinación por la ventanilla, con la esperanza de que el taxista se callara.

—Los oigo cuando se acuestan —siguió diciendo el taxista—. Estoy haciendo turnos triples para no quedarme en casa.

—Increíble.

—Me siento muy solo, ¿sabes?

—Mmmmm.

—Y ¿tú? ¿Vives con alguien?

Katherine le lanzó una mirada larga y firme.

—Me da vergüenza ver que a los demás les da vergüenza —dijo.

El taxista puso cara de no entender.

—Me llamo Al —dijo.

—Es precioso, Al.

—Eres dura de pelar, ¿verdad?

Katherine encendió un cigarrillo y bajó la ventanilla.

—No te haces una idea —dijo.

—Aquí no se puede fumar —dijo Al.

—Yo no diré nada si tú no dices nada.

Al parecía nervioso. Katherine se sentía menos nerviosa cuando ponía a la gente nerviosa. Había entrado en esa fase de intoxicación ética que se hace pasar por sobriedad absoluta. El taxista vio su mirada en el retrovisor y no tuvo la menor duda de que era una hija de puta de cuidado.

—¿Hasta dónde quieres que te lleve? —preguntó Al.

—¿Qué tal hasta el número que te he dicho? —dijo Katherine lanzando el cigarrillo por la ventanilla.

—Sí —dijo Al—. Claro.

Lo que pasaría, pensó Katherine, sería que Daniel definitivamente diría algo con intención de fastidiarla, y entonces ella lo destruiría definitivamente. Repasó la lista de todas las cosas que él podría decir y hacer, y cuanto más pensaba en ellas más probables le parecían. No se enfadaría, pensó. Mostraría una serenidad glacial y una precisión devastadora.

—¿Sales mucho? —preguntó Al.

Katherine lo miró sin pestañear, hasta que Al se pasó el dorso de la mano por una ceja.

—Yo procuro salir —insistió Al.

—Dime una cosa, Al. ¿Qué dirías si te pidiera que parases el coche ahora mismo y me follaras?

Al no frenó a tiempo en un badén y rebotaron dos veces en los asientos.

—Yo... —dijo Al.

—Ya está —dijo Katherine, infinitamente reanimada.

—¿Qué?

—Que ahí es donde voy. La casa. El número.

Al paró el coche.

—¿Qué te debo? —dijo Katherine.

—Seis.

—Dejémoslo en cinco —dijo Katherine pasándole un billete de cinco mugriento y cerrando de un portazo.

**D**aniel no sabía bien qué decirle a Nathan, así que se había limitado a articular una serie de sonidos guturales con el fin de comunicar placer, nostalgia, comodidad y calidez. Bebía un trago de cerveza y decía: «Mmmmmmmmmmm». Estiraba los brazos por encima de la cabeza y decía: «Aaaaahhhhhhhmmmmmuuuuu». Asentía, y sus gestos no guardaban ninguna relación con nada de lo ocurrido o lo dicho, sobre todo porque no decían nada. Intentaba mirar a Nathan a hurtadillas cuando este se distraía, pero como no pasaba absolutamente nada para distraerlo, era bastante difícil. Desconcertantemente, Nathan seguía con el abrigo puesto, aunque se había quitado los guantes, y Daniel había conseguido no poner caras raras ni hacer ningún comentario sobre el estado de sus manos. Parecían quemadas, pensó. ¿Había intentado matarse con algo caliente? ¡Joder! ¿Existiría algún método semejante de suicidio convencional? También tenía cicatrices en el cuello. ¿Había intentado ahorcarse, tal vez? Aunque eso no explicaba cómo tenía las manos.

—Bueno —dijo Daniel—. ¿Cuánto tiempo llevas en casa?

—Unas semanas —dijo Nathan.

—Bien. Genial, genial. Y, eh, ¿qué tal?

—¿Qué?

—Estar en casa.

—Bueno, ya sabes.

—Sí.

Asintieron los dos.

—Siento lo tuyo con Katherine —dijo Nathan.

—Bueno. Ha sido para bien.

—Va a venir, ¿verdad?

—Sí —dijo Daniel mirando el reloj—. En cualquier momento.

—Espero que esto no...

—No —dijo Daniel—. No pasa nada. Nos hablamos, ya sabes...

Nathan asintió.

—Bueno, eso está bien. Porque mucha gente... —Se encogió de hombros.

—En parte pienso que quizá podamos funcionar mucho mejor como amigos que cuando estábamos juntos —dijo Daniel, con aire, como siempre, de hacer afirmaciones en las que no tenía la más mínima fe.

—Eso pasa a veces —dijo Nathan. Y Daniel tuvo la sensación de que Nathan empezaba a perder el interés. Qué difícil era entretener a los demás, pensó Daniel. No sabía cómo había terminado siendo el eje de toda la situación. Probablemente porque siempre era el puñetero eje, pensó chupando la botella con gesto taciturno.

Se dio cuenta de que estaba desesperado por que llegase Katherine. No por nostalgia o por razones sentimentales, sólo porque su obsesión galopante por ser el epicentro absoluto de la existencia le ofrecería a Daniel la grata oportunidad de poner los pies en alto y beber cerveza sin parar, sintiéndose liberado de toda sensación de responsabilidad social. A veces, como es natural, dejar que Katherine fuera Katherine podía llegar a ser extremadamente incómodo, pero después de años de estremecerse por dentro mientras la mujer a la que a veces se mostraba reacio a llamar su novia se empeñaba en hablar de asuntos tan variopintos como la descarga vaginal, el abuso de menores, las ventajas del adulterio o cualquier otra salvajada más o menos retorcida que se le ocurriera delante de los demás, como quien peina una playa con un detector de metales, Daniel llegó a la conclusión de que era mucho más fácil desconectar y disfrutar del hecho de que a nadie le importaba una mierda lo que él pudiera pensar o decir mientras Katherine hacía su numerito habitual. Descubrió que era una situación extrañamente liberadora, incluso a veces sumamente beneficiosa para su ego, mientras observaba con un ojo a Katherine y con el otro las miradas compasivas de sus anfitriones y comprendía que cuando anduvieran o condujeran hacia casa, al hacer la acostumbrada autopsia de la velada, se sentiría como un mártir, como un héroe. Y al inspeccionar la tundra de silencio e incomodidad posapocalíptica en la que se encontraba con Nathan en ese momento, decidió utilizar un poco de

heroísmo, daba igual de qué especie.

—¿Otra cerveza? —preguntó balanceando la botella vacía.

—Aún estoy trabajando con esta —dijo Nathan—. Pero tú ve a tu ritmo.

—No —dijo Daniel moviéndose en la silla y haciendo ese ruido especial que hacía siempre cuando intentaba levantarse. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó. ¿Estaba en decadencia?

Sonó el timbre, y en cuestión de tres segundos volvió a sonar. Dos segundos después la voz de Katherine gritó que abriera la puta puerta. Gracias a Dios, pensó Daniel cruzando el comedor a grandes zancadas con el brazo extendido, que ella estaba allí para romper el silencio.

—Katherine —dijo abriendo de par en par y fingiendo una sonrisa con la que esperaba llenar el espacio—. Pasa.

La invitación, sin embargo, tenía un tufillo a ironía involuntaria, porque Katherine ya había entrado y había girado dos veces sobre sus tacones para invadir la habitación, mirando de reojo a un lado y a otro.

—Me encanta cómo tienes la casa —dijo con desprecio—. Has debido de pasarte semanas eligiendo el toque perfecto.

Daniel entornó los ojos, pero se ahorró la respuesta, porque Nathan estaba en el vano que conducía al resto de la casa. Tenía las manos a la espalda y la cabeza inclinada hacia un lado. Parecía incómodo, pensó Daniel con una pequeña sacudida de compasión, hasta un poco cortado, como si acabaran de darle un bofetón y aún le escociera la mejilla.

—Hola, Katherine —dijo.

Ella lo miró con una expresión semisocarrona, un poco en guardia. Daniel se dio cuenta de que sonreía dando a entender que había elegido esa sonrisa deliberadamente entre toda una gama de expresiones posibles.

—Bueno —dijo—. No te veo tan mal.

Nathan asintió.

—No estoy tan mal.

—Mentiroso —dijo Katherine dando un paso al frente para abrazarlo—. Me alegro de verte —le dijo al oído.

—Yo también me alegro de verte —le respondió Nathan de igual modo.

—Joder —dijo Katherine apartándose—. ¿Qué te ha pasado en el cuello?

Nathan se llevó una mano al cuello para ocultar la mezcla de cicatrices y arrugas desfiguradas. Katherine se acercó, le agarró la mano y pasó el pulgar por los riscos de piel aún sin cicatrizar del todo. Lo miró a los ojos.

—Eres un gilipollas —dijo.

—¡Hostias, Katherine! —dijo Daniel—. Tranquilízate.

—No pasa nada —dijo Nathan—. Ya me lo han dicho más veces. —Sonrió a Katherine—. Supongo que todos tenemos nuestros pequeños momentos de locura.

—Por mí puedes estar todo lo loco que quieras, pero no vuelvas a jugar con

objetos cortantes —dijo Katherine.

—Entendido —dijo Nathan.

—Muy bien —dijo Katherine—. Está claro que algunas cosas no han cambiado, porque llevo aquí unos cinco minutos y este cretino aún no me ha ofrecido nada de beber.

—¿Qué quieres tomar? —dijo Daniel, con una amabilidad que a él mismo le sorprendió.

—Cualquier cosa —dijo Katherine pavoneándose por el comedor y repiqueteando con los tacones en el suelo de madera, lo que seguramente, pensó Daniel, dejaría unas marcas muy feas—. Cerveza. Lo que estéis tomando vosotros. ¿Puedo fumar?

—Si no puedes evitarlo, sí. Pero ¿podrías quitarte los zapatos?

Katherine giró limpiamente sobre uno de los tacones de aguja, como si quisiera enfatizar los daños, antes de descalzarse de un puntapié y lanzar los zapatos a un rincón al tiempo que le guiñaba un ojo a Nathan.

—Me estoy portando de maravilla —dijo con una sonrisa—. ¿Verdad que tiene gracia?

**L**o primero que pensó Nathan al ver a Katherine era que estaba estupenda y pachucha a la vez. Seguía conservando su manera de pavonearse, su ritmo y su estilo general, pero al parecer a costa de cierto esfuerzo. La sonrisa le tensaba excesivamente los labios. Estaba pálida y delgada. Tenía granitos en la piel. Su aspecto era en conjunto un poco precario, un poco incierto. Al abrazarla la sintió delicada, y esta no era una palabra que normalmente se asociara con Katherine. Le pareció que intentaba estar a la altura de lo que se esperaba de ella, consciente de su propia aura, y por primera vez tuvo un destello de comprensión y cayó en la cuenta de lo difícil que debía resultarle.

Pero se alegraba de verla, y no sólo porque Daniel estuviera resultando ser un anfitrión tan torpe. Cuando la abrazó, cuando ella guiñó un ojo, sintió una tristeza familiar, una pequeña puñalada de arrepentimiento. Katherine estaba llena de vida, pensó, y mientras que el trato con otras personas obligaba normalmente a Nathan a luchar con ciertos aspectos de su propia existencia, como si tuviera que reconciliarse con el mero hecho de estar vivo, la presencia de Katherine sólo le hacía desear estar tan vivo como ella. Ni siquiera le molestó que se fijara en su cuello, aunque seguía preguntándose cuánto sabía ella y hasta qué punto se sentiría responsable, y tenía ganas de abordar esa cuestión más tarde, cuando Daniel, con un poco de suerte, se hubiera esfumado.

—Hay que ver —le estaba diciendo Katherine a Daniel—. Pareces un adulto.

Daniel había ido al frigorífico.

—Nathan —dijo—, tómate otra.

—Bueno, bueno, chicos —dijo Katherine cogiendo una silla y enseñando,

mientras se sentaba, una buena extensión de muslo antes de tirarse del bajo del vestido—. Espero que no tengáis planes de emborracharme para aprovecharos de mí.

Daniel volvió al comedor y la miró con los ojos entrecerrados.

—Vamos a no ensuciar mucho, ¿vale? Nathan. Una cerveza.

—Vale —dijo Nathan sentándose enfrente de Katherine y componiendo una sonrisa.

Katherine puso los ojos en blanco, le lanzó una sonrisita y encendió un cigarrillo.

—Daniel —dijo—. Cenicero.

Nathan sacó su tabaco y se lio un cigarrillo mientras Katherine le miraba las manos boquiabierta, sin ningún disimulo. Daniel volvió con tres cervezas.

—Un brindis —dijo repartiendo las botellas—. Por Nathan.

—Bueno —dijo Nathan, muy avergonzado—. No quiero que...

—Me alegro de verte, tronco —dijo Daniel levantando la botella.

—Y porque Daniel no vuelva a decir tronco —dijo Katherine inclinando su botella hacia Nathan—. Por ti.

—Por todos nosotros —dijo Nathan, con la voz un poco entrecortada—. Bueno —añadió adentrándose con mucha animación en el incómodo silencio que sucede a un brindis—. ¿Cómo estás, Katherine?

—Estupendamente. Sigo atrapada en el mismo trabajo y en la misma ciudad. Y sigo sola. —Dio una calada y bebió un trago de cerveza para pasar el humo—. ¿Tú qué tal? Daniel me ha dicho que estás con tus padres.

—Sí. —No sabía muy bien qué se suponía que debía decir, no sólo a esto sino a todo en general.

—Eso tiene que ser bastante jodido.

—Sí.

—¿No echas de menos Londres? ¿No odias vivir en provincias? ¿En mitad de la puta nada? —Se recostó en la silla y sonrió—. Yo sí.

—Llevas años diciendo lo mismo —dijo Daniel—. ¿Por qué no vuelves a Londres?

—Que por qué no vuelvo, dice —dijo Katherine volviendo a mirar a Nathan con los ojos en blanco. Cada momento de conspiración le parecía increíble y mezquino a la vez—. Ayúdame en esto, Nathan. ¿Le pedí o no le pedí a Daniel un millón de veces que volviéramos a Londres?

—Por favor, no lo metas en esto —dijo Daniel—. Además, ¿qué quieres decir con eso? Ahora ya no tienes que pedírmelo, ¿no?

—Entonces tampoco tenía que pedírtelo —dijo ella.

—Y ¿por qué me lo pedías?

Katherine volvió a centrar la atención en Nathan, que por un lado empezaba a desear que ella dejara de fijarse en él y por otro, que se fijara en él de una manera más definitiva.

—Da igual —dijo Katherine—. ¿Qué tal estás? ¿Cuánto tiempo aguantarás con

tus viejos?

Nathan se encogió de hombros.

—Pues... —Deslizó lo poco que le quedaba de la uña del pulgar por debajo de la etiqueta de la botella de cerveza. La esquina se levantó con sorprendente facilidad—. No lo sé. Están convencidos de que se lo debo, así que...

—¿Qué les debes? —preguntó Katherine poniendo una expresión más acorde con un mal olor que con cualquier otra cosa.

Nathan comprobó que también podía dibujar rayas en la condensación de la botella.

—Bueno... —Frunció el ceño—. El caso es que les he dado muchos problemas y han pagado el sitio donde he estado...

—¿Y qué? —dijo Katherine—. ¿Eso te obliga a estar con ellos?

—Mejor no lo sometemos a un tercer grado, ¿vale? —dijo Daniel. Estaba sentado al lado de Nathan, y le dio una palmadita en el hombro de una manera que hizo que a Nathan le entraran ganas de llorar—. No le hagas caso —dijo.

—Vete a la mierda —soltó Katherine—. Deja de darte tantos aires. Ponerte condescendiente conmigo no te convierte en Don Sensible, ya lo sabes. Sólo estoy diciendo que Nathan es un adulto y que no tiene por qué sentirse culpable de nada ni hacer nada por un sentido de la lealtad retorcido.

—Seguro que se siente de maravilla ahora que lo has liberado del peso de la culpa —contestó Daniel.

—Y ¿cuál es tu aportación?

—La verdad es que me siento culpable —dijo Nathan—. Mucho.

Daniel lo miró sorprendido y un poco incómodo. Katherine puso cara de suficiencia.

—Pues claro que se siente culpable —dijo.

—¿Por qué? —Daniel se volvió a Nathan y le dio otra palmadita en el hombro. Nathan se angustió una vez más—. ¿Por qué te sientes culpable, tío?

Los bordes se desprendían con más facilidad que el centro, así que la etiqueta estaba hecha un desastre y no había forma de seguir despegándola. Se preguntó si podría largarse de la habitación y regresar cuando hubiesen cambiado de tema.

—Se siente culpable por lo que intentó hacer —dijo Katherine.

—Pues eso no es para sentirse culpable —dijo Daniel, que parecía hablar en abstracto en vez de dirigirse a alguien en concreto.

—Yo no he dicho que tenga que sentirse culpable —dijo Katherine—. Sólo he dicho que es inevitable que se sienta así, nada más. Deja de decir obviedades y presentarlas como reflexiones profundas.

—Me siento culpable —dijo Nathan—. La cagué y les di motivos para preocuparse. Siempre se preocupan mucho, y ahora se preocupan todavía más.

—Pero tú no estabas bien —dijo Daniel—. Quiero decir que eso sólo fue un síntoma, ¿no? No eras tú. No puedes sentirte culpable si no eras tú.



—En cierto modo sí era yo —dijo Nathan—. Se supone que no puedo perdonarme tan fácilmente diciendo que no era yo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes perdonarte? —preguntó Katherine.

—Que no es parte de mi tratamiento —dijo Nathan—. Se supone que tengo que afrontarlas cosas en vez de negarlas.

Katherine lo observaba atentamente, inclinada hacia delante y parpadeando por el picor que le causaba el humo en los ojos. Nathan lio otro cigarrillo para tener algo que mirar.

—¿Te han dado electroshock? —preguntó Katherine—. He oído decir que siguen haciéndolo.

—Hay que joderse —dijo Daniel.

—¿Qué pasa? —dijo Katherine.

—Da igual —dijo Nathan—. No pasa nada. No, no me han dado electroshock. Ha consistido todo en hablar mucho.

¿Era o no era *sexy* y más que un poco emocionante notar que atraes a alguien que ha intentado quitarse la vida? La pregunta, que Katherine no había tardado en admitir que no era precisamente moral dadas las circunstancias, se convirtió en una de esas ideas fijas que se niegan a retirarse sin haber recibido una respuesta satisfactoria. Se hacía otras preguntas, claro está, en su mayoría relacionadas con Daniel, pero no eran exactamente agradables, mientras que todo lo relacionado con el atractivo de Nathan, que, por haberse vuelto aún más impredecible y presentar esa la compleja mezcla de riesgo y encanto, de tragedia, emoción y compasión, era por lo visto el sitio exacto en el que Katherine deseaba detener sus pensamientos después de un par de cervezas, pues tenía la sensación de estar haciendo un esfuerzo absolutamente galáctico para que aquello saliera bien, porque al llegar había tenido la sensación de que el ambiente era el de un puto velatorio y había tenido que desplegar todo su armamento social para corregir lo que Daniel había estropeado.

Nathan parecía bien y mal a la vez, una combinación que Katherine encontraba muy efectiva. Lo mismo que le habían gustado la extraña mirada de Keith y sus lúgubres alusiones a su pasado con la heroína, el cuerpo lleno de cicatrices de Nathan, combinado con su torpeza y su timidez, le resultaba muy atractivo. No era algo nuevo, por supuesto, pero un año antes la yuxtaposición le causaba incomodidad, mientras que ahora le resultaba fascinante. Pensó que Nathan parecía roto y recompuesto, *que había cruzado una especie de umbral*, como se suele decir, y al mismo tiempo no tenía el estigma de la fe que, por lo que sabía Katherine, en muchos casos acompañaba a este tipo de experiencias. Le faltaban dedos para empezar siquiera a contar a las chicas de su oficina que soltaban esos sermones plagados de clichés porque, gracias a sus terapias baratas y a sus catarsis religiosas

prefabricadas, estaban sinceramente convencidas de haberse vuelto de oro puro en lo espiritual y en lo emocional. Le parecía vomitiva y ofensiva toda esa gente que de pronto se había vuelto mejor, los convenientemente curados o iluminados que iban por el mundo mirando a los demás por encima del hombro sólo porque no habían tenido la suerte de que sus maridos los engañaran o porque no habían sufrido una enfermedad grave o no habían visto a Dios en las miasmas de los productos higiénicos. Era repugnante, pero en Nathan no había nada de eso.

Como es natural, quería saberlo todo. Qué había pasado; qué había hecho; por qué; qué tratamiento había seguido; qué pensaba hacer ahora; cómo se sentía. Pero Daniel se aferraba, como de costumbre, al principio de que lo difícil era mejor callarlo, y dirigía la conversación en modo cortocircuito. La verdad es que a veces parecía el padre pelma del grupo, pensó Katherine, aunque reconocía que eso podía llegar a ser bastante *sexy* cuando tenía un buen día, con el viento a favor, a menos, claro, que te acostaras con él, en cuyo caso la fantasía perdía mucha salsa. ¿Siempre había sido así de tenso? En general, sí. Y ¿ella disfrutaba dándole a la manivela para intensificar un poco más la tensión? Por supuesto.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó. No tenía ganas de comer, por supuesto. La idea de comer delante de ellos le parecía extrañamente equiparable a que todos se desnudasen, pero tenía la fuerte sospecha de que Daniel no había preparado nada, o de que sería horrible, o, mejor aún, de que aunque tuviera a su favor todas las posibilidades de salirle bien, ella le pondría nervioso y le saldría fatal.

—¿Comer? —dijo Daniel.

—Sí, comida, ya sabes.

—Vale.

El truco, pensó Katherine, estaba en conseguir que Daniel se sintiera culpable e inútil sin llevarlo al extremo de que llegase a ofrecerles algo, porque entonces ella tendría que optar entre no comer (cosa que, ahora que lo pensaba, podría ser bastante divertido) o comer y tener que programar una visita al baño.

—¿Tienes algo de comer, Daniel?

—Bueno, aperitivos.

—¿Aperitivos?

—Sí, Katherine. Aperitivos de mierda.

—A mí me gustan los aperitivos —dijo Nathan.

Katherine levantó los dedos con los que sostenía la colilla, que humeaba con furia.

—Oye, Nathan —dijo—. Tenemos que aclarar una cosa. Tienes que dejar de ser tan amable con Daniel.

**D**aniel preparó unos cilindros de patata reconstruida en una ensaladera, se llevó un puñado a la boca y dio una vuelta por la cocina disfrutando unos momentos

con la idea de clavarle a Katherine el sacacorchos en la cabeza y descorcharle el cerebro; entonces se dio cuenta de que había conseguido localizar el sacacorchos y descorchar una botella de vino tinto sin darse cuenta de lo que hacía en absoluto. Así se cometían los asesinatos, pensó contemplando la botella abierta: estás dando vueltas por la cocina, buscando algo, y cuando quieres darte cuenta, una hora de tu vida se ha esfumado y te has hecho un collar con las orejas del muerto.

Tomó un sorbo de vino. Tenía ganas de mezclar las bebidas. Palpó en el bolsillo el reconfortante bulto de la maría envuelta en papel de aluminio. ¿En qué momento de la noche sería oportuno sacarla? ¿Ahora?

—Tronco —dijo cuando volvió al comedor y dejó el vino en la mesa—. Tengo un regalito para ti.

—Ah —dijo Nathan.

Daniel rebuscó en el bolsillo y, con considerable orgullo, sacó el paquetito de aluminio y se lo presentó a Nathan en la palma de la mano como se ofrecería una manzana a un caballo. Entonó al mismo tiempo una miniparodia de ópera, con la sensación de que eso añadía solemnidad a la vez que un toque gracioso al momento ligeramente difícil y ridículo. Procuró no sonreír y luego, cuando Nathan trazó una diagonal con los labios, procuró no balbucear.

—Ah —dijo Nathan—. Es...

—Es muy buena —dijo Daniel—. Pensé que llevarías tiempo sin probarla.

—Pues sí. Y me temo que aún tengo que esperar un poco más.

—Ah —dijo Daniel, que seguía con la mano extendida. Su cerebro empezaba a entrar en el modo de emergencia para contrarrestar la vergüenza, al tiempo que le ordenaba hablar en voz alta, reírse sin venir a cuento y desmadejarse un poco, para demostrar que estaba completamente relajado—. Bueno, tío, eso está muy bien. Podemos dejarlo para más tarde o...

—No —dijo Nathan, con sorprendente firmeza—. Quiero decir que esto es para siempre. No puedo volver a probarlo.

—Muy bien —asintió Daniel—. Sí, claro, me parece...

—Imbécil —le dijo Katherine, que estaba encantada.

—Es que... —Nathan parecía muy incómodo, y eso hacía que Daniel también se sintiera incómodo, lo que a su vez hacía que su sistema de control de crisis cerebral se esforzara aún más en aparentar que estaba tranquilo. A esas alturas había perdido por completo el tono muscular. Se había apoyado en el respaldo de una silla, se había pasado la mano por el pelo, se había alejado de la silla, se había contenido, se había estirado y había bostezado.

—Es genial —dijo—. Es completamente genial.

—Pero tú no te cortes —dijo Nathan—. No pasa nada.

—Sí, igual me fumo uno —dijo Daniel, que empezaba a sentir auténtico pánico—. No lo hago muy a menudo, pero...

Nathan asintió. Una calculadora de polinomios en el cerebro de Daniel luchaba

por computar el número infinito de variables relacionadas con las drogas. Era evidente que había agotado por completo todos sus mecanismos para sobrellevar la velada. Lo cierto era que todos sus mecanismos para sobrellevar la semana anterior se habían centrado en muchos sentidos en esta noche. Miró el reloj. Era temprano, horrorosa y aterradoramente temprano. ¿Qué narices iban a hacer ahora? ¿Hablar de ellos? ¿De qué? Se sintió como si estuviera en la cúspide de un estercolero existencial. Se desplomó en la silla y pensó en cómo salir de aquella. Su solución fue previsible, y quizá, como resultado directo de lo previsible que era, tranquilizadora; decidió seguir actuando con normalidad.

—Sí —dijo desenvolviendo el paquetito—. Creo que voy a fumar un poco. ¿Tú quieres, Katherine?

—Me parece que no. Pero no te cortes por nosotros.

**N**athan, que antes de la noche en la que quizá cometió el error de «abrirse» a Katherine nunca se había «abierto» a nadie, como suele decirse, no sólo desconocía la experiencia de contar a otra persona con sinceridad alguno de sus secretos, sino que, lo que quizá era aún más crucial, no sabía lo que era volver a encontrarse con la persona con la que había tenido aquella conversación en primer lugar. Era, pensó, como si se quitara una tirita antigua de la yema de un dedo. Cada vez que Katherine lo miraba, Nathan tenía la sensación de que le rozaba esa herida del dedo y se preguntaba hasta qué punto se había curado del todo, cuánto tiempo cabía esperar que la herida siguiera abierta, a la vez que se maravillaba de lo real y lo frágil que resultaba cada roce.

Conectaba y desconectaba de la situación, porque a veces tenía que verificar cómo estaban yendo las cosas. Se palpaba las zonas más sensibles para ver si le dolían. En el tiempo que había estado ausente, distraído con sus pensamientos, Daniel había empezado a liar un porro con su tabaco y sus papelillos, y era evidente que Katherine le había preguntado por su trabajo, porque Daniel se estaba explayando como si se sintiera orgulloso, pero también como si estuviera acostumbrado a defenderse.

—Pero ¿qué investigan? —preguntó ella—. ¿Qué hacen?

—Fuentes de alimentos sostenibles, básicamente —dijo Daniel, que estaba pegando varios Rizlas de una manera que a Nathan le recordó a su padre intentando bajarse la cremallera de la cazadora: como un hombre humillantemente derrotado por unas fuerzas en apariencia elementales. Por un momento, Nathan se avergonzó al darse cuenta de las ganas que tenía de que Daniel pareciera idiota.

—Y eso ¿qué significa?

A veces, y esta fue una de esas veces, Katherine miraba a Nathan cuando le preguntaba o le decía algo a Daniel, para dar una sensación de complicidad que, como buena parte de lo que hacía ella, era emocionante y desconcertante en la misma

medida.

—Pues significa exactamente lo que dice —estaba diciendo Daniel mientras aplastaba los papelillos con el borde del puño, los separaba luego con cuidado de la mesa, porque se habían pegado, y comprobaba que en su entusiasmo por adherirse a la mesa no habían llegado a pegarse entre sí—. Alimentos que sean sostenibles. ¿Qué papeles son estos, Nathan?

—¿Tipo qué? —preguntó Katherine.

—Rizla —dijo Nathan apresuradamente, despegando con torpeza su mirada del perfil de Katherine.

—Tipo que no se agoten —dijo Daniel, que pareció no darse cuenta—. Creo que este lote viene defectuoso.

—¿Cómo pueden agotarse los alimentos? —preguntó Katherine.

—Pues consumiendo en exceso, cultivando en exceso y pescando en exceso y bla-bla-bla.

—Vale —dijo Katherine—. ¿Y?

—¿Y? ¿Qué quieres decir con y?

—Quiero decir y qué. ¿Y qué? Algún día nos quedaremos sin alimentos y tendremos que comer..., qué sé yo, otra cosa, ¿no? Quiero decir, ¿para entonces no nos alimentaremos con algún tipo de comida en polvo? ¿O con cápsulas de calorías o inyecciones de vitaminas o manzanas que se reproducen en el frutero?

—En realidad no —dijo Daniel, que había conseguido pegar los papeles a fuerza de saliva y ahora estaba desmenuzando la hierba y dejándola caer en el cilindro de papel con bastante dificultad, porque tenía los dedos pegajosos—. La clave está en...

—¿Quieres que lo haga yo...? —preguntó Nathan señalando el desastre que Daniel estaba haciendo en la mesa y disfrutando de su inutilidad para ejecutar una tarea tan obvia y excesiva al mismo tiempo.

—Entonces, ¿todo el mundo pasaría hambre? ¿Es eso lo que estás diciendo? —preguntó Katherine.

—Eh, bueno, en el peor de los escenarios, sí. Por eso se trata de desarrollar fuentes de alimentos y técnicas de cultivo que no dañen el ecosistema, y de crear cosechas que puedan resistir un período de sequía y de... Etcétera, etcétera, ya sabes. —Daniel le pasó a Nathan su complicada construcción—. Me has salvado. No tengo ni idea de qué les pasa a estos papeles.

Katherine asintió, como si diera el asunto por zanjado.

—Todo eso está muy lejos —dijo—. La verdad es que quiero que me interese. De verdad que sí, pero...

Apartó la vista y se encogió de hombros.

—Pero ¿qué? —dijo Daniel.

Katherine lanzó a Nathan otra mirada difícil de descodificar. Nathan echó una mirada a sus propios dedos, con los que empezaba a liar un porro devastador, maravillado de su capacidad para no sentir la más mínima culpa.

—No sé —dijo Katherine—. Olvídalo.

—No —dijo Daniel—. ¿Qué te impide decirlo?

Ninguno de los dos miraba a Nathan en ese momento, aunque él, por una mezcla de incomodidad y cortesía, sí los miraba a ellos. Había terminado de hacer el porro, y Daniel lo cogió y lo encendió.

—Yo me lo impido —dijo Katherine negando con la cabeza—. ¿Cómo hemos llegado a esto? Es un aburrimiento.

—Bueno, siento mucho que mi trabajo te aburra, Katherine —dijo Daniel inhalando el porro con fuerza—. Yo..., joder.

Se interrumpió para toser. Nathan aspiró hondo y no sonrió; acto seguido puso el gesto exacto de simular preocupación que había visto poner tantas veces, se dio cuenta en ese momento, a su madre, y notó lo fácil que le resultaba y lo desagradable que se sentía al descubrir que tenía esa facilidad.

—Vaya —dijo Daniel—. Esto está muy fuerte. Buf. —Se desplomó contra el respaldo de la silla y abrió mucho los ojos, como si los párpados se interpusieran de pronto en su camino.

Sonó el teléfono de Katherine. Lo miró, soltó un taco, lo puso boca abajo encima de la mesa y después claramente se lo pensó mejor y lo cogió.

—¿Dónde está el baño? —preguntó.

Daniel señaló con el dedo y Katherine se alejó y contestó por el camino, mientras Nathan sonreía a Daniel con torpeza a la vez que trataba de olvidar la tensión muscular que había visto en las facciones de Katherine al mirar el teléfono y ver quién llamaba.

—¿**Q**ué quieres? —dijo Katherine, sentada en el váter y ladrándole al móvil con un susurro—. Estoy ocupada. No puedo hablar.

—¿Dónde estás? —dijo Keith—. ¿Qué haces?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Qué quieres?

—Verás, nena. Con todo el respeto, ¿vale? Pero llevas dentro a nuestro hijo.

—No digas eso. ¿Estás borracho?

—Creo que estoy viendo el mundo... ¿cómo se dice? Con ojos nuevos, ya sabes.

—Hizo una pausa—. Estoy un poco borracho, sí.

—Ay, Dios.

—¿Sabes?, a veces tengo la sensación de que no me tomas en serio.

—Y ¿por qué tienes esa sensación?

—Bueno, es una especie de cosquilleo, como si tú de verdad no...

Katherine se echó hacia atrás y se quedó un momento mirando el techo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—He estado pensando.

—Eso sólo puede ser malo.

—Estaba en casa. Haciendo lo de siempre. Viendo un poco la tele. Y he visto las noticias, ¿sabes? La información nacional, lo que está pasando y todo ese rollo.

—Ah, ¿de eso van las noticias? No tenía ni idea.

—He visto todas las vacas, ¿sabes? Y he pensado: ¿y si todos nos contagiáramos? ¿Es eso lo que están diciendo? ¿Y si esto fuera eso?

—¿Si esto fuera qué?

—Eso. Lo que sea. Lo que está pasando. ¿Y si fuera el fin de la civilización?

Katherine apoyó la cabeza en la mano.

—Son sólo un puñado de vacas, Keith.

—Y ahora también las ovejas —dijo Keith, con una nota de pánico—. Ahora también las ovejas. ¿Y si nosotros fuéramos los siguientes?

Katherine no tenía una respuesta concisa para esta pregunta, así que se quedó callada y se distrajo examinando el baño de Daniel. Una de dos, o Daniel se había enmendado desde que vivieron juntos o Angelica era una especie de robot doméstico.

—Y entonces pensé: ¿qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estamos haciendo todos? ¿Qué sentido tiene?

—No lo sé —dijo Katherine hablando a la reluciente superficie y a la pulcritud del ambiente que de pronto se sentía tentada de profanar de alguna manera impronunciable—. ¿Qué sentido tiene?

—Y he pensado: mírate, Keith. Mírate. Estás ahí. Sentado en el sofá. Viendo la tele. Con los pies en alto. Y la camisa desabrochada. Con una cerveza en la mano. Con una pinta..., bueno, quizá no del todo mala teniendo en cuenta las circunstancias, pero tampoco estupenda que digamos. Porque yo no estoy ciego, ¿sabes? Yo me veo. Ahí sentado. Viendo la tele. Con la goma en la muñeca, por si acaso resulta que alguna de las presentadoras es *sexy*, ya sabes. Y me he dicho: mírate, Keith. Mírate. Ahí sentado. Viendo la tele. ¿Qué sentido tiene? ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres seguir así dentro de cinco años? ¿De diez años? ¿Ahí sentado? ¿Viendo la tele?

—Eso... Supongo que ha debido de ser toda una revelación —dijo Katherine diplomáticamente—. Pero tengo que dejarte.

—No. Escúchame, ¿vale? Sólo escúchame. Porque me he dado cuenta... Me he dado cuenta de que, no, no es así como quiero estar dentro de diez años. Yo... Donde quiero estar dentro de diez años es aquí sentado, viendo la tele, con mi familia. ¿Comprendes?

Katherine no sabía por dónde empezar, así que optó por no intentarlo siquiera.

—No quiero morirme solo, cielo —dijo Keith—. No quiero tener que soportar que la gente diga: míralo, mira a Keith. ¿Qué ha hecho? Nada. Se ha quedado ahí sentado...

—Viendo la tele.

—¡Exacto! ¡Exacto! Sabía que lo entenderías. Ay, Katie, cielo.

—Katherine.

—¿Quieres ser mía?

—¿Qué?

—¿Quieres ser mía? ¿Tomarme y tenerme? Hasta el fin de los tiempos o hasta que muramos todos de esta horrible enfermedad de las vacas, lo primero que pase. He sido un imbécil. Te quiero. Quiero que tengas a nuestro hijo. Ya sé que parece una locura traer un hijo a este mundo, pero eso es lo que he pensado. ¿Y si estuviéramos aquí para eso? ¿Y si tuviéramos la responsabilidad de perpetuar la civilización? ¿Y si fuéramos nosotros, Kate?

—Katherine.

—¿Y si hubiera llegado? El gran momento. La hora de la verdad. Y el dilema está en cagarla o echar a andar, hostias. Cagarla o echar a andar. Te lo estoy pidiendo, cariño. ¿Echamos a andar? ¿Quieres? ¿O...?

—¿La cagamos?

—Exacto. Dios mío. Tú sí que me entiendes, princesa. Me entiendes de verdad. Nadie me entiende como tú, ¿sabes?

—¿Y qué pasa con Claire Demoinés? Ella parece que te entiende.

—Bah, Claire. Claire. Da igual. Claire no es nadie. ¿Es que no lo ves? Llevo toda la vida..., la verdad es que no sé qué he hecho. Te aseguro que no lo sé. Pero hoy... nos he visto, ¿comprendes? Nos he visto en el futuro. Aquí sentados. Con nuestro hijo.

Se quedó callado y suspiró profundamente. Los ojos de Katherine terminaron su recorrido por el baño y se detuvieron en el linóleo blanquecino y la inútil alfombra con forma de herradura alrededor del váter. En algún lugar, en medio de tantas cosas, Keith se había vuelto tan irrelevante que ya ni siquiera quería hacerle daño.

—Keith —dijo con voz suave.

—Sí, nena.

—Keith. No voy a tener el niño. Lo siento, pero lo he decidido y así es.

Hubo un largo silencio hasta que Keith dijo:

—No lo dices en serio, princesa. Son las hormonas.

—No, Keith. Lo digo en serio. No lo quiero.

—Pero... —Katherine casi oyó el temblor de los labios de Keith, el triunfo del pensamiento independiente trágicamente derrotado ahora—. Pero...

—Vamos, Keith. Seamos prácticos.

—Puedes dármelo —dijo él—. Yo cuidaré de él. Te lo juro.

—Lo sé. Pero para eso tendría que tenerlo.

—Sé lo que piensas. Sé lo que piensas de mí. Sé que no he hecho las cosas bien. Pero he estado pensando en el niño y lo he visto todo de otra manera. ¿No crees que eso cambia las cosas?

—No —dijo Katherine—. No las cambia. Lo siento.

—Vale —dijo él.

—Adiós, Keith.



Colgó y apagó el teléfono. Se quedó sentada un rato, no tanto pensando como dando tiempo a que sus pensamientos se diluyeran. Después se levantó, se lavó las manos y volvió al comedor, donde por lo visto Daniel había guiado la conversación a un plano de cortesía glacial. La situación era la misma que en el pasado, incluso lo superaba.

Daniel había dejado tres cuartas partes del porro en el cenicero y todo indicaba que había llegado al límite de su resistencia antes de que la noche hubiese empezado siquiera. Katherine cogió el porro, lo encendió y aspiró con fuerza, escuchando el agradable chisporroteo que hacía al quemarse.

—Bueno —dijo—. A ver si conseguimos que esta fiesta despegue de una puta vez. ¿Quién quiere más vino?

—Yo estoy bien —dijo Nathan.

—No lo estás —dijo ella.

—Sí lo está —dijo Daniel.

—Y una mierda —dijo Katherine—. Vamos a dejarlo bien claro. Nadie está bien. Ninguno de los tres está bien. Todos necesitamos otra copa.

Alcanzó la botella de vino y se sirvió los restos.

—¿Va... eh... todo bien? —preguntó Daniel, con una sonrisita de complicidad y enfatizando evidentemente el «eh» para darle un efecto sardónico.

—De maravilla —dijo Katherine a través de la copa de vino. Estaba jodida si no iba todo bien ante la abrumadora fuerza destructora de la perfección de Daniel.

El teléfono de Daniel, que había dejado encima de la mesa, empezó a vibrar. Una foto de una rubita lastimera apareció en la pantalla, y debajo, su nombre: Angelica. Daniel dio un salto, pero demasiado tarde. Katherine había cogido el teléfono y ya lo tenía pegado al oído.

—Katherine, ni se te ocurra —dijo Daniel.

—¿Hola? —dijo Katherine con voz susurrante—. Este es el teléfono de Daniel.

—Ah..., eh... ¿Eres?... ¿Quién es?

Katherine oyó el ruido amortiguado del motor de un coche y el silbido lejano del tráfico en la autopista. La voz era bonita y profunda. Pensó en el baño impoluto, en las toallas de él y de ella. Daniel se había levantado y estaba encima de ella, amenazando con una fuerza que jamás llegaría a emplear. Katherine lo miró, parpadeó varias veces y le pasó el teléfono con ostentoso cuidado.

—Es para ti —dijo.

Daniel lo cogió con una expresión fulminante, a la que Katherine no pudo por menos que responder con una carcajada, y se fue corriendo al piso de arriba mientras contestaba.

—Yo..., no, no..., no es nadie. Ya te lo contaré. ¿Dónde estás?

Katherine tomó aire larga y profundamente y empezó a masajearse el cuello. Nathan estaba mirándola de una manera que empezaba a ser predecible.

—Hola —dijo volviendo a encender el porro—. ¿Vienes mucho por aquí?

Cuando subía las escaleras con el teléfono, sin aliento y con la sensación de estar al borde de un tornado que mientras estaba sentado parecía manejable pero que ahora, a la vista de la recalcitrante reacción de su cuerpo a la repentina mezcla de adrenalina y esfuerzo, daba la impresión de que terminaría como tantos otros tornados del pasado —con él en el suelo, sin poder apenas respirar y sin ver nada más que una densa ventisca de luz blanca donde antes estaba la habitación—, Daniel consiguió aguantar a pesar de la intensa sensación de emoción y liberación que le causaba la perspectiva de no aguantar.

—¿Hola? —dijo Angelica al otro lado—. ¿Hola? ¿Daniel? ¿Quién era? ¿Estás ahí?

—Estoy... estoy... estoy subiendo al piso de arriba —acertó a decir, resollando, mientras entraba en el dormitorio a toda velocidad y se desplomaba en la cama, agarrando con el puño la esquina de una almohada en el vano intento de que todo dejara de dar vueltas—. Espera un momento.

Estaba rabioso y colocado a rabiar. Qué típico de Katherine, pensó, emerger de pronto de la estratosfera para joderle la vida por la sencilla razón de que, como a ella no le gustaba su vida, tenía celos de todo aquel al que sí le gustaba la suya, sobre todo de él. Katherine nunca había querido que él fuera feliz. Que él fuera infeliz siempre había sido para ella más importante que su propia felicidad. En muchos aspectos, era esencial para su felicidad. Enfocaba las cosas justo al contrario que todas esas parejas a las que Daniel detestaba, las que iban a su casa y preguntaban cómo estaban Angelica y él, así, en conjunto, como una unidad, como si uno no pudiera de ninguna manera experimentar una emoción no compartida por el otro. Para Katherine, la felicidad era un recurso finito. Nunca pudieron ser felices al mismo tiempo. Uno de los dos tenía que ofrecer desinteresadamente su felicidad al otro, como se dona un riñón. Ahora, aunque estaban separados, ella seguía chupando como una sanguijuela todo lo que él tenía; seguía portándose como una niña de cuatro años y avergonzándolo en público, empeñada en destruir todo lo que estuviera a su alcance pero no fuera suyo. Pensó que tenía que lidiar con Angelica y se incorporó en la cama mirando el techo, tratando, sin conseguirlo, de sacudirse la desconcertante sensación de que se había dejado la mitad de la cara pegada en la almohada, y luego tenía que bajar y deshacerse definitivamente de Katherine, y eso sería fantástico porque esta vez, quizá como nunca, la había pillado con las manos en la masa. Esta vez no habría evasión moral. Katherine se había pasado por completo al coger el teléfono y tendría que disculparse, y sus disculpas le sabrían a gloria, y pensaba exprimirlas hasta la última gota.

—¿Daniel? —dijo Angelica—. ¿Daniel?

También estaba enfadado con Angelica. Porque ¿dónde estaba Angelica?

¿Dónde, pensó en voz alta, estaba Angelica? ¿Dando vueltas por el país? ¿Con Sebastian? ¿Defendiendo a un puñado de vacas? Tal vez debería decirle unas cuantas

palabras, si es que le quedaban fuerzas después de decirle otras cuantas palabras a Katherine. Claro que con Angelica tenía mucho más que perder. Con Katherine podía enfadarse todo lo que quisiera y apenas tendría consecuencias. Lo que ella le tenía guardado —que lo había dejado antes de que él reuniera el valor suficiente para dejarla a ella— era ahora poco más que un recuerdo desagradable. En cierto modo, era estupendo volver a verla y tener la oportunidad de desahogarse sin miedo a las consecuencias. Lo cierto era que se había imaginado muchas veces esta oportunidad desde que se separaron, incluso antes, si era sincero.

Pero ese no era el caso con Angelica. Con Angelica aún tenía mucho que perder. Corría un riesgo. Sería imprudente decirle todo lo que pensaba de verdad.

—Hola —dijo.

—Daniel, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

—¿Dónde estás tú?

—Estoy volviendo a casa. ¿Dónde estás tú?

—Yo... —Se preguntó si le convenía mentir, pero cayó en la cuenta de que Angelica no había dicho a qué distancia estaba, y eso significaba que podía entrar por la puerta en cualquier momento y pillarlo si decía que no estaba allí—. Estoy en casa.

—Y ¿quién ha contestado tu teléfono?

—Katherine.

Hubo un momento de silencio mientras Angelica procesaba esta información; un momento en el que Daniel volvió a sentir la misma oleada de emoción. «A ver qué dices a eso», se imaginó diciendo. No duró mucho más de un segundo, porque, en cuanto Angelica tomó aire y volvió a hablar, Daniel se dio cuenta de cuánto daño le había hecho y de lo estúpido que era hacerle daño.

—Ah —dijo—. Yo...

Angelica no estaba enfadada, pensó Daniel con abatimiento. ¿Cómo podía enfadarse él si ella no se enfadaba? De pronto se sintió desinflado y patético, y se enfadó aún más con Katherine.

—No es lo que piensas —dijo con desesperación—. Quiero decir que Nathan también está aquí.

—¿Quién es Nathan?

—Nuestro amigo de antes, ya sabes.

—Un amigo tuyo y de Katherine.

—Sí. Un viejo amigo.

—¿Quién más está?

—Nadie.

—Así que estáis los tres.

—Sí.

—Pasando un rato juntos.

—Más o menos, sí.

—Tú y Katherine. Y Nathan.

—Sí, pero lo dices como si...

—Y ¿ha sido un encuentro espontáneo o llevabais algún tiempo preparándolo?

—Unos días —dijo Daniel—. Iba a decírtelo.

—¿Ibas a decírmelo y algo te lo impidió?

—No. Iba a decírtelo y...

No terminó la frase, incapaz de determinar exactamente por qué no se lo había dicho, o más concretamente, hasta qué punto los motivos para no decírselo habrían minado por completo, si los expresaba, lo poco que quedaba de su prestigio.

—¿Pasa algo? —preguntó Angelica con voz tímida—. Porque si es así, deberías decírmelo.

Daniel se sentó en la cama.

—No pasa nada —dijo. Y sólo al decirlo se dio cuenta de que era cierto—. De verdad, no pasa nada.

—Entonces ¿por qué...?

—Nathan intentó suicidarse —dijo Daniel. No tenía intención de decirlo, pero se sintió acorralado. Lo dijo, aunque a duras penas era capaz de reconocerlo, para protegerse.

—Ay, Dios —dijo Angelica—. Lo siento mucho. ¿Cuándo ha sido? ¿Hace poco?

Daniel tardó un momento en responder. Entre la niebla de la marihuana, su rabia, su culpa, tuvo la vaga idea de que estaba dando demasiados rodeos y diciendo demasiadas mentiras para defenderse.

—Hace tiempo —dijo—. En su momento no nos enteramos. Creíamos que se había ido a alguna parte. Hace unos días llamó y dijo que quería vernos.

—Ay, cielo —dijo Angelica—. Y ¿cómo está?

—Bueno... La verdad es que no lo sé.

—Y ¿tú? ¿Cómo estás tú? Tiene que haber sido muy difícil procesar una cosa así.

—Humm... Sí. Es... —¿Iba a decirlo? Decidió que sí. Lo diría—. Ha sido bastante duro de digerir.

—Lo siento mucho. Es horroroso. Pero me parece genial que no lo hayas evitado. ¿Sabes? Mucha gente habría tratado de distanciarse, pero tú lo has invitado a casa, y seguro que has tenido que dejar a un lado un montón de mierda con Katherine para poder ayudarlo entre los dos. Me siento orgullosa de ti. Y siento mucho haberte malinterpretado.

—Bueno... No pasa nada —dijo Daniel—. Yo siento no habértelo dicho.

—No pasa nada —dijo Angelica—. De verdad. Lo comprendo. Oye, llegaré pronto, ¿vale? Pero si necesitáis un poco de espacio...

—No, no. Da igual. De verdad. ¿Estás bien? Te quiero.

—Estoy bien. Yo también te quiero y te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos —dijo Daniel dándose cuenta, al decirlo, de que era verdad.

—Nos vemos dentro de un rato —dijo ella.

—Sí.

Dejó el teléfono encima del edredón y se frotó las sienes. La adrenalina había barrido casi por completo los efectos del porro y ya sólo sentía una especie de cansancio y aturdimiento. Pensó que estaba abrumado. Todo lo que decía, todo lo que pensaba, no era más que otra piedra que echaba al saco sin fondo de las mentiras, los defectos y los miedos que llevaba auestas todos los días, en todas partes, minuto a minuto, y que siempre intentaba endosarle a otra persona, cualquier persona, que tuviese pinta de ser lo suficientemente idiota como para cargar con él. O no, pensó. Eso no era verdad. Idiota no. Bondadoso. Lo suficientemente bondadoso como para cargar con él. Angelica no era idiota, era bondadosa, y cuanto más bondadosa era ella menos sentía él que la merecía, y cuanto menos sentía que la merecía más exigía él de su bondad, con la esperanza constante de que ella se agotara y le fallase y le demostrara vete tú a saber qué.

Se levantó despacio de la cama, con muy pocas ganas de bajar y enfrentarse a Nathan, pues a estas alturas había hipotecado el sufrimiento de su amigo para pagar sus propios errores y triangulaciones; la idea de sentarse al lado de quien ahora lo llenaba de desprecio hacia sí mismo, el mismo desprecio que había sentido el día que tuvo que zafarse de Katherine cuando ella lo saludó con un achuchón, para meterse en la ducha y lavarse la sensación de culpa que tenía desde hacía una hora por haber follado con Angelica.

Y pensó que él no merecía la bondad.

—**E**so es —dijo Katherine con brusquedad—. Tú sigue mirando.  
Nathan sintió una sacudida en algún punto comprendido entre el corazón y la garganta. No era consciente de cómo la estaba mirando, pero ahora que Katherine lo miraba sin pestañear comprendió que sus ojos se habían posado distraídamente en sus facciones.

—Yo... Perdona —dijo—. Estaba a muchos kilómetros de aquí.

—¿Dónde estabas?

—Bueno, ya sabes. —Se llevó un dedo a la sien para indicar que le faltaba un tornillo—. Pensamientos.

Katherine dio una calada al porro y estudió a Nathan entre el humo azulado, entornando los ojos, bien porque quería fingir alguna expresión determinada, bien porque le picaban por culpa del humo, Nathan no estaba seguro.

—Los odio —dijo—. ¿Tú no?

—¿Qué?

—Los pensamientos. Es mejor no tenerlos, ¿no crees?

—Son inevitables —dijo Nathan—. Pero no conviene aferrarse a ellos.

Katherine frunció los labios.

—¿Eso te lo enseñan en tu terapia?

Nathan asintió y bajó la mirada a la mesa.

—¿Te dolió? —preguntó ella, con un tono de voz idéntico al que Nathan recordaba que había empleado el primer médico que lo examinó aquella noche, mientras le palpaba las piernas y los brazos para ver si tenía sensibilidad. «¿Te duele? ¿Notas esto?». En esos casos, le explicó el médico, el dolor era una buena señal. Significaba que no había ningún nervio afectado. Su terapeuta también dijo que el dolor era una buena señal en esos casos, pero Nathan no estaba convencido.

—Seguiré viviendo —dijo.

—Me odia, ¿verdad? —preguntó Katherine desprendiéndose de la sorna.

—¿Quién?

—Daniel.

—No —dijo Nathan—. No lo creo.

—Sé lo que estás pensando —dijo ella.

—¿Qué estoy pensando?

—Estás pensando: y eso ¿qué más da? ¿Qué más da si me odia o no?

Nathan se encogió de hombros.

—Pues a mí no me da igual —dijo Katherine—. A mí me importa.

—Ya.

Había algo especial en la voz de Katherine, y Nathan tuvo la sensación de que se reflejaba en su propia expresión. Un leve tropiezo en la o de «importa», al que Nathan respondió con un ligero tirón del pómulos, y una sonrisa levísima que asomaba en una esquina de los labios de Katherine en respuesta al gesto de él. Volvió a recordar que ella no le había devuelto la llamada. Vio su mensaje y llamó a Daniel. Qué idiota, pensó, por haber ido a verlos y ponerse en ridículo únicamente para que ellos lo utilizaran como escudo, como habían hecho siempre.

—¿Crees que ha estado mal por mi parte? —preguntó Katherine.

—¿El qué?

—Contestar su teléfono. ¿Crees que ha estado mal?

—La verdad, no lo sé. Seguro que no pasa nada.

—¿Estás seguro? ¿De verdad? ¿Estás completamente seguro de que no pasará nada?

—No.

Katherine puso los ojos en blanco. «Vuelve a ponerte la puta máscara», la oyó decir Nathan dentro de su cabeza. Y sintió que alguien había empujado su silla hasta el borde de un acantilado.

—De todos modos, no sé por qué te lo pregunto —dijo ella mirando hacia otro lado, como si hablara para sí.

Nathan lio un cigarrillo sin apartar la vista de sus dedos. La atención de Katherine, que hasta cinco minutos antes había tratado de atraer y conservar por todos los medios, le pareció de pronto como un jersey de lana grueso en pleno verano. Decidió no responder por miedo, si no exactamente a revelar su incomodidad,

que a buen seguro era evidente, sí al menos a exacerbar sus efectos. Se concentró en hacer un cigarrillo perfecto, sin arrugas y sin demasiada saliva. Le apetecía otra cerveza, pero no le acababan de apetecer los efectos que podía causarle otra cerveza. Empezó a dar golpes suaves con el talón en el suelo para aliviar la urgente necesidad de levantarse y largarse. Cuando hubieron pasado unos minutos, al menos eso le pareció, sin que Katherine dijera nada, Nathan decidió arriesgarse a mirarla. Al levantar la cabeza se encontró con que le devolvía la mirada, no sólo en el sentido de que ella lo estaba mirando en el preciso instante en que él decidió mirarla, sino en el sentido de que en los ojos de Katherine había algo semejante, en cierto modo familiar, igual de triste, como si también ella quisiera escapar de los mismos lugares.

—Perdona —dijo ella.

—Da igual.

—¿Ahora me odias? —preguntó Katherine. Su voz no parecía vulnerable, sólo tenía un deje de resolución.

—No.

La sonrisa de Katherine, pensó Nathan al verla formarse en sus labios, era la de un fantasma, la de algo muerto que regresa al lugar donde ha vivido.

—No —dijo Katherine—. Tú no harías eso, ¿verdad?

**E**staba destrozada por la conversación con Keith y, aunque jamás lo reconocería, empezaba a arrepentirse de haberse entrometido en los asuntos de Daniel, y se preguntó si no llevaba toda la noche y buena parte de los días previos pensando cosas que no debía. No hacía ni media hora, sentada en la misma silla, había estado reflexionando en lo atractivo que era Nathan, a pesar de las cicatrices, y pensando si sería capaz de sentirse atraída por él, pues era evidente que él se sentía atraído por ella. Ahora comprendía que la verdadera pregunta era la misma que se había hecho en Malta, hacía no mucho tiempo, cuando se sentó en el paseo marítimo a contemplar la extraña ciudad, con sus edificios amontonados, y pensó en la carga que representaba ser amado y recibir la ofrenda de esa pequeña y vulnerable emoción necesitada de alimento. Lo que debería preguntarse, se dijo, no era si se sentía atraída por alguien, o si la odiaban, sino más bien, llegado este momento de su vida, si quería que alguien se sintiera atraído por ella. Porque aunque sería agradable sentirse deseada, incluso amada, eso no parecía procurarle ninguna felicidad, sino que más bien despertaba en ella el perverso deseo de hacer daño, seguido a su vez del arrepentimiento que tanto placer le causaba afirmar que jamás sentía.

Se inclinó hacia delante y dio un golpecito con la uña en el borde de la copa de vino, produciendo una única nota que resonó como una campanilla.

—Se hace tarde, señores —dijo.

Nathan frunció el ceño.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Katherine miró el reloj y suspiró.

—En realidad es menos tarde de lo que parece.

—Ah —dijo Nathan.

—No te ofendas, pero creo que me estoy dando cuenta de que no quiero estar aquí. —Notó la decepción de Nathan, pero no se permitió pensarlo dos veces y añadió—: ¿Siempre hemos sido así?

—¿Quiénes? ¿Tú y yo?

—Yo y Daniel.

—Ah. —Nathan se reclinó en la silla, apretó los labios y se los tocó con el pulgar—. ¿En qué sentido?

—Joder. Lo que está claro es que tú antes no eras así. Eso sí te lo digo.

—Así ¿cómo?

—Como el puto capitán del anticompromiso. Desde que te conozco, no recuerdo que me hayas preguntado ni una sola vez qué quería decir, ¿sabes? Nos pasábamos horas hablando. Nos quitábamos la careta por completo y hablábamos hasta que a los dos se nos iba la pinza y éramos incapaces de decir nada que tuviera sentido, pero no recuerdo que tú tuvieras que preguntarme alguna vez qué quería decir. Sabes perfectamente lo que quiero decir. Deja de preguntar qué quiero decir.

Nathan asintió.

—Sí —dijo en un tono cargado de lo-que-tú-digas—. Siempre habéis sido así.

—Quería que dijeras que no —dijo Katherine.

—He jugado con la idea de decir que no me acordaba, pero no me lo habrías permitido.

De no haber sido porque era plenamente consciente de que Nathan intentaría consolarla, y de que ese consuelo lo habría confundido todo por completo, Katherine estaba segura de que se habría echado a llorar. En vez de eso, fue a la nevera, sacó dos cervezas y las abrió en el borde de la encimera de Daniel con un chasquido decisivo, dejando al retirarlas dos nítidas marcas en forma de media luna.

—No —dijo cuando volvió a sentarse—. No te lo habría permitido. —Le pasó a Nathan la cerveza, deslizándola sobre la mesa con fuerza suficiente para que él tuviera que incorporarse y atraparla antes de que se le cayera en el regazo—. Hostia puta —dijo sacando la silla que tenía al lado para apoyar los pies y deteniéndose un segundo a admirar sus piernas con cierta satisfacción, hasta que vio que tenía los tobillos hinchados y venas varicosas—. ¿Por qué venías a nuestra casa?

Nathan se rio.

—No estaba mal —dijo.

—¡Y una mierda!

—Si quieres saber la verdad —dijo Nathan dirigiéndose aparentemente a la botella de cerveza—, agradecía que me invitaseis. Nadie más, que yo recuerde, me ha invitado nunca a su casa y ha cocinado para mí. Los demás venían a comprar o a vender drogas; me contaban gilipolleces en las fiestas o donde fuera, pero nunca me



invitaron a cenar.

—Bueno —dijo Katherine—. De haberlo sabido, nosotros tampoco te habríamos invitado.

Nathan volvió a reírse.

—Precisamente por eso no te lo había dicho.

Katherine ocultó la sonrisa detrás de la botella, con el alivio de poder expresarse sirviéndose de su medio favorito: un cinismo rodeado de alambre de espino y una indiferencia simulada. Dios nos libre, pensó, de los profundos y los elocuentes.

—¿Verdad que es todo como siempre? —preguntó—. Tú y yo soltando chorradas y quien tú sabes desmayado en el dormitorio.

—¿Es así como lo ves? ¿Tú y yo soltando chorradas?

Katherine le lanzó la mirada que empleaba como gesto equivalente al disparo de una flecha.

—Sí —dijo—. Así es como lo veo, y me gusta que sea así.

Nathan levantó una mano en señal de aceptación, se quedó callado un momento y luego pareció que respiraba y reunía cierto grado de determinación en el que se adivinaba la cantidad de cosas que podía estar a punto de decir, y esto hizo que la temperatura de Katherine descendiera por su columna vertebral hasta alcanzar aproximadamente la misma que la botella de cerveza.

—Verás... —dijo—. Sólo quería decir...

Katherine le apuntó entre los ojos con dos dedos.

—Eh, eh —negó con la cabeza—. No digas nada.

Nathan se paró en seco.

—Quizá sea un poco temprano —dijo.

—Es tempranísimo —subrayó ella permitiéndose volver a respirar—. Guárdatelo.

Nathan asintió y Katherine se acomodó en la silla y dejó que el silencio se expandiera. Oyó los pasos de Daniel en las escaleras y tuvo ganas de que él estuviese enfadado. De que viniera a insultarla. Estaba preparada. Que viniera y le echase una bronca de la hostia.

**D**aniel bajó las escaleras mucho más despacio de lo que las había subido. En parte porque estaba cansado, en parte porque en realidad no quería llegar hasta abajo (¿sería posible, se preguntó, bajar a un paso tan letárgico que todo el mundo se hubiera marchado cuando por fin llegase al comedor?) y en parte porque en los breves segundos que transcurrieron desde que se levantó de la cama hasta que llegó al primer escalón, sus emociones se volvieron confusas y no sabía cómo manejar la conversación o la confrontación que pudiera estar esperándole abajo, fuera la que fuese. Consideró un momento la idea de dar media vuelta y volver a la cama, pero sus pisadas ya habían sonado en los peldaños de madera y estaba seguro de que Katherine lo había oído y al instante habría sabido si él tenía ganas de dar media

vuelta y correr al encuentro de su vieja amiga, la cobardía, de manera que cuando por fin bajase, ella detectaría la sangre en el agua y se prepararía para matar. Pensó que lo que tenía que hacer era bajar despacio para darse tiempo a ensayar la primera frase, que en realidad debería haber ensayado antes de salir del dormitorio, pero ya no era momento de lamentarse, y a la vez tenía que hacer el ruido suficiente para transmitir el mensaje de que si bajaba despacio, no era ni mucho menos porque estuviera indeciso, sino más bien porque intentaba controlar una rabia indómita y brutal.

Y eso habría estado bien si su rabia de verdad hubiese sido indómita y brutal. Lo cierto era que lo único que podía tomarse por indómito y brutal era el miedo, profundamente arraigado, a que, al no enfadarse lo suficiente por haber quedado en ridículo (incapacidad que atribuía a que estaba colocado), estaba quedando vergonzosamente como un ser débil y patético, claro que, por suerte, la idea de que Katherine lo viera como un ser débil y patético lo enfurecía bastante, y eso significaba que si se aferraba de alguna manera a la sensación de que no estaba a la altura para enfadarse lo suficiente, demostraría que estaba plenamente a la altura.

Pom, pom, pom. Imaginó que sus pasos resonaban con fuerza en el comedor y le helaban la sangre a Katherine, y que ella se protegería con los brazos para impedir que la desollaran viva.

Pensó que era mejor rebajar el dramatismo. Eso la desconcertaría. Advertiría la rabia en sus pisadas, se protegería, y entonces la pillaría por sorpresa, se sentaría con mucha tranquilidad y le explicaría, con su tono más amable, que lo que había hecho con el teléfono era sencillamente intolerable. Así, pensó, se daría la satisfacción de insinuar su enfado y la satisfacción aún mayor de demostrar que era más maduro que ella. Porque a estas alturas era mucho más maduro. Bastaba con fijarse en la conversación franca y honesta que acababa de tener con Angelica. O en el hecho de que él tenía a Angelica. ¿Qué o a quién tenía Katherine? Nada. A nadie.

¿Por qué había vuelto a enfadarse con ella? Por lo del teléfono. Claro. Céntrate, Daniel, céntrate. Dos pasos más. Pom. Ha llegado el momento de encarar los problemas. Pom.

—Cuidado —oyó decir a Katherine en el comedor cuando doblaba la esquina—, pirata pata palo está bajando las escaleras.

Katherine estaba de espaldas a Daniel, con los pies encima de la mesa, una cerveza en la mano y la colilla del porro entre los dedos. Nathan no parecía haberse movido del sitio.

Daniel se detuvo nada más poner un pie en el comedor y se dio unos segundos para dominar las gigantescas y contradictorias fuerzas que lo embargaban.

—Muy bien —dijo levantando un dedo.

—Está a punto de empezar —dijo Katherine sin volver la cabeza.

—Vale —dijo Daniel—. Mira...

—Siempre tiene que aclararse primero la garganta —dijo Katherine dirigiéndose presumiblemente a Nathan—. Hace algo así como dieciséis introducciones y luego se

olvida de lo que quería decir.

—Vale, mira —dijo Daniel.

—Muy bien —dijo Katherine—. Vale. Mira. Muy bien. Vale. Mira. Katherine. Muy bien. Esto es. Vale. Muy bien. Katherine.

—Muy bien —dijo Daniel—. Vale.

—¿Qué? —dijo Katherine.

—Si al menos...

—Al menos ¿qué?

—Al menos TE CALLARAS un segundo —dijo Daniel, que estaba a punto de enfadarse de verdad por razones completamente distintas, y eso significaba que tenía que esforzarse, entre la niebla cada vez más densa de su rabia, para no perder de vista la razón por la que quería enfadarse, porque lo que en ese momento le estaba sacando de quicio en realidad, incluso él se daba cuenta, era un poco patético, mientras que aquello por lo que quería enfadarse era totalmente razonable, y por eso necesitaba apostar por el caballo ganador, por decirlo así, en lugar de hacer el idiota y montar en cólera por una cosa tan infantil, pues sabía que esa era una de las mejores técnicas de Katherine: conseguir que él se enfadase por algo grave, que luego se enfadase un poco más por cualquier frivolidad y entonces, cuando se enfadaba de verdad, decir que no entendía por qué se enfadaba tanto por semejante frivolidad, a lo que él contestaría que no se enfadaba por la frivolidad, sino que se enfadaba por lo otro, momento en el que ella invariablemente le interrumpiría para señalar que eso sonaba a que estaba enfadado y él trataría de explicarle que no negaba que estuviera enfadado, sino que negaba que estuviera enfadado por la estupidez por la que ella lo acusaba de estar enfadado, y que la verdadera razón por la que se había enfadado... Y ella contestaría que, por cuestión de sincronía, su enfado coincidía más con lo segundo, con la frivolidad, que con lo primero, con la cosa más grave, aunque, para ser sincera, ella cuestionaba que fuese tan grave, a la vista de la facilidad con que había pasado a segundo plano por una frivolidad, y entonces él intentaría interrumpir y la acusaría de apartarse de lo importante, a lo que ella respondería: «Ah, ahora resulta que eres tú quien decide qué es lo importante». Y entonces él...

—Muy bien —dijo.

—Muy bien.

—Estás siendo muy infantil.

—Perdona, papi.

—Sí. Esa también es una respuesta muy madura. Muy madura, Katherine. Ya veo de qué vas. Ja, ja, ja. Me llamas papi. ¡Qué ingenioso!

—Perdona, ¿prefieres que te llame el hombre de las tres piernas?

Estaba babeando de tanto sonreír, pensó Daniel.

—¿Puedes dejar de sonreír, por favor? —dijo.

—Sí, cómo no —contestó ella—. Voy a controlar mis gestos faciales sólo porque tú me lo pides.

Por la tangente, pensó Daniel. No debería haberse dejado distraer por esas sonrisitas. Un error de colegial.

—Muy bien —dijo—. No quiero discutir por esto, ¿vale? Sólo quiero decir...

—¿Quién está discutiendo?

—Nadie está discutiendo, de eso se trata. Sólo quería decir, como ya he dicho, que no quiero que esto se convierta en una discusión, sólo quería decir...

—Cada vez que dices eso me entran ganas de discutir. Es como si dijeras: oye, no te creas esa idea que acabo de meterte en la cabeza.

—¿Puedes dejar de interrumpirme, por favor?

—Esto es una conversación. Va y viene.

—Pues no está yendo a ninguna parte, porque tú no paras de...

—A lo mejor deberías decir cambio y corto cuando hayas terminado.

—Eso es muy gracioso. Otra vez. Pero si pudiéramos ponernos serios sólo un segundo...

—No me digas cuándo hay que ponerse serio y cuándo no. Ya decidiré yo cuándo me pongo serio, muchas gracias. No necesito que tú...

—Has vuelto a interrumpirme.

—Y tú me has interrumpido a mí.

—Vale, pues basta ya de interrupciones.

Katherine soltó una carcajada.

—Sí, Daniel. Basta ya de interrupciones.

—Te estás yendo por la tangente.

—¿De qué?

¿Cuál era la tangente cuando el tema central de la conversación ni siquiera había llegado a establecerse? ¿Cabía la posibilidad de que una conversación entera no fuese más que una tangente de principio a fin, o eso equivalía a decir que un bocadillo era todo relleno?, porque eso era imposible, porque sin el elemento del pan lo único que uno tenía en las manos era jamón. O el relleno que fuera. No tenía por qué ser jamón. Podía ser carne, por ejemplo. ¿Era posible que Daniel siguiera colocado? Lo era, pensó. Era muy posible. Tenía que ser muy cauto.

—Del tema —contestó con decisión.

—Y ¿cuál es el tema?

—El tema es...

—Un momento —dijo Katherine—. Redoble de tambor, por favor. Están a punto de decirnos cuál es el tema. —Repiqueteó con los dedos en la mesa y siguió repiqueteando mientras Daniel hablaba.

—Tengo que ir al baño —dijo Nathan. Ni Katherine ni Daniel lo miraron. No se levantó.

—El tema es que no deberías haber cogido mi teléfono —dijo Daniel con aire triunfal—. No deberías haber contestado.

—Vale —dijo Katherine encogiéndose de hombros—. Perdona.

Daniel se quedó helado. Tenía que reconocer que era una táctica retórica muy inspirada. Entre todas las cosas que había imaginado que podrían decirse en el curso de lo que él esperaba que fuese una lección digna y lúcida en lugar de una discusión medio incoherente y laberíntica, no figuraba la posibilidad de la disculpa. Era un golpe brillante. En el tiempo que llevaban separados, pensó, era evidente que Katherine no sólo había perfeccionado algunas de sus técnicas más conocidas para el enfurecimiento constante y la tortura gradual y sostenida, sino que había desarrollado nuevas y horripilantes habilidades en las más sutiles y arcanas artes para desinflar al adversario y alcanzar un anticlímax controlado.

—Vale —dijo despacio—. Eso está bien.

—No hay problema —dijo ella.

—Genial. Me alegra que...

—Es un placer.

Pero entonces, en ese breve paréntesis, se dio cuenta de que Katherine había conseguido hacerle quedar como un ser irracional. Al disculparse aparentemente con tanta facilidad, daba a entender que él se había enfadado por algo sin importancia. Podía disculparse, parecía decir, sin molestarse siquiera en mirar atrás, porque para ella era una nimiedad, y eso significaba que para él también debería serlo, y por extensión, puesto que era evidente que para él no lo era, eso indicaba que estaba perdiendo los nervios por algo que no tenía ninguna importancia para nadie, y eso era otra manera de decir que estaba loco, y eso era otra manera de decir que ella no lo estaba, y eso, por último, era otra manera de salirse con la suya.

—Pero ¿entiendes por qué me he enfadado?

—Sí —dijo—. Claro.

—Quiero decir: ¿estás de acuerdo en que ha sido grave?

—Reconozco que ha sido grave para ti, sí.

—Y ¿tú crees que ha sido grave?

—¿Qué? ¿Contestar tu teléfono?

—Sí. Constar mi teléfono. ¿Crees que ha sido grave?

—La verdad es que no.

—Muy bien —dijo Daniel—. De eso estoy hablando.

Katherine puso entonces su cara de inocencia y desconcierto, la que ponía siempre en el preciso instante en que sabía que Daniel sería incapaz de expresarse, para obligarlo a demostrar que no sabría expresarse.

—¿De qué? —dijo.

—No te lo estás tomando en serio.

—Me he disculpado.

—No te has disculpado como hay que disculparse.

—Y ¿cómo hay que disculparse?

—Sintiéndolo de verdad. Si de verdad lo sientes.

—Lo siento de verdad.

—Pero ¿ves lo que quiero decir? ¿Ves por qué me he enfadado tanto?

—No creo que te hayas enfadado tanto —dijo Katherine jugando la baza triunfal—. Parecías muy tranquilo. No te has puesto a gritar ni nada de eso. —Lo miró pestañeando—. ¿Te has enfadado de verdad?

—Sí, me he enfadado de verdad.

—¿De verdad, de verdad?

—Sí. De verdad, de verdad.

—¿Por qué?

—Porque...

—No entiendo por qué te has enfadado tanto...

Daniel sintió entonces que su cerebro, que hasta ese momento había resistido, tenía que reconocerlo, un nivel de presión bastante ridículo, implosionaba de pronto irreversiblemente. Como un gigante enrojecido y rebosante de rabia gaseosa, se inclinó hacia Katherine, se quedó a un centímetro de su nariz y se transformó en una supernova.

—Te estoy diciendo cómo me siento —gritó, con los músculos temblando de tensión—. Te estoy diciendo cómo coño me siento, joder. Te estoy diciendo cómo coño me siento y tú tienes que escuchar.

Dio un paso atrás y se apoyó en la pared, sin mirar a Katherine. Se pasó una mano por la cara y se dio cuenta de que estaba empapado en sudor. La debilidad sucedió a la furia. Por un momento tuvo la sensación de que no era capaz de respirar. Cuando se apartó la mano de la cara, Angelica estaba en la puerta, con una sonrisa radiante.

—Cariño —dijo ella, con los labios temblorosos—. Ha sido increíble. Estoy muy orgullosa de ti.

Katherine lo miraba fijamente, con un parpadeo exageradamente lento y tranquilo, fingiendo, como fingía siempre ante la rabia de los demás, una especie de interés antropológico objetivo: algo desconcertada y superior en su serenidad, tomando notas de la debilidad ajena a la vez que se congratulaba de su habilidad para haberla detectado. El objetivo, por supuesto, era que Daniel se enfadase todavía más, pero Daniel ya no podía: estaba agotado, avergonzado y temblando por el esfuerzo. Miró a Nathan, que miraba la mesa, y luego otra vez a Angelica, que seguía en la puerta, como si esperara el momento oportuno para acercarse. Todos, pensó, todas las personas a las que conocía y había conocido parecían de repente muy lejanas, y sintió que sólo las conocía de una manera completamente superficial. Los conocía, pero ellos no la conocían. Volvió a mirar a Angelica, que le aguantó la mirada y sonrió. Tenía una pinta horrorosa: el pelo enmarañado, los vaqueros y el anorak llenos de barro y mierda de vaca. Cuando cruzó la habitación y la abrazó, notó un olor profundo a granja y a sudor de varios días.

—Te he echado de menos —dijo.

—Yo también te he echado de menos —dijo ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí. No tiene importancia. Es una tontería. Olvídalo. ¿Tú qué tal? ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Contenta de estar en casa. Lo siento.

Lo estrujó un poco más.

—Bueno —dijo Daniel soltándose de sus brazos y regresando a la habitación como si acabara de despertar de una sesión de hipnosis—. Voy a abrir la ducha y a poner agua a hervir. Quítate esa ropa y la meteré directamente en la lavadora.

Angelica asintió mientras se separaba de él con cierta reticencia. Entonces se volvió a Katherine y a Nathan.

—Hola —dijo haciendo un pequeño gesto con la mano—. Soy Angelica.

—Hola —dijo Nathan, por quien, siendo sincero, Daniel estaba un poco preocupado, tanto por su posible fragilidad en el presente como porque era evidente que a estas alturas estaba pensando en marcharse, aunque ahora ya daría lo mismo. Daniel no estaba seguro. En muchos sentidos, el hecho de haberse humillado tan rotundamente sólo le había servido para tomar la decisión de ser un buen anfitrión. Quería que terminase la noche; quería que todo el mundo se marchara, pero no quería reconocer que él tenía la culpa.

Katherine se levantó de la silla, cruzó la habitación muy sonriente, agarró a Angelica por los hombros y le dio un beso en la mejilla.

—Encantada de conocerte —dijo.

—Lo mismo digo —dijo Angelica, antes de volver la cabeza, ladearla y posar en Nathan una mirada maternal que impresionó a Daniel, porque era horrorosa, de puro obia, y por tanto posiblemente incriminatoria, pero también auténtica y por tanto muy enternecedora—. Y tú debes de ser Nathan —dijo acercándose para darle un beso en la mejilla.

—Hola —dijo Nathan.

—Quiero que sepas —dijo Angelica apoyando una mano en el hombro de Nathan, lo que hizo que el estómago de Daniel descendiera sin querer en caída libre en dirección al recto— que nos alegramos mucho de tenerte aquí.

Nathan miró a Daniel, que al instante miró a otro lado y se encontró sin querer con Katherine, que estaba mirándolo con un aire de malicia desconcertante, lo que obligó a Daniel a mirar al suelo, deseando por un momento que regresara la antigua sensación de no poder acceder a su vida, para tener un segundo de respiro de la realidad, pero por desgracia no tuvo esa suerte. Mirase a dónde mirase se sabía observado, y cada vez que se sabía observado se sentía en un compromiso.

Pero entonces Nathan sonrió y, cosa bastante extraña, dio una palmadita en la mano de Angelica, dijo que él también se alegraba mucho de estar allí y dio las gracias por la invitación, y Daniel tuvo la sensación momentánea de que algo, curiosamente el mismo algo que había intentado evitar sin conseguirlo al enfadarse tanto y de forma tan patética, se había esfumado por fin.

**L**a primera impresión que Katherine tuvo de Angelica fue que era guapa, y por tanto, una amenaza. La segunda impresión fue que estaba cansada y con la guardia baja, y por tanto era vulnerable.

Después de las cálidas y confusas presentaciones, mientras Katherine tomaba la decisión consciente de parecer lo más normal y simpática posible para inquietar a Angelica, que entonces tendría que ser igual de simpática y con un poco de suerte terminaría por no resistir la presión, Daniel salió trotando, nervioso, detrás de Angelica, y se le oyó susurrar y trastear en el baño mientras abría la ducha y animaba a Angelica a quitarse la ropa. Al cabo de un minuto cruzó el comedor a grandes zancadas, sin prestar atención a Katherine y a Nathan, y desapareció escaleras arriba.

Katherine levantó una ceja y miró a Nathan, que llevaba los últimos cinco minutos observando las vetas de la mesa.

—Psss —dijo.

Nathan levantó la vista. Su expresión, completamente ausente, recuperó despacio el gesto habitual, y esto dio a Katherine la fugaz y estremecedora sensación de estar viendo el revelado de una Polaroid.

—Hola —dijo él.

—¿Qué piensas?

—¿De qué?

—De ella.

Nathan se encogió de hombros.

—Parece simpática —dijo.

—Pero un pelín sosa, ¿no?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Eres imposible —dijo Katherine, y otra vez se recostó en la silla con exagerada exasperación mientras encendía un cigarrillo.

Nathan volvió a fijarse en la mesa, un poco encogido. Daniel bajó con ropa limpia.

—Te tiene bien adiestrado, ¿eh? —dijo Katherine.

Daniel, que se había alejado un poco y ya estaba casi en la puerta del baño, volvió la cabeza y retrocedió para acercarse a ella. Dejó la ropa encima de la mesa y la amenazó con el índice.

—No se te ocurra.

—¿Qué? —dijo Katherine.

—No se te ocurra. Ya lo sabes. —Se volvió a Nathan—. Perdona por todo esto —dijo—. Enseguida vuelvo.

—No te preocupes —dijo Nathan.

Katherine dio un trago de cerveza y dedicó unos minutos a tratar de catalogar el grado de amabilidad que Daniel le había demostrado a lo largo de los años de su relación y a compararla con la amabilidad que ahora le demostraba a Angelica. ¿Le había preparado la ducha alguna vez? ¿La había ayudado alguna vez a quitarse la



ropa y le había llevado ropa limpia? No que recordara, pero es que ella nunca había vuelto a casa pringada de mierda y con pinta de haber sido violada en grupo por el ganado, así que, en cierto modo, era difícil encontrar la respuesta.

Se preguntó si esa sería la cuestión, si esa había sido siempre la cuestión. Rara vez (nunca, para ser sincera) le había dado a Daniel la oportunidad de cuidar de ella. Nunca se había mostrado indefensa ante una tarea sencilla. No lo había llamado por teléfono con un ataque de pánico a horas intempestivas. Quizá no le había hecho saber que lo necesitaba. Bastaba con fijarse en esa misma noche, pensó: se había empeñado en enfadarlo hasta que lo había logrado, principalmente porque sabía que lo conseguiría; y eso confirmaría que había un vínculo, un conocimiento profundo.

Dio una calada al cigarrillo. ¿Era eso lo que querían los hombres a fin de cuentas? ¿La damisela en apuros? ¿La niñita necesitada de protección? Le parecía despreciable. Por supuesto que Daniel creía que quería a Angelica: ella nunca le había dado ningún motivo para creer lo contrario. Era feliz porque nunca se sentía amenazado, y eso estaba muy en sintonía con su burda y limitada visión de la vida y del amor: pensar que sólo era capaz de imaginarse que alguien lo quería cuando a cada momento tenía que preguntarse hasta qué punto ese alguien lo necesitaba, hasta qué punto no podía vivir sin él, y jamás había dado el más mínimo crédito a la posibilidad de que quizá el hecho cierto de que Katherine no lo había necesitado, o al menos no lo había necesitado de una manera tan ostensible, era la mejor prueba de que lo quería. De lo contrario, ¿por qué habría estado con él? Pero no, Daniel no lo veía de esa manera, claro, porque eso no encajaba en ninguno de los clichés que él tomaba por verdades. No quería ser querido; necesitaba ser necesitado, y la única clase de necesidad que comprendía era la más obvia, la que se arrojaba a sus brazos con el pelo enmarañado y la cara llena de lágrimas y decía: «Te quiero. Ayúdame». Joder.

Miró a Nathan y notó claramente que él acababa de apartar la mirada. Volvió a pensar en la carga que representaba todo aquello, en la responsabilidad. Pensó en Daniel y en Angelica, y en el orgullo inútil de conseguir que Daniel se enfadara, a la vista de la capacidad de Angelica para que él cuidara de ella, y de lo agradable que parecía, de verdad, que alguien cuidara de ti: la certeza de que podías llegar angustiada y alguien te ayudaría, te abrazaría, te recompondría. Y se acordó de todas las mañanas en las que se había despertado triste. Pensó que era triste. Era triste reconocerlo, pero era cierto. Era una persona triste, una persona solitaria, y, en lugar de atraer a los demás, los alejaba a todos cada vez más, porque no podía soportar la idea de que necesitaba tener a alguien cerca, y cada vez estaría más triste y más sola, y además iba a abortar, y no tenía a quien contárselo, y se encerraría en casa todo el tiempo que necesitara quedarse encerrada en casa, sola, dolorida, y nadie le prepararía una ducha ni le llevaría ropa limpia, ni pondría a hervir el agua para ella, porque nadie sabría que eso era lo que tenía que hacer, nadie sabría que ella lo necesitaba, y eso, pensó, era en verdad muy triste. Viviría como una persona triste

porque era una persona triste y se había construido una vida triste. Y ¿qué si Nathan tenía equipaje? ¡Como si ella no llevase el suyo a cuestas, por Dios! Y todo ese rollo de la atracción física, ¿qué importancia tenía al fin y al cabo? Eso ¿no era para los veinteañeros? ¿No era algo que había que superar? Nathan sentía algo por ella. Acéptalo, por Dios, pensó. Era facilísimo. Acéptalo y alégrate.

Pero, claro, era demasiado fácil. ¿Cómo, se preguntó mirando a Nathan con la esperanza de que él la mirase, como seguramente haría, podía confiar en algo tan fácil? ¿Cómo podría llegar a saber si de verdad estaba dispuesto a entregarse? Nathan entraría en su vida sin someterse a ninguna prueba, con una naturalidad fascinante a corto plazo, aunque en cuestión de unos meses se habría calcificado y convertido en muda desconfianza. No, pensó. Había que obligar a los demás a esforzarse, a pelear. Había que hacer las cosas bien y no arrojarse en brazos de nadie.

Nathan levantó la vista y miró a otro lado. Angelica pasó envuelta en una toalla, como bailando un vals.

—¿Está Daniel arriba? —preguntó con voz cantarina.

—Creo que sí —dijo Nathan.

—Enseguida vuelvo —dijo ella—. ¿Estáis bien de bebidas y todo lo demás?

—Sí —dijo él—. Perfectamente.

—Bien, gracias —dijo Katherine.

Miró a Angelica mientras se alejaba y volvió a centrar la atención en Nathan. Quizá no había sido capaz de romper sus reservas, pensó, pero al menos era consciente de ellas.

—Bueno —dijo experimentando casi, aunque no del todo, un chasquido tangible en el núcleo de su mecanismo, en alguna parte antigua, profunda y esencial atrapada en una ranura fiable y bien engrasada—. Ya puedes hablar.

Nathan la miró con cara de no entender.

—Antes querías decirme algo —dijo ella—. He decidido que este es tan buen momento como cualquier otro.

—Ah. No tiene importancia —dijo él.

—Sí que la tiene. ¿Qué era?

—No, de verdad. No es nada.

—¿De verdad?

—Sí.

—Dímelo de todos modos.

—¿Por qué?

—Me interesa.

Nathan se reclinó en la silla y suspiró.

—No tenemos por qué hacer esto —dijo.

—No —suspiró Katherine volviendo a apoyar los pies en la silla de al lado—. Pero vamos a hacerlo de todos modos.

**N**athan había contemplado la escena entre Katherine y Daniel no sólo con incomodidad sino también con una decepción brutal y desgarradora, lo que a su vez había acrecentado la incomodidad hasta el punto de sentirse tan incómodo que ni siquiera fue capaz de levantarse y marcharse, y por eso se quedó rígido, deseando que todo terminara cuanto antes. Pensó que era un montón de cosas, que había sido un montón de cosas a lo largo de los años, y era el primero en reconocer que no todas esas cosas habían sido positivas, pero no era idiota, y no estaba tan desconectado de la humanidad como para no ver que, cuando Katherine iba a empezar a discutir con él, pero luego se lo había pensado mejor, lo había hecho únicamente por compasión, y la compasión, si es que servía de algo, ni mucho menos podía equipararse a lo que a Daniel y a ella los empujaba a sacarse de quicio mutuamente, fuera lo que fuera.

Por eso había decidido irse. No mientras ellos seguían discutiendo, claro, sino inmediatamente después, antes de que Katherine se marchara o de que alguien se disculpase o de que la discusión se adentrara todavía más en un territorio del que cada vez había menos esperanza de regresar. Pensó que había hecho mal en ir allí. Habría sido preferible proponerle a Katherine tomar un café, o ni siquiera haberla llamado, o mejor aún, no haber tenido con ella hacía un año y medio esa conversación tan estúpida que, ahora que lo daba todo por terminado y ya podía reconocerlo, era lo que le había llevado a meterse en esta situación.

Pero entonces había llegado Angelica y, aunque era imposible que ella lo supiera (a pesar de que Daniel seguramente le había contado algo), había dicho lo único que Nathan deseaba oír desde el momento en que dejó su tratamiento y volvió a casa: «Nos alegramos mucho de tenerte aquí», y eso hizo que le resultara más difícil marcharse, y hubo algo en la manera en que en ese sencillísimo momento cotidiano decidió quedarse un poco más que significaba que ya no estaba atrapado, lo que a su vez significaba que, al verse convertido exactamente en el centro de la atención que llevaba toda la noche deseando recibir, aunque ahora que la había conseguido ya no estaba seguro de que fuera eso lo que quería de verdad, la sensación de que estaba clavado al asiento se diluyó y sintió que se abría al mundo, y esto le causó una extraña calma.

—Bueno —dijo—. Iba a... —Se detuvo a pensar—. Sólo iba a hablarte de la última vez que nos vimos y a preguntarte qué sentías ahora al pensar en eso.

—¿Qué sentía al pensar en qué?

—En lo que te dije entonces. Esa noche.

—¿A qué parte de lo que dijiste te refieres en concreto?

Nathan tomó aire y se permitió reflexionar unos momentos. Ya no había ninguna necesidad de hablar de eso, tal como había dicho, aunque quizá tuviera algún sentido, para cerrarlo todo definitivamente.

—Bueno, no recuerdo exactamente cómo lo dije, pero creo que el mensaje esencial era que estaba enamorado de ti.

Katherine levantó una ceja.

—Ah, eso —dijo.

Había sido bastante absurdo por su parte, pensó Nathan, pensar que Katherine le facilitaría las cosas o que revelaría sus sentimientos antes que él, o que no convertiría la conversación en el suplicio en el que por lo visto quería convertirla.

—Sí —dijo—. Creo que eso era lo esencial.

—Tiene gracia —dijo ella—. Esa parte no la capté. Sólo me fijé en que dijiste muchas cosas de ti. Que te sentías solo. Que creías que yo me sentía sola, y que juntos quizá nos sentiríamos menos solos, o algo por el estilo.

Nathan recordó que había intentado explicarle lo que sentía, y que entonces, de repente, se había dado cuenta de que lo que sentía era indescriptible y se había llevado una decepción enorme al comprender que la única persona que él creía que lo entendería no iba a entenderlo, no porque no pudiera, sino porque no quería, lo mismo que ahora tampoco quería entenderlo.

—Es probable que no me expresara muy bien —dijo.

—Puedes volver a decirlo —dijo ella.

—Tenía un montón de cosas encima en ese momento —dijo Nathan.

Katherine apagó el cigarrillo en el cenicero, sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué no pruebas a decirlo otra vez?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. Deja de preguntar lo que quiero decir. Joder.

Nathan asintió. Se miró las manos, las volvió hacia arriba y se las puso delante de la cara. Cuando le quitaron las vendas tuvo que cuidarse mucho las manos para que cicatrizaran: ponerse cremas y aceites y hacer ejercicios de estiramiento para que la piel se adaptara a los nudillos. El dolor lo acompañó varios meses, y ahora había zonas en las que no sentía nada en absoluto. Se levantó, se quitó la chaqueta y se subió las mangas de la camisa para exhibir la maraña de cicatrices y tatuajes que reptaba por sus antebrazos. Katherine hizo todo lo posible para disimular su impresión. Nathan volvió a sentarse y cruzó las piernas. Sentía una claridad y una calma muy profundas. Ahora se daba cuenta de lo mucho que se había equivocado al ir allí. Se había pasado casi un año deseando que Katherine lo entendiese, y también en eso se había equivocado. Y ahora ella quería entenderlo, por razones igualmente equivocadas.

—Después de hablar contigo —dijo, con las manos unidas y apoyadas en su regazo— fui a dar un paseo por el bosque.

—No es eso lo que te he preguntado —dijo Katherine.

—Sin rodeos —dijo Nathan.

—**D**ios —dijo Daniel. Estaba sentado en el borde de la cama, apretándose el cráneo mientras Angelica se embutía en unos vaqueros—. Puto Dios de los cojones, haz que esta noche termine de una vez. —Agarró a Angelica de la

cinturilla de los pantalones y tiró con fuerza para abrazarla y apretar la mejilla contra su vientre—. Cuánto me alegro de que hayas vuelto.

—Yo me alegro de haber vuelto —dijo ella frotándole la cabeza—. Y me alegro de haber vuelto cuando lo he hecho. —Se rio.

—Perdona por lo de antes —dijo Daniel—. Seguro que te he parecido ridículo.

—Noooooo —dijo ella alborotándole el flequillo y con la voz que pondría un dueño amoroso para dirigirse a su viejo perro ovejero—. Me has parecido muy valiente. Me he sentido orgullosa de ti.

—Hummm —dijo él disfrutando del roce de sus dedos en el cuero cabelludo.

—Era algo que querías decir desde hace años. Y por fin lo has dicho. Ya está. Se acabó.

—He sido idiota.

—Noooooo.

Daniel la abrazó con más fuerza. Ahora sabía que siempre podría volver a ese lugar, a esa agradable sensación de tranquilidad, seguridad y confianza. Aunque había tenido muchos miedos y una inflexible convicción de cómo serían todos los días de su vida, era eso lo que quería, lo que necesitaba. Y aunque había deseado ser otro, pensó, no conocía a nadie por quien quisiera cambiarse.

—Cuéntame qué has hecho —dijo separándose de ella y dando una palmada en la cama—. ¿Qué ha pasado?

Angelica negó con la cabeza.

—Si te soy sincera, simplemente pensé: ¿de qué sirve todo esto? Hicimos las pancartas, gritamos un poco. Sebastian salió en las noticias. Y cada vez se daba más aires. Cada vez se ponía más gallito. Empezó a decir que teníamos que hacer una especie de manifiesto, algo impactante. Y yo pensé: ¿sobre qué? —Se rio—. No me entiendas mal. Sebastian es mi amigo, pero las vacas le importan un carajo.

—Puede ser.

—El caso es que me alegré de irme en ese momento.

—¿Por qué?

—Ah, claro. Seguro que no has visto las noticias. No los dejan salir. A los manifestantes. He recibido como diez mensajes. Los han puesto en cuarentena o algo de eso. Así que ahora están ahí encerrados, a saber por cuánto tiempo.

—En cuarentena ¿por qué?

—Lo han hecho para acabar con la manifestación. Los tendrán allí hasta que la situación se tranquilice y luego los mandarán a casa.

—Y ¿Sebastian está con ellos?

—No lo sé. Le dio una pataleta y se marchó por su cuenta.

—Hummm. —Volvió a abrazarla—. Me alegro mucho de que estés en casa.

—Yo también.

Daniel se levantó.

—Bueno. Habrá que apechugar con las consecuencias.

—No te preocupes. Enseguida bajo. Todo irá bien.

Sonó el teléfono de Angelica. Lo cogió de la cama y contestó.

—¿Hola? —Lo tapó con una mano y le dijo a Daniel moviendo los labios: «Sebastian». Daniel se sentó en la cama—. ¿Hola? ¿Hola, Sebastian? No te... No sé si...

Daniel le indicó con un gesto que colgara, pero ella levantó un dedo y puso cara de disculpa.

—¿Qué? No, yo no... Bueno... No creo que... —Volvió a tapar el teléfono—. Dice que viene para aquí. Por lo visto necesita ayuda.

—No —dijo Daniel, y al ver que Angelica parecía un poco decepcionada añadió—: Vale, vale. Da igual.

«Gracias», dijo Angelica con los labios.

Todo volvería a ser como siempre, pensó Daniel. Sebastian llegaría. Sería un incendio. Quizá discutieran. Angelica se encargaría de mantener la paz. Y él se sentiría frustrado, fastidiado, pero nada más. Sabría soportarlo. En muchos aspectos, pensó, sería tranquilizador.

**C**omo es lógico, dijo Nathan, se quedó hundido después de hablar con ella aquella noche. No por culpa de Katherine, sino porque él se había construido cierta visión del futuro y le costaba renunciar a ella. Por un momento tuvo la sensación de que algo se había abierto dentro de él, había florecido, por emplear un cliché, y de pronto fue como si tuviera que volver a cerrarlo, y no sabía cómo. La gente siempre decía que sentaba bien contar las cosas, compartirlas, y ahora que había pasado por la experiencia del tratamiento y todo eso, veía que a veces era verdad, en las circunstancias oportunas, pero aquella noche en concreto no había sido así en absoluto, y después de sacarlo todo se sintió mucho peor. Se acordaba, dijo, de que una vez, cuando era pequeño, se cortó un dedo y se quedó mirando cómo se formaba una gota de sangre en el nudillo; no sintió nada, y le excitó muchísimo pensar que nunca más volvería a sentir dolor, que quizá lo había superado, y fue corriendo a buscar a su padre para enseñarle el dedo y decirle que ni siquiera le dolía, pero su padre le dijo que eso era porque el aire aún no había rozado la herida, y justo cuando su padre dijo eso, notó que el aire le rozaba la herida y el dedo empezó a dolerle, y se echó a llorar. Bueno, pues aquella noche le había pasado lo mismo, dijo. El aire lo rozó todo, y empezó a sentir todas las zonas expuestas, como si le hubieran arrancado la piel y tuviera al descubierto los músculos y los nervios.

Pero aquella noche, dijo, se quedó parado en medio de la multitud, mientras todos bailaban a su alrededor, y se sintió desbordado, y esa sensación empezó a bullirle por dentro, y no sabía cómo volver a ponerse la piel, por decirlo así, o la máscara, como le había dicho Katherine, y se le metió en la cabeza que, de alguna manera, en algún momento del camino, se había convertido en quien no debía, en quien nunca había

querido ser, y fue como si se viera por primera vez, y se vio ridículo, y todo le dolía, y todo le parecía completamente absurdo, y se alejó de la gente, echó a andar por el bosque y se sentó un rato. La cabeza le daba vueltas sin parar: todo se distorsionaba y flotaba; movía las manos y dejaba una estela; notaba el aire muy denso cada vez que intentaba respirar, y todo su ser empujaba hacia fuera, intentaba expandirse, pero aquello en lo que se había convertido se lo impedía.

Daba igual, dijo moviendo la cabeza. El caso es que se quedó casi desnudo, sacó su navaja y empezó a acuchillarse los tatuajes: primero el cuero cabelludo, después los brazos y el pecho, hasta se hizo un par de cortes en el cuello, y entonces lo vio todo muy claro y se quedó tranquilo, a pesar de que tenía un jirón de piel en la mano, y recordaba que entonces pensó que no le dolía porque el aire aún no lo había rozado.

En ese momento, Katherine, que había logrado escucharlo todo sin decir nada, incluso sin hacer ningún gesto, cosa que media hora antes habría sacado a Nathan de quicio, pero que ahora ya le traía sin cuidado, le interrumpió, con una voz que claramente había sometido a varios controles previos para despojarla por completo de cualquier inflexión.

—¿Quién te encontró? —dijo.

—No me encontró nadie —dijo Nathan, que no veía qué importancia podía tener eso—. Me fui al bosque y nadie sabía dónde estaba.

Al final, explicó, la navaja estaba llena de sangre y bastante resbaladiza, así que por suerte tuvo que renunciar a su proyecto, y en cuanto se quedó quieto le entró el pánico, se cagó de miedo, y empezó a llorar y a pedir ayuda a gritos, pero entonces le dio mucha vergüenza, y supo que no quería que nadie lo viese, así que llamó a una ambulancia y echó a andar por el bosque hasta la carretera principal, y cuando llegó la ambulancia levantó la mano, como si estuviese parando un taxi, y se desmayó y se despertó en el hospital, cubierto de vendas, con su madre sentada a su lado como si le hubiera arrancado el corazón.

Cuando terminó su relato, Nathan extendió las manos, como dando a entender que estaban vacías. Había fantaseado con esta conversación, la había ensayado más veces de las que recordaba, pero al final, en realidad, resultó ser una especie de imagen en negativo de todo lo que había imaginado. Los contornos eran los mismos, pero todos los colores estaban invertidos y, al percibir el cambio, sintió que todo lo que había ocurrido desde entonces hasta ahora también se invertía completamente, de un modo muy similar. Se daba cuenta de que no estaba enamorado. Estaba enfadado. Había llamado a Katherine porque estaba enfadado con ella. Estaba allí porque estaba enfadado con ella. Aquella noche no se hizo daño porque estuviera trastornado, sino porque estaba enfadado. Se lo había contado todo no porque necesitara explicarlo, sino porque quería que ella lo supiera. Si ella no le hubiera instigado, pensó, tal vez habría sido distinto. Y podría haber seguido siendo distinto por mucho tiempo.

Katherine lo miraba con frialdad, respirando despacio pero con determinación.

—Y ¿qué coño se supone que tengo que hacer yo con todo eso? —preguntó.

Nathan se encogió de hombros.

—Nada. No tienes por qué hacer nada.

A Katherine le temblaba ligeramente el labio superior. Parecía esforzarse por ralentizar todas sus funciones fisiológicas —la respiración, el parpadeo— hasta alcanzar un estado cercano a la inercia, y esto causó a Nathan una extraña sensación de lástima: no tanto de que el tiempo se detuviera como de que fuera imposible descomponerlo para analizarlo.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Katherine—. ¿Es eso?

—No.

—Porque no puedo —dijo—. Y no voy a pedirte disculpas por eso. No voy a sentirme culpable.

—No quiero que me ayuden —dijo Nathan—. Estoy harto de que me ayuden.

—¿Por qué no has dicho sólo lo que yo quería que dijeras? Sabías lo que yo quería que dijeras. Ya lo habías dicho antes. ¿Por qué no podías volver a decirlo? ¿Por qué has tenido que soltarme todo este rollo? Yo no quiero tu puto rollo. Ya tengo bastante con el mío. ¿Es que no lo ves? Te estaba dando una oportunidad. Te estaba ofreciendo lo que querías.

—Lo siento, pero no creo que eso sea verdad.

Pareció como si Katherine se retirara hacia dentro y hacia arriba al mismo tiempo, irguiéndose y volviéndose de acero. Lo miró con ojos gélidos.

—Así que tú también me odias. ¿Es eso?

—No —dijo Nathan—. No es eso.

—Mentiroso.

Nathan se inclinó hacia delante. Estaba definitivamente harto. Se bajó las mangas de la camisa y se puso la chaqueta.

—Es eso —dijo ella—. A la mierda. Igual que la última vez. —Negó con la cabeza y añadió—: Nada cambia, ¿verdad?

Se echó a llorar.

—Joder —dijo—. Lo siento, Nathan. Lo siento muchísimo. Siempre..., siempre digo estas cosas a los demás y... —Cogió aire, temblando—. Por favor, no te vayas. No quiero que te vayas. No era esa mi intención. Nunca lo ha sido. Si alguien lo sabe eres tú.

Nathan cogió su bolsa, que había dejado debajo de la mesa.

—Cuídate —dijo con voz suave—. Y discúlpame con Daniel.

**E**n los meses que siguieron, y aún más en los años que siguieron, Katherine comprendió con claridad que había cometido un error. En ese momento lo pensó, desmadejada en la silla, sola, acercando la llama del mechero al borde bruñido de la mesa de Daniel y contemplando cómo la madera se volvía negra. Sintió que el arrepentimiento la asediaba desde algún lugar muy remoto, muy lejano, pero se



acercaba poco a poco. Y comprendió que esta sensación era tan sólo el reconocimiento de lo que llegaría a sentir algún día, cuando por fin se lo permitiera, y entonces, cómo no, sería demasiado tarde. Intentó, como siempre, volver a calibrar la situación. Trató de imaginarse a Nathan cada vez más paralizado por los remordimientos, llamándola por teléfono a horas intempestivas para abrirle sus entrañas. Volvería, pensó. Siempre vuelven todos. Lo había puesto a prueba; Nathan no la había superado. Era decepcionante, pero ahora al menos lo sabía.

Si al menos fuera más estúpida, pensó. Si al menos estuviera más ciega. Entonces sería capaz de creérselo todo y de ser feliz. Pero no lo era; no podía; y nunca podría. La lucidez era cruel en ese sentido. No facilitaba nada, no le ahorraba nada. Si los demás la conociesen tan bien como se conocía ella, pensó, tan bien como ella conocía a otros, la perdonarían. Pero para eso tendrían que conocerla, y eso era algo que ella sencillamente no podía tolerar, porque lo que verían, aunque perdonable, no sería nada ni a nadie a quien pudieran amar.

El mechero estaba demasiado caliente para seguir sosteniéndolo. Dejó que la llama se apagara y se quedó mirando un semillero de humo que ascendía desde la madera antes de disolverse. Pensó en la cara de Daniel cuando le había gritado. Al menos eso sí lo había conseguido. Todos, en algún momento de la vida, necesitamos a alguien a quien podamos controlar.

No sabía por qué seguía allí, y entonces comprendió que a lo largo de la noche había sentido el oscuro cosquilleo de una certeza creciente en lo más hondo de su cerebro (aunque ahora parecía como si el hilillo de humo que desprendía la mesa lo hubiese barrido) de que no volvería a ver a Daniel después de esa noche, y cuando esa certeza por fin cuajó, de pronto fue incapaz de marcharse. A pesar de todo lo que había dicho y pensado hasta ese momento, no quería marcharse así. Probablemente no quería marcharse de ninguna manera, igual que no había querido que Nathan se marchara.

Se dio cuenta de que estaba muy cansada. No sólo por la tensión de la noche, sino por la tensión de su vida en ese momento. Cogió el teléfono, escribió «SOS, K.», y envió el mensaje, indicando la dirección de Daniel, al móvil de Keith. Y se confió a la suerte.

**E**sta vez Daniel bajó las escaleras de un modo muy distinto. Mientras que antes quería transmitir una rabia en ebullición y una capacidad de argumentación demoledora y bien controlada, ahora quería transmitir ligereza, casi frivolidad, como si quisiera dejar bien claro que o bien se había olvidado por completo de los penosos acontecimientos de la noche o, mejor aún, que esos acontecimientos no habían llegado a revestir la gravedad suficiente para molestarse siquiera en dejarlos atrás. Si hubiera puesto un poco menos de atención, casi habría saltado por las escaleras, pero tampoco era cuestión de pasarse, así que bajó a trote ligero, sin saltarse ningún

escalón, y entró en el comedor con la esperanza de destilar desenfado y energía, pero se encontró con un ambiente que era más bien la antítesis del desenfado.

—¿Dónde está Nathan? —le preguntó a Katherine, que estaba desplomada en la silla, con aire taciturno, en una esquina de la mesa, encendiendo y apagando el mechero—. Y ¿qué se está quemando?

—Nathan se ha ido —dijo ella sin inmutarse—. Y no se está quemando nada.

—¿Se ha ido? ¿Adónde? —Daniel sintió una caliente oleada de pánico al comprender que todo había terminado, seguida de lo que podría haber sido cierto alivio si no se hubiese atenuado por la engorrosa sensación de que había fallado en una situación adulta y por tanto crítica.

Katherine se encogió de hombros.

—Simplemente se ha ido. Se ha hartado. Me ha pedido que te diga que lo siente, que gracias y todo eso, pero que tenía que irse.

Daniel se sentó en la otra esquina de la mesa y se acercó la cerveza que Nathan había dejado a medias.

—Vaya —dijo—. Mierda.

—Sí —dijo Katherine.

—Quizá debería llamarle —dijo Daniel palpándose los bolsillos en busca del móvil.

—Yo esperaré unos días.

—Sí. Tienes razón.

Se quedaron callados, y Daniel continuó el trabajo que Nathan había empezado con la etiqueta de la botella, mientras Katherine seguía encendiendo y apagando el mechero. Ahora que la noche ya casi había terminado, Daniel sólo quería que acabase del todo.

—Esa debe de ser Angelica —dijo absurdamente cuando se oyeron pasos en las escaleras.

—¿De verdad? —dijo Katherine.

—Ah —dijo Angelica sentándose en las rodillas de Daniel y mirando alrededor—. ¿Dónde está Nathan?

—Por lo visto se ha ido —dijo Daniel.

—¡Qué lástima! —suspiró Angelica dando a sus palabras el oportuno toque de preocupación y animándose luego deliberadamente con una sonrisa, como si dijera: el espectáculo tiene que continuar—. ¿Qué podemos ofrecerte para beber, Katherine?

—Estoy bien. Esperando a que vengan a buscarme —dijo Katherine. Intentó esbozar algo parecido a una sonrisa, pero pareció que renunciaba antes de que llegase a formarse y se dio por vencida.

—Bueno —dijo Angelica con amabilidad—. Yo voy a tomar otra taza de té. Voy a hervir el agua y si no han venido a buscarte para entonces... —Hizo un gesto indefinido con la mano y se fue a la cocina.

Katherine miró a Daniel.

—¿Qué? —preguntó él.

—Nada.

—Oye, ¿necesitas que te ayude con el té, cariño? —dijo Daniel en dirección a la cocina.

—No, no —dijo Angelica.

—Vale —dijo Daniel.

—Vosotros charlad —dijo Angelica.

—Sí, Daniel —dijo Katherine—. Charlemos.

Sonó el timbre. Daniel ya se había levantado antes de que el ruido se extinguiera. Angelica salió de la cocina.

—Debe de ser Sebastian —dijo—. Ya voy yo...

—No —dijo Daniel acercándose a la puerta casi corriendo—. Tú ocúpate del té. Ya... Ya voy yo...

Abrió la puerta. Jamás en la vida había recibido a Sebastian con nada remotamente parecido al alivio que sintió en ese momento. Lo único que tenía que hacer, pensó, era dejar actuar a Sebastian. Invitarlo a pasar, presentarle a Katherine, preguntarle por la protesta, y listo. La persona a la que Katherine esperaba seguramente llegaría antes de que Sebastian hubiese empezado a soltar sus principales preceptos ideológicos.

Al abrir la puerta, sin embargo, Daniel vio sus planes hechos añicos. Sebastian tenía los ojos desorbitados y estaba cubierto de sudor. No paraba de mover los pies de una manera bastante irritante.

—Sebastian —dijo Daniel—. Pasa.

—No es el momento —dijo Sebastian—. Sal un segundo.

—¿Por qué?

—Tengo que enseñarte una cosa. Tú no te asustas, ¿verdad?

—Bueno, eso creo, pero... ¿Estás seguro de que no quieres...? —Iba a proponerle a Sebastian que le enseñara a Angelica lo que quería enseñarle a él, pero entonces se acordó del silencio que inducía al vértigo y de las malas vibraciones que había en el comedor.

—Vale —dijo—. Claro. ¿Por dónde?

— **V**aya —dijo Angelica con voz animada—. ¿Verdad que es gracioso?

Katherine se había acercado a la cocina y observaba a Angelica mientras esta preparaba el té, fijándose en la facilidad con que lo hacía todo. Tenía unos modales irritantes, pensó. Era, saltaba a la vista, adepta a la filosofía de que ser amable con los demás hacía que los demás fueran amables contigo, justo la antítesis de la filosofía de Katherine. En esto te conviertes si te crees esos cuentos, pensó.

—Desternillante —dijo Katherine.

Angelica parpadeó, pero no dijo nada.

—Daniel me ha hablado mucho de ti —dijo después.

—¿Sí? —dijo Katherine—. A ti apenas te ha mencionado.

—No —dijo Angelica, aparentemente sin inmutarse—. Él no es así. ¿Tomas azúcar? Como aún no han venido a buscarte, he pensado en prepararte un té.

—Así ¿cómo? —preguntó Katherine encendiendo un cigarrillo—. Dos, por favor.

—Comunicativo —dijo Angelica con una sonrisa mientras añadía dos cucharadas de azúcar al té de Katherine y lo llevaba a la mesa del comedor—. Aquí tienes.

—Gracias —dijo Katherine sentándose frente a ella.

—Me parece genial que os llevéis así —dijo Angelica.

Katherine se rio, aunque no quería.

—Que nos llevemos ¿cómo?

Angelica sonrió.

—Bueno, creo que os lleváis bien. A vuestra manera.

Katherine no estaba segura de lo que quería decir, pero le fastidió de todos modos. La idea de que alguien que no fuera ella conociese a Daniel, que lo conociese bien, le molestaba muchísimo. Al fin y al cabo, una de las cosas a las que se habían aferrado el tiempo que Daniel y ella estuvieron juntos había sido la convicción de que ambos conocían al otro mejor de lo que nadie podría llegar a conocerlos. Comprendió que siempre había pensado que si se separaban, Daniel simplemente dejaría de existir, no sólo para ella o incluso para otros, sino también para sí mismo, que ya no sería capaz de dejar un rastro tangible en el mundo. Pensó en esos gemelos a los que separaban al nacer y luego volvían a encontrarse en la vida, con trabajos y casas y parejas similares. Sentía algo parecido al conocer a Angelica, pensó. Puesto que conocían a la misma persona, en cierto modo eran la misma persona, pero no la persona que Katherine quisiera ser.

Se preguntó qué vería Daniel exactamente en aquella niñita guapa y vacía, y después se preguntó si alguna de las cosas que veía en Angelica eran cosas que también había visto en ella. Porque la gente tenía sus tipos, ¿o no? Los hombres, en particular, tenían muy poca imaginación; nunca cruzaban la frontera. Seguro que había semejanzas.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Katherine.

—En un bar —dijo Angelica poniendo los ojos en blanco—. Predecible, ¿verdad?

Katherine consiguió sonreír. Trató de imaginarse a Daniel charlando con alguien. Cuando lo conoció, fue ella quien tuvo que hacer todo: acercarse, seducirlo y asegurarse de no asustarlo. Ya sé que quieres pedirme que tomemos un café. Entonces se había sentido como Dian Fossey, en medio de la selva, con la mano extendida, mientras Daniel se abría camino entre la vegetación y le lanzaba de vez en cuando una mirada cauta. Fuera lo que fuese lo que Daniel había visto en Angelica, estaba claro que era algo que quería, a diferencia de lo que fuera que hubiese visto en Katherine. O quizá simplemente Daniel había evolucionado. En ese caso, pensó, era sin duda porque había estado con ella. Joder, ella había sido su artífice. Lo había

convertido en algo y entonces él la había dejado, y encima estaba claro que había salido ganando. ¿Cómo era posible? ¿Pensar que ella antes sentía lástima de él! Y ahora, mira. ¿Qué tenía ella? ¿A quién tenía? ¿A Keith?

—Supongo que todo fue de maravilla —dijo Katherine.

Angelica asintió.

—Aunque al principio nunca es fácil, ¿verdad? —dijo.

—¿Ah, no lo es? —dijo Katherine con una sonrisita.

—¿Siempre eres así de cínica? —dijo Angelica.

—No. A veces duermo.

Angelica se echó a reír.

—Debe de haber cambiado —dijo Katherine—. Cuando yo lo conocí nunca se habría puesto a hablar con nadie en un bar.

—Bueno. Habíamos tomado los dos unas copas —dijo Angelica, con cara de tener el estómago revuelto—. El espíritu navideño y esas cosas.

Katherine sintió una especie de náusea lejana; un estruendo distante que anunciaba la tormenta.

—Ah —dijo—. Entonces no lleváis tanto tiempo juntos.

—Algo más de un año —dijo Angelica. Y antes de pronunciar la palabra «año» pareció arrepentirse de lo que había dicho. Sus labios se curvaron hacia abajo y su mirada se llenó de pánico—. Ay, Dios —dijo.

Katherine dejó la taza en la mesa y tiró dentro la colilla, que chisporroteó en los restos del té antes de apagarse. Sintió frío; se imaginó vestida con harapos.

—Esas Navidades seguíamos juntos —dijo.

—Lo sé —dijo Angelica.

Katherine encendió otro cigarrillo.

—Tienes razón —confirmó—. Es todo muy predecible.

—Katherine...

Katherine tuvo la sensación de que la persona que estaba recibiendo la noticia no era la persona que se había imaginado que recibiría la noticia. Quiso enfadarse con todas sus fuerzas, para amortiguar el dolor, pero era incapaz, porque el dolor se lo impedía. Empezó a repasar mentalmente la historia y se esforzó para transformarla. Se dijo que siempre lo había sospechado. Se dijo que había indicios. Pero no había sospechado nada; no había visto los indicios. Al parecer, mentir era facilísimo para Daniel. O al menos lo había sido mentirle a ella. Quizá con todos los demás había sido sincero. Quizá había reservado su hipocresía para ella.

—No hay más que verte —dijo Katherine mirando a Angelica fijamente.

A Angelica empezaban a llenársele los ojos de lágrimas, aunque de momento no se le escapaban.

—Te habría dejado de todos modos —dijo.

—En eso tienes razón —asintió Katherine—. Me habría dejado. Se habría encontrado con cualquier otra imbécil y se habría largado con ella. Seguro que

pensaste que tenías mucha suerte al aparecer en el momento oportuno para ser esa imbécil —dijo con desprecio—. Probablemente crees que te quiere. Probablemente te dice que te quiere. Y probablemente se dice a sí mismo que te quiere. Porque Daniel nunca sería capaz de hacer algo tan inmoral, ¿verdad? Necesita una razón. Necesita encontrar la manera de librarse de la situación como si fuera el santo patrón de la dignidad. —Dio una calada tan profunda que se mareó—. Seguro que os sentáis por la noche y decís que ha sido el destino, que los planetas han conspirado para uniros. Seguro que os habéis montado una historia completa de cómo habéis vencido a las probabilidades y de cómo el puto universo benefactor os ha sonreído y ha propiciado una conjunción cósmica para que ahora podáis pasar el resto de la vida...

No quería llorar, pero ahora que estaba llorando pensó que la pura toxicidad de sus sentimientos le permitiría superarlo.

—Por muchas varitas de incienso que quemes —dijo—, sigues apestando.

Angelica se acomodó en la silla y miró a Katherine. Resopló y se frotó los ojos con los nudillos.

—Qué pena das —dijo con frialdad.

—Esa sí que eres tú —dijo Katherine recogiendo sus zapatos del rincón y peleándose con las tiras—. Ahora te has mostrado cómo eres de verdad.

—**L**a he liberado —anunció Sebastian con orgullo.

Daniel no le hizo caso y se quedó un momento mirando a qué se refería Sebastian: un remolque estrecho en el que había una vaca bastante desconcertada. Atada al cuello y extendida por el lomo y el flanco llevaba una pancarta con letras rosas fluorescentes que decía: «¿Doblan las campanas por estas vacas?».

La vaca miró a Daniel con los ojos borrosos. Daniel miró a la vaca y luego a Sebastian, que asentía despacio con la cabeza.

—Sí —dijo Sebastian—. Ah, sí.

—Sebastian...

—Siempre digo, Daniel, como ya sabes, que hay conversación y hay acción. Esto es acción. Esto es el Congreso Nacional Africano. Esto es el Subcomandante Marcos. Esto es Personas por el Trato Ético de los Animales con los esteroides. Esto es... —Imitó un cohete que despegaba, alcanzaba su vértice, descendía despacio y explotaba—. Fiiiiuuuuuuu. ¿Te das cuenta?

—Sebastian...

—Es como cuando R. D. Laing abrió las puertas del manicomio. Son las puertas de la percepción. Es Timothy Leary en acción por triplicado. Es como que antes no me estabas tomando en serio, ¿sabes? Pero ahora sí. Ahora sí. Porque tengo una vaca, hijo de puta.

—Sebastian...

—Evoluciona y adáptate. Cambia. Pasa al siguiente nivel. Dales caña bovina a esos cabrones.

—Sebastian...

—¿Qué?

—Para ya.

—Sí.

—¿De dónde has sacado esa vaca y qué piensas hacer con ella y por qué la has traído aquí? Y ¿por qué coño lleva esa ridícula pancarta atada al cuello?

Sebastian asintió, se tomó un momento para ordenar las ideas y luego levantó los dedos de la mano izquierda y fue enumerando sus respuestas.

—Uno, conseguí convencerla para que se metiese en un remolque porque tengo una conexión espiritual con ella y comprendió que quería salvarla. Dos, voy a liberarla. Tres, la he traído aquí porque necesito ayuda. Cuatro, ese es el lema de nuestra protesta. ¿Dónde está Angelica?

—Olvídate de Angelica. Tienes que coger tu vaca y largarte de aquí.

—Muy bien —dijo Sebastian con seriedad mientras se ajustaba la coleta—. Lo he conseguido. Lo he conseguido. Te sientes amenazado.

—No me siento amenazado.

—Te sientes amenazado porque siempre has... No, déjame terminar..., siempre me has mirado por encima del hombro. Déjame terminar. Siempre me has mirado por encima del hombro y... No intentes negarlo, ¿vale? Lo sé. Lo sé perfectamente. Tú eres Don Superior. Te he visto mirándonos desde la ventana de tu despacho. Riéndote. Pero ahora han cambiado las tornas. Ahora me miras y piensas: un momento; tiene una vaca.

La vaca rumiaba la situación mientras parpadeaba suavemente, ajena, al parecer, a su inoportuna presencia en un entorno urbano. Sebastian le ofreció el puño y la vaca lo olisqueó, lo lamió un momento y lo despreció.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Daniel.

—¿Qué?

—¿Y si esa vaca está infectada?

—Es una conspiración del gobierno. Propaganda. No hay infección.

Daniel respiró hondo.

—Sebastian —dijo—, tienes que llevarte esa vaca de aquí.

En ese momento, presintiendo que la conversación probablemente iba a prolongarse, o quizá por simples ganas de estirar las piernas, la vaca bajó del remolque con sorprendente agilidad y echó a andar por la calle para orinar.

—Joder —dijo Daniel—. Saca esa puta vaca de la calle.

—¿Cómo?

—Igual que la cogiste. Vuelve a cogerla.

—Eso podría ser un pequeño problema —dijo Sebastian.

—¿Por qué?

—Bueno, a lo mejor he mentado un poco al decir que la convencí.

—Creía que teníais una conexión.

—Sí, la tenemos, pero, si soy sincero, la hemos forjado más bien durante el trayecto.

—Y entonces ¿cómo conseguiste esa vaca?

—La encontré.

—¿La encontraste? ¿Dónde la encontraste?

—Bueno, me infiltré en la granja y la vi en el remolque, así que le hice un puente al coche y...

—Vale, da igual. Tienes que volver a meterla en el remolque.

—Sí —dijo Sebastian vagamente—. Claro.

Daniel lo miró sin pestañear. Sebastian suspiró y tendió una mano lánguida hacia la vaca.

—Toma, Mavis —dijo—. Toma, chica.

—¿Mavis?

—Por Mavis Staples. Toma, Mavis. Toma, chica.

—Oye —dijo Daniel haciendo un esfuerzo épico para no perder la paciencia—, esa vaca no está amaestrada. No puedes decirle que venga y esperar que venga sin más.

—Y ¿qué propones tú, señor Conocimiento Omnisciente? ¿Que la coja en brazos?

—Tienes que azuzarla un poco y animarla a subir al remolque.

—¿Azuzarla? ¿Qué quieres decir con eso?

—Darle un golpecito en el flanco.

—Creo que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Me parece cruel.

—Y dejar una vaca en plena calle en un barrio residencial ¿te parece el sùmmum de la bondad?

Se quedaron callados un momento. Mavis mugió suavemente y echó a andar calle abajo.

—Yo no puedo implicarme en esto. Me voy a casa. Te deseo lo mejor.

—Oye —dijo Sebastian.

Daniel no le hizo caso.

—Ah, aquí está —dijo una voz familiar y extrañamente alegre desde la puerta—. Hola, cabronazo.

—Katherine —dijo Daniel—. Hola.

—No te acerques a mí, embustero de mierda —rugió Katherine.

Daniel vio que tenía el maquillaje corrido y una burbuja de moco en la nariz. Por algún tiempo, le había parecido imposible sentirse más a disgusto consigo mismo de lo que ya se sentía. En ese momento comprendió que estaba equivocado. Era posible. Aún quedaban continentes enteros de vergüenza y odio de sí mismo por explorar.



**P**or más que le gustase la confrontación, y a pesar de que siempre se sentía mejor cuando la primera puñalada de rabia se transformaba en feliz alivio tras dar rienda suelta a su hostilidad, Katherine no tenía ganas de bronca en esta ocasión en concreto. En vez de eso, puede que un poco envidiosa de cómo se había largado Nathan, de una manera que lo exoneraba de cualquier recriminación, ella simplemente tenía la esperanza de escabullirse. La fantasía de que Daniel tuviera que convivir con su culpa le parecía mucho más atractiva que la realidad de que esa culpa se diluyera al restregársela por la cara, porque eso, pensó, no serviría más que para reforzar todas las opiniones pasivo-agresivas enterradas que él tenía de ella y que, así lo sospechaba, eran la razón esencial por la que la había engañado, y es que Daniel por nada del mundo se permitiría hacer frente a un problema jamás. No, él siempre se retiraba sigilosamente, sepultando el alambre de espino con algún tópico. Lo único que ahora conseguiría con la agresión sería que él se quedara con el recuerdo de un último arrebato, pues esa era la palabra que empleaba siempre para describir los momentos en que ella se enfadaba, sin pararse a pensar si tenía algún motivo o si su enfado estaba justificado. Para Daniel, pensó cuando salía por la puerta con la cabeza alta, a la vez que con la cabeza mucho menos alta confiaba en que Keith ya hubiese llegado, la vida era un arrebato. Daniel se dejaba arrastrar a todas partes buscando calma y, cuando no la encontraba, arremetía contra todo lo que le pareciese que le impedía alcanzar su objetivo.

Pero ahora tenía cara de sentirse culpable. Si había algo que Katherine aborrecía en un hombre, era el temblor, el reblandecimiento del alma, la indignación y el gimoteo que por lo visto afloraban cada vez que se sentían incomprendidos, y por lo visto siempre se sentían incomprendidos después de haber follado a escondidas.

—Katherine —dijo Daniel.

—No me hables. No vuelvas a dirigirme la palabra nunca más.

—Yo... lo siento mucho, Katherine. No era mi intención...

Katherine quiso apartarlo de un empujón y seguir su camino. Quería estar de verdad muy lejos de él. No quería tener que mirarlo y tampoco que él la mirase. Fue al tensar los músculos para empujarlo cuando se dio cuenta de que en medio de la calle había una vaca solitaria que la observaba de un modo extraño, mientras lo que parecía un *hippy* chiflado señalaba con torpeza al flanco del animal.

—¿Dices que le dé un golpe en el flanco? —preguntó el *hippy*.

—Vete a tomar por culo, Sebastian —dijo Daniel intentando sujetar a Katherine del brazo—. Katherine, yo...

—Creo que está un poco nerviosa por todo esto —dijo Sebastian—. Me está dando mal rollo.

Mientras Katherine vacilaba, sintiéndose de pronto vulnerable en presencia de un animal tan grande y completamente fuera de lugar, un coche dobló la esquina y entró en la calle. Katherine parpadeó a la luz de los faros, se tapó los ojos un momento y

trató de mirar a otro lado para protegerse del muestrario de lentejuelas rojas que le cegaba la vista.

—Mierda —dijo Daniel—. Sebastian, aparta a esa vaca de la calle.

Pasando a la acción al instante, el tío que al parecer se llamaba Sebastian avanzó y golpeó a la vaca en el trasero con la palma de la mano. La vaca dio un salto increíble, soltó un mugido inconfundiblemente bovino y fue derecha a embestir a Katherine.

Esa historia de que de pronto la vida entera pasa por delante de los ojos resultó ser una gilipollez. Es verdad que en la superficie de la mente de Katherine apareció una vida, pero no era la suya, y no era una vida que aún tuviera un pasado reconocible. Lo único que le vino a la cabeza que tuviera remotamente que ver con ella fue, como tantas veces había imaginado, su propio funeral: su madre histérica agarrada al féretro y después buscando consuelo en los brazos de algún doliente amigo de tez morena. Aparte de eso, lo único que brilló en mitad de la descarga de adrenalina cerebral fue algo que aún no había ocurrido y que afectaba a alguien que aún no existía.

Al ver que la vaca se acercaba, Katherine llenó los pulmones de aire y arremetió contra ella gritando con todas sus fuerzas. Vio que la vaca abría los ojos, asustada, y luego se paraba, resbalaba ligeramente, hacía un quiebro y, cegada por el pánico, apuntaba de cabeza contra el coche que se acercaba, que se desvió lo justo para recibir el impacto en la puerta del conductor. La puerta se abolló y la ventanilla se hizo añicos. La vaca perdió pie en el asfalto, se despatarró, se recuperó, volvió a apartarse y pasó como un rayo al lado de Daniel y Katherine con una absurda pancarta aleteando en su lomo, mientras sus pezuñas resonaban en el silencio de la calle.

—Katherine —dijo Daniel adelantándose con valentía para apartar a Katherine ahora que ya no había ningún peligro. Katherine pasó de él. Estaba paralizada de delirio y de pismo.

Desde el coche, que de pronto había cobrado un espantoso aspecto familiar, llegó un grito seguido de un ruido de inútiles patadas contra la puerta completamente doblada.

—Nena —se oyó gimotear a la bien conocida voz—. Ya voy, Katherine. No te preocupes. A ver si consigo... Voy a... Que alguien me ayude, por favor. Esto es una emergencia. Tenemos... Ella lleva a mi hijo dentro. Esto es... Mejor salgo por la otra puerta, porque esta... Ya voy, cielo.

La puerta del pasajero se abrió de golpe y del coche salió Keith, encogido, con la mirada desencajada, unos pantalones de deporte enormes y una camiseta que en la que ponía: «Soy la fuente #1 de los gases de efecto invernadero».

—Ay —dijo Katherine—. Qué coño...

—Ya estoy aquí, cielo —dijo Keith sin aliento, renqueando—. Que se quite de en medio todo el mundo.

Avanzó con heroísmo, como una ola, unos quince centímetros, y después, llevándose una mano al pecho, se apoyó en el capó del coche para tomar aire, mientras levantaba la otra mano para indicar a los espectadores que enseguida estaba con ellos.

—Ese es el que viene a buscarme —dijo Katherine.

—¿Hijo? —preguntó Daniel—. ¿Qué hijo?

**E**l aire de la noche era húmedo y frío. Atravesaba la ropa y se le metía en la piel. Le dolían las cicatrices. Tenía el estómago revuelto de hambre. La madrugada se presentía ya en las calles, en los kebabs abandonados y en los charcos de vómito de cerveza que empezaban a congelarse, en la capa de escarcha que cubría las ventanillas de los coches.

No volvería a ver a Daniel o a Katherine en mucho tiempo, pensó Nathan, eso si volvía a verlos. Si alguna vez volviera a verlos, pasarían años, y sería más por mutua curiosidad que por verdadero ánimo conciliador. No los llamaría. Ellos tampoco llamarían. La idea le pareció reconfortante.

En el límite del centro de la ciudad encontró un café que estaba abierto toda la noche. Resultó ser un local tranquilo y bien caldeado. Las paredes eran de color amarillo suave. Las sillas eran cómodas. Las mesas tenían todo lo que un cliente pudiera necesitar. Pidió una taza de té y unas patatas fritas. Era consciente de que estaba muerto de hambre y no tenía ninguna prisa por llegar a ninguna parte. Cuando terminó, pagó la cuenta y se marchó con la sensación de estar despierto, tranquilo y felizmente perdido. Era agradable estar perdido, pensó. Lo cierto era que no tenía nada que perder por seguir perdido un poco más.

El móvil vibró al entrar un mensaje de texto. Era de Daniel. «Siento lo de esta noche. Sólo quería saber si estás bien».

«No te preocupes —contestó—. Estoy bien». Y tiró el teléfono a una papelera.

Aún no había amanecido. Las calles estaban desiertas y las tenía para él solo.

—**B**ueno —dijo Daniel.

Katherine asintió. Estaban sentados en el cuarto de estar, cada uno en un sofá. Daniel la había invitado a entrar después del incidente con la vaca y, en el aturdimiento del momento, Katherine ni siquiera había pensado en negarse. Angelica puso la excusa de que iba a dar de comer al gato.

—¿Sirve de algo que te diga que lo siento? —preguntó Daniel.

—Depende de si lo sientes.

—Lo siento. Claro que lo siento.

Katherine se quedó pensativa mientras sopesaba la respuesta como si fuera una piedra de una forma curiosa encontrada en la playa y decidía si la conservaba o la

devolvía a las olas.

—No —dijo por fin—. No sirve de nada.

—Entonces ¿por qué me has hecho decirlo?

—Porque quería ver si eras capaz de decirlo.

—Querías ver si tú eras capaz de obligarme a decirlo.

—Y ¿te he obligado a decirlo?

—No. Lo siento de verdad.

—Bueno. ¡Yupi!

—Aun así —dijo Daniel.

—Aun así —dijo ella.

Se quedaron un rato mirando al frente. Sentados como estaban, en perpendicular, era posible imaginar que sus miradas podían cruzarse en un punto del espacio.

—Tal vez algún día —dijo Daniel— podamos...

—Sí. Podemos ser amigos, ¿no? Porque ya sabes que nos llevamos de maravilla.

—Entendido. —Daniel se quedó callado, con la boca abierta, como si tuviera una palabra atascada en alguna parte.

—Adelante —dijo ella—. Haz la pregunta obvia.

—¿Qué piensas hacer con el niño?

—Creo que voy a tenerlo. ¿Por qué no?

Daniel asintió, ladeó la cabeza hacia la ventana, donde al otro lado se veía a Keith enzarzado en una batalla titánica para enderezar la puerta del coche con la rodilla.

—Parece..., parece un tío decente —dijo.

Katherine resopló.

—Por favor —dijo—. Al niño le diré que su papá estaba loco por mí.

Siguió la mirada de Daniel y se quedó un minuto analizando la silueta de Keith sin ninguna pasión. Pensó en el niño con la esperanza de que al menos por una vez, aunque nunca volviera a suceder, la educación ganase la partida a la naturaleza, a pesar de que estaba clarísimo que haría falta mucha educación para superar a la naturaleza.

—Bueno —dijo levantándose del sofá.

Daniel se levantó. Ella lo miró. Él volvió a sentarse.

—Cuídate —dijo Daniel cuando Katherine llegó a la puerta.

—¿Es que no me cuido siempre? —dijo ella saliendo a la calle.

## Agradecimientos

En primer lugar, y sobre todo, mi cariño y mi agradecimiento a mi familia —Sue, Richard, Mollie, Graham y todos los demás—, por ofrecerme todo el apoyo posible en todas las circunstancias posibles: emocionales, profesionales y económicas.

Tom Rowson me aportó inspiración, críticas sinceras, optimismo inquebrantable, sano cinismo, un techo y la mejor de las amistades.

Kevin Cuffe regaló su conversación intelectual en bares sin pretensiones intelectuales; Dawn Marrow me indicó el buen camino; Giles Foden supo encontrar la forma en mitad del caos; Anjali Joseph fue quien creyó antes que nadie; Philip Langeskov me ofreció los primeros auxilios espirituales; Phil Craggs y Blank Pages soportaron de buen grado mi obsesión con InDesign; Siddharth Dhanvant Shanghvi afrontó con valentía las primeras páginas y me envió el *email* de los *emails*; todo el mundo en *Granta* se esforzó para proporcionarme la experiencia más feliz y menos aterradora posible de publicar por primera vez; Jonathan Gibbs me hizo decir hola; mis colegas aguantaron mis manías; Jeanette West me ayudó a encontrar el momento; Owen Carroll y John Everson me distrajeron, me arroparon y me prestaron una bolsa reutilizable; y Lola Byers estuvo al tanto de todo.



SAM BYERS (Norwich, Inglaterra, 1979) está graduado por la Universidad de East Anglia en Escritura Creativa. Colabora habitualmente en *Granta*, *The Times Literary Supplement* y *The New York Times*. Su primera novela, *Idiopatia*, finalista del Costa First Novel Award, se ha convertido en un fenómeno de ventas y crítica en Reino Unido y Estados Unidos, y será publicada próximamente en doce países.